

PROF. BÉLA SZÉKELY

LA EVOLUCION
SEXUAL DE LA
INFANCIA

EDITORIAL CLARIDAD



LOS PENSADORES
CLARIDAD
CULTURA



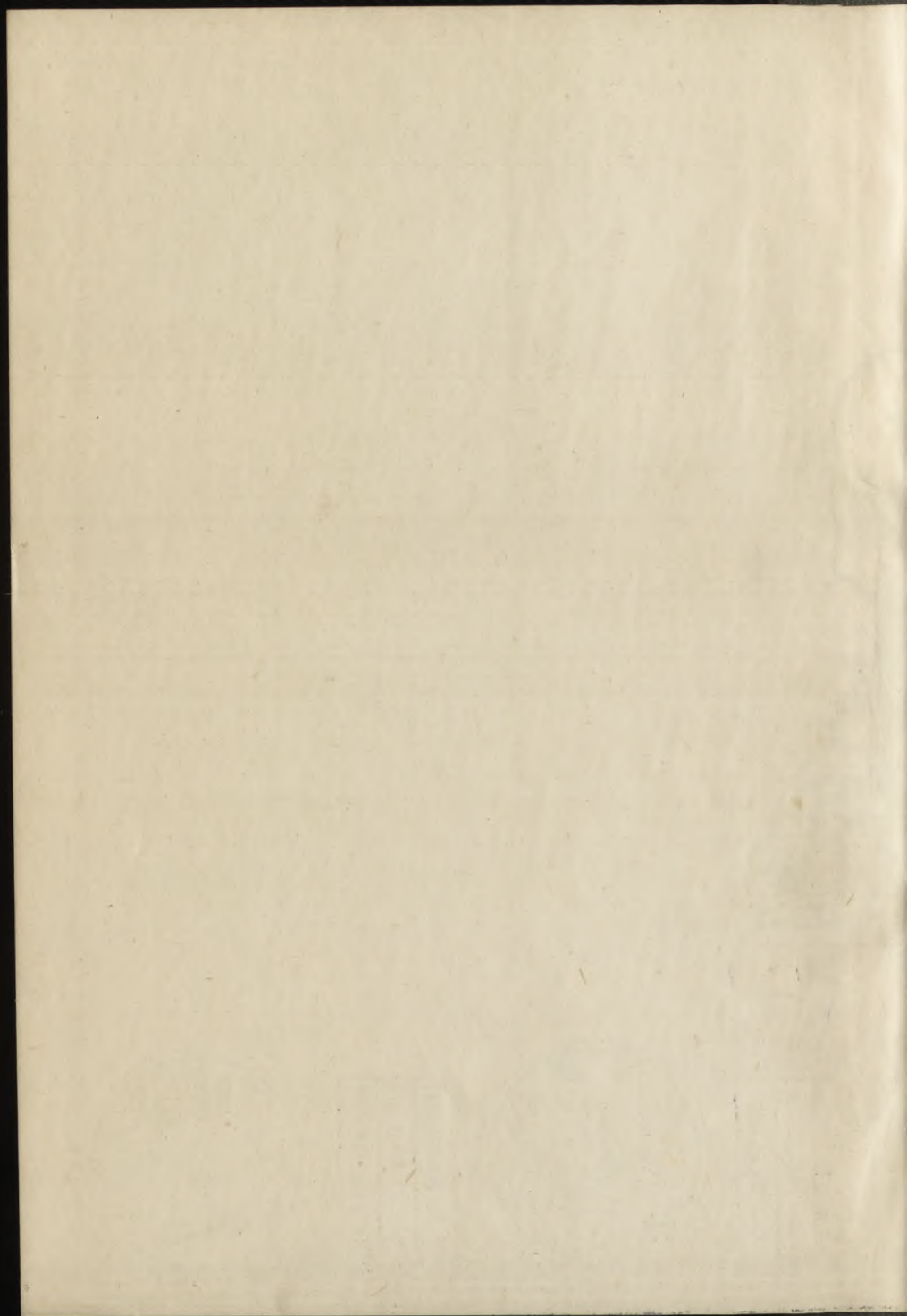
REVISTA JURIDICA
Bca. CIENTIFICA

Bca. JURIDICA
Col. CLARIDAD



Bca DE Cra MODERNA
Bca. CLASICA
Bca DE Obr. FAMOSAS





LA EVOLUCIÓN
SEXUAL DE LA INFANCIA

Biblioteca de Cultura Moderna

DIRECTOR: ANTONIO ZAMORA

- 1.—MANUAL DE PRIMEROS AUXILIOS. *Para el tratamiento de todas las enfermedades y accidentes*, por el doctor Luis L. Boffi. 300 páginas, ilustrado con 92 grabados, \$ 3.—
- 2.—TRATAMIENTOS MODERNOS DE HIGIENE Y BELLEZA, por los doctores E. Eitner y A. Hartwich. — EL ARTE FEMENINO DE AGRADAR, por J. Ellsforth Hope. Dos obras que se complementan entre sí. 220 páginas, con ilustraciones, \$ 2.—
- 3.—LAS CONCEPCIONES MODERNAS DE LA SEXUALIDAD, por el Dr. René Allendy. 160 páginas, \$ 2.—
- 4.—LA CURACIÓN DE LAS ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO Y DE LOS NERVIOS, por los doctores Bieling y Kaltenbach. 160 páginas, \$ 2.—
- 5.—EL VALOR CIENTÍFICO DE LAS VITAMINAS, por el doctor Harry N. Holmes. — LA COCINA MODERNA PARA ENFERMOS, por la Dra. Lewberg. 200 páginas, con ilustraciones, \$ 2.—
- 6.—DEL NIÑO AL HOMBRE. -- *Guía para padres y maestros sobre la educación y psicología del niño*, por el profesor Béla Székely. 200 páginas, \$ 2.—
- 7.—EL PARTO SIN DOLOR NI PELIGROS, por el Dr. Alfonso Landecker. — EL A B C DE LA PUERICULTURA MODERNA, por el Dr. Marcel Prounier. 160 págs., \$ 2.—
- 8.—EL TRATAMIENTO EFICAZ DE LA TUBERCULOSIS, por el Dr. Wilhelm Melhorn. — ENFERMEDADES INFANTILES CONTAGIOSAS, por el Dr. Alfredo Reh. 176 págs., \$ 2.—
- 9.—TRATADO DE CULTURA FÍSICA MODERNA, por el Prof. Guillermo J. Schauvinhold. Con una guía ilustrada para hacer ejercicios físicos. 250 páginas, \$ 3.—
- 10.—LA LIBERTAD DE LA CONCEPCIÓN, por los doctores A. Marchal y O. J. de Méro.
- 11.—LA SELECCIÓN DE JUGUETES, por la profesora Ethel Kavin. 200 páginas, \$ 2.—
- 12.—INFANCIA, ADOLESCENCIA, JUVENTUD. -- Normas para los padres y educadores, por el doctor Isidro Más de Ayala. 200 páginas, \$ 2.—
- 13.—LA EVOLUCIÓN SEXUAL DE LA INFANCIA. -- Tratado psicoanalítico sobre la educación y la higiene sexual, por el profesor Béla Székely. 240 páginas, \$ 2.50.

Volúmenes de 200 a 300 páginas, en formato 15x21, al precio de 2 a 3 pesos moneda nacional.

EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
SAN JOSE 1621/45. -- BUENOS AIRES. — Sucursales:
LAPRIDA 1181, ROSARIO. -- COLONIA 1164, MONTEVIDEO

Prof. Béla Székely

LA EVOLUCION SEXUAL DE LA INFANCIA

Tratado Psicoanalítico Sobre la
Educación y la Higiene Sexual



EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

DEL MISMO AUTOR:

Ediciones en castellano

DEL NIÑO AL HOMBRE

Guía para los padres y maestros sobre la educación
de los niños.

Moderno tratado de Psicología Infantil.

CLARIDAD, 1940.

EL ANTISEMITISMO

Su historia. -- Sociología. -- Psicología.

CLARIDAD, 1939.

EL PSICOANALISIS

Teoría. -- Aplicación.

Colegio Libre de Estudios Superiores, 1940.

*TEORIA Y PRACTICA DEL PSICODIAGNOSTICO
DE RORSCHACH*

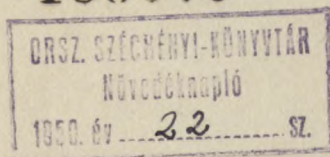
Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la
Universidad de Buenos Aires.

Instituto de Psicología.

El Ateneo, 1941.



183079



Derechos reservados para toda la América Latina.

Impreso en la Argentina. -- Printed in Argentine.

Copyright by EDITORIAL CLARIDAD in 1941.

Prólogo de la Edición Castellana

Al publicarse este libro por primera vez, en Europa, en el año 1936, despertó una fuerte resistencia en el mundo científico oficial. Esta reacción provocada por él, no debe ser considerada ni como un mérito ni como un defecto del mismo; concuerda por completo con la naturaleza ideológica del grave problema y demuestra en forma característica lo que ocurre con un descubrimiento científico tan importante como es la teoría sexual de Freud, cuando choca con el concepto y la práctica sexual dominantes.

Poco hay que decir en lo que atañe a la severa condena de este libro, hecha en forma franca e inequívoca por los representantes de una ética sexual basada en la represión social y que rechaza como inmoral toda positiva afirmación de la sexualidad. Más interesante y más significativa, desde el punto de vista ideológico, es la opinión que sustenta el psicoanálisis "oficial" que, a pesar de dogmatizar literalmente la teoría sexual de Freud, carece del necesario valor para extraer consecuencias. Esta omisión, que tiene un significado ideológico, tuvo como consecuencia la separación del movimiento psicoanalítico de aquellos psicoanalistas que no sólo aceptaban la teoría de Freud de que la neurosis es una consecuencia de la represión sexual impuesta como ley moral por la sociedad dominante, sino que también tuvieron el valor de dar un paso más y formular la siguiente pregunta: ¿Qué interés tiene la sociedad en la represión de la sexualidad? Las investigaciones psicoanalíticas y sociológicas de este grupo que se denomina Sex-Pol y cuyo inspirador y figura central es Wilhelm Reich, uno de los más ilustres psicoanalistas europeos, han demostrado sin lugar a dudas que la represión de la sexualidad es una de las armas más importantes y efectivas en la lucha de clases y que ha contribuido en mucho a que la actual clase dominante pueda conservar, aunque sólo sea en forma temporal, su autoridad y poder. El movimiento Sex-Pol reconoció también claramente que sin libertad sexual no pueden ser liberadas las masas oprimidas. Es completamente superfluo discutir sobre cuál de las dos liberaciones ha de ser obtenida primero y cuál en segundo

lugar. La liberación tiene que ser llevada en forma paralela, tiene que ser determinada en común, y ser fomentada y fortalecida en común.

Volviendo nuevamente a nuestro libro, sólo queremos hacer conocer la opinión que sustenta con respecto a él la *Zeitschrift für politische Psychologie und Sexualökonomie* ("Revista de Psicología Política y Economía Sexual"), Copenhague, 1936, tomo 3; órgano oficial del movimiento Sex-Pol:

"El grupo psicoanalítico húngaro que actuaba bajo la dirección del malogrado profesor Alexander Ferenczi, tuvo siempre gran significación en el movimiento psicoanalítico y, por lo tanto, no carece de interés conocer su actual orientación.

De acuerdo a la orientación adoptada por los psicoanalistas alemanes, la de los húngaros puede servir como documento probatorio de hasta qué extremo el movimiento psicoanalítico, o mejor dicho sus representantes oficiales, se han alejado de los principios básicos del psicoanálisis. El punto de vista oficial ha sido documentado ahora por escrito en las críticas formuladas contra un libro que trata de representar la orientación del Sex-Pol. Se trata del libro de Béla Székely "La evolución sexual de la infancia". El autor pretende demostrar en su libro, con gran acopio de sabiduría y escrupulosidad, que la sexualidad del niño está dentro de la línea del desarrollo normal. Es a consecuencia de una represión de la sociedad que la trayectoria de este desarrollo normal de la sexualidad se desvía y aparece como manifestación la neurosis sexual. Béla Székely insiste en que sólo la liberación sexual de la juventud, en conexión con la liberación económica, puede preparar una liberación social de la sociedad. Por lo tanto, toda educación sólo puede ser, primordialmente, educación sexual. La conocida ética sexual de un Foerster y sus adeptos, tiende hacia una educación asexual, hacia la educación negadora de la sexualidad. El autor adopta una posición bien fundamentada, tanto psicológica como sociológicamente, contra este concepto e insiste en que sólo puede haber una ética sexual sana en una sociedad en la cual no sólo la clase dominante sino toda la sociedad sea la que determina lo que es ético y lo que es social.

El reconocimiento de la realidad de la sociedad actual no significa una sumisión, sino el ansia real de que el ser humano la domine y la modifique saludablemente. También en este sentido debe ser reconocido y utilizado el "principio de realidad", de Freud.

Es claro que la educación psicoanalítica sólo puede elegir entre dos posibilidades. O se pone al servicio del orden social establecido, cuya base psicológica consiste en la represión de la sexualidad, en cuyo caso desautorizaría los principios bási-

cos de sus propios conocimientos; o pone sus teorías y experiencias al servicio de la educación sana, en cuyo caso necesariamente chocará con la clase dominante.

El psicoanalista K. L. se considera autorizado a hablar en nombre del psicoanálisis oficial y protesta contra "la alteración y deformación de las comprobaciones científicas de Freud", considerando que es un "proceder completamente arbitrario el del autor el relacionar la investigación psicológica de Freud con la crítica del orden social imperante". Para él resulta algo "incomprensible"... que la antigua y sencilla prueba de la educación sexual del niño sea motivo de luchas sociales. Protesta porque se utiliza el nombre de Freud "como escudo para ocultar un juego falso", que confía a los psicoanalistas la liberación social.

Frente a esta opinión, todo comentario huelga. Es en realidad imposible discutir si se trata de un "proceder arbitrario" valorar sociológicamente la teoría de Freud al relacionarla con la crítica del orden social establecido. De acuerdo al concepto sustentado por K. L., existe un solo dogma freudiano, el cual vela por sí mismo, y todo otro trabajo científico no es nada más que proceder "arbitrario y simulación". Tampoco es difícil probar quién juega falso, en realidad, con el psicoanálisis: si aquellos que mediante la utilización de los conocimientos psicoanalíticos buscan en la educación la liberación sexual, o los que ponen las enseñanzas de Freud al servicio de una sociedad constituida de tal manera que su fundamento psicológico es precisamente el de la represión sexual. Es posible que el psicoanálisis "legítimo" sea este último, pero entonces hay que reconocer que es perfectamente lógico que todos aquellos que aspiran a continuar los trabajos de investigación científica de Freud partiendo de aquel punto en que estos "bien intencionados" psicoanalistas le volvieron la espalda, tengan que separarse forzosamente del movimiento oficial".

Hemos considerado necesario dar a conocer esta opinión ideológica sobre nuestro libro, para que el lector pueda explicarse por qué el autor, a pesar de ser psicoanalista, ha sido enjuiciado en una forma dogmática, pues el autor acepta en una forma puramente freudiana la teoría de lo desconocido, la teoría de la sexualidad infantil, la teoría del desplazamiento y de la resistencia, la teoría del choque entre el impulso y el mundo exterior, etcétera, y sin embargo, desea distanciarse del dogmatismo de aquellos psicoanalistas cuya unilateralidad y exageración es rechazada con justa razón.

Este distanciamiento de todo dogmatismo significa que el autor utiliza también aquellos elementos y conocimientos de la psicología del individuo de Adler, que en la práctica han de-

mostrado su utilidad y eficacia al servir a una sana educación sexual.

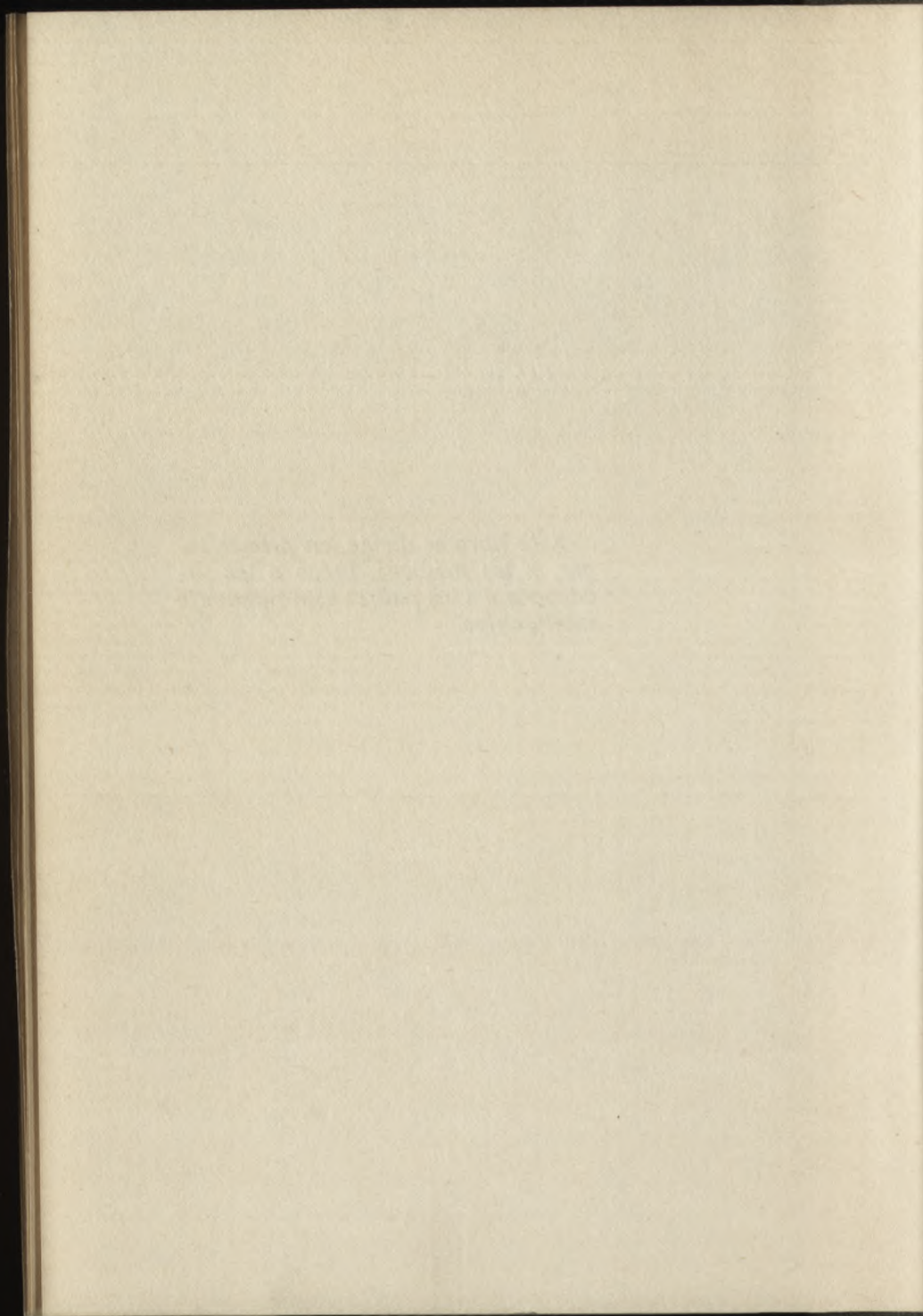
Este libro proporciona tanto a los técnicos como a los padres una valiente orientación científica, práctica e irrecusable, sobre la teoría y educación sexual freudiana. El autor sabe perfectamente bien que muchas de sus explicaciones no serán aceptadas, aún cuando ellas se basan por completo en aseveraciones científicas. Lo que pide, sin embargo, no es nada más que dos cosas: cuidado y prudencia no sólo en aquello que se afirma sino también en aquello que se niega.

De otro modo, tienen sua fata libelli. El autor confía en que esta edición castellana de su libro cumpla con su misión y contribuya a formar seres humanos sexualmente sanos, perfectos y felices.

Buenos Aires, noviembre de 1941.

B. S.

Este libro se dirige, en primer lugar, a los médicos, luego a los pedagogos y a los padres especialmente inteligentes.



CAPITULO I

LA EDUCACION SEXUAL

¿Podemos hablar de sexualidad infantil? -- El punto de vista de la educación ético-sexual. -- La moral sexual cultural y natural. -- Sexo y sexualidad. -- Las teorías sexuales de Freud. -- El sino de todo amor está ya decidido desde la infancia. -- Las tareas de la educación sexual.

El presente libro trata de la sexualidad infantil y de la educación sexual.

En todos aquellos problemas, harto difíciles, que están en relación con los fenómenos sexuales de la edad infantil, entramos en el laberinto del alma. Nuestro libro se propone indicar a padres y educadores —sobre quienes recae toda la responsabilidad de sus niños— el camino a seguir entre la Escila del “cuento de la cigüeña” y el Caribdis de la aclaración sexual completa, si quieren que el niño llegue a su pleno desenvolvimiento, desde los puntos de vista de la salud y de la sociedad.

Antes de pasar más adelante, es necesaria la solución de dos problemas previos.

He aquí el primero: *¿Es posible hablar de una vida sexual en el niño?*

Y el segundo: *¿Qué entendemos por educación sexual, y cuáles son las tareas de la misma?*

En torno a estas dos cuestiones, tres teorías diferentes pugnan entre sí.

I

Según la primera de estas teorías, el desarrollo sexual de la persona humana se inicia con la edad de la maduración sexual, la pubertad. Es natural que ya anteriormente a esta fase de la vida, se presenten determinados fenómenos que pueden tener correlaciones sexuales, si bien deben considerarse como anomalías del cuerpo o del alma infantil, precozmente corrompida.

Este modo de ver intenta fundamentarse en el hecho demostrado por la ciencia, de que las glándulas que segregan materias sexuales, no entran en función antes de la pubertad, y en que, por lo tanto, en ningún período anterior de la vida del niño, puede hablarse de "actividades sexuales".

Podría de ello deducirse la consecuencia lógica de que a partir de la entrada en juego de las glándulas de secreción interna, debemos considerar la sexualidad como un fenómeno natural e inevitable, de libre manifestación. Pero quienes condenan los fenómenos sexuales de la vida infantil, consideran la sexualidad misma como una pasión morbosa o pecaminosa del hombre, que éste debería encubrir. Criterio que parece inspirarse —aunque parezca cruel burla— en la frase de Goethe: *Geniessen macht gemein!* (El goce nos hace abyectos).

Todos aquellos padres y educadores que toman semejante actitud ante los problemas de la sexualidad infantil, en realidad, *reniegan de su propia infancia...* "Los padres olvidan las dificultades por las que pasaron ellos mismos, y están contentos de poderse identificar con sus propios padres, que tan duras cadenas les impusieran en su infancia", dice Freud. Comprendamos los móviles anímicos de este "olvido". No es dudoso que la infancia de todos estos padres, educadores y especialistas, estuviera tan llena de "pecados sexuales" como los conocemos en la vida de los niños de hoy. Esta infancia estuvo

igualmente corrompida y como envenenada por la conciencia de la culpabilidad en que también nos precipitara la educación de nuestros padres. Y nosotros mismos, en cuanto padres y educadores, ¿qué hacemos sino renegar de los niños que fuimos al identificarnos con nuestros padres, quienes hicieron, a su vez, lo mismo con los suyos? Así se suceden lentamente las generaciones paternas, transmitiéndose, unas a otras, la misma actitud ante el problema sexual, actitud que podría resumirse en estas palabras: olvidemos los sufrimientos de nuestra infancia. Romper esta cadena interminable, es tarea difícil: he aquí la causa —la resistencia a este esfuerzo— que nos lleva a condenar tan fácilmente, *a limine*, la sexualidad de la edad infantil y sus manifestaciones “criminales”. Ella explica el rubor de la madre al oír preguntar a su hijo “de dónde ha venido él al mundo”; su turbación o balbuceo cuando se le piden explicaciones sobre algún “secreto” o “misterio” que en nuestra propia infancia estaban condenados por vetos rigurosos. Y, sin embargo, hoy día sabemos que sólo podrá cumplir su misión educadora, aquel padre que haya conseguido liberarse de los recuerdos torturadores de su niñez y de la conciencia de culpabilidad que les acompaña. La verdad de esta afirmación queda ampliamente comprobada en toda la serie de problemas de esta índole.

La manera de ver un crimen o un delito, o un síntoma de degeneración físico-anímico en las manifestaciones de orden sexual de la vida infantil, impone como norma al desarrollo del niño pequeño, *la ética sexual de la sociedad adulta*, ya que sólo los adultos, y no los niños, pueden poseer una ética sexual. Este punto de vista rechaza la ideología científico-natural, y erige como ley aquella ética para la cual sólo es permitida la vida sexual dentro del marco del matrimonio, y aun sólo cuando en éste tiene por único objeto la procreación. El arma más potente de esta posición es la educación sexual actualmente al uso. Su única tarea consiste en evitar toda ocasión de que la sexualidad se manifieste. Frente a las ten-

taciones sexuales, esta educación dispone de un arma: la integración "ad absurdum" de la resistencia, el ascetismo más completo. "La fuerza de resistencia sexual es un problema mucho más de la *energía* que de la *voluntad*", afirma Foerster. Este autor somete, por tanto, la educación sexual a la formación del carácter. "El carácter ideal es aquel que está desprovisto de sexualidad" (1).

Toda sociedad ha tenido y tiene leyes propias para regularizar el asunto más personal de dos individuos de sexo distinto: su pertenencia sexual mutua. Pero las leyes de la moral, y especialmente las de la moral sexual, están sujetas a un cambio continuo, reflejo *del modo de ver predominante de la sociedad*. Este depende, forzosamente, de la clase social dominadora y expresa, por tanto, las finalidades y objetivos de la misma. Así, pues, también la ética sexual sufre cambios, a través del desarrollo de la sexualidad, y va cambiando incluso dentro del marco de la misma época. La moral con cara de Jano de nuestra era diferencia, por ejemplo, severamente entre varón y hembra, y lo que concede abierta o tácitamente al "*sexo fuerte*", lo niega frecuentemente al "*débil*". Y todavía puede cambiar la ética sexual dentro de la misma época y en el mismo sexo, según la capa de la sociedad a la cual el individuo pertenece. No obstante, lo que es lícito y lo que no lo es, queda determinado, siempre, por la clase social que domina. Huelga decir que la ética sexual cambia también según los pueblos. Lo que es considerado como muy moral entre los japoneses o los esquimales, puede ser juzgado inmoral entre nosotros, y viceversa. Naturalmente, frente a esta moral sexual en permanente cambio, la sociedad humana posee principios o leyes que parecen haber existido siempre y que, probablemente, existirán *in æternum*. No podemos imaginar, por ejemplo, una sociedad que autorice la cohabi-

(1) Fr. W. Foerster: *Sexualethik und Sexual-Pädagogik*. Munich.

tación sexual entre padres e hijos. Según los resultados de la llamada "psicología profunda", la formación de la sociedad actual se debe, ante todo, a la prohibición de la forma más ancestral del impulso sexual, o sea de la situación de Edipo; prohibición que constituye el *tabú* más antiguo y poderoso. (Dicho sea de paso: es preciso distinguir, dentro del marco de la "situación de Edipo", entre las constelaciones *padre-hija* y *madre-hijo*. Ambas representaciones simbolizan, desde luego, el incesto, y pecan contra un *tabú* primigenio; sin embargo, en las sociedades primitivas existentes, hoy día, se puede aún notar que el comercio sexual entre el padre y la hija no es juzgado con tanta severidad (1). En la práctica judicial de los pueblos civilizados, los casos de incesto son casi exclusivamente del tipo *padre-hija*). Y tampoco podemos imaginar ninguna sociedad moderna permitiendo el trato sexual entre hermanos, si bien en la historia de las civilizaciones encontramos sociedades de alto nivel cultural —Babilonia, Egipto— en las que el matrimonio entre hermano y hermana no sólo fué permitido, sino que era considerado como uno de los más envidiados privilegios de las clases dominantes. Los juegos de carácter sexual y hasta los intentos más o menos serios de coito entre hermano y hermana, no pertenecen a los fenómenos raros. Si hacemos abstracción del mencionado *tabú* del incesto y de las resistencias que suscitan las perversiones, nos encontramos en presencia de una moral sexual eternamente *cambiante*, que se arroga el derecho de juzgar las manifestaciones *permanentes* de nuestra sexualidad, que, cuando más, sólo podrían cambiar gracias a desarrollos milenarios.

Este antagonismo íntimo que existe entre los factores biológicos *constantes*, por un lado, y, por el otro, la ética sexual *cambiante*, nos impone la oposición entre una ética "natural" y otra "cultural" (2). El ideal de la

(1) V. Géza Roheim: *A csurunga népe*. Budapest.

(2) A. von Ehrenfels: *Sexualethik*. Praga.

ética sexual *natural* es el hombre vital y sano, realizando su vida sexual normalmente, en la forma de unión máxima del varón y la hembra en el amor. La ética sexual "*cultural*" es aquella en la que cristalizan los objetivos y finalidades de la capa social que en la sociedad predomina. Así, pues, el camino ideal de la evolución consistiría en el acercamiento, y hasta en la confusión, de las éticas natural y cultural.

Claro está que también la educación sexual debe ponerse al servicio de este objetivo ideal. La educación es una *ciencia*, y nuestra tarea no puede consistir en otra cosa que en servir a las finalidades prácticas de esta disciplina. Este será nuestro criterio para juzgar si podemos aplicar justa y debidamente aquella tendencia de la educación que, partiendo de las premisas de una ley moral eterna, inmutable e incambiable, niega, por una parte, la existencia de una sexualidad infantil y estigmatiza, por el otro, como enfermizos y pecaminosos los síntomas manifiestos de esta sexualidad. El más alto fin de la educación consiste, a nuestro entender, en la formación de hijos sanos, para una sociedad sana.

Por otra parte, ante el problema de la sexualidad, tampoco podríamos adoptar una actitud diferente de la que es preciso adoptar forzosamente ante los demás problemas de la educación: *debemos partir siempre del mismo niño*; conocer, ante todo, las leyes íntimas de la vida impulsiva del educando y su peculiar modo de pensar. Al juzgar las manifestaciones sexuales de la vida infantil, y al intentar hacer, sobre éstas, nuestra obra de educación, importa, ante todo, conocer las causas y los fines de las mismas. Sabemos, además, que para hacer del niño un ser sano, en ningún caso debemos forzarle a adaptarse bruscamente a la sociedad adulta. Al contrario, debemos ayudarle a que realice la gigantesca tarea de su adaptación a esta sociedad, al ritmo de sus procesos *íntimos* de maduración. No olvidemos, ni por un solo instante, que el mundo del niño es un universo autónomo y herméticamente cerrado, con propias y pecu-

liares leyes. Toda la labor del pedagogo descansa sobre el reconocimiento de esta verdad: sólo así es posible que el niño encuentre el máximo de facilidades para adaptarse a la sociedad, sin inútiles sacrificios, sin quebrantos en su salud física y psíquica.

La moral sexual, que a toda costa la clase social dominante quiere imponer a la sociedad, incluso a los niños, no hace sino pronunciar *juicios valorativos* acerca de las manifestaciones de carácter más o menos sexual de la edad infantil, declarándolas pura y sencillamente enfermizas y perversas. Ahora bien: o existen fenómenos sexuales infantiles de la niñez —y en este caso caen dentro de la normalidad—, o no existen, y entonces es la educación la que provoca dichos fenómenos. En tal caso, es necesario suprimir todos los factores de dicha educación: educadores, medio ambiente, la misma sociedad. Puede también darse el caso de anomalía física; pero ésta incumbe al facultativo competente.

No es posible resolver estos problemas apoyándonos exclusivamente en las premisas de la moral sexual, sino que es necesaria la comprensión psicológica, fundamentada en la exploración científico-natural. Es preciso decir aquí que la psicología no es una ciencia valorativa, no pronuncia juicios axiológicos, sino que hace constar hechos, y pone sus constataciones al servicio de la educación.

Naturalmente, no es imposible imponer al niño las leyes de la sociedad de los adultos. En realidad, la pedagogía sexual no ha venido haciendo otra cosa hasta la fecha. Sabemos cuál es el resultado que de ello se deriva: *una sociedad hondamente neurótica*, cuyos miembros conservan vivas las heridas de unos métodos de educación coercitivos y violentos. Esta “educación sexual” intenta imponer su código de moral sexual oficial —código que en la realidad no se observa por la imposibilidad de hacerlo observar— precisamente en los niños, buscando la línea de menor resistencia. Este “sistema pedagógico” *“quiere inculcar a la infancia la idea de*

que el mundo de los adultos es de una perfección moral absoluta, y que tan sólo el suyo, el del niño, está viciado por toda clase de perversiones. La sociedad de los adultos, que proclama la ética sexual del ascetismo, pero que en realidad está muy lejos de someterse a este precepto, llena inútilmente el alma del niño de una conciencia de culpabilidad y de remordimiento. Así abonado el terreno, se producirá fácilmente en el niño una neurosis que le incapacitará para adquirir luego, efectivamente, los postulados de una moral más sana y, por tanto, más elevada.

Desechamos, pues, muy enérgicamente, esta clase de "educación sexual" que *se basa en la mentira, y es inmoral, ya que hace del niño un enfermo y un neurótico.*

II

Otra actitud frente al problema que nos ocupa, es la llamada escuela de "la psicología del individuo", de Alfredo Adler. El adlerismo niega rotundamente el carácter sexual de los fenómenos de la vida infantil a los cuales se atribuye este carácter, y nos brinda una interpretación *social* de los mismos.

Según ella, las manifestaciones infantiles de índole sexual sólo pueden tener de sexual una apariencia; en realidad, lo que las provoca y determina no es la *sexualidad*, sino el hecho de *pertenecer a uno u otro sexo*.

Todavía no ha nacido el niño, y ya los padres toman su actitud de preferencia sobre uno u otro sexo. Por muy inocentes que parezcan estas preferencias, reflejan claramente la valoración social de los sexos, la diferencia fundamental que se les atribuye. Nuestra sociedad se basa en el predominio del varón. Según Adler pudo demostrar, la futura conducta del niño —su conducta sexual igualmente— está condicionada por la valoración que los padres y el ambiente hacen de uno y otro sexo. Pero los fenómenos sexuales no son sino *meras formas de manifestación* —"la sexualidad no es más que una

comparación", decía Adler— que traducen en realidad el cómo el niño desempeña su papel social de varón o hembra.

A juicio de Alfredo Adler no existe en el carácter femenino ni un solo elemento que lo distinga del carácter masculino. Según él, con su actividad psíquica la mujer no hace más que ocupar el sitio que le es asignado por la fuerza de los hechos. Adler creó el concepto de la "protesta varonil", entendiéndolo por tal el hecho de que en la sociedad actual la mujer ocupa un puesto secundario; que la niña, desde su más tierna infancia, llega, por lo tanto, a valorar su sexo, considerando su condición femenina como una causa de inferioridad frente al varón, y que este sentimiento específico de inferioridad —que tiene su origen en el sexo— trata de equilibrarse a través de distintas modalidades de "compensación". Esta compensación en que el alma femenina, protestando, se aplica a superar su sexo, y en que el hombre es la medida de sus afanes, es lo que Adler llama la "protesta varonil".

Este punto de vista nos permite ya comprender determinados fenómenos "sospechosos" de la sexualidad infantil; sin embargo, se inclina hacia una apreciación no menos falsa de los mismos, que el modo de ver anteriormente criticado. Para la psicología adleriana, no todas las manifestaciones de la llamada sexualidad infantil son consideradas como fenómenos normales y naturales, determinadas por el desarrollo del niño; muchas de ellas aparecen como la resultante de graves faltas cometidas por los educadores, y significan *avisos* que, aun no siendo graves ni fatales, demuestran la existencia de ciertos desarreglos en el desarrollo anímico.

Estas interpretaciones adlerianas de "la psicología del individuo" han propulsado considerablemente la labor psicopedagógica en el campo de la sexualidad, intentando, especialmente, que los padres rectificaran su falsa actitud valorativa respecto al niño, y promoviendo un estado de ánimo de neutralidad liberal ante el problema

de los sexos. Naturalmente, con esto no se hace sino disminuir la intensidad de la llamada "protesta varonil" que, según *Adler*, existe en uno y otro sexo, en virtud de la apreciación social exagerada del sexo varonil: el niño procurará conservar todos los aspectos de su superioridad, mientras que la niña intentará superponerse al niño, valiéndose de todos los medios a su alcance. La situación de "arriba" o de "abajo" aparece, pues, muy clara y característicamente a través del hecho de pertenecer a uno u otro sexo. En la lucha que —siempre según las teorías adlerianas— el niño, deprimido por su sensación de inferioridad, sostiene con la sociedad adulta, y aun *contra* esta misma sociedad, *la sexualidad no es sino un mero escenario, un campo de batalla*. El hecho de que *los adultos rodeen la sexualidad de tanta prohibición, misterio y discreción exagerada, da a la misma una importancia inconveniente*, que tiene como efecto una mayor atracción sobre el niño; sin esta aparatosidad estimulante, su existencia pasaría inadvertida. Todos estos fenómenos sólo *aparentemente* cobran un carácter sexual; lo que en realidad ha sucedido, es que la conducta de los adultos ha desplazado el combate, y éste cobra un sentido especial, que luego determinará la forma ulterior de la sexualidad, forzosamente neurótica. Las perversiones y perversidades de los años posteriores, la impotencia del hombre y la frigidez de la mujer encontrarían, así, su natural explicación, y tendrían su origen en una fase del desarrollo verdaderamente asexual. De todo ello se desprende que la psicología adleriana no reconoce autonomía alguna a los problemas sexuales, y que, por el contrario, sólo los admite como tales, en tanto que aspectos de un mucho más vasto problema: el de las relaciones entre el yo propio y el yo de los demás. Por consiguiente, la teoría y práctica de la psicología adleriana, no puede reconocer, tampoco, el concepto de la educación puramente "sexual".

III

El concepto de que los impulsos sexuales entran en acción a partir del nacimiento del niño, determinando ya entonces las directrices del desarrollo infantil, está representado por el psicoanálisis. Sigmund *Freud* fué el primero que intentó —en su obra *Tres estudios sobre la teoría sexual*, publicada en 1905— averiguar el contenido, la evolución y el sistema íntimo de la sexualidad infantil, basándose en las *ciencias naturales*. Desde entonces, han pasado más de 35 años. Tres decenios de intensa labor psicoanalítica han demostrado que las hipótesis de *Freud* se basan en sólidas realidades y han hecho, en su consecuencia, del psicoanálisis un método educativo *profiláctico*, más allá de toda meta terapéutica. El psicoanálisis ha aportado una interpretación nueva, científico-natural, de la sexualidad, y ha puesto, con ella, las nuevas bases de la educación sexual, a la que considera como la *superestructura psicológica* de la evolución social.

El primer mérito del psicoanálisis fué brindarnos una interpretación nueva y más amplia del concepto de la sexualidad. Antes de *Freud*, dicho término designaba únicamente manifestaciones concernientes a la cópula. Y era muy natural que desde este punto de vista se llegara a poner en duda la existencia de una sexualidad infantil, aunque no pudiera menos que reconocerse ciertos síntomas y fenómenos de índole sexual en el niño. La labor de investigación empírica ejecutada por *Freud* y sus discípulos condujo al resultado de que la cópula no es más que la coronación del desarrollo sexual iniciado por el mismo nacimiento. El claro reconocimiento de las concatenaciones del desarrollo sexual puso los cimientos de una nueva teoría unificada de la sexualidad.

Para comprender mejor la teoría sexual de *Freud* no será superfluo citar una declaración del mismo, de suma

importancia: "Las doctrinas de la resistencia y de la represión, de lo inconsciente, del significado etiológico de la vida sexual y de la importancia de las experiencias infantiles, son los elementos básicos del psicoanálisis".

En su último libro, *Moisés y la religión monoteísta*, que puede ser considerado como una síntesis postrera de sus teorías, remonta el origen de toda neurosis a una triple fuente primitiva:

"Primero: Todos estos traumas (de los cuales su consecuencia es la neurosis) se han producido en la primera infancia, hasta los cinco años de edad, aproximadamente...

"Segundo: Las vivencias respectivas han sido olvidadas completamente y, por regla general, no son accesibles al recuerdo... (Se trata de experiencias "reprimidas", para emplear la terminología freudiana).

"Tercero: Se refieren (esas vivencias) a impresiones de naturaleza sexual y agresiva, así como, seguramente, también a precoces daños sufridos por el yo (afrentas narcisistas)"...

El proceso del olvido está determinado por la *represión*. En el hombre operan fuerzas que reprimen los recuerdos, y que simultáneamente impiden que éstos vuelvan a aflorar a la *conciencia*. Es necesario observar ahora el contenido de estos traumas olvidados que, según las palabras citadas de Freud, es siempre de naturaleza sexual.

Antes de Freud, la noción tradicional de la sexualidad se refería exclusivamente al acto sexual entre el hombre y la mujer. El descubrimiento de Freud fué precisamente el de que la sexualidad no se inicia una vez lograda la madurez sexual del individuo, sino con el nacimiento, o, quizá, incluso antes del nacimiento, y de que el niño recorre diversas fases sexuales —la fase *oral* o *bucal*, la fase *anal* y la fase *fálica*—, consideradas como *perversas* en el sentido común (el niño es un *perverso polimorfo*, según palabras de Freud), entrando finalmente, como etapa terminal de una larga evolución, en la fase *genital*.

Este descubrimiento suscitó, naturalmente, una tempestad de protestas.

Freud escribe sobre el particular:

"Se pretende asignar a la infancia un carácter inocente, libre de ansias sexuales, y hacer coincidir la lucha con el demonio, con el período tumultuoso de la pubertad. Las actividades sexuales que no se podía menos que comprobar ocasionalmente en los niños, eran consideradas como indicios de degeneración, como señales de depravación precoz o como un curioso capricho de la naturaleza."

Freud se asombra de que no se haya comprobado ya antes la actividad sexual de los niños. Se cerraba los ojos a la realidad.

"Los padres se olvidan de las dificultades de su propia infancia y están contentos de poder identificarse con sus propios padres —dice Freud—, actuando, pues, frente a sus hijos como sus padres lo hacían cuando ellos eran niños."

Olvidándose de su propia infancia, los adultos olvidan la actividad sexual a que se han entregado de niños y se niegan a reconocerla en sus hijos.

Naturalmente, es preciso delimitar con precisión lo que debe entenderse por *sexualidad* en el sentido freudiano. El psicoanálisis "desprendió la sexualidad de su vinculación demasiado estrecha a los órganos sexuales y la interpretó como una amplia función del cuerpo cuya finalidad es el *placer*, y que sólo en un segundo plano está al servicio de la procreación". Entre los impulsos sexuales se cuentan también todas las ansias de cariño y amistad que solemos resumir en la ambigua palabra "*amor*".

Según Freud, tenemos que tener en cuenta dos grupos de instintos, los de conservación (instintos egocéntricos) y aquellos otros que sirven al Eros en el sentido platónico y freudiano. La *libido* —un nuevo concepto del psicoanálisis— es el impulso motor de los instintos sexuales, igual que el *hambre* es el impulso motor del

instinto de conservación. *Todo cuanto es impulsado por la libido, la energía del instinto sexual, tiene carácter sexual.* Esta sexualidad, lejos de tener por fin la procreación, aspira única y exclusivamente al *placer*. Schopenhauer, en *La Metafísica del Amor*, sostiene que la Naturaleza ha creado el goce para seducir al hombre a entregarse al "miserable oficio" de la procreación. Las teorías sexuales de Freud debían provocar una muy comprensible reacción. Resultaba difícil aceptar la idea de que los niños no eran unos inocentes angelitos; ello equivalía a reconocer, además, que nuestra infancia tampoco fué "pura", como nos hicieran creer, gracias a determinados mecanismos muy ventajosos del olvido ("amnesia infantil"), y a costa, naturalmente, de diferentes neurosis. La ética oficial de la sociedad de hoy tacha de culpable y pecaminoso todo cuanto sea sexual. Todo cuanto no se produzca con un fin supremo, dentro del matrimonio, es considerado lascivia. ¿Cuál debía ser la reacción de esta sociedad, ante una teoría que nos desenmascaraba a todos, demostrando que el verdadero contenido de nuestra vida sexual es la búsqueda del placer y del goce?

Este doble descubrimiento desagradable —a saber, que existe una sexualidad desde la más tierna infancia, y que la finalidad última de nuestra vida sexual es el placer—, se ha visto completado por otro, no menos desagradable. Nos referimos a la acusación dirigida por los psicoanalistas contra la moral sexual reinante, o, mejor dicho, contra los representantes de esta moral, quienes obligan al niño a *reprimir una parte de sus instintos sexuales en proporciones mucho mayores de lo que la sociedad tendría interés en reprimir.* (Es tal vez superfluo observar aquí que por *sociedad* entendemos toda la comunidad organizada en Estado, y no tan sólo determinada clase cuyas costumbres sexuales se imponen como norma al resto de la colectividad).

Se comprende que el psicoanálisis haya llegado a provocar, en ciertos países, una especie de lucha social. To-

das las reacciones surgidas contra sus revelaciones desagradables y comprometedoras, se han sintetizado en la acusación de que el psicoanálisis quiere reducir todo a lo sexual —“pansexualismo”— y que, por otra parte, propugna la libertad sexual más absoluta, cayendo con ello en la más franca inmoralidad.

La *teoría sexual* de Freud constituyó el primer choque violento del psicoanálisis con la moral de la sociedad actual, choque que aún no ha sido superado, ni ha perdido su violencia original. El mismo Freud lo caracteriza, diciendo:

“La sociedad está convencida de que nada amenazaría tanto su cultura como la liberación de los instintos sexuales y su retorno a sus fines primitivos. La sociedad no gusta, pues, que se le recuerde esta parte embarazosa de sus fundamentos. No siente ningún interés en que se reconozca la fuerza de los instintos sexuales y la significación de la vida sexual. Ha preferido en sus normas educativas, desviar la atención de esas cuestiones. De ahí que no soporte el resultado de las investigaciones del psicoanálisis y quiera estigmatizarlo como estéticamente repugnante, como moralmente condenable o peligroso” (1).

Cabe coincidir con Freud en que la teoría sexual es la parte más importante del descubrimiento psicoanalítico, y aunque se desmorone el edificio de las doctrinas freudianas, esta teoría —como dice él mismo— quedará en pie.

* * *

La disputa en torno al psicoanálisis ha tomado proporciones demasiado grandes para que podamos ocuparnos de ella. Nuestros fines son, por encima de todo, educativos, y nuestra conducta y actitud se propone contribuir al desarrollo sano del individuo, con vistas a una sociedad sana. Este objetivo está al servicio de una

(1) *Cinco conferencias sobre el psicoanálisis.*

ética superior; superior, por no estar ligada al tiempo, a una clase o a un sexo determinados. Las fuentes de esta ética son, por un lado, la *Naturaleza*, al fijar las condiciones precisas para la salud física y anímica, y, por el otro, la *Sociedad*, al procurar —por lo menos en la concepción de los más generosos pensadores— estas condiciones de una manera igual a todos sus miembros.

Nuestra finalidad exige que, incluso en el campo de la educación sexual, ayudemos al niño a encontrar el medio y el modo de satisfacer sus instintos, sin que se produzca un conflicto con la sociedad. Y para poder llevar a cabo esta importante labor, es necesario valorizar las manifestaciones sexuales sin prejuicio alguno, tan sólo desde el punto de vista psicológico, sin ver en ellos síntomas de perversidad. Cuando la psicología moderna —que es en realidad la ciencia natural de la psiquis— sistematiza científicamente el desarrollo natural del niño, durante el cual va conociendo nuevas, siempre nuevas estaciones de placer a través de su propio cuerpo, demuestra en realidad que dicho desarrollo coincide con el desarrollo sexual, y que el contenido íntimo de uno y otro es idéntico también.

Las teorías adleriana y freudiana, a pesar de sus notables diferencias, coinciden en un punto preciso, no puesto en duda por ningún psicólogo serio de nuestros días. Este es que durante los cinco o seis primeros años de vida se determina a grandes rasgos la personalidad. Antes de llegar al término de estos años, el niño se ha constituido en unidad coherente; todo cuanto le acontezca después, se desarrollará bajo el signo de este sistema de vida completamente formado. A base de las experiencias adquiridas durante estos años, el niño ha elaborado ya las actitudes a tomar en todo el curso de su vida. Durante estos años aprende igualmente “a dominar sus instintos” y, con ello, se adapta a las reglas de la convivencia social.

La tarea de la educación consiste en cobrarle lo menos posible por estas adquisiciones, esto es, hacer que

sufra el mínimo de perjuicios en su salud física y anímica. Todo niño perfectamente sano es capaz de conservar en equilibrio la "economía doméstica" de su psiquis, de realizar sus instintos sin sentimientos de culpabilidad. Y ello sin que su *yo* normal deje de condenar los impulsos asociales o transforme su energía en actividades útiles. El que el niño adquiera o no esta facultad, depende de la conducta de cuantos le rodean. Depende, en otra palabra, de *la educación*. Y he aquí por qué la educación moderna se muestra tan "optimista", ya que todo educador digno de este nombre sabe perfectamente que el niño lleva en sí todos los elementos capaces de producir la armonía de la psiquis y del cuerpo. Pero esta verdad carga a educadores y padres con una responsabilidad enorme; mayor todavía en cuanto a los instintos sexuales se refiere. No debemos olvidar que el niño pequeño pasa por experiencias sexuales a una edad muy tierna; que éstas pueden impresionarle profundamente y tener graves consecuencias para su desarrollo psíquico y físico. Todo niño puede ser el objeto involuntario de insultos sexuales de graves consecuencias para su psiquis, hasta el punto de determinarle inconscientemente actitudes sexuales que está lejos de comprender. La experiencia más grave de esta índole la tiene al sorprender la "escena primigenia" en el dormitorio de los padres. Pero también los animales domésticos y sus mismos compañeros de juegos pueden proveerlo de experiencias de tipo sexual. De la educación sexual depende cómo el niño asimilará luego, psicológicamente, esta clase de experiencias.

Uno de los más importantes resultados de la "psicología profunda" es aquel según el cual las experiencias habidas antes de los 5 ó 6 años condicionan ya todas las fases evolutivas de su sexualidad infantil, e incluso las formas de manifestación de la madurez sexual, realizada en la pubertad, y *las de la edad adulta*. La vida sexual de los adultos arraiga con finísimas raíces en la edad infantil, y se nutre de ella. El análisis de los en-

fermos adultos revela que la causa de las neurosis está en una fase de la sexualidad infantil que no se ha podido superar. El individuo no alcanza entonces el más alto grado de la evolución sexual —la “realización” sin reservas en la unión amorosa— y se produce, en cambio, una *regresión* a esta fase de la sexualidad infantil no superada.

* * *

¿Qué entendemos por “educación sexual”?

Entendemos la tarea de la educación en general —consistente en conducir hábilmente al niño—, aplicada al campo de la sexualidad infantil, con el fin de que se superen todas las fases evolutivas de esta sexualidad. Habremos conseguido este fin si hemos desarrollado en el niño un *yo* sano que sea capaz de mantener el equilibrio entre los impulsos que surgen de nuestra naturaleza y los postulados de la sociedad a la que nos hemos sometido. La educación sexual es, en este sentido, algo *negativo*, ya que consiste en la exclusión o supresión de todos aquellos motivos que podrían perturbar el desarrollo sexual, acelerado, o bien obligar a la energía a detenerse y a *acumularse* en un punto determinado de la evolución. Los factores de aceleración pueden provenir de experiencias sexuales precoces; del cuidado exagerado del niño en la higiene de las partes genitales y del ano; de las lavativas, de la aplicación del termómetro en el ano, etcétera. Los factores que suelen detener y perturbar la evolución sana, son: el temor, el miedo, la coerción, los castigos, la vergüenza y el sentimiento de culpabilidad. Motivos, éstos, que intervienen en la vida infantil por instigación del ambiente.

La exclusión en la medida posible de estos factores no significa aún, desde luego, una educación *hacia* y *para* la sexualidad, sino que significa, eso sí, que ya desde los años decisivos de la niñez es preciso poner las bases a una vida sexual ulterior completamente sana. Los sistemas antiguos de educación hacen precisamente

todo lo contrario. O, cuando menos, dejan al niño sin orientación alguna en este sector de la vida.

“No podemos reprochar solamente a la educación actual la ignorancia en que deja a la juventud sobre la importancia de la sexualidad en su vida. Pero cuando la autoriza a andar por el mundo con tal defectuosa orientación psicológica, procede como si proveyera a los participantes de una expedición polar con trajes de verano y los mapas de la Italia del Norte”. Así escribe Freud en su libro *El desagrado de la cultura*. La falta de esta orientación repercute en toda la vida posterior del niño. Semejante educación obliga a éste a reprimir las manifestaciones de sus impulsos sexuales, y no le enseña a diferenciar entre lo que es social y lo que no lo es. Con ello no se obtiene más que una aparente y engañosa tranquilidad del instinto. Reprimido éste en el fondo del alma, se entrega a una labor destructora, para irrumpir luego por caminos tortuosos y máscaras diversas del inconsciente a la superficie de la conciencia, y reducir al hombre a su dominio.

Nuestro objetivo es completamente distinto. Queremos que el hombre llegue a dominar su sexualidad. Pero no de modo que reprima sus impulsos sin selección ninguna, sino, por el contrario, realizándolos armoniosa y definitivamente en la dualidad de varón y hembra que se pertenecen y se encuentran en el amor. Nuestro ideal educativo arranca de *aquella ética sexual superior fundamentada, desde el punto de vista sexual, en la monogamia, y desde el punto de vista de la sociedad, en el matrimonio de varón y mujer unidos por su amor*. Y nuestro método es el de la exploración científico-natural, y no el de la ficción y la doblez, empleado por una sociedad mentirosa, desde hace ya mucho tiempo en contradicción consigo misma.

La suerte de todo amor está ya echada desde la niñez. Lo mismo puede decirse respecto a los matrimonios, y, con ellos, a las generaciones futuras. Los padres cuya sexualidad infantil fué reprimida como pecaminosa o

perversa, no podrán llevar a cabo una "sana" educación de sus hijos en el aspecto sexual, sino gracias a una gran abnegación personal y a la abjuración de sus ideas anticuadas. Deberán, ante todo, conocer claramente las manifestaciones propias de la sexualidad infantil. Sin supervalorarlas, pero tampoco sin quitarles importancia. O, dicho de otro modo, sin ni tan siquiera valorarlas: "verlas" únicamente y tomar conocimiento de ellas.

Por consiguiente, nuestra más importante tarea consiste en mostrar a padres y educadores los *dinamismos* que determinan el desarrollo de la psiquis a través del sexo y de la sexualidad (dada la íntima relación que entre ambos existe). Casi todos los fenómenos de la vida sexual del niño se mueven en la región limítrofe de la neurosis. Cuando ello sea necesario, la más justa medida de los padres será delimitar las fronteras entre manifestaciones normales y síntomas neuróticos. Pero aun en este caso, no deberán aplicar castigos, sino buscar los remedios adecuados.

* * *

Finalmente, no podríamos pasar por alto el problema de la llamada *aclaración sexual*, hoy día en boga. Este libro no sirve a las "aclaraciones sexuales", sino a la educación sexual. Una cosa es completamente diferente de la otra. La aclaración sexual constituye, naturalmente, una parte de la educación sexual, pero de ninguna manera puede equipararse a ella. Toda aclaración sobre materias sexuales, aplicada en forma inadecuada y en mal momento, es mil veces más peligrosa que el cuento de la cigüeña. Este, al fin, es sólo un cuento, y la aclaración es un problema del intelecto. El objeto de la educación es, sin embargo, la vida *afectiva* del niño, que se va formando por su desarrollo sexual. Nosotros nos proponemos descubrir las leyes de esta afectividad e influenciarlas de tal modo, que miedo, vergüenza, coerción anímica y sentimiento de culpabilidad —factores todos que influyen a través de la afectividad y no del inte-

lecto— dejen de poner trabas al libre desenvolvimiento y a la salud del niño. Sabemos perfectamente que en la realización de nuestra empresa chocaremos con numerosos prejuicios; con una falsa moral que cuenta con mayor número de promulgadores que de seguidores.

El padre, educador o especialista que haya llegado a la decisión de explorar el camino sexual de los años infantiles, y no aplica ya los castigos que prescribe esta falsa moral, ha tomado, automáticamente, posición ante el problema “¿Qué hacer con nuestro niño?”. ¿Será un hombre sano aquel que es capaz —incluso en el terreno sexual— de colaborar en la formación de cimientos éticos nuevos, desprovistos de hipocresía, o bien el ejemplar humano típicamente neurótico, tan frecuente en nuestros días, que esconde cuerpo y alma bajo una capa de artificios? Aquel cuyo cuerpo inflija un mentís a su alma, aquel cuya alma desmienta a su cuerpo, es, en último análisis, un hombre infeliz.

* * *

Dos modos de ver se encuentran, pues, con férrea consecuencia. El uno prohíbe, acusa y castiga. El otro explora, explica y conduce conscientemente. Ahora bien, *¿qué es educar sino “conducir”?* Quien conduce va a la delantera, es un vanguardista, abre caminos nuevos. He aquí el objetivo de la presente obra. El padre o educador que se propone acompañarnos en nuestro camino, tendrá que liberarse, más de una vez, de sus propias tradiciones infantiles, de su propio *yo* pasado. A cambio de este esfuerzo, su educación hará del niño un ser más libre y feliz de lo que hemos sido y somos nosotros mismos.

Una generación no ha cumplido su misión si no ha logrado promociones humanas más felices que ella misma. Tal vez hoy día existan ya padres, médicos, maestros, capaces de impulsar una generación que sepa cumplir mejor su destino en la tierra.

CAPITULO II

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

¿Qué comprendemos por "instintos sexuales"? -- Sexualidad y carácter. -- Las tres fases de la evolución sexual. -- El chupeteo. -- La evacuación como fuente de placeres. -- La formación de los sentimientos de culpabilidad. -- Sadismo y masoquismo. -- El sentido sexual de los palos administrados al niño. -- La bifurcación del carácter en masculino y femenino. -- La fase fálica. -- Desnudez y pudor. -- La homosexualidad del niño perverso. -- Los juegos sexuales de la edad infantil.

"El instinto sexual del adulto se forma de tal manera que las múltiples oscilaciones de la vida infantil se organizan en una sola unidad orientada a un solo fin."

Partiendo de esta tesis freudiana, seguiremos paso a paso esas múltiples oscilaciones para poner al servicio de la educación las experiencias realizadas. Con vistas a ello, es necesario, ante todo, ponernos de acuerdo acerca del sentido de la palabra *sexualidad*. Desde el punto de vista práctico, parece útil ensanchar el concepto de la sexualidad lo más posible; entendemos, pues, por ésta, todos aquellos fenómenos físicopsíquicos detrás de los cuales podemos suponer la energía impulsora del instante sexual, la libido, al servicio de la evitación del dolor y de la eterna persecución del placer. Ignoramos por completo cuál es el contenido de la sexualidad; Freud es el primero en reconocerlo así. Ningún motivo nos permite poner en duda que la pasión del niño que chupetea tenga otro contenido sexual que la pasión de besarse, en los enamorados adultos. Según escribe Oswald Schwarz (1),

(1) Oswald Schwarz: *Sexualität und Persönlichkeit*, Viena, 1934.

“por impulsos sexuales comprendemos la impulsión (Drang) que tiende a la solución tranquilizadora de una excitación especial *sui generis*, impulsión que no somos capaces de describir de más cerca, a causa, precisamente, de éste su carácter peculiar, que todavía menos podríamos deducir de otras sensaciones”.

Para juzgar todos estos fenómenos, podemos proceder de dos maneras distintas: explicarlos a base de la relación existente entre *el niño y el ambiente*, y este modo de ver aclara muy a menudo el problema hasta el punto de que nos permite la deducción de los principios educativos a seguir, y nuestra actitud y las formas que adoptaremos en nuestra conducta. Para ello, nos valdremos de las enseñanzas de la teoría adleriana. Además, será preciso aceptar, al mismo tiempo, otra tarea más difícil: junto a la interpretación puramente mecánica de la superficie total, debemos buscar las causas íntimas más profundas, radicadas en el fondo más profundo del alma; esto es, las causas dinámicas. Los resultados científicos del psicoanálisis freudiano nos brindan, para ello, un medio muy valioso. Mas como nuestro propósito no es el de dar a conocer al lector las teorías de las diferentes escuelas de psicología, fijaremos, ante todo, nuestra atención, sobre aquellas investigaciones encaminadas al conocimiento y a la comprensión de las actividades sexuales del niño. Como hemos visto anteriormente, uno de los medios de que nos valdremos, es el análisis de los adultos. Por él hemos visto que las raíces de la vida sexual adulta arrancan de la niñez, y que junto y a pesar de la primacía que naturalmente corresponde a la cohabitación, encontramos en el adulto la supervivencia de todos los elementos de la sexualidad infantil. Así, por ejemplo, la función sexual del *beso* remonta a aquella época de la vida infantil en que el aparato sexual primordial fué la *boca*. Durante mucho tiempo, este análisis de los adultos ha sido la única fuente de conocimientos. Otra nueva se ha descubierto poco a poco: *el alma infantil*. Mientras

que todo análisis de los adultos sólo servía para sacar conclusiones retrospectivas sobre la niñez, dejando libre campo a la especulación científica, el análisis de los mismos niños reveló los secretos de la psiquis infantil; esto es, *un mundo de fantasías netamente sexuales*, junto a un cúmulo de fenómenos que permitían interpretaciones diversas. He aquí un ejemplo característico: la masturbación infantil. Según la psicología adleriana, este pequeño placer físico indemniza al niño del amor que no ha podido obtener. Así, pues, la masturbación carecería de significado sexual. Y, sin embargo, podemos afirmar que es un *acto sexual*. Basta, para convencerse, descubrir las fantasías que lo acompañan. La exploración de la vida anímica del niño, demuestra que más allá de los fenómenos puramente exteriores, todo el contenido íntimo de la psiquis infantil, abunda en motivos sexuales.

No debemos olvidar tampoco las experiencias realizadas por el psicoanálisis en la terapéutica de las neurosis. Ellas demuestran que la raíz de esta enfermedad se encuentra siempre en una u otra fase de la evolución sexual del niño; fase que éste no ha podido superar en forma adecuada.

Estas experiencias indican ya el camino a seguir. Desde el punto de vista del pedagogo, es posible y hasta lícito conciliar los modos de ver freudiano y adleriano. De modo que podemos sentar la conclusión de que la educación debe, fundamentalmente, entrever con claridad el desenvolvimiento sexual natural del niño y apartar de su camino —siempre que dicho desarrollo no choque con las prescripciones de la sociedad— todo motivo perturbador; y, al mismo tiempo, regularizar las relaciones existentes entre el medio ambiente y el niño, de tal manera que la sexualidad no llegue a ser nunca un arma en manos de este último, en su lucha constante con el adulto y —si no tiene otra salida— consigo mismo.

Todo lo antedicho nos facilita considerablemente la tarea de acompañar, paso a paso, el desarrollo sexual del niño. Pero para comprender dicho desarrollo será preciso hallar solución a tres problemas previos: *cuál es la causa que lo impulsa, sus características principales y su finalidad*. Lo más oportuno es observar rigurosamente los esquemas de las interpretaciones freudianas. Si por un lado estas interpretaciones han desencadenado múltiples reacciones tendientes a desfigurar los asertos psicoanalíticos, por el otro, brindan grandes ocasiones a la especulación. Freud no sólo fué el primero en sistematizar todos estos fenómenos, sino que, hasta la fecha, es el único que ha aportado un sistema oportuno, desde el punto de vista educativo, basado totalmente en la Psicología. (Otro autor, la profesora Carlota Bühler, ha omitido precisamente motivar en la psicología su sistema pedagógico). Como todo sistema, también el de Freud resulta algo rígido, sobre todo si lo aplicamos de un modo dogmático; pero si nos remontamos hasta los escritos de su creador y primer intérprete más autorizado, encontramos un método científico de gran utilidad.

Freud considera como causa primordial, provocadora de la sexualidad infantil, la búsqueda —por la imitación— de la satisfacción experimentada durante otros procesos orgánicos. Así el niño de pecho, por ejemplo, imita el chupeteo que le es necesario durante la función alimenticia. Otra causa es la excitación de las zonas erógenas. Y debemos contar también los instintos de ver, de mostrar y de la crueldad, sin saber cuál es la fuente de ellos.

He aquí los rasgos característicos de los fenómenos sexuales que se observan en la niñez, según el mismo autor.

1) El hecho de que siempre se enlazan con una función corpórea de gran importancia para la vida humana, independiente por completo de la sexualidad (en la

primera infancia, la lactancia, o sea la función alimenticia).

2) El autoerotismo. El niño busca la satisfacción de su excitante sexual en él mismo, en completa independencia de todo y de todos. Este erotismo no tiene, por tanto, ninguna relación con la llamada "atracción de los sexos".

3) El hecho de que determinada parte del cuerpo, preferentemente una mucosa, esté sujeta a la dominación de una llamada "zona erógena".

* * *

Para aclarar definitivamente este problema, no debemos pasar por alto el objetivo que los instintos sexuales infantiles pueden perseguir. Se trata de la supresión de un peculiar estado de tensión íntima, en sí har- to penoso; supresión que se opera mediante la exposición de la zona erógena a un excitante externo. En las fases evolutivas mencionadas, el niño pequeño manipula con estos excitantes externos. Las zonas erógenas empiezan a producirse en las superficies sensibles de la piel del recién nacido, y van extendiéndose a todas aquellas partes del cuerpo —mucosas— de mayor excitabilidad; dichas partes son, pues, eminentemente aptas para servir de instrumentos desencadenadores del placer de la satisfacción. La boca es la parte del cuerpo primeramente sometida al servicio de la sexualidad infantil; luego, el ano, para acabar en el órgano genital del niño (falo). En esta época, éste no es más que una mera fuente de placeres erógenos rudimentarios, y está muy lejos de servir todavía la satisfacción plena y completa de la cohabitación. (Por qué en esta fase evolutiva, el falo es la fuente de placeres tanto para el niño como para la niña, es cuestión que abordaremos más adelante). Freud determinó, paralelas a esta evolución, tres fases subsiguientes de la sexualidad infantil: la fase bucal, la fase anal y la fase genital.

Esta evolución se prolonga hasta la edad de cinco a seis años. A partir de ella, comienza una época de neutralidad o indiferencia hacia las cuestiones sexuales, que durará hasta la edad puberal. Esta época suela llamarse de la "latencia sexual". Con ella, la Naturaleza parece indicarnos la necesidad del reposo después de un trabajo difícil: la evolución laboriosa de los años anteriores. El niño, gracias a la enseñanza, acaba por llegar a una nueva fase de su desarrollo intelectual: *la de la sublimación*. Pero recordemos ahora aquella afirmación, tan importante, según la cual el niño posee ya, a la edad de cinco o seis años, una pequeña personalidad en cierto sentido acabada y "madura". Y veremos en lo expuesto un nuevo dato que confirma que las bases de la sexualidad están ya echadas.

* * *

Antes de proseguir, queremos llamar la atención sobre un aspecto muy importante de la cuestión que nos ocupa, precisamente desde el punto de vista educativo. Se ha estudiado profundamente la correlación que existe entre la sexualidad infantil y la *formación del carácter*. "Lo que en una persona solemos llamar carácter, se construye, en su mayor parte, a base de materiales sexuales", afirma Freud. A cada fase de la sexualidad infantil, corresponde una determinada forma de carácter. En Europa central, es corriente referirse a estas relaciones, especialmente entre las que existen entre la fase más típica, la anal, y el carácter, hablándose incluso de "caracteres anales". De ello hablaremos más detenidamente al ocuparnos de las tres fases mencionadas, pero ya aquí queremos hacer constar que la educación sexual es siempre una educación total, cuyo objetivo es la formación del carácter. Es curioso que llegue precisamente a este resultado, un adversario tan decidido de la educación sexual, como es el máximo defensor de la educación ético-sexual, Foerster, al decir:

“La personalidad no es más que la sexualidad transformada”.

Recién llegado al mundo, el bebé es sumergido en el baño. Después del primer dolor —el mismo nacimiento— el baño es el primer placer que experimenta. El agua tibia envuelve el pequeño cuerpo como suave terciopelo; el niño podría creerse de nuevo en el antro purpúreo del vientre materno, en las aguas que rodean al embrión, este verdadero paraíso personal. Experimenta dicho placer a través de toda la superficie de su cuerpo, de su piel, llena de finos poros, fácilmente excitable. El baño repite las caricias intrauterinas de las aguas embrionarias. Es muy natural que nuestra piel, esta primera gran fuente de placeres, se acuerde de ello toda la vida, deseando su repetición. Si alguien nos quiere, deseamos que nos acaricie.

Las caricias son, al mismo tiempo que manifestaciones de cariño, manifestaciones de amor. El bebé llega al mundo reducido a un estado de completo desamparo, y moriría si no le esperaran en él los brazos de la madre, dispuestos a protegerle y a defenderle. Según Adler, existe una predisposición en el niño para recibir estas caricias. A esta preparación instintiva y ancestral ha dado el nombre de *Zärtlichkeits-Bedürfnis* (“necesidad de cariño”). Esta necesidad íntima es, en realidad, el contenido más profundo de todo amor y de toda sexualidad. Y su manifestación exterior, es el deseo de la caricia y del beso.

Freud atribuye a este cariño —el cual se expresa principalmente, como acabamos de ver, en las caricias— un sentido netamente sexual: “el cariño es una sexualidad inhibida de su objetivo (*die Zärlitchkeit ist zielgehemmte Sexualität*). Desde luego, también con palabras pueden dispensarse caricias. Pero que en realidad son las caricias, es decir, la excitación de la superficie erógena de la piel, lo que únicamente importa, queda patente por el hecho sin duda curioso, de que determinados pueblos primitivos se saludan, en vez de besar-

se, frotándose mutuamente las narices. Esto es, en dichos pueblos, una señal de cariño y amor. En ciertas fantasías infantiles, se encuentran frecuentemente motivos semejantes: un niño se imaginaba, por ejemplo, que el acto de la fecundación consistía en el frotamiento de las partes traseras de los padres, unas contra otras.

LA FASE BUCAL

El primer capítulo importante del desarrollo sexual es la *fase bucal*.

En las operaciones cesáreas, cuando la madre resulta incapaz de dar a luz por sí sola y arrancan el fruto de su cuerpo por su vientre, se da el caso a veces de que el bebé aparezca teniendo un dedo en la boca, chupeteándolo. El chupeteo "es la primera pasión seria y verdadera del recién nacido", pasión que —según lo indican los casos mencionados— ya trae consigo al mundo en el momento del nacer. Ya en su vida intrauterina se divertía de esta manera, según parece. Pero es evidente que la inmensa mayoría de los recién nacidos no llegan al mundo mediante operaciones cesáreas, de modo que los bebés que nacen chupándose el dedo son bastante raros. Así, tómese el caso que acabamos de citar como una mera indicación, y pasemos ahora a examinar qué papel tiene, en el desarrollo normal del bebé, la boca, o sea la zona erógena.

Amplíemos un poco el sector de nuestras observaciones, por el hecho de que los niños no maman todos de la misma manera. Hay bebés que ya a los pocos días de edad, muerden y pellizcan el pezón del pecho materno. Podríamos tener la impresión de que este mascar y morder el pezón, es algo completamente independiente de la lactancia, cuyo único objetivo sería el descubrimiento de una nueva modalidad de la obtención de placer. Pero podemos hacer aún otros descubrimientos también. Durante la lactancia la manecita del bebé tampoco queda inactiva. Tras cierto "entretenimiento", la pe-

queña mano del bebé acaba por ponerse en algún sitio donde reposa con una regularidad sistemática, ya en su propio cuerpo, ya en el de su mamá. Muy a menudo, la mano del recién nacido llega a parar en su propio sexo minúsculo, que se manosea mientras mama. Sin embargo, se ve aún más frecuentemente que durante el proceso de la lactancia muchos bebés juegan con la oreja de su madre, y conservan esta costumbre durante largo tiempo, aún después del momento del destete. Parece que el chupar y chupetear corren parejas con estas manifestaciones del "instinto de asir". Podemos admitir que interviene, ya aquí, la primera aparición el instinto de "tomar posesión" de un objeto.

Estas experiencias han hecho necesario admitir dos subperíodos dentro de la fase bucal. El primero se caracteriza por el chupeteo, mientras que durante el segundo aparecen unos rasgos un tanto "canibalísticos": el morder el pezón, así como el hecho de que el bebé lleva todo a la boca, como si quisiera "comerse el mundo."

* * *

Nos parece que nos será provechoso observar los mecanismos anímicos y fisiológicos del chupeteo, desde el punto de vista de las distintas teorías psicológicas.

El nacimiento es la primera catástrofe que le sobreviene al hombre; ha tenido que dejar el refugio cálido y tranquilo que le brindaba el seno materno. El lenguaje de muchos pueblos primitivos usa el mismo término para el útero y el paraíso. Según Freud, el hombre no consigue jamás compensar la pérdida de este estado paradisiaco y siente la nostalgia del seno materno. Stekel, un discípulo de Freud que posteriormente se distanció de él, opina que este estado paradisiaco es tan bello, que es preciso olvidarlo para poder soportar la vida posterior. El nacimiento, el paso penoso por la vagina (en el Epos de la Biblia: la expulsión del paraíso), es también una catástrofe fisiológica para el niño, que en-

cuentra su equivalente psíquico en el *miedo*. El psicoanalista enseña que la angustia que experimenta el hombre, tiene su fuente primitiva en este acontecimiento terrible del nacimiento. Rank afirma que el "trauma del nacimiento" es la raíz originaria de todos los síntomas de angustia. La segunda catástrofe que le ocurre al lactante es el *destete*. Se trata de una imposición de la sociedad que el hombre, en su inconsciente, no perdona jamás a su madre. Sabido es que en los pueblos primitivos las madres amamantan a sus hijos hasta que éstos encuentran por sí mismos el alimento susceptible de reemplazar la leche materna.

Para el recién nacido, la madre representa el contacto con todo el mundo circundante, y esto a través de la recepción del alimento. La madre llega a ser la principal fuente de placeres. Sin embargo, esta fuente de placeres no está siempre a la disposición del pequeño. La madre —u otra persona que desempeña las funciones maternas— regula con el reloj en la mano la duración de la lactancia, y con una balanza pesa la cantidad de leche que el niño ha recibido. Es muy natural, pues, que el niño no quede satisfecho al ver que este gran placer de su pequeña vida no se prolonga como él quisiera, por lo cual intenta encontrar una substitución para el pezón perdido. Y puesto que no puede encontrar ningún otro substituto adecuado para procurarse el goce deseado, coloca su dedito entre los labios, chupándolo. Es evidente que en esta manipulación, el instinto alimenticio no interviene para nada, ya que no puede encontrar satisfacción. Estamos aquí en presencia de la primera realización de una experiencia que tendrá importancia para la vida ulterior. *La lucha más ardua del hombre, verdadera lucha de vida o muerte, se sostiene desde el primer momento del nacimiento con vistas a obtener amor.* Cada uno de nuestros actos está determinado, en realidad, por este hecho, positiva o negativamente, y ello se esconde en el fondo de todos nuestros pensamientos. La primera fuente abundante de cariño

y de amor es, indudablemente, el pecho materno que nos da la leche, nuestro primer alimento. Pero como esta fuente no está a la disposición ilimitada del niño, y puesto que su deseo no queda cumplido, es natural que el pequeño intente procurarse algún otro medio para la satisfacción de sí mismo. El chupar los dedos no sería, pues, otra cosa, sino una pequeña indemnización por la pérdida del seno materno. Estamos todavía en los comienzos de la vida, pero podemos observar, ya desde ahora, que un niño que chupetea por el estilo —si no se logra quitarle esta primer costumbre— se asirá aún más tarde, durante toda su vida, espasmódicamente, a cada pequeño placer. Pero puesto que su experiencia primitiva le enseña que no puede esperar dicho placer de ningún otro, por lo menos en la medida en la que él desearía obtenerlo, se vuelve hacia su propio fuero interno, se ocupa preferentemente de sí mismo, y sólo con ciertas dificultades será capaz de establecer contacto con los demás. Esta clase de niños que chupetean, llegan a acostumbrarse a satisfacerse por sí mismos hasta tal punto, que luego ya renuncian a esperar amor y cariño de los demás y, en su vida amorosa y sexual ulterior, no creen poder obtener el amor de nadie. Naturalmente, esta conclusión es tan precipitada como exagerada, pero, de todos modos, es una interesante ocasión para obtener datos acerca de la formación del carácter en la primera fase que nos ocupa. El chupeteo —sobre todo en aquellos bebés que reciben la leche desordenadamente o en cantidad insuficiente, o que se ven privados del cuidado cariñoso— puede llegar a ser una verdadera pasión. Cuanto más enérgica sea nuestra voluntad de hacerle perder al niño esta costumbre, tanto más decidida será su actitud de protesta que se expresa precisamente en el chupar, como si con este gesto nos dijera: “¿Qué quieren? ¡No los necesito!” Esta es la explicación que da Alfredo Adler al chupeteo. Según él, no se puede atribuir, pues, ningún sentido sexual a este fenómeno.

En ésta su opinión, la psicología adleriana no está sola; también la escuela de la *conducta* del norteamericano Watson llega a idénticas conclusiones. El recién nacido trae consigo todo un sistema preformado: el mecanismo del chupeteo. Tan pronto como sus minúsculos labios tocan el pezón materno, ya saben chupar, con un saber primigenio preexistente. (Resulta ser un caso gravísimo cuando el bebé no sabe chupar, ni aprende el chupeteo). La función íntima de la elaboración de los alimentos ingeridos se enlaza con este reflejo primigenio de los labios. Ahora bien, tal como en la famosa experiencia del perro de Pavlov, los jugos gástricos quedan segregados tan pronto como el animal perciba el sonido que de costumbre acompaña la presentación del alimento, también las funciones alimenticias endógenas del bebé se efectúan sin interrupción, tan pronto como los labios emprenden los movimientos del chupeteo.

Veamos ahora, frente a estas dos explicaciones psicológicas que no atribuyen carácter sexual alguno al chupeteo, la explicación freudiana, mucho más concluyente, y a través de ella, toda la formidable metodología por la cual la moderna "psicología profunda" procede a la interpretación de esta clase de fenómenos.

Según la hipótesis del psicoanálisis freudiano, el chupeteo ya no tiene nada que ver con el placer de la recepción de alimentos. La boca, como zona erógena, cobra un nuevo placer funcional, mediante el chupar el dedo y la subsiguiente excitación de los labios. (Como lo hemos visto más arriba, con motivo de los casos mencionados de operación cesárea, hay bebés que descubren este placer ya durante la vida intrauterina). Verdaderamente, sería difícil poner en duda el hecho de que chupar es un placer que, a veces, no tarda en transformarse en verdadera pasión.

Para justificar el carácter sexual del chupeteo, el psicoanálisis llama la atención sobre el hecho de que la actividad placentera de los labios, acompaña al hombre a través de todas las fases de su vida. En el curso del des-

arrollo normal, el chupeteo se transforma en el *beso*, este acompañamiento obligado de las realizaciones sexuales, la preparación del coito y no raras veces, su substituto. El niño de pecho pellizca el pecho materno; incluso este detalle se conserva en los juegos sexuales de los adultos, y la superficie cutánea chupada por los besos es a menudo un trofeo de orgullo. Sin embargo, del recuerdo de esta fase del período bucal puede derivarse una perversión, llamada *felación* o *cunilingo* que puede transformarse en una neurosis tan grave que el enfermo nunca más podrá liberarse de esta forma, para él exclusiva, de la sexualidad.

También las dos principales funciones de la boca, aparentemente desprovistas de todo elemento sexual, el comer y el hablar, nos brindan preciosas indicaciones acerca de esta fase de la sexualidad infantil. El hombre al que le gusta la bebida, no es forzosamente un borracho: la bebida no se toma meramente con vistas a la ebriedad. El hombre glotón tampoco come tan a menudo únicamente para llenar su insaciable estómago, sino lo hace ante todo para excitar las mucosas de su boca mediante el gusto de los platos. Lo que importa, es el paladar y no el estómago. Los análisis de neuróticos muy entregados a comer o beber con exceso, nos demuestran que en estos casos se trata de una extensión y ampliación de la fase bucal de la obtención de placeres. El fumar —es lo mismo si se fuma cigarrillos o la pipa— tampoco sirve únicamente a obtener un excitante o estimulante, sino también para procurar un placer a los labios. La pipa que se apaga y el cigarro que se masca continuamente, son muy a menudo una mera señal *exterior* de ciertas perturbaciones interiores de la sexualidad, perturbaciones cuyo origen debe buscarse, según el psicoanálisis, en la fase sexual bucal de la infancia. El eterno mascar del *chiclé* (goma de mascar) de los yanquis, o del bethel de los orientales, son pasiones que se explican por el mismo mecanismo. El análisis de un hombre neurótico nos permitió descubrir, por ejemplo, que jamás ha tenido en

su boca un cigarrillo; el fumar incluso le producía asco. El origen de esta repugnancia resultó ser lo siguiente: cuando niño de pecho, solía chupetearse los dedos; para evitarlo, su madre le untó los dedos de mostaza mezclada con pimienta. La prohibición que los mayores impusieron durante la fase sexual bucal de su infancia, la mantuvo durante su edad adulta, extendiéndola sobre el cigarrillo, que era otro goce de carácter netamente bucal.

Podemos descubrir correlaciones, aún más patentes, entre la sexualidad y los labios, con motivo de otra función primordial de la boca, el hablar. El análisis de niños tartamudos nos muestra, muy a menudo, que en su infancia sufrieron la imposición de métodos harto crueles para desacostumbrarlos de chuparse los dedos. El análisis de un hombre que hablaba siempre con prisas excesivas, demostró que en su infancia solía chuparse el dedo hasta la sangre, y que esta costumbre tenía su origen en su época sexual bucal. Perdió esta mala costumbre tan sólo a la edad de seis años, cuando en uno de sus dedos tuvo una infección tan grave que apenas pudo evitarse la amputación. Sustituyó, pues, al chupetivó, el hablar precipitado. El psicoanálisis pudo descubrir, de esta manera, el origen de numerosos defectos de la palabra, aparentemente inexplicables, remontando hasta las perturbaciones evolutivas de la fase sexual bucal.

* * *

Los primeros seis meses de la vida se desarrollan bajo el signo de la zona bucal. Esto no quiere decir, desde luego, que el niño de pecho no disponga ya de otras fuentes de placer. Hemos dicho ya que durante el chupeteo el bebé toca a menudo su parte sexual, y este gesto toma a veces un cariz tal que incluso podríamos hablar muy justificadamente de una verdadera "mas-turbación de los niños de pecho". Podemos observar, igualmente, que el orinar o defecar causa verdadero

placer al niño: el ser balanceado, el ser tomado entre los brazos así como los movimientos rápidos también le procuran intenso placer. Naturalmente, el placer del balanceo y del ser llevado se explican por el hecho de que ello suscita en él un recuerdo de aquel estado infinitamente feliz, cuando aún se balanceaba, al caminar ésta, en el vientre de su madre. Podemos suponer, sin embargo, que incluso esta clase de sensación de placer, contiene un componente sexual. El balanceo es uno de los mayores goces de los niños, lo que Freud explica suponiendo que el movimiento rápido causa una especie de brisa que acaricia, por decir así, los órganos sexuales. También aquel extraño placer que muchos disfrutaban en la montaña rusa o en otras diversiones semejantes, denota igualmente la supervivencia de la aludida fase de sexualidad bucal.

Proviene cronológicamente de la misma fase de la vida, aquel placer que acompaña el mascar, tragar y comer con glotonería. Esta es la fase "en la que el niño de pecho todo lo lleva a la boca, todo lo come". Recordamos, una vez más, que Freud llamó esta segunda parte de la fase bucal, la fase "canibalística". Naturalmente, no es absolutamente necesario atribuir un sentido sexual a esta tendencia. Podríamos explicarlo igualmente de otra manera, al tener en cuenta las necesarias excitaciones que la salida de los dientes causa forzosamente a las encías, excitaciones que el niño intenta apaciguar al tomarlo todo en la boca, mordiéndolo. Corresponde a esta misma fase, la presentación de alimentos sólidos al niño, que aprende poco a poco a masticar; podría ser, pues, que el quererlo comer todo, representara un mero "entretenimiento", en el sentido deportivo de esta palabra.

Sin embargo, existen fenómenos que no podríamos pasar por alto, y que parecen subrayar elocuentemente la hipótesis sexualista. No existen grandes probabilidades de que el comer y tragar algo signifique la satisfacción del instinto nutritivo. Observemos, en cambio, a la

misma madre. En el éxtasis de sus cariños hacia su bebé, "casi se lo come", como vulgarmente se dice. El dicho "tanto te quiero que te como a besos", pertenece al tesoro internacional de refranes. Las fantasías del niño pequeño están llenas de ser comidos o el comerse unos a otros, o algo. Es en esta misma tierna edad que se inicia, igualmente, la función anímica que el psicoanálisis ha denominado "identificación", casi paralelamente con la fase bucal y canibalística de la sexualidad infantil. La identificación significa que el niño casi incorpora a quien quiere y ama, que se une con él. De modo que verdaderamente no existe ningún símbolo más completo de la identificación que el englobar al otro en nosotros mismos, esto es, el comérmolo.

Determinados pueblos primitivos se comen el corazón del enemigo valiente que acaban de matar, para incorporarse, de este modo, su valor. El niño pequeño es a su vez un hombre primitivo, que realiza, en su imaginación, esta forma más primaria de la identificación. En general, el deseo de morder, aunque en forma cariñosa, se manifiesta muy frecuentemente en la vida erótica de los mismos adultos, sin que se le pueda atribuir una significación especial. El beso que degenera hasta el chupar, no es un fenómeno muy raro. Pero se da también el caso, de que el placer sexual quede aumentado por el morder el lóbulo de la oreja, etc. Con todos estos ejemplos, queremos tan sólo llamar la atención sobre la existencia de numerosos fenómenos acompañantes de la vida sexual de los adultos, cuya fuente puede determinarse, con exactitud, en la edad infantil. La experiencia psicoanalítica nos permite suponer que todos los fenómenos infantiles mencionados poseen un contenido netamente sexual, y que este mismo contenido se desarrolla luego libremente y sin que ello pueda ser puesto en duda, en la edad madura. Tal como lo acabamos de ver, la fase bucal de la sexualidad infantil está llena de fenómenos que luego acompañan al individuo durante toda su vida, ya en su forma inocente, ya en forma gra-

vemente perversa, en los casos patológicos. Sabemos la enorme importancia que la educación moderna atribuye al destete, y conocemos un crecido número de neurosis que derivan de dificultades alimenticias y nutritivas del primer año de la vida, y especialmente de un destete efectuado brusca y violentamente. Ahora bien: si profundizamos nuestros conocimientos obtenidos en este sector, y comenzamos a preguntar por el contenido que se oculta detrás de la mera apariencia de todos estos fenómenos, obtenemos numerosos datos que poseen gran valor para los padres y los educadores. Su conocimiento les permitirá definir claramente su propia posición frente a los fenómenos de esta primera fase bucal en la vida del niño.

Hemos partido de la afirmación de que *la sexualidad infantil debe ser considerada como un fenómeno evolutivo completamente normal*; debemos evitar, pues, cuidadosamente todo cuanto pueda impedir o perturbar dicha evolución normal. Dejemos, pues, al bebé, chupetear tranquilamente y a su gusto y no consagremos atención a este fenómeno sino cuando se presente en una forma o en unas proporciones descomunales. Tampoco en este caso lo debemos considerar como otra cosa más que una advertencia que nos señala claramente una perturbación sobrevenida en el desarrollo general y en la adaptabilidad del niño a su ambiente. La fuente eterna de todas estas perturbaciones es la falta de amor y cariño, o bien, por el contrario, el amor *excesivo*. (Véase más detalles sobre este extremo, sólo aparentemente paradójico, en mi libro *Del niño al hombre*. Ed. CLARIDAD, 1940). Ambas cosas conducen, en efecto, al mismo resultado, a saber que el niño es incapaz de adaptarse a su ambiente. El niño de pecho que va creciendo en un medio ambiente tranquilo y repleto de amor, se entrega igualmente al chupeteo, pero dejará pronto de hacerlo, para conquistarse luego nuevos sectores de su desarrollo sexual. Es muy natural que los padres y educadores preocupados, se inclinen a calificar de "enfermizo" y

de "pasión" lo que en realidad no es sino un fenómeno completamente normal del desenvolvimiento natural. En este punto preciso, está más justificado el modo de ver optimista, o sea el no tener miedo y no querer ver un "mal" en todo ello, dejando de intentar desacostumbrar al niño a la fuerza del chupeteo. En el pasado se solía aconsejar, para lograr dicho desacostumbramiento, untar los dedos del bebé con mostaza o con pimienta u otra substancia picante. Intervenciones por el estilo no acarrearán, sin embargo, ningún otro resultado que la interrupción de un proceso completamente natural, lo que no puede ser sensatamente nuestro objetivo. Observemos, pues, frente al chupeteo una actitud: el separar el dedo del bebé de sus labios, pero siempre con mucha ternura y de tal modo que no lo pueda notar. Pero aún en este caso, es *completamente imprescindible* hacerlo sin acompañar nuestro gesto de ninguna frase prohibitiva —así, no debemos hacer ninguna señal despectiva con la boca, ni decir que el dedo "tiene caca"—, etc. En ningún caso se debe recurrir a medidas enérgicas para lograr nuestro propósito: no se debe ligar la mano, no se le debe poner guante, no se le debe untar el dedo con nada, no se lo debe sacar de la boca con un movimiento brusco, y no debemos pronunciar ni una sola palabra de censura. No debemos tomar conocimiento aparentemente del chupeteo, sino que lo debemos considerar como un fenómeno muy natural que no degenerará sino cuando *obliguemos* verdaderamente al pequeño, y esto en concreto por nuestras actitudes violentas y por nuestra conducta equivocada, confiriendo exagerada importancia al chupeteo, ni en forma de protesta. El chupeteo puede tener también una causa meramente fisiológica; esto ocurre, por ejemplo, en la dentición; por consiguiente, los padres o educadores, aún cuando no puedan vencer sus reservas mentales frente a las teorías que admiten la existencia de la sexualidad infantil, educarán debida y correctamente, tan sólo, cuando ayuden al niño mediante su cariño y su ternura aumentados, pero



no exagerados, a superar, por su propio esfuerzo, la inevitable fase del chupeteo.

Huelga observar que esto no siempre se logra, o que, en muchos casos, sólo se logra aparentemente. Los niños suelen recaer con gran frecuencia en la fase del chupeteo: muerden sus labios o captan con la boca una trenza, chupándola y mordiéndola. En los niños llegados ya a la edad escolar, es un fenómeno muy frecuente el chupar o morder el lápiz o la pluma; ello denota siempre la existencia de una sensación de inseguridad y de inferioridad en el niño que lo hace. Este chupar el lápiz o la pluma, tiene el sentido simbólico de la huída hacia la madre amparadora, hacia aquella fase de la vida, cuando nuestro desamparo estaba compensado por la madre, y que podíamos lograr cuanto quisiéramos casi sin esfuerzo alguno. Hay muchos niños que, bajo la fécula de la severa prohibición, pierden por completo la costumbre del chupeteo, pero que vuelven a recaer en él inconscientemente tan pronto como quedan dormidos.

Después de todo lo dicho, parecerá poco importante que el padre o el educador acepten o no nuestras interpretaciones, asignando un contenido sexual a los fenómenos que acabamos de describir. Lo único que importa es que sepa determinar por su intuición de educador si el niño ha llegado o no a superar la fase inicial de su desarrollo, o bien que a consecuencia de sus sensaciones de desamparo y de "inferioridad" vuelve siempre a caer en la misma. Tal como lo hemos dicho ya, el padre y el educador deben considerar este hecho como un *momento*, como una advertencia y señal. De por sí solo, el niño resulta incapaz de adaptarse a la minúscula sociedad que le rodea, bajo la forma que su edad la prescribiría.

Antes de pasar a tratar de la siguiente fase del desarrollo sexual del niño, queremos llamar la atención sobre el hecho de que una muy grave enfermedad anímica, la *melancolía*, deriva a su vez de esta primera fase del desarrollo, y especialmente, de la fase llamada "canibalística". Tal es por lo menos la opinión de numerosos psi-

quiátras muy renombrados, que poseen una amplia preparación psicoanalítica. El melancólico formula gran número de "reproches" contra su medio ambiente, pero una vez formulados, los vuelve contra sí mismo. El medio ambiente, el mundo circundante quedan identificados en estos casos a la persona querida y estimada, por cuya parte se ha sufrido precisamente durante esta fase un daño tan intenso, que el individuo se siente incapaz de separarse de los recuerdos que se enlazan con la misma. Huelga decir que al reseñar aquí esta consecuencia patógena siempre posible de la fase bucal, nada está tan lejos de nosotros como pretender que el chupeteo excesivo practicado a esta edad —o mejor dicho, la violenta intervención exterior para evitarlo— debe conducir siempre y forzosamente a la producción de perturbaciones mentales de carácter melancólico.

Merecen también mención en este lugar, aquellos resultados de las investigaciones psicoanalíticas que se refieren a la formación del carácter de quienes hayan sufrido alguna perturbación en su desarrollo sexual en la fase bucal, aunque no sea más que transitoriamente. Podríamos decir que durante esta fase se establece el carácter de esas personas "que se pegan a uno", "de las que es difícil librarse" en el curso de nuestro trato con ellas en la vida. El idioma húngaro llama a esta clase de individuos, con una finura psicológica muy grande, "szívósak", o sea "chupones". El chupar es, desde luego, función de boca. Este carácter de pegarse a las cosas y a las personas cual un chupete de goma del que se extrae el aire, se manifiesta, no solamente en su trato, sino incluso en su manera de trabajar. Si emprenden algo, lo acaban "pegándose a ello" y confían en el resultado de su labor. Al igual que el niño de pecho se caracteriza, durante su fase bucal, por el llevar todo a la boca para realizar todas sus experiencias a través de este órgano, según los psicoanalistas, la forma sublimada de esta "curiosidad bucal" correspondería en la vida adulta a las actividades

mentales de orden superior de los exploradores e investigadores.

LA FASE ANAL

La segunda fase importante de la vida infantil se inicia por la *costumbre de la limpieza*. Según Ferenczi (1), "el comienzo de toda moralidad es la moral de los músculos oclusivos de su recto". Podríamos añadir con la misma razón: he aquí, a la vez, el comienzo de toda moral sexual. Recordemos en este lugar que en los pueblos primitivos, los niños lactan hasta que no renuncien espontáneamente a ello, o sea hasta que sus dientes sean lo suficientemente desarrollados para pasar a los alimentos sólidos, sin ninguna intervención externa. Lo mismo ocurre en la civilización nómada de los gitanos, como asimismo en todas las tribus primitivas. Los hijos de estas tribus y pueblos ignoran por completo, de modo análogo, toda regulación de sus necesidades de orinar y defecar; esto se refiere también a los adultos primitivos, y no es de ninguna manera un privilegio de los menores; todos ellos satisfacen dichas necesidades suyas allí y cuando las sienten, sin inhibición alguna. La consecuencia de este curioso hecho es que en la fase del desarrollo sexual que nos ocupa, ninguna construcción de carácter moral o convencional se opone al mismo, en los pequeños.

Nuestra sociedad ha llegado a imponer determinadas regulaciones, en cuanto a los momentos de lactar y a la cantidad de leche ingerida, precisamente para mejor observar así los intereses de la salud del bebé. A la edad de seis a ocho meses, se procede luego al destete, o sea a la separación del niño del pecho materno. Es en este momento en que el nuevo ser humano hace su aparición verdadera en el escenario social; se va transformando poco a poco de un participante meramente

(1) Alexander Ferenczi: *Bausteine zur Psychoanalyse*. Año 1927.

pasivo, en verdadero *actor*. La primera hazaña cuyo cumplimiento le es exigido por la sociedad, el primer resultado de su adaptación lograda a cuantos le rodean, es el contenido del orinal, entregado en tiempo útil y en la forma impuesta por la sociedad. Cómo y mediante qué procedimientos se logra esta costumbre, es un tema que rebasaría considerablemente el modesto marco de este libro; nuestra obra *Del niño al hombre* contiene su descripción detallada.

Esta fase sólo nos puede interesar en este lugar desde el punto de vista de la evolución sexual del niño. Acabamos de referirnos a la fase que el psicoanálisis freudiano ha denominado fase *anal*. Para lograr la debida interpretación de los hechos que la vida infantil nos brinda en esta fase, podemos recurrir, paralelamente, a ambas teorías, la adleriana y la freudiana. Según la primera, el niño pequeño acaba bien pronto por notar qué gran importancia representa para su madre el que él defeque regularmente. Se da cuenta, pues, de que puede utilizar el hecho de la defecación como un arma poderosa en su lucha contra la sociedad de los adultos. De esta manera, la diarrea cobra características de medio de combate, cuyo sentido podría formularse en palabras de la siguiente manera: "Yo hago lo que me da la gana y no me dejo limitar en mis acciones". Sin embargo, también la retención de los excrementos expresa una toma de posición muy clara, como si con ello marcara una obstrucción contra los adultos. Sabemos perfectamente que de este modo el problema de la defecación puede llegar a ser fácilmente el problema central de la vida física de una persona. La madre considera aún durante las fases más desarrolladas del niño como una de las cuestiones más centrales el que el niño haya satisfecho o no sus necesidades físicas, y esto, a horas fijas. Comprenderemos, pues, fácilmente, que este sector podrá servir al niño para producir nuevos hechos bélicos, en el curso de su desarrollo ulterior. Mas allí donde la lucha se persigue, no tan sólo contra el mundo circun-

dante, sino, de manera neurótica, incluso contra el propio yo, podemos encontrar toda una serie de las más extrañas ceremonias, perturbaciones y hábitos acerca de la defecación. Parecerá tal vez una afirmación humorística el que esta función netamente física, de la cual parece maleducado hablar ya desde la más tierna infancia, subsiste llena de contenidos *ánimicos*.

La explicación psicoanalítica de Freud es distinta. Según ella, el niño pequeño descubre, ya desde muy temprano, que la evacuación de las materias superfluas significa para él mismo una cierta satisfacción y placer. Tal como en el proceso de la lactancia, su substituto, el chupeteo, ya no guarda ilación alguna con la función primitiva y su finalidad, llegando a ser una fuente nueva y autónoma de placer, así también la defecación deja de ser la mera función biológica de la evacuación de excrementos para transformarse en la fuente nuevamente descubierta de determinadas pequeñas satisfacciones. El niño pequeño llega bien pronto al descubrimiento de que el orificio del ano es una zona erógena, es decir, que su excitación acarrea un placer. Este descubrimiento se debe ante todo a las exigencias de la higiene más primitiva; sabido es que las madres y demás personas que cuidan del pequeño, cuidan muy especialmente de que el ano —al igual de las partes sexuales— se conserven en un perfecto estado de limpieza. Tan pronto como se presenten los más leves trastornos de la defecación, la madre precavida recurre inmediatamente a lavativas, y el empleo de cierto instrumento muy antiguo, o el del termómetro que se aplica en el ano, procuran al niño pequeño unas experiencias inéditas. El placer producido por estos instrumentos, sólo gradualmente difiere del que representa para el niño pequeño el hacer pasar por el ano los excrementos mediante la presión muscular. Todas estas intervenciones contribuyen a preparar y corroborar aquellas experiencias de la defecación que podríamos llamar normales. Para aumentar aún la sensación así experimentada, el niño puede llegar muy pronto a la

retención de la defecación, para ejercer así una presión mayor sobre el ano, excitándolo más aún. Cuanto mayor resulte, pues, la cantidad retenida, y cuanto más duras las materias que deben pasar por el ano, tanto mayor será su placer, por considerable que sea el dolor que el estreñimiento representa. Cada cual puede saber por su propia experiencia, jamás confesada ni meditada, que esta fuente de placer no desaparece ni durante la edad adulta, y que, después del climaterio, puede suplir todas las otras fuentes de disfrute sexual. Sabido es que la defecación normalmente ejecutada causa un aligeramiento físico, esto es, la desaparición de una tensión, y una gran satisfacción. Todos habremos experimentado sensaciones parecidas y sabemos cuán fácil es el establecimiento de los síntomas neuróticos en este sector de la vida biológica, así como su íntima correlación con determinadas perturbaciones de orden netamente sexual.

* * *

También la fase llamada anal se compone de dos subperíodos consecutivos. La primera fase se caracteriza por el placer de la satisfacción obtenida por la evacuación de los excrementos. Sabemos que todo niño pequeño se interesa sobremanera por su propio cuerpo. El primer objeto que logra hacer salir de su cuerpecito es —la orina, aparte— su defecación. ¿No es muy natural, pues, que el niño pequeño considere sus excrementos como algo perteneciente a su cuerpo, como una parte del mismo, sobre el cual llega a concentrar toda su curiosidad e interés? Sin embargo, incluso su medio ambiente le educa en tal sentido, que sepa estimar debidamente tan extraños pequeños objetos. Observemos, por ejemplo, cómo se aclara en dichosa sonrisa el semblante de la madre cuidadosa cada vez que su hijito o hijita acaba de llenar cumplidamente su orinal. Como si hubiera dado un verdadero regalo a su mamá, y, en efecto, los niños pequeños no dejan de tener esta sensación, de-

bida a las reacciones maternas. Esta valoración se expresa, por ejemplo, en el hecho de que en la imaginación del niño pequeño las madres darían a luz precisamente a través del ano (de este problema trataremos aún con más amplios detalles más abajo), como si se tratara, en suma, de una función idéntica y de materias muy parecidas. Las fantasías de los niños pequeños vuelven a repetir aquí la evolución filogenética de nuestra especie, ya que remontan hasta aquellas épocas ancestrales en las cuales el parto y la defecación tenían un solo órgano común, la *cloaca*.

Un niño pequeño que tuvimos ocasión de observar tenía por costumbre, hacia la edad de cinco a seis años, vanagloriarse siempre del contenido de su orinal, y de dar nombres a las partículas de los excrementos, al igual que a sus muñecos. Se puede observar igualmente, y muy a menudo, que muchos niños se untan la cara con los excrementos, si no se les impide. (El mismo fenómeno se observa también en numerosos enfermos mentales, que jamás han dejado de vivir en la fase anal de su evolución sexual).

El segundo período de la fase anal se caracteriza más bien por la *retención* de los excrementos. La retención expresa siempre, desde luego, una valoración exagerada de la defecación. De aquí proviene el término muy gráfico de la caracterología basada en las experiencias psicoanalíticas, ya que las personas cuya evolución anímica ha quedado interrumpida en esta fase de su vida, reciben el nombre de "caracteres anales". Tales personas se distinguen por una gran avaricia, valoran excesivamente el dinero, pero al mismo tiempo aman mucho el orden y son hasta pedantes. La identificación de los excrementos con el oro es un antiguo motivo de las mitologías y leyendas populares. En cuentos populares muy antiguos, los excrementos de algún asno milagroso, son dinero u oro. Los alemanes llaman *Losung* los ingresos diarios de los comerciantes, pero los cazadores de aquel país emplean la misma palabra para designar los restos de las

defecaciones de los animales que persiguen. Según lo narra el conocido psicoanalista Theodor Reik, es una antigua superstición de los ladrones el defecar en el lugar donde han cometido su "golpe", como si con ello quisieran "pagar" por lo robado.

Los conceptos de lo "permitido" y "prohibido" se enlazan en la mente del pequeño, ante todo con su defecación. Es "permitido", esto es, lícito, loable y moral el acto de efectuar su defecación en tiempo normal y en el lugar indicado. En cambio, el no hacerlo así, le causa un conflicto con la sociedad. También la formación de *los sentimientos de culpabilidad* se relaciona con el problema de la defecación; su primera forma se produce, por ridículo que ello parezca, en torno al orinal.

La fase anal se inicia hacia el primer año de vida, lo que naturalmente no quiere decir que sea siempre fácil discriminar claramente una fase de la evolución infantil de la otra. Ya durante la fase bucal hemos podido ver manifestaciones netamente anales, y también determinados fenómenos de la fase bucal se continúan durante mucho tiempo cuando ya se ha iniciado la fase anal. Debemos examinar con muchas precauciones el hecho de que durante la fase anal se van elaborando formas de conducta que luego —aun sin que se pueda hablar de verdaderas neurosis— pueden acompañar al individuo durante toda su vida ulterior, condicionándola y determinándola.

Hemos visto ya que corresponde a esta fase de la vida el establecimiento de los conceptos de lo lícito e ilícito, esto es, el concepto de la moral. Este concepto se establece en el niño de tal manera que no le es fácil asimilárselo no sólo en la teoría, sino incluso de una manera activa. Cuando el niño de pecho se conformó con las horas estrictamente fijadas de antemano para la lactancia, en realidad no obedecía a su propia voluntad, sino que sufría las decisiones de su ambiente. Sin embargo, se nos aparecerá ya como un verdadero actor en el escenario de la vida, cuando empieza a dominar los

músculos oclusivos de su recto. Por consiguiente, los padres y educadores deben observar con especial atención todas las manifestaciones y fenómenos de esta época de la vida del educando. Acostumbrar al hombrecito a las exigencias de la limpieza, es una de las tareas más difíciles de la educación, si se quiere evitar que llegue a constituir una de las bases angulares de alguna futura neurosis. De ningún modo se debe aumentar aún el placer funcional de la defecación, que ya en sí está "cargada de placer", al conferir un valor especial, y podríamos casi decir: una importancia moral a la limpieza.

Otro extremo que debemos evitar a toda costa, es el rigor excesivo, que aplica criterios morales de enorme peso, cada vez que el niño "se haya dejado ir", olvidándose de su deber. Durante el acostumbramiento del niño a las prescripciones sociales de la limpieza, se debe evitar, pues, toda aplicación de castigo; también más tarde es preferible no castigar, cuando se trata de minúsculos "delitos" de esta clase. Por regla general, se puede decir que el niño adquiere el hábito de la limpieza hacia los dos años de edad, aunque más tarde suelen producirse "recaídas" más o menos grandes. (No pensamos aquí en el problema de la enuresis nocturna, que pertenece a otro sector de problemas). ¿Qué daño podría significar si el acostumbramiento se realizara en un ritmo algo más lento? En ningún caso debemos intentar inmiscuirnos en este proceso con ánimo de activarlo.

* * *

Volvamos ahora, sin embargo, al capítulo más importante de la fase anal de la sexualidad que va formándose: el establecimiento de los fenómenos *sádicos* y *masoquistas*.

Ciertos fenómenos que se presentan por primera vez durante esta fase, han llevado a los teóricos a llamarla incluso *sádico-anal*. Todo el mundo sabe lo que es sadismo; comprendemos por esta expresión una inclina-

ción hacia la crueldad cuya realización acarrea placer. El masoquismo es lo contrario del sadismo: aquella fuente de goces que se alimenta en los dolores y torturas que nos son infligidos por otros. Como quiera que ambos fenómenos suelen enlazarse íntimamente en el mismo individuo, con la predominación de uno de ambos, se suele hablar hoy día de un *complejo sado-masoquista*. La forma de manifestación más frecuente de dicho complejo es el *pegar* y el *ser pegado*. Podemos hablar, desde luego, muy justificadamente de un sadismo y un masoquismo meramente anímicos, siempre que comprendamos por ello la satisfacción anímica de alguien, experimentada cada vez que pueda subordinarse o brutalizar a otro, y que sea brutalizado o dominado, respectivamente. En la vida cotidiana, los tipos sádico y masoquista se diferencian uno de otro por el predominio de unos u otros elementos constitutivos del carácter; los sádicos procuran dominar, mientras que los masoquistas se subordinan con gusto.

En realidad, el predominio de uno u otro componente anímico se decide definitivamente en esta época; la fase anal es decisiva para que el niño opte por una de las dos formas básicas de la sexualidad que se encuentran aún en pugna en él. Es imposible no reconocer que al lado de determinadas inclinaciones —que sin duda existen, por muy difícil que sea demostrar su presencia— son las *experiencias* realizadas por el niño, las que determinan su evolución hacia un polo o hacia otro. Los padres, los educadores suelen transmitir imperceptiblemente sus propias actitudes sádicas al niño; éste reacciona ya identificándose con la forma sadística, ya dejándose someter y cobra entonces un carácter netamente masoquista.

Este capítulo nos invita automáticamente a tratar del problema de los castigos corporales, grave problema pedagógico. Según las teorías freudianas, los palos siempre tienen un sentido sexual más o menos manifiesto. Y esto no tan sólo desde el punto de vista de quien los sufre, sino también desde el de aquel que los da. Muy

a menudo se puede observar que en los castigos corporales administrados, el padre o el educador no hace sino realizar su propio sadismo bien reprimido y ocultado, valiéndose de los preceptos sagrados de la "educación". He aquí que el carácter íntimo y escondido de los padres llega a ser un factor educacional de primer orden. Si los padres fuesen lo suficientemente fuertes para proceder a un verdadero autoanálisis, llegarían a descubrir que pegar a sus hijos significa para ellos también la canalización de determinada tensión más bien dolorosa, y la descarga de ciertos afectos acumulados. De alcanzar el suficiente nivel de valor moral que un tal análisis requiere, no volverían nunca más a pegar a un niño. Sin embargo, es muy útil recordarnos la infancia de Juan Jacobo Rousseau, el cual solía obligar —por decir así— a la buena señora encargada de cuidarlo, a administrarle palos, lo que le fué tanto más fácil conseguir cuanto que también dicha mujer era de constitución sexual analéptica. El palo representa para el niño muchas veces un placer y no es más que un castigo masoquístico.

El análisis de un hombre de 32 años nos permitió descubrir que a la edad de tres o cuatro años la criada alemana encargada de cuidar de él y de su hermanita, solía aprovechar la ocasión de sus tardes de "fiesta", llevando a los dos niños a casa de una de sus tías, y administrándoles una buena paliza con una caña. A pesar de estas crueldades —reza el anámnesis del enfermo—, tanto él como su hermanita querían tan extraordinariamente a dicha criada, como no llegaron a querer a ninguna otra. Un niño de seis años tuvo que confesar que cometía sus travesuras con el único objetivo de que se le dieran palos. Cuando su padre renunció a este método "pedagógico", el niño dejó automáticamente de ser travieso; esto no significa aún, desde luego, que la grave neurosis del niño se hubiera curado *ipso facto*; pero por lo menos quedó desplazada hacia otros planos.

Es un fenómeno muy frecuente que el padre proceda a todo un ritual preestablecido cuando se decide a admi-

nistrar un buen azote a su hijo; le hace quitarse el pantalón o su faldilla y luego hace caer como lluvia los golpes de su mano desnuda, y muy raras veces un bastón o una correa. El padre "que se quitó su cinturón para administrar una buena corrección a su hijo", está lejos de representar ni tan sólo una figura de las novelas de Dickens; aún hoy día podemos oír muy a menudo, sobre todo en los consultorios para niños difícilmente educables, que "era preciso quitar al niño de manos de su padre (o de su madre)", en tal forma pueden los padres llegar a perder el dominio sobre ellos mismos, y esto no quiere decir otra cosa sino que se entregan sin reserva a sus tendencias sádicas. Desde luego, parece una explicación un tanto lógica el decir que los azotes se dan en la parte trasera, por ser ésta la más blanda y por causarle, por consiguiente, el menor daño en esta parte de su cuerpo; no cabe duda de que es el carácter erógeno de esta parte del cuerpo la que predestina a que el padre o el educador satisfaga sus bajos instintos. Muy a menudo, al actuar así, tan sólo evocan las reminiscencias sadomasoquistas de su propia infancia.

* * *

Es preciso poner un acento especial en el hecho de que también el estilo de vida sexual de ambos sexos empieza a bifurcar a partir de esta fase anal-sádica de la infancia la separación de los sexos. Si bien Freud sostiene el concepto de la bisexualidad, según el cual hay en todo hombre una dosis de sexualidad masculina y otra de sexualidad femenina, en determinada proporción, afirma que en el niño pequeño hay realmente un solo sexo. No hay distinción psíquica entre varón y niña; esta última sería, según Freud, "un varoncito". Freud sostiene que el concepto de masculino y femenino es, en el fondo, muy confuso y que el psicoanálisis sólo puede emplearlo en el sentido de "activo y pasivo". En este sentido se desarrollan los rasgos psíquicos, que caracterizan al varón en su actividad y a la mujer en su pasividad.

La fase bucal se caracteriza por un marcado bisexualismo, o sea que en ella no existe aún ninguna diferenciación entre niño y niña. Sin embargo, las formas instintivas naturales de sadismo y masoquismo, respectivamente, significan en esta segunda fase evolutiva una fuente de energías que se manifiestan en el varón en la posesión del objeto de su amor, y en la hembra, en la entrega total de sí. La educación sexual —la cual, no nos cansaremos de repetirlo, nunca puede ser separada de la educación *en general*— cobra una importancia especial en este período de la vida, por el hecho de que las conductas y comportamientos específicamente masculinos y femeninos se van estableciendo a partir de esta época.

Coincide con la fase anal, el hecho de que el niño llegue a adquirir un número siempre mayor de prescripciones y convenciones sociales; en primer lugar, la costumbre de la limpieza. El conocimiento y la aceptación de esta dura ley presupone, desde luego, la renuncia a placeres ciertos antaño conocidos. Por su renuncia a los mismos, el niño espera un aumento de cariño y amor, al igual que el niño pequeño que transforma sus instintos que no puede satisfacer, en amor. *La ternura infantil es la primera forma de la sublimación.* Es en esta fase en que toma su punto de partida la adaptación del niño a la sociedad circundante, evolución que luego tomará las características de un progreso increíblemente rápido. Dicha adaptación obedece, a la vez, a dos motivos psicológicos a los que será preciso consagrar atención, ya desde la fase anal que nos ocupa. Uno de estos factores consiste en la capacidad del niño para condenar, por su propio yo, todo cuanto resulte "prohibido". Sin embargo, sólo es capaz de tal esfuerzo aquel niño cuyo yo, cuya personalidad se hayan podido ir fortaleciendo en una atmósfera de amor y cariño, sin que haya sido sometida continuamente a terribles tabús y rigurosas prohibiciones, como los representan las frases incesantemente proferidas: "esto no se hace", "qué asco". La fase, sin duda, más peligrosa de la vida del niño se sitúa entre su

edad de dos y tres años; es en este período que se le debe garantizar un máximo de libertad, un máximo de sol y un máximo de aire para que vaya robusteciéndose. Y tal como su cuerpo requiere el sol y el aire, así necesita su alma la libertad.

El otro componente anímico es la *sublimación*. Este término significa la realización de todos aquellos impulsos e instintos que las prohibiciones de la sociedad le impiden realizar en su forma original, pero bajo *otras* modalidades útiles a la sociedad, modalidades perfectamente autorizadas por esta última. Sin embargo, para que el niño sea capaz de proceder a las funciones excesivamente finas de la sublimación, es preciso que pueda realizar libremente por lo menos aquella parte de sus impulsos que no resultan absolutamente anti o asociales. No debemos postular, pues, demasiado a los niños, y es preciso no limitar las manifestaciones de sus instintos sino allí donde chocan violentamente con las prescripciones de la sociedad. Esto significa que aquellos sistemas educativos que imponen al niño sus eternas prohibiciones y vetos, limitando extraordinariamente las posibilidades de la realización de los instintos, impiden que éste llegue a ser una persona que se adapta bien a la sociedad, gracias a su capacidad de sublimar, y produciendo gracias a la sublimación valores cuya posesión no puede dejar indiferente a la sociedad. La educación rigurosa vincula el desarrollo del cuerpo como el del espíritu, ya que le priva de su capacidad de metamorfosear sus energías instintivas no realizadas en otras actividades útiles y oportunas. Son especialmente importantes aquellas observaciones que se refieren a la *imaginación* del niño, durante su período anal. El niño se interesa extraordinariamente por todo cuanto salga de su propio cuerpo, por todo cuanto resulte para él algo extraño, un cuerpo curioso, aunque haya salido de su *yo*. Coincide con estas fantasías, el interés súbitamente despertado en el niño para comprender el problema de "cómo vienen al mundo los niños pequeños". Desempeñan un papel importante

en la imaginación de los pequeños todas las imágenes de la fantasía que se enlazan con las figuras de los padres, imágenes entrelazadas con numerosos elementos sádicos y masoquistas, así como con los sentimientos que van desarrollándose en íntima relación con dichos elementos: los de la culpabilidad.

La fase anal-sexual es un período harto delicado de la edad infantil, del cual es muy difícil separarse. Sabido es que esta época de la vida es el invernadero de las diversas formas de neurosis. Las experiencias clínicas del psicoanálisis nos demuestran que todas las neurosis obsesionales —las llamadas neurosis compulsivas— se derivan de situaciones vividas durante esta época. Hemos dicho ya que la permanencia más o menos prolongada en esta fase del desarrollo sexual conduce, con mayor o menor fatalidad, a la creación de caracteres anal-sexuales. Desde luego, es esta misma fase la que hace posible la metamorfosis de determinados fenómenos del impulso sexual en manifestaciones perfectamente autorizadas por la sociedad, “sublimándolos”. Según las teorías psicoanalíticas, la pintura y la escultura no serían otra cosa sino formas de sublimación de la preferencia infantil a jugar con los propios excrementos. Mientras que la forma sublimatoria de la fase bucal se traduce por la exploración y la investigación, así la forma correspondiente de la fase anal es la creación, la técnica, el trabajo ordenado y hasta pedante.

LA FASE FALICA

Las fases bucal y anal, a pesar de todas sus características divergentes, tienen en común una cosa, a saber: que no tienen ninguna relación con los *órganos genitales*. Es por este motivo que se los suele llamar también, con un sólo término, fases *pregenitales* de la sexuales de dichas fases pregenitales, ya que, según la No ha sido tarea fácil demostrar los contenidos sexualidad.

opinión general, el concepto de la sexualidad presupone forzosamente una correlación con dichos órganos genitales; no se concibe como *sexual* sino todo cuanto parte en forma de excitante de dichos órganos, o que vuelve hacia ellos inmediata o mediatamente: la erección, la secreción de determinados jugos, etcétera.

Sin embargo, antes de intentar una interpretación de esta nueva fase del desarrollo sexual a la luz de los descubrimientos de la moderna "psicología profunda", es recomendable acompañar al hombrecito en su camino evolutivo espiritual y físico, despertando así la conciencia de que posee dichos órganos genitales.

* * *

En esta fase, el niño empieza a orientarse hacia sus padres, orientación que es determinada por dos elementos ambivalentes de la afectividad: el odio y el amor a los padres. El niño ya ha pasado por varias tragedias; la sociedad, representada al principio por la madre e integrada más tarde por el padre, impone cada vez más normas, pone cada vez más trabas al libre desenvolvimiento de sus primitivos instintos. El niño se ve obligado a someterse a las imposiciones ajenas, igual que se ha visto obligado a acostumbrarse al aseo en la fase anal. Su raciocinio se desarrolla paulatinamente y está en lucha constante con sus afectos. La orientación de los afectos del niño es determinada por las prohibiciones, que siempre equivalen a una sustracción de amor. En otras palabras: suscitan el odio, pero como los personajes que prohíben son también los que satisfacen las necesidades, especialmente las de cariño, son también los objetos de las tendencias amorosas del niño. Este carácter doble de los sentimientos se llama en el psicoanálisis *ambivalencia*. El amor y el odio son sentimientos mellizos, inseparables. El amor puede tornarse en odio, del odio surge el amor.

Amor significa *identificación*. El que ama se identi-

fica con el ser amado. El niño, para poder someterse, subordinarse a las normas prescriptas por la sociedad, debe tener oportunidad de identificarse con la madre y con el padre. A través de esta identificación, el niño descubre su propio yo. Freud hace suya la palabra de Nietzsche de que *el tú es anterior al yo*. A través del mundo de los adultos, el niño llega a encontrarse a sí mismo, y, posteriormente, a descubrir su carácter masculino o femenino. Ahora bien, el mundo propio y sus representantes los padres, empiezan a valorar en determinada forma el sexo y graban su propio criterio en la mente del niño. En nuestra sociedad, basada en el patriarcado, el varón, el hombre futuro, recibe las preferencias. Este criterio de la sociedad influye también en la actitud psíquica de los padres frente al niño. La madre considera a su hijo varón como una *compensación* por su propia condición femenina, y le da, en consecuencia, la preferencia, en tanto que el padre prefiere generalmente a su hija. Freud se basa en esta actitud de los padres anteponiéndola al descubrimiento más importante en la teoría sexual: el tan discutido *Complejo de Edipo*.

* * *

El niño pequeño encuentra muy *natural* todo cuanto esté en relación con su propio cuerpo. No conoce aún el pudor, ni sabe que posee determinadas partes de su cuerpo que debe esconder y cubrir. Tal como en la evolución de las formas de vida civilizada, el nacimiento del pudor significa el haber alcanzado un grado civilizatorio mayor, también el niño vuelve a repetir no sólo la evolución de la especie, sino incluso la de la sociedad. De este modo, no conoce el concepto del pudor sino relativamente tarde. Sin embargo, es perfectamente capaz de distinguir a su madre y algo más tarde incluso a su padre; desde luego —y he aquí algo que les pesa mucho a los papás—, en realidad está dispuesto a decir “papá” a toda persona de rasgos un poco duros, con voz baja y tal vez con

barbas y bigotes. Esta discriminación empieza a llenarse cada vez con más contenido. El niño va descubriendo poco a poco que existen personas-papá y personas-mamá, y sus experiencias primitivas lo conducen bien pronto a descubrir que estos dos grandes grupos humanos se diferencian entre ellos no sólo en sus formas exteriores, en su apariencia y presencia, sino incluso en el papel que les incumbe en la vida social. El niño más o menos inteligente no tardará mucho en descubrir que *el poder y el mando corresponden en realidad al grupo de los hombres-papá*. Mientras que el niño recorre poco a poco este largo camino de las experiencias personalmente vividas, se va formando en él una de las facultades anímicas de mayor importancia: la llamada *identificación*, se siente *uno*, se siente idéntico a la persona a quien ama, hace suyo todo cuanto dicha persona dice o hace, y adopta las prohibiciones que aquélla representa. La identificación representa, en realidad, una tarea gigantesca para el niño, y es ella la que determina la marcha de la sociedad, así como la cohesión de las generaciones, asegurando aquel mínimo de armonía que aún hoy día subsiste en la humanidad.

Su primer acto de identificación lleva al niño a sentirse uno con su propia madre; en los fondos últimos del alma esta identificación jamás cesará de subsistir. Ahora bien, nuestra sociedad es, en realidad, una sociedad varonil, y ya desde antes de su nacimiento se ha ido formando en torno al niño una aureola especial, según se espera un niño o una niña. Los padres —ya lo hemos dicho más arriba— toman posición de antemano en la cuestión del sexo del niño que se espera. En esta su actitud se puede encontrar casi siempre, implícitamente, la valoración que dan a las personas de su propio sexo, o sea la valoración que dan al papel sexual que ellos mismos desempeñan. Si luego el niño llega a nacer, estas actitudes perduran y no dejan de ejercer su influencia en forma verdaderamente positiva: no educan a su prole, indiferentemente del sexo, sino que educan a sus

hijos y sus hijas. Este hecho de ser educado *para* niño o *para* niña conduce luego al niño pequeño a diferenciar entre padre y madre, y esto únicamente en el sentido de si uno u otro padre son del mismo sexo que él mismo, o no. A pesar del mayor cariño que el niño sienta por ambos padres, en esta actitud de identificación sexual se expresa siempre una actitud *valorativa*. El niño pequeño que haya descubierto que el verdadero poder y la verdadera autoridad corresponden a los papás, tenderá muy naturalmente a ocupar el lugar que ocupa su padre, ya por la sencilla razón de que la misma mamá pertenece, a su vez, al papá. El padre es, pues, el competidor cuyo puesto se trata de alcanzar. De la misma manera, la niña pequeña descubre igualmente muy pronto que el papá es el más poderoso entre los padres; por consiguiente, procurará obtener y asegurarse el amor de su padre, frente a la competencia de su mamá. Su deseo es tribará, pues, en querer ocupar el puesto de su madre. Cuando el niño declara que quiere casarse con su madre, y cuando la niña quiere casarse con su padre, el primero quisiera ocupar el puesto de su padre cerca de su madre, y la segunda quisiera asegurar para sí misma el amor exclusivo del padre. Todo este juego se deriva directamente de la valoración que en nuestra sociedad se da a los sexos, y nuestra sociedad se caracteriza por el primado del poder varonil. De ello deriva aquel fenómeno que se produce con férrea consecuencia, a saber: que *el niño pequeño marca una tendencia muy clara de atracción hacia el padre de sexo opuesto*. En cambio, considera al padre de su propio sexo como a un competidor o competidora molestos, a los que preferiría alejar completamente de la vida familiar. Esta constelación es uno de los puntos de partida de las teorías psicoanalíticas, y llámase en ellas *Complejo* o *Constelación de Edipo*. Un rey de Tebas, de nombre Edipo, ha matado, sin querer, a su padre y se ha casado con su propia madre. En el sentido freudiano, la teoría del complejo de Edipo enseña que la vinculación sexual primitiva entre hombre

y mujer se deriva de la vinculación originaria entre padres e hijos. *La primera mujer que aparece en la vida de todo varón es la madre y su primer rival es el padre. En cambio, el primer varón que aparece en la vida de toda mujer, es el padre, y su primera rival es la madre.* (Nombrado también: *Complejo de Electra*). La pareja sexual posterior no es sino un sucedáneo de la vinculación primitiva, que puede ser tan fuerte que el hombre es incapaz de desprenderse de ella, lo cual, en los casos extremos, es causa de neurosis graves y de dificultades y aberraciones sexuales. El *Complejo de Edipo* es, en el fondo, un deseo de incesto anidado en el alma, que nunca puede ser superado por completo. La base de la evolución psíquica de todo individuo es la forma en que soluciona su complejo de Edipo.

Un hallazgo decepcionante llevó a Freud a la comprobación del complejo de Edipo. La mayoría de sus pacientes contaban escenas de su infancia cuyo contenido era la seducción sexual por una persona adulta. En los casos de pacientes femeninos, el papel del seductor recaía casi siempre en el padre. Resultó que estas escenas de seducción nunca habían ocurrido en la realidad, sino que eran fruto de la imaginación de las pacientes. De esta comprobación sacó Freud la conclusión justa de que los síntomas neuróticos se hallan ligados a fantasías forjadas por el deseo, y que la neurosis atribuye más importancia a la realidad psíquica que a la realidad material. "*Entonces me vi por primera vez frente al Complejo de Edipo*", escribe Freud, y prosigue: "Cabe exteriorizar nuestra sospecha de que el complejo de Edipo constituye con sus ramificaciones el complejo nuclear de todas las neurosis, y estamos preparados a encontrarlo con igual eficacia en otros dominios de la vida psíquica".

Desde luego, este problema está lejos de ser tan sencillo en realidad, y constituye el campo más importante de la investigación psicoanalítica.

Sin embargo, para mejor comprensión de la cues-

tión, permítasenos continuar esta exposición un tanto sumaria. El niño pequeño va descubriendo su cuerpo, para realizar luego la primera gran experiencia de su vida, la cual cobra poco a poco —precisamente bajo la influencia del mundo circundante, un sentido netamente sexual. Esta gran experiencia consiste en descubrir —si se trata de un niño— que existen otra clase de niños a los que les falta algo que él tiene; y si es niña, que a ella le falta algo que otros, o sea los niños, tienen. Y puesto que da la casualidad de que quienes tienen aquel algo, pertenecen precisamente al sexo de los poderosos, el órgano genital del niño llega a ser un símbolo de poder, y al mismo tiempo, uno de los problemas más importantes de la vida infantil. Puesto que el niño sospecha de algún modo que a las niñas les falta su pene (cosa que no quieren creer primero), suponen muy posible que ellos a su vez lo perdiesen como castigo. Y este temor queda aún aumentado y fomentado continuamente, por un sistema educativo completamente erróneo, que se manifiesta en determinadas amenazas: “cuidado, te lo cortarán”, “el gallo te lo comerá si eres malo”, etc. Veremos más adelante cuán graves complicaciones puede provocar el temor así provocado, cuando se enlaza con el problema de la masturbación y del onanismo. La niña posee una especie de forma rudimentaria del pene, el clítoris, y según esta explicación —que reproduce fielmente el modo de ver psicoanalítico— es considerado como si ya hubieran sufrido el castigo por el pecado cometido, el pecado del cual nada saben en forma más o menos circunscrita, pero el cual se esconde a pesar de todo en el fondo de su alma.

Cuando el desarrollo del complejo de Edipo en la fase fálica, empieza también la lucha por su superación. Esta lucha se inicia ya en el *segundo año de vida*. La superación del complejo de Edipo, respectivamente del complejo de Electra (según la denominación de Jung) en la mujer, constituye un proceso distinto en los dos sexos.

La ruptura del complejo de Edipo determina dos pro-

cesos en la niña. El primero consiste en la liberación de la libido de su fijación en el clítoris. El clítoris es, en el fondo, un residuo del pene, y la niña descubre este órgano como órgano erógeno complementario. La masturbación fija a la niña sobre el clítoris y será una tarea difícil, y a menudo dejada sin solucionar, liberarse de esta fijación, o, más exactamente, desplazarla a la actividad vaginal). El varón, en cambio, no debe cumplir tal tarea, sino que su libido sigue fijada en el pene. El segundo proceso consiste en la liberación de la niña a la madre para orientar sus afectos hacia el padre. Una vez más, el varón se encuentra en una situación más ventajosa, pues continúa también en lo sucesivo vinculado a su madre.

Sabemos que en el alma infantil desempeña un papel decisivo el llamado *complejo de castración*. El varón teme que su vinculación a la madre y su agresión al padre, que es su rival, sean castigadas por la pérdida de los atributos de su sexo masculino. De ahí que trate de librarse de su situación de Edipo, realizando un compromiso entre su vinculación a la madre y la agresión a su padre. Es, pues, el temor a la castración el que lo impulsa a buscar otra solución. La niña, en cambio, descubre un día que la naturaleza no le ha dado todos los atributos que ostenta el varón: que le han quitado algo que posee el niño. Primero la han privado del pecho materno y ahora también del pene. (La envidia por el atributo masculino, que se cree "perdido", pero que de hecho nunca se ha poseído, según la afirmación psicoanalista, comunica al alma femenina una fuerza dinámica que apenas puede superar estos complejos por sus propios medios). Su odio se dirige, pues, hacia la madre, a quien acusa, en lo inconsciente de su ser, de haberla despojado. Gravita, pues, en su alma la vinculación al padre, primer representante del mundo masculino, vinculación que en la inconsciencia es sentida como un pecado. Estos tres elementos, 1º la agresión contra la madre; 2º la vinculación al padre y 3º la conciencia de su

inferioridad fisiológica como un castigo (castración), determinan todo el desarrollo y orientación psíquicos de la mujer. De ahí que raras veces la mujer llegue a una valoración plena de su papel como mujer, como amante, pero a menudo también como madre, y esto determina también el que el carácter femenino sea distinto al carácter masculino. Pero del complejo de Electra nacen también las enfermedades psíquicas de la mujer, cuyos síntomas se manifiestan naturalmente también en la vida sexual.

* * *

Todos ellos llenan forzosamente de terror el alma infantil y colocan en el centro de sus preocupaciones el problema del órgano genital. Para un niño pequeño, no hay objeto que excite tanto su curiosidad, como el órgano genital de otro niño. De ahí que los juegos infantiles —si los adultos no los controlasen— conducirían casi sin excepción a tocarse mutuamente los órganos genitales, y a mirárselos con curiosidad, sin que esto represente algún daño o mal considerable. Mas los niños aprovechan estas ocasiones para realizar aún otra experiencia harto curiosa; a saber, que al tocarse recíprocamente las partes genitales, experimentan una *sensación de placer*. Suelen realizar esta experiencia muy precozmente... Y aun cuando no descubriesen por ellos mismos este curioso placer, todos los complicados cuidados que se les dispensan, la práctica de las prescripciones de la higiene y el bañarles a menudo, acabará infaliblemente por consagrar su excesivo interés hacia las aludidas partes genitales, conduciéndoles bien pronto a idéntico descubrimiento. Ello ocurre sobre todo en las niñas, de quienes sólo se suele limpiar —desde luego— las partes genitales exteriores, esto es el clítoris y los labios del útero. (En cambio, en China es costumbre introducir la mano limpiadora incluso en la vagina de las niñas, para limpiarla igualmente; según parece, este procedimiento tiene una importancia mayor de lo

que parece, ya que se puede suponer que, gracias a él, llega a desaparecer, en las mujeres chinas, una de las supuestas causas de la frigidez, tan característica en las europeas. Más abajo aún tendremos ocasión de tratar de este problema). Este frotar las partes genitales, cosa imprescindible por motivos de higiene, le permite al niño el descubrimiento de *su zona erógena principal*, y al mismo tiempo la posibilidad del *onanismo infantil*, el cual será aún el objeto de disquisiciones ulteriores en otro capítulo del presente libro.

No sólo los cuidados que le son dispensados por parte de los adultos, sino también el propio organismo de los pequeños, se encarga de excitar suficientemente la zona erógena mencionada: pensamos aquí en las diversas secreciones del cuerpo, como es, por ejemplo, la orina, que contribuyen poderosamente a ello, más en la niña que en el niño. Aquellos precoces impulsos sexuales, que buscan su satisfacción de un modo autoerótico —esto es, mediante el propio cuerpo— desembocan muy precozmente en esta fase *fálica* que nos proponemos tratar en el presente capítulo.

La fase fálica es, en los niños, la época clásica de la masturbación u onanismo, problema importante éste, que merece que nos ocupemos de él más detenidamente. Antes de proseguir es, sin embargo, necesario hacer notar que durante dicho período aparecen ya diferencias notables, entre los niños de los dos sexos. Mientras que en el niño la fase fálica brinda una ocasión muy fácil para llegar a un nuevo período de la vida en el que las fantasías genitales del niño se enlazan íntimamente con la cohabitación, en la niña la situación se presenta bajo un aspecto completamente diferente. El órgano genital de la mujer es, en realidad, como es sabido, la vagina y no el clítoris. Sin embargo, durante esta fase de la sexualidad infantil, la niña practica el onanismo mediante la excitación del clítoris, y en la inmensa mayoría de los casos ni siquiera se da cuenta de que dispone de otro orificio, la vagina, la cual más tarde es-

tará llamada precisamente a desempeñar un papel primordial en su vida sexual. El onanismo que la niña empieza a practicar durante esta fase llamada fálica, puede asegurarle un placer tan intenso, gracias a la excitación del clítoris, que aun mucho más tarde, podrá ser que sea incapaz de renunciar al goce así conocido; incluso durante la cohabitación de la madurez sexual, su verdadero placer consistirá en la excitación del clítoris y no en otra cosa. En muy numerosos casos, este recuerdo del placer onanístico experimentado durante la fase fálica de la sexualidad infantil, podría explicar y justificar plenamente la frigidez de la mujer.

Desde luego, en lo sucesivo, aún tendremos ocasión de volver sobre este particular, al tratar del problema de la masturbación u onanismo.

* * *

Según las teorías de los psicoanalistas de la escuela de Freud, el nacimiento de las excitaciones de carácter sexual, podría explicarse por tres fuentes netamente distintas.

La primera fuente de las excitaciones sexuales consistiría *en la imitación de la satisfacción experimentada durante alguna función meramente física del cuerpo*. La lactancia satisfacía el instinto nutritivo; su imitación conducía al chupeteo, y ello permitió al niño que descubriera otra segunda fuente de placeres: *la excitación de las llamadas zonas erógenas*. Conocemos menos bien el origen de la tercera fuente aludida, ya que éste nos está vedado todavía; sólo conocemos sus formas de manifestación. Mientras que las dos formas de excitación antes mencionadas tienen por objeto *el mismo niño*, en este nuevo sector ya algo distinto, hacen su aparición, como tales objetos, *personas del medio ambiente* del pequeño, con las que éste se halla en un contacto cualquiera, confiriendo precisamente a este contacto un valor netamente sexual. Una fuente de placeres de esta clase estriba, por ejemplo, en un deseo extremadamente

fuerte de todo niño: el de *ver y mostrar*. Acabamos de decir que ignoramos aún por completo el origen de esta inclinación tan característica de todo niño pequeño, como asimismo su contenido anímico; sin embargo, estamos aquí en presencia de un fenómeno que llama mucho la atención del medio ambiente del niño, puesto que durante este período, aquél lo quiere ver y lo quiere enseñar absolutamente todo. Y ese "todo" está representado precisamente por ¡la parte genital de las personas! Freud ha ido hasta suponer que el deseo de saber y conocer del niño, se relaciona, desde muy temprano, con los órganos genitales; si esto fuera así, se podría pretender, muy lógicamente, que *sería en realidad a los órganos aludidos a los que se debería en el pequeño el despertar de todo deseo de conocer, en general*. Según las teorías psicoanalíticas, el deseo de saber no sería sino la forma "sublimada" de la tendencia de poseer, de tomar posesión; al mismo tiempo, estaría nutrido por las energías del "placer de ver y mirar". Mas este deseo tan característico de querer verlo todo, de entrar en posesión de los objetos por la mirada —por decirlo así— podría tener aún otra explicación distinta. Todas las cuestiones que estén relacionadas, en una forma u otra, con las partes genitales, excitarían forzosamente la imaginación del niño. Ahora bien: la sociedad nos tiene prohibido terminantemente enseñar o mirar dichos órganos, y los ha sometido a un *tabú* protector, un *tabú visual*; deben constituir un secreto, un misterio. Por esta razón, y de un modo muy natural, la atención del niño pequeño se concentra en una medida aún aumentada sobre las aludidas partes "prohibidas" del cuerpo, en virtud de esta misma prohibición. La excesiva curiosidad del niño para los órganos genitales encontraría, pues, su natural explicación en el hecho de que todo lo que nos está vedado por la sociedad excita nuestra curiosidad, y aún más la del niño. No obstante, por muy sencilla y lógica que nos pueda parecer esta explicación, está lejos de satisfacernos plenamente. Nos que-

daría el argumento de la psicología adleriana, según la cual este juego infantil, sin duda muy “divertido”, de mirar y enseñarse las partes genitales —para los mismos niños no cabe duda de que ello resulte “divertido”— serviría única y exclusivamente al objetivo de *burlarse de los adultos*, contrariándoles; sin embargo, en este caso, ¿cómo podríamos explicar que en algunos individuos la misma inclinación se conserva aun en la edad adulta y degenera a veces incluso en una irresistible pasión? (exhibicionismo sexual, “voyeurs”).

En su obra clásica, *Los Juegos del Hombre (Die Spiele des Menschen*, Jena), el gran conocedor de los juegos infantiles, Karl Groos escribe lo que sigue, con referencia al problema que nos ocupa:

“Sabido es que determinados niños acusan ya desde una edad muy precoz una propensión marcada hacia la sexualidad y algo les impulsa a palpar a las personas del sexo opuesto. Ello parece producirles placer, aunque desde luego no pueden tener todavía ni la menor idea de cuál es la verdadera finalidad de estos actos.”

Esto nos conduce a tratar con toda brevedad el complejo problema del *pudor sexual*, o sea del problema de la *desnudez*, problemas ambos que van íntimamente unidos entre sí. Antaño se solía repetir a menudo el dicho de que “el hombre es el animal que conoce el pudor”; según esta interpretación sería, pues, el sentimiento del pudor, el único, o por lo menos el principal factor que nos diferenciaría de las demás especies. Según la fundamentación científica de esta teoría, el pudor podría ser considerado como una manifestación instintiva innata del hombre. Sin embargo, hoy día sabemos ya a ciencia cierta, que el pudor constituye una adquisición reciente de la humanidad, y que es un fenómeno puramente psicológico y social, que no comienza a formarse sino bajo la influencia de la educación que se dispensa a los niños, y esto hacia la edad de dos años. Al examinar el desarrollo sexual del niño, este problema tiene una doble importancia: según reaccione éste ante

la desnudez propia, ante su propio cuerpo y, por otro lado, ante la desnudez de los demás. En cuanto a la desnudez de su propio cuerpo, el niño no suele protestar contra su misma desnudez, sino tan sólo contra el hecho *de que lo desnuden*. El niño se suele mostrar completamente desnudo, sin que este estado provoque en su alma la menor reacción de vergüenza; en cambio, rehúsa muy a menudo a quitarse su pantaloncito o su faldita, pero sin que esta reacción suya esté relacionada con la desnudez. Dicha reacción es muy reveladora para nosotros, ya que a lo mejor está íntimamente ligada con otra cosa: con el onanismo. Es una costumbre muy frecuente en los niños pequeños el contemplar y hasta palpar el cuerpecito de sus pequeños compañeros y compañeras de juego, sin más ni más. En cambio, su actitud frente a la visión del cuerpo desnudo de los adultos es completamente diferente, especialmente cuando se trata de sus propios padres. Ya los niños muy pequeños suelen acechar las partes genitales de su progenitor con un recelo y curiosidad mezclados de miedo y angustia, mientras que ver desnuda a su madre parece equivaler para ellos a un verdadero insulto sexual. Si se nos pidiera, pues, un consejo por parte de los educadores, diríamos que recomendamos con toda insistencia se evite en la máxima medida posible que una persona se presente desnuda ante un niño pequeño; pero esto, desde luego, de tal manera que aquél no pueda sospechar que sus padres o educadores le quieren ocultar algo. Es preciso que ni el padre ni la madre se bañen en la misma bañera con sus hijos, ni deben tomarles con ellos en la cama. Todas estas prescripciones tendrán que observarse rigurosamente si queremos asegurar el desarrollo *normal* de nuestros niños y educandos.

Tanto en la prensa como en la literatura especializada en patología sexual solemos leer muy amplios relatos sobre aquellos enfermos que se desnudan en algún lugar público, o por lo menos exponen a la vista de los transeúntes sus partes sexuales, obrando así ba-

jo el impulso de una irresistible coerción íntima. El origen de esta enfermiza necesidad exhibicionista, podría encontrarse en todos los casos, en la fase infantil del desarrollo sexual de estos desdichados, con la sola —y muy importante— diferencia de que el exhibicionismo infantil *es un fenómeno normal* que no tiene absolutamente nada enfermizo. Una vez más, como ante tantas otras actitudes del niño, la única reacción justa por parte de los adultos consiste en no hacer caso y pasar completamente por alto, por lo menos en apariencia, todas las manifestaciones del exhibicionismo infantil. Sin esto, los padres y educadores podrían abrir un círculo vicioso: ¿no es muy natural, en efecto, que cuando el niño note que los mayores se quieren mostrar muy enérgicos, reprimiendo duramente el instinto de mirar y mostrar, o hasta se burlan del mismo, acuse una tendencia inmediata a transformar dicha impulsión natural suya, en sí tan inocente, en una verdadera arma dirigida contra su medio ambiente? En tales casos, el niño se propondrá con férrea consecuencia, *verlo todo y enseñarlo todo, pero absolutamente todo*, y a toda costa. Tendríamos que evitar con mucha circunspección que, a raíz de nuestra actitud prohibitiva, el minúsculo placer del niño en “mostrar cosas” tome un carácter neurótico, que toma obligatoriamente, como reacción a nuestro deseo represivo. En forma más o menos latente, en todo niño existen ciertas resistencias frente a los adultos; nuestra actitud enérgicamente prohibitiva pondría aún más de relieve estas “resistencias”, y esto precisamente en un sector harto peligroso: el sexual. El deseo exhibicionista del niño perderá todo carácter sexual en el curso de su desarrollo normal, y podrá transformarse —“sublimarse”— en alguna actividad útil para la comunidad. El psicoanálisis freudiano hace derivar de esta sublimación del exhibicionismo infantil originario, por ejemplo, el talento de los actores y comediantes; y en verdad, aquellas personas que hablan mucho: los oradores del foro público y de la ágora, que disfrutan en escucharse a sí mis-

mos, ¿qué son sino exhibicionistas? Existe otra manifestación muy curiosa de dicha tendencia. Consiste, no ya en descubrir las partes pudendas, sino en que el enfermo propende a proferir palabras indecentes, "soeces" y "lúbricas", como si substituyera por ellas el acto exhibicionista que deja de ejecutar.

Coincide con esta edad, durante la cual el niño pequeño se complace tanto en mostrar todo cuanto le está en realidad prohibido enseñar, que pronunciará, con un malsano placer, palabras que le fué prohibido proferir, o que por lo menos él cree como "prohibidas". Cuántas veces no creará a sus oídos la asombrada mamá, tan orgullosa de la "buena educación" de su hijito, al oír a éste repetir cualquier palabra tosca y grosera que habrá oído sin duda en la calle, y jesto precisamente en un día en que el salón familiar está lleno de visitas! Equivaldría a testimoniar un espíritu ligero y superficial, el intentar explicar este fenómeno como un mero corolario de aquella lucha permanente, que el niño ha de librar forzosamente a cuantos adultos le rodean, o como una mera "protesta infantil". Valdrá más, pues, observar al pequeño mientras pronuncia las mencionadas palabras groseras. En su palmito se lee no tan sólo el placer habitual de los niños traviesos que cometen algo en contra de la voluntad de los mayores, sino incluso la expresión de un verdadero goce que nos atrevemos a calificar de libidinoso. Se ha podido observar con qué gusto peculiar suelen pronunciar los niños las palabras "prohibidas", y esto incluso cuando se encuentran completamente solos y se puedan creer inobservados; en tales casos, ¿podríamos hablar de un deseo de "protestar" al proferir dichas expresiones? Al pronunciarlas, el semblante del niño revela con toda claridad la causa de su goce; el carácter sexual, indudable de todo ello, queda revelado por los análisis psicológicos de aquellos adultos que vienen a consultar al psicoanalista a causa de su exhibicionismo enfermizo. Tenemos sin duda muchas razones para suponer que en todos estos casos, las palabras sirven única

y exclusivamente como encubridoras para la acción que no llega a realizarse; son una mera substitución de los actos no ejecutados. No debe olvidarse tampoco que el pronunciar dicha clase de palabras, excita por fin los labios, esto es, una zona que se ha reconocido como erógena. Castigar y prohibir que se digan tales palabras o expresiones "feas", no serviría para nada a los fines de los educadores. La única y verdadera solución pedagógica, consistirá en penetrar hasta aquellas causas más profundas, que han venido preparando sin duda alguna *toda la conducta y la actitud fundamental y general del educando*; una vez reconocidas dichas causas, podremos intentar eliminarlas con mayor facilidad. Tal como ha quedado ya consignado en estas páginas, todo niño que haya pasado sin inhibiciones ni obstáculos por las etapas de su evolución sexual que hemos enumerado más arriba, es decir, todo niño cuyo desarrollo sexual pueda ser considerado como completamente sano y normal, *de por sí no consagrará atención alguna a estos síntomas que pueden presentarse incluso en él, sino que los superará muy pronto y con suma facilidad. La libertad más grande y más completa que se le asegure al niño pequeño en un principio, será la garantía más certera de que más tarde su sexualidad adopte formas completamente sanas y plenamente adaptadas a las realidades de la vida social.*

Representa otra importante fuente de placeres para el niño, *la crueldad*. No, no hay error: los educadores han venido observando desde las épocas más remotas de la historia que el niño suele poner de manifiesto un verdadero "placer sádico" (como lo decíamos atrás) al arrancar las alas a las mariposas y moscas, o al torturar a los animales domésticos. A veces, los niños llegan a idear proyectos más que fantasmagóricos, relacionados siempre con la satisfacción de sus deseos sádicos. No cabe duda de que dichos deseos están en íntimo parentesco con el *instinto de dominación*. "Te hallas en mi poder, estás entregado a mi real gana; por consiguiente, hago

de ti lo que me parece”: así podríamos formular en palabras claras el sentido íntimo de esta actitud de dominación sádica. O, aún mejor, así: “Puesto que puedo hacer de ti todo lo que me da la gana, te encuentras en mi poder”. En páginas anteriores hemos intentado exponer cómo intervienen durante la fase anal de la sexualidad, determinados factores de carácter sádico. Las experiencias que hemos podido recoger nosotros mismos con referencia al mencionado deseo sádico, nos enseñan, una vez más, muy claramente una cosa, a saber: que aquellos niños que tratan con manifiesta crueldad a los animales, e incluso a sus compañeros más pequeños o más débiles, buscan, al mismo tiempo y de un modo tan llamativo como claro, satisfacciones en las zonas erógenas enumeradas. Los instintos del ver y del mirar no menos que los impulsos de crueldad, imprimen al desarrollo sexual del infante una tendencia completamente aparte, para volver a resurgir más tarde, enlazándose íntimamente con la vida sexual de la edad adulta.

La moderna investigación psicológica nos ha podido revelar otras numerosas formas de manifestación de la sexualidad infantil que hasta la fecha no han sido estudiadas ni explicadas. Solemos atribuir, por ejemplo, un contenido netamente sexual a aquella alegría que acompaña todo movimiento rápido, así como el hacer funcionar los músculos del cuerpo (los llamados *place-res funcionales*; el *Funktionslust*, de Bühler). Generalmente, se atribuye también un contenido netamente sexual a aquellas sensaciones agradables que produce, visiblemente, al niño de pecho el ser mecido; sin embargo, hemos visto ya más arriba que el bienestar muy visible así causado podría hallar una explicación más plausible en la reviviscencia de los recuerdos referentes a los movimientos experimentados durante el estado intrauterino. Sin embargo, en las fases posteriores de la vida volveremos a encontrar este mismo contenido anímico bajo formas algo variadas, al observar aquella clase de satisfacción que experimentamos al columpiarnos.

Por las confidencias de numerosos adultos, sabemos por ejemplo que las "montañas rusas" de los parques de atracción, provocan en ellos un placer que no se diferencia de la excitación sexual. Varios psicólogos han intentado explicar esta clase de sensaciones agradables por aquel *miedo* que invade al hombre como una invencible sensación física, cada vez que los carritos de la "montaña rusa" parecen precipitarse en el vacío, aunque sepa perfectamente que en realidad no corre ningún riesgo y que todo se debe a la ingeniosa disposición de los rieles. La investigación psicológica tiene, pues, numerosas razones para suponer que los procesos emocionales fuertes, como son miedo, angustia, susto, etc., representan, a su vez, otras tantas *fuentes de placer secretas que marcan el camino del desarrollo sexual del niño pequeño*.

LA FASE FALICA Y EL NIÑO HOMOSEXUAL

En último análisis, la fase genital representa el grado máximo en la evolución sexual del niño, esto es, la busca y el hallazgo del "partenaire" —de la pareja— con vistas a la cohabitación normal. Este motivo brota ya libremente en las fantasías del niño que haya alcanzado esta fase evolutiva, y apresurémonos a añadir inmediatamente: *no tan sólo en sus fantasías*. Lo que llena por completo, de un extremo al otro, todo el desarrollo sexual del niño pequeño, es precisamente *la busca de pareja*.

Según Alfredo Adler, en todos los seres humanos existiría una necesidad congénita de caricias y de cariño, una exigencia imperiosa de ternura (en alemán *Zärtlichkeits-Bedürfnis*). Dicha necesidad encontraría a su primer objeto —a su primer "partenaire"— en la persona de la propia madre. Esta imperiosa necesidad íntima e innata, descrita por la psicología adleriana, parece confundirse con aquella otra inclinación profunda,

que otros psicólogos, como Carlota Bühler (1) han descrito bajo el nombre de *Ergänzungs-Bedürfnis*, o sea “necesidad de complementarse”, inclinación que va desplegándose cada vez con mayor fuerza y que en realidad no es otra cosa sino la fuerza motora de la busca de pareja. Dos mitologías: la india y la griega coinciden en la suposición de que en las épocas más ancestrales, los seres humanos eran *dobles*, y poseían dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas, así como los atributos genitales de ambos sexos —varón y mujer— a la vez. Sin embargo, por haberse atrevido a sublevarse contra los dioses, como castigo éstos partieron en dos a dichos seres primigenios, y éste sería el origen de la diferencia de los sexos, hombres tan sólo hombres y mujeres tan sólo mujeres. Las dos partes así separadas que originariamente constituían una unidad, se buscan incesantemente; la atracción que les impulsa a buscarse hasta que se encuentren, sería, según Platón, la causa del amor. Cuando las dos mitades vuelven a encontrarse, se reúnen otra vez. Estas interpretaciones mitológicas encontraron a su teórico en Otto Weininger quien intentó fundamentarlas científicamente (1), en su obra muy leída, *Sexo y Carácter*.

La busca de la “otra mitad” complementaria se inicia ya en la más tierna edad de la infancia. Especialmente a los dos años, toma formas muy llamativas, en la conducta y actitudes del infante. El niño elige a alguna persona de entre cuantas le circundan, y de modo muy natural, entre las personas de su medio ambiente más íntimo; de ahora en adelante, fijará en ella todo su cariño y todo su amor, y “se pegará” a ella con una pasión muy curiosa. Bühler ha denominado este período de la vida infantil, basándose en tan curioso fenómeno, la prepubertad del niño a los *tres años* (“Vorpubertät

(1) Véase Carlota Bühler: *Kindheit und Jugend*, 1931, ed. S. Hirzel, Leipzig.

(2) Otto Weininger, *Geschlecht und Charakter*.

des Dreijährigen"). Sería muy difícil, desde luego, determinar de una manera inmediata, si esta afección tan apasionada posee o no un carácter verdaderamente sexual; sin embargo, si queremos transponer en la práctica la idea de la *totalidad*, concibiendo por ella no tan sólo la unidad psicofísica de la persona humana, sino incluso la homogeneidad de toda la vida del hombre, entonces quedará patente que se trata aquí, en realidad, de una manifestación muy llamativa de la búsqueda de pareja, búsqueda que, en último análisis, siempre encierra un contenido sexual. Podemos suponer, además, con todo derecho, que en *el fondo de toda ternura y cariño se encuentran raíces indudablemente sexuales*.

A partir de la fase fálica de la que venimos tratando, el niño pequeño no deja de encontrar efectivamente a su *partenaire* sexual, y esto ante todo en sus fantasías, pero también —en el sentido más completo de la palabra— *en la práctica*. Esta práctica suele acusar dos formas muy frecuentes: *el juego al homosexualismo y el juego al coito*.

Junto a la masturbación, *el homosexualismo infantil* es uno de los fenómenos acompañantes más frecuentes (para no decir: inevitables) del desarrollo sexual infantil, por lo menos *en determinadas circunstancias*. Podemos suponer que el homosexualismo del niño pequeño es el primer fenómeno en su vida que posee un carácter ya no tan sólo *sexual*, sino también *erótico* si es de alguna utilidad tener en cuenta aquel modo de ver *dualista* de los fenómenos *libidinosos*, que no solamente establece una diferencia de matiz entre sexualidad y erotismo, sino que incluso separa mutuamente a ambos, como dos cosas distintas. El factor constitutivo primordial de todo homosexualismo infantil es *el onanismo*, el cual no sólo cobra por la busca de "pareja" del propio sexo una técnica nueva, sino que al mismo tiempo acusa un contenido anímico hasta entonces inédito. Su forma más primitiva es *la masturbación colectiva*, que puede ser practicada ora individual pero simultáneamente —

lo que representa de modo evidente una forma poco diferenciada— ora recíproca. La causa de este fenómeno no debe buscarse, a nuestro modo de ver, única y exclusivamente en la inducción mutua, tal como se suele creer comúnmente; reconocemos desde luego que en la seducción de los unos por los otros este factor desempeña cierto papel, aunque no el más decisivo. Mas, el motivo decisivo, nos parece ser el incontestable hecho de que *el delito colectivo disminuye considerablemente los sentimientos de culpabilidad de cada cual*, cuando no los hace desaparecer completamente. Sin duda, no mereceremos ser tachados de exagerados si consideramos esta influencia absolvente de la masturbación colectiva infantil, que suprime los sentimientos de culpabilidad, como la raíz psicológica profunda de *la amistad*. Desarrollando y profundizando algo más esta idea, podríamos designar el factor que acabamos de indicar, como aquella fuerza anímica que crea y conserva la cohesión de las distintas clases de comunidades infantiles (clanes, bandas). Bernfeld fué, sin duda, el primero en llamar la atención, en su obra "*La vida colectiva de la juventud*" (1), sobre el hecho de que *la constitución de tales comunidades infantiles obedecen siempre a finalidades y contenidos netamente sexuales*. Si examinamos, pues, el homosexualismo infantil desde este punto de vista —que se manifiesta primero como masturbación mutua, y luego, en los muchachos, por la entrada en juego del ano— entonces llegaremos a la conclusión de que estamos en presencia de un determinado grado evolutivo del desarrollo sexual que nos aparece, desde luego, como el primer fermento de cohesión de las sociedades de niños. Las primeras amistades tendrían, pues, en realidad, un carácter netamente homosexual; la primera forma de las comunidades infantiles sería la homosexual, mas esto —y he aquí en donde ponemos, precisamente, el acento— sin que por ello se le deba atribuir forzosamente un carácter patóge-

(1) Siegfried Bernfeld: *Vom Gemeinschaftsleben der Jugend*.

no. En el curso del desenvolvimiento normal, los aludidos elementos homosexuales, que representan un factor completamente primigenio, volverán a desaparecer, ya que quedarán *sublimados*, en formas de manifestación generosa y noble.

En su obra capital (1), Alfredo Adler explicó el homosexualismo infantil por aquella *actitud de vacilación* que es una consecuencia directa de los sentimientos de inseguridad del neurótico, y que priva al joven que ha perdido su valor ante los problemas del sexo, de lanzarse a dar "el salto en lo desconocido", de echar anclas finalmente, sin vueltas ni rodeos, cerca de una persona del sexo opuesto. En vez de ello, prefiere permanecer en "seguridad", prefiere recurrir a una solución mediana, esto es, quedarse cerca de una persona de su propio sexo. Para el niño, una persona de su propio sexo representa algo más próximo que otra de sexo contrario; tiene con ella más afinidades, y cuando se trata de concentrar sus impulsiones eróticas en torno a alguien, le dará sin vacilar mucho la preferencia. Para Oswald Schwarz, toda la importancia de la sexualidad infantil estriba en el hecho de que en ella los factores *sexuales* y *eróticos* —que solamente durante la pubertad establecerán su fusión— aparecen aún completamente separados unos de otros. La *sexualidad* propiamente dicha tiene un origen *endógeno*, ya que el despliegue un tanto más acusado de los instintos exige ya imperiosamente a una pareja ("partenaire"). Y en el *erotismo*, en cambio, lo que se pone más de relieve es la *busca* misma de dicha pareja, siendo la sexualidad como un mero pretexto para encontrarla efectivamente.

No cabe duda de que no es indiferente para la formación o no formación del homosexualismo infantil, el sexo al que pertenecen las personas que educan al infante; es decir, si son varones o hembras. No faltan eruditos que intenten explicar la relativa divulgación de los

(1) Alfredo Adler: *Ueber der nervösen Charakter*, 1911.

hábitos homosexuales en la antigüedad, que llegaron a ser una especie de institución socialmente reconocida, por el hecho de que los hijos varones fueron educados desde su más tierna edad por esclavos varones.

De todo lo antedicho se deduce ya con la suficiente claridad que padres y educadores sólo pueden tener una única tarea frente a los fenómenos del homosexualismo infantil: esta tarea consiste en el más absoluto transigir, en el pasar por alto, en la negligencia voluntaria más absoluta. Es preciso observar una actitud que consista en no dar ninguna importancia a dichos fenómenos. En cambio, todo intento de intervención más o menos activa acarrearía infaliblemente dos consecuencias ineluctables: *rechazaría al niño en aquellas formas del onanismo que provocan en él unos sentimientos de culpabilidad redoblados; y por el otro lado, interrumpiría aquella evolución completamente sana y normal que lo debe conducir a través de esta clase de homosexualismo inocente, hacia la más auténtica y verdadera amistad.*

Si varios niños del mismo sexo quedan juntos durante mucho tiempo y sin control, llegarán a descubrir, infaliblemente, los juegos homosexuales; de la misma manera, la presencia simultánea prolongada y duradera de niños que pertenecen a los dos sexos opuestos, les conducirá al *juego del coito*. La infalibilidad de esta conclusión está atestiguada por un autor tan crítico para con el concepto de "sexualidad infantil" como es el ya mencionado Oswald Schwarz, y por una autora tan exageradamente partidaria de la ortodoxia psicoanalista freudiana, como Melanie Klein (1). El que los niños pequeños testimonien interés por las partes genitales de otros niños, es algo tan natural como el que este interés se traduzca jugando con ellas, tocándolas y palpándolas.

En la primera fase de tales juegos ocupará el primer plano la masturbación mutua, lo que brindará a los niños

(1) Melanie Klein: *Die Psychoanalyse des Kindes* (El psicoanálisis del niño), 1932.

varias ocasiones de efectuar toda clase de “descubrimientos”. Llegarán así, por ejemplo, a practicar el onanismo mutuo por la boca; así descubrirán los muchachos el valor sexual del ano, como si un impulso ancestral les guiara hacia las distintas finalidades sexuales a las que pueden servir los orificios del cuerpo. Y, por fin, niños y niñas descubrirán el *juego del coito*. No queremos pretender de modo alguno que su “ciencia oculta” no proviene más bien de la seducción de los unos por los otros; nos parece, sin embargo, que aun sin ninguna clase de iniciación, “aclaración” o acecho de los demás, lo descubrirían igualmente, de la misma manera cómo, por ejemplo, los animales sexualmente no maduros —verbi-gracia, los cachorros de perro— inician sus juegos muy temprano, mucho antes de poder cumplir debidamente con el mandamiento más viejo del mundo: el de la conservación de la especie.

Está muy divulgada la opinión según la cual los juegos del coito infantil tienen un carácter de mero *juego*. A los niños pequeños siempre les gusta jugar “a papá y mamá”, como les gustan tantos otros juegos, nos dicen los propugnadores de esta teoría. No obstante, nosotros les objetaríamos que sus observaciones, sin duda alguna muy justas, permiten concluir no sólo que todas las actividades sexuales de esta clase de los niños resultarían ser un mero *juego*, sino también otra cosa; a saber, que *todo* juego infantil podría acusar *un contenido sexual*. Y efectivamente, si abandonamos a los mismos pequeños que escojan por ellos mismos sus juegos a su gusto, si “no condescendemos a compartir su juego”, sino que les autorizamos a entretenerse según su libre albedrío, según su propia invención, entonces su juego llegará a representar siempre, fatalmente, la realización de fantasías no desprovistas de alusiones sexuales.

Está lejos de nosotros el querer sacar de todo ello la conclusión de no dejar jugar a los niños libremente entre ellos, sin control. Por el contrario, importa no oponerse a que el juego pueda cumplir con lo que es su verdadera

misión: ser la realización de las fantasías y el ejecutor de los deseos. (El juego, en cuanto entrenamiento para el porvenir, aún no sale del marco más general del juego, en cuanto realización de deseos). Nuestro papel debe limitarse forzosamente a la vigilancia "con un solo ojo" de los niños que juegan, para que no hagan daño, ni a ellos mismos ni a los demás; esto debe ser todo. Este punto de vista se fundamenta en aquella hipótesis nuestra —que para nosotros posee todas las características de la más absoluta convicción— de que el juego posee un contenido sexual. Esto significa, por consiguiente, que el niño pequeño descubre la mejor manera de encauzar sus impulsos sexuales, que se manifiestan muy precozmente, mediante una satisfacción adecuada que es el juego. Con ello, cierra el paso a la posibilidad de un repliegue neurótico sobre sí mismo, abriéndolo al mismo tiempo hacia la comunidad, a través del juego, y "sublimando" sus impulsos instintivos. No debemos olvidar jamás, efectivamente, que todos estos juegos están destinados a preparar las actividades sexuales ya no de esta misma fase infantil, sino de aquella otra más general y de una importancia capital en que el individuo tendrá que desempeñar un papel en la sociedad, adaptándose a ella de una manera sana y fecunda, y transformando las energías ocultas de sus impulsos anti o asociales en actividades útiles para la colectividad. Aquellos niños que, a consecuencia de la intervención de sus padres, no han podido aprovechar el juego como forma de realización de deseos, llegan al umbral de la vida muy dolorosamente postergados. *Durante toda su vida no tendrán ocasión de suplir los juegos perdidos.* Se deduce ya de todo lo antedicho que la mejor compañía para el niño es la de otros niños, y sus mejores juegos son aquellos que los pequeños se inventan ellos mismos. Que se nos permita repetirlo una vez más: no debemos inmiscuirnos nunca en los juegos de los niños, excepto en el caso de que pongan en peligro la integridad corporal de sí mismos o de los demás.

Es preciso, sin embargo, llamar la atención, asimismo,

sobre los peligros que acarrearía el extremo opuesto: conocemos casos en los que *el niño era incapaz de separarse de su juego*, que llegó a cautivarle tanto, que le impedía orientarse hacia las realidades prosaicas de su vida infantil. En tales casos el juego es una mera forma de huida, y precisamente por constituir —a través de la imaginación— una fuente de *goces sexuales*, degenera en “pasión”. Cuando así ocurre, no debemos preguntar cuál es el *contenido* del juego en cuestión, sino así: cuáles son los motivos que han obligado al niño a refugiarse en él. Sabemos de antemano la contestación que podremos obtener a nuestra pregunta: *la falta de cariño y de amor*. Lo que el niño en vano solicita a los demás, o más precisamente, a su medio ambiente, intentará conquistarlo por otros medios y caminos. La necesidad congénita de ternura del niño le llevará hacia el camino único que le dicte su imaginación, y que conduce —en vez de orientarle hacia las realidades de la vida y de su sexo—, hacia la ficción y la neurosis. Demos, pues, a nuestros niños todo el cariño que exigen y requieren, y dejemos que jueguen con sus pequeños compañeros y compañeras a aquellos juegos, y en la forma que mejor les parezca. Y esto no *a pesar de que*, sino precisamente *porque* el juego es la formación de realizaciones más feliz y más oportuna de la vida infantil.

Si reflexionamos un poco sobre cuanto acabamos de exponer, no tendremos ya miedo ni al homosexualismo infantil ni al “juego del coito”. El curso del desarrollo natural del niño aportará la solución automática y normal a todos estos problemas; toda intervención desde afuera tan sólo inhibiría dicho desarrollo, o desviaría hacia senderos secundarios y peligrosos el proceso natural de maduración.

* * *

Hemos llamado la atención sobre el hecho de que el desarrollo de la sexualidad infantil llega a un punto muerto, hacia la edad de cinco a seis años. En la mayoría

de los casos, el niño, llegado a esta edad, deja de masturbarse y su interés hacia las cosas sexuales queda considerablemente amenguado, si no desaparece por completo. Se inicia un período neutro, de *latencia* sexual, fase que podemos considerar también como un descanso bien merecido después de aquel ingente trabajo que la energía de la sexualidad del niño ha realizado en la formación del aparato psicopsíquico del organismo infantil. Este período de latencia aparece como una fase que sirve para almacenar energías hasta la importante fase de la pubertad.

La primera fase de la lucha para libertarse del complejo de Edipo parece terminar al iniciarse el llamado período de latencia, un paréntesis de la evolución sexual del individuo que se prolonga hasta la pubertad. El niño ha recorrido las fases infantiles de su sexualidad. Según dijimos al principio, Freud, al igual que cualquier representante de la psicología infantil moderna, considera que la personalidad del niño llega a su formación a los cinco o seis años de la vida. Lo que sigue no es más que una repetición, fundada en el material psíquico existente. En "Moisés y la religión monoteísta", Freud expone una teoría histórico-cultural sumamente interesante, acerca del período de latencia:

"Esta teoría dice que, en contraposición con la opinión popular, la vida sexual del hombre —o lo que le corresponda en épocas posteriores del desarrollo— presenta una evolución precoz que finaliza aproximadamente a los cinco años de edad. Luego sigue el llamado período de latencia —que dura hasta la pubertad—, durante el cual no se realiza evolución alguna de la sexualidad, efectuándose hasta un retroceso en el camino recorrido. Esta doctrina es corroborada por la observación anatómica del desarrollo de los órganos genitales internos. Lleva a la suposición de que el hombre desciende de una especie animal que alcanzaba su madurez sexual al cabo de cinco años de vida y, además, despierta la sospecha de que la interrupción y la doble iniciación de la vida sexual están

íntimamente relacionadas con la evolución que produjo al hombre, como especie zoológica. El hombre parece ser el único animal que presenta tal latencia y retardación de la evolución sexual... Quizá sea esta circunstancia la condición para la posibilidad de la neurosis que, en cierta manera, es privilegio del hombre y que, en este sentido, puede ser considerada como un resto (supervivencia) de los tiempos primitivos, como ciertas partes anatómicas de nuestro organismo."

Desde luego, sería un error suponer que durante la latencia no encontrásemos fenómenos de carácter sexual en el niño. Muy a menudo éste es incapaz de superar su fase masturbatoria, y aun otros recuerdos de las fases ya recorridas de su desarrollo pueden persistir en él. Mientras que se trate de fenómenos secundarios y poco frecuentes, no merecen atención por parte de los educadores. Sin embargo, cuando se presenten sistemáticamente, podemos suponer con justa razón que estas perturbaciones no son sino fenómenos que acompañan aquella actitud general del niño que le impide adaptarse armoniosamente a su medio ambiente, cumpliendo con las tareas que corresponden a su edad. La solución de los problemas que plantea esta clase de tareas rebasa ya los límites de la educación corriente y requiere la intervención del especialista. Todos estos problemas sobrepasarían ya considerablemente el modesto marco de la presente obra.

Terminado este período de latencia, la vida sexual vuelve a iniciarse en el período de la *pubertad*, esta vez en el sentido estricto de la palabra. Es decir, basándose en el dualismo "hombre-mujer". Pero he aquí que de nuevo interviene el medio ambiente, limitando mediante la "moral sexual", la actividad sexual del hombre, llegada a plena madurez biológica y supeditándola a determinadas condiciones sociales. Vemos así que de acuerdo con la moral sexual imperante, la madurez biológica no involucra la actividad sexual. Este impedimento de la actividad sexual *reactiva* la neurosis, tanto individual, que puede haber sido originada por los trastornos, expe-

riencias e influencias de la evolución sexual cumplida hasta los cinco años de vida, como la genérica, provocada por el período histórico de latencia.

Muchas veces oímos hablar de un "concepto sexual" del psicoanálisis, oímos, en tono de reproche, la afirmación de que "Freud lo deriva todo de la sexualidad". Por una parte, hemos comprobado que bajo el término "sexualidad" Freud no entiende solamente el acto sexual, sino todo cuanto obedece al dictado de la libido. Por otra parte observamos que la sociedad —por motivos que no podemos explicar aquí— se ensaña precisamente con estos instintos sexuales, imponiendo su desplazamiento. Esta condena implica un proceso muy importante en la historia de la humanidad. Freud escribe al respecto:

"La ubicación de los órganos genitales en el cuerpo humano —"intra urinas et faeces"— se aproxima más a su forma primitiva. Los órganos genitales no han acompañado al cuerpo en su evolución hacia formas más bellas sino que han conservado su carácter animal, de modo que también el amor sigue conservando en el fondo su carácter animal. Los instintos sexuales son educables. Los resultados de su educación son ora excesivos, ora deficientes, de modo que es del todo imposible armonizar las exigencias del instinto sexual con las de la cultura. Sin embargo, la incapacidad del instinto sexual para hallar satisfacción plena una vez que se haya plegado a los primeros imperativos de la cultura, es la *fuentes* de los más grandiosos méritos del progreso cultural."

Pasemos a hacer ahora un resumen final de las enseñanzas de Freud. Afirma, basado en irrefutables pruebas empíricas, que la evolución sexual se inicia con el nacimiento, que recorre diversas fases y que llega, finalmente, después de un período de latencia, a su meta, que es la tendencia a la unión sexual con el sexo opuesto. El carácter de esta evolución sexual es condicionado por dos factores: el primero es el instinto sexual, que busca satisfacción bajo el impulso de la energía de la libido. Hemos visto que —según Freud— el complejo de Edipo

abarca el impulso motor más importante. El segundo factor es la *sociedad*, que pone trabas al libre desenvolvimiento de los instintos sexuales, que impide que el niño recorra libremente las distintas fases de la sexualidad infantil y que llegue a ser, finalmente, un hombre de personalidad plena en el orden psíquico, sexual y social, que, en el fondo, es una misma cosa. Así se producen las neurosis.

Al mismo tiempo, las imposiciones de la sociedad y en particular la prohibición del incesto, obligan al hombre a *transformar* sus instintos sexuales prohibidos y a darle salida en una forma sancionada por la sociedad, a través de las llamadas *sublimaciones*.

Esto habría producido la cultura humana. La cultura humana y una sociedad enteramente neurótica son, pues, los dos productos de una misma causa. Freud y el psicoanálisis han demostrado con ello, con un valor inaudito, una de las fuerzas secretas del origen y de la evolución social de la humanidad. Han demostrado *una* de las fuerzas. Y es que el juego de fuerzas de la sociedad es determinado aún por otros motivos. Son, aún en el sentido freudiano, los motivos *económicos* los que determinan cuáles son los instintos condenados por la sociedad a no hallar satisfacción, esto es, a la muerte. Y todavía hay otra cosa: Freud no se ha planteado la cuestión: *¿qué se propone la sociedad mediante esta prohibición?*

Esta sociedad imperante establece leyes éticas y quiere ejercer fiscalización sobre la relación más íntima que quepa entre dos hombres que se quieren. ¿Qué es lo que se propone con ello? He aquí la pregunta que formulamos y repetimos una y otra vez. Quiero citar en seguida un ejemplo. Sería ciertamente una conferencia muy interesante y enteramente científica si hablase sobre el significado psicológico y fisiológico, digamos, de la masturbación. Sin embargo, ¡qué diferente aparece en realidad el asunto! ¿Por qué la sociedad muestra tanta indignación ante este fenómeno natural de la infancia? ¿Por qué da a este fenómeno el carácter de pecado? ¿Por

qué asusta a los niños diciéndoles que tal práctica tendrá como consecuencia la demencia o idiotez? Queremos contestar acto seguido a la pregunta, para ilustrar la dirección de nuestra labor científica.

Por la condena y el desprecio de un fenómeno natural como la masturbación, la sociedad intenta inculcar ya en el alma del niño un sentimiento de culpabilidad, quebrar así sus energías para que se sienta culpable siempre y no halle fuerzas para la protesta del hombre libre.

Otro ejemplo:

Las madres cuentan a sus hijos el cuento de la cigüeña. Se trata en verdad de un antiquísimo cuento folklórico, que narra en forma simbólica el acto de parto. ¿Por qué cuentan las madres este relato simbólico, en lugar de esclarecer a sus hijos? Este cuento también cumple una función social. En nuestra sociedad patriarcal la madre niega con este cuento su función fundamental para la especie humana, para hacer olvidar que le correspondería, en el fondo, la supremacía —que ejerció en el matriarcado— o cuando menos, la igualdad de derechos.

Queremos agregar aún otra observación:

Somos los testigos históricos de una revolución gigantesca, de un proceso de transformación de un orden social en otro. Somos actores activos y pasivos de esta transformación. Todo el que entre nosotros tenga una conciencia clara de su papel, tiene una tarea que cumplir. También los especialistas y hombres de ciencia tenemos una tarea que cumplir, y esta tarea consiste en hacer que el hombre, la humanidad, salga con plena integridad física y psíquica de esta lucha que se está desarrollando ante nuestros ojos. Respecto a nuestro tema, nuestra tarea consiste en buscar la senda de una nueva moral, de una nueva educación sexual. Sabemos muy bien que *toda educación es también una educación sexual*.

De todo lo expuesto se deduce fácilmente que los descubrimientos de Freud plantean en forma imperiosa la

necesidad de una nueva moral sexual que reemplace la moral falsa e hipócrita de nuestra sociedad, por una armonía de las exigencias biológicas del ser humano con los intereses de la sociedad entera, es decir, con el mínimo de represión necesario a su existencia misma, pero no con los intereses de una selección dominante.

* * *

Hemos acompañado al niño a través de las diferentes etapas de su desarrollo sexual. Hemos hecho muchas observaciones que están en contradicción con el modo de ver corriente, el cual prefiere negar por completo la existencia de los aspectos sexuales de la vida infantil. Hemos intentado descubrir las fuentes de las resistencias de la opinión pública, frente a este problema. Sabemos, asimismo, que para poder educar, es preciso empezar por la educación de los padres y de los mismos educadores. La base de toda pedagogía es la autoeducación de aquéllos; esto quiere decir que, ante todo, padres y educadores deben desprenderse de las numerosas prohibiciones y prejuicios que han conservado de su propia infancia. Tal vez hemos logrado contribuir a esta difícil tarea con unas cuantas indicaciones útiles.

Antes de tratar del fenómeno acompañante de mayor importancia del desarrollo sexual del niño, el *onanismo*, será preciso resumir en breves palabras el origen de todos aquellos síntomas a través de los cuales el desarrollo se va manifestando. Nuestro punto de partida fué el hecho de que al nacer el niño trae consigo sus impulsos sexuales; dichos impulsos quedan activados, ante todo, por las funciones corporales de cada día, en primer término la lactancia y la defecación. La intensidad de dichos impulsos depende de las inclinaciones congénitas de cada uno, así como de la sensibilidad del sistema nervioso que somos incapaces de determinar o medir. Depende de esta sensibilidad de cada cual, cuándo y con qué grado de intensidad aparecen los fenómenos peculiares. Dicha

predisposición se halla casi por completo fuera del sector de influencia de la pedagogía, o mejor dicho, le interesa tan sólo en aquellos casos en los que observamos una verdadera hipersensibilidad del niño, a saber: que los fenómenos sexuales aparecen en una forma muy llamativa; en tal caso será necesario cuidar muy especialmente de que ningún factor externo venga a aumentar dicha sensibilidad, ya en sí muy grande, y que ella no quede "fijada" y conservada para siempre. Sin embargo, esta observación más profunda no determina nuestra conducta sino cuantitativamente; *cualitativamente, nuestro deber es evitar toda intervención que pueda contribuir artificialmente a que los instintos sexuales del niño se realicen; del mismo modo, debemos evitar toda actitud o conducta que pudiera inhibir su desarrollo.* No lo olvidemos nunca: *el desarrollo sexual del niño es un proceso natural que no debemos ni activar ni retardar.* Frente al niño, nuestra única tarea consiste en allanar lo más posible el camino de su adaptación a la sociedad, para que él logre luego establecer una armonía entre la energía propulsora de sus instintos, por un lado, y por el otro, las exigencias de la sociedad.

Naturalmente, no es muy fácil cumplir este programa en la vida cotidiana. Hemos dicho más arriba que el desarrollo sexual corre parejo casi siempre con alguna función orgánica importante, y en primer término, con la lactancia, y luego con la defecación; de modo que sería imposible separar el desarrollo sexual de la influencia de estas funciones. Existe, además, toda una serie de motivos más, cuya influencia puede ser eliminada, o por lo menos considerablemente disminuída. Es imposible prohibir a las madres que besen a sus hijitos, y, sin embargo, se debe recomendar la reducción a un mínimo posible de los besos en la vida del niño pequeño. Cuántas veces podemos ver que la madre "se come a besos" a su hijito, y sobre todo aquellas partes de su pequeño cuerpo que son especialmente sensibles, incluso las genitales. Con ello, su única finalidad es atraer a la cara de

su hijito aquella sonrisa que —es forzoso reconocerlo— no se dirige a la madre, sino al placer que contiene cierto factor sexual. Los mismos efectos serán provocados por la limpieza exagerada, el ocuparse con demasiada detención de limpiar las zonas genitales y anales, la aplicación demasiado frecuente de lavativas, el empleo exagerado del termómetro, etcétera. Sin embargo, los cuidados meramente *ánimicos* pueden también acarrear consecuencias análogas. Pensamos aquí en aquellas tendencias educativas que tratan con un extremo rigor y con una atención a la que nada se le escapa, precisamente los fenómenos de contenido sexual: emplean, pues, los medios más estrafalarios para deshabituarse al niño del chupeteo, enlazan el hábito a la limpieza, con toda clase de ritos y ceremonias, castigos y premios, para someter luego al niño a una observación con ojos de Argos y echarse encima de él tan pronto como traspasa las fronteras de las prohibiciones, a grandes gritos de “¡Eh! ¡Qué asco!”. Nos referimos a fenómenos harto corrientes.

Existe aún otro “método” educativo muy popular: el de pegar a los niños; ya hemos llamado la atención sobre el carácter sexual de este “método” tan vergonzoso. Hemos insistido aún más especialmente en este carácter de los palos: pegar al niño tiene muchas veces un sentido sexual. La base del desarrollo sexual sano del niño —haciendo abstracción de todos los otros puntos de vista— consiste en que no se le pegue nunca.

* * *

No se podría poner en duda que el alma infantil, tan ansiosa de ternura y cariño, es susceptible de sufrir —y sufre efectivamente— gran número de insultos por parte de los mayores. Entre estos insultos los más graves son aquellos que poseen un contenido sexual. Hemos podido observar muchísimas veces que el niño pequeño reacciona con una sensibilidad increíble a todo signo de ternura entre sus padres, al que se ve obligado a asis-

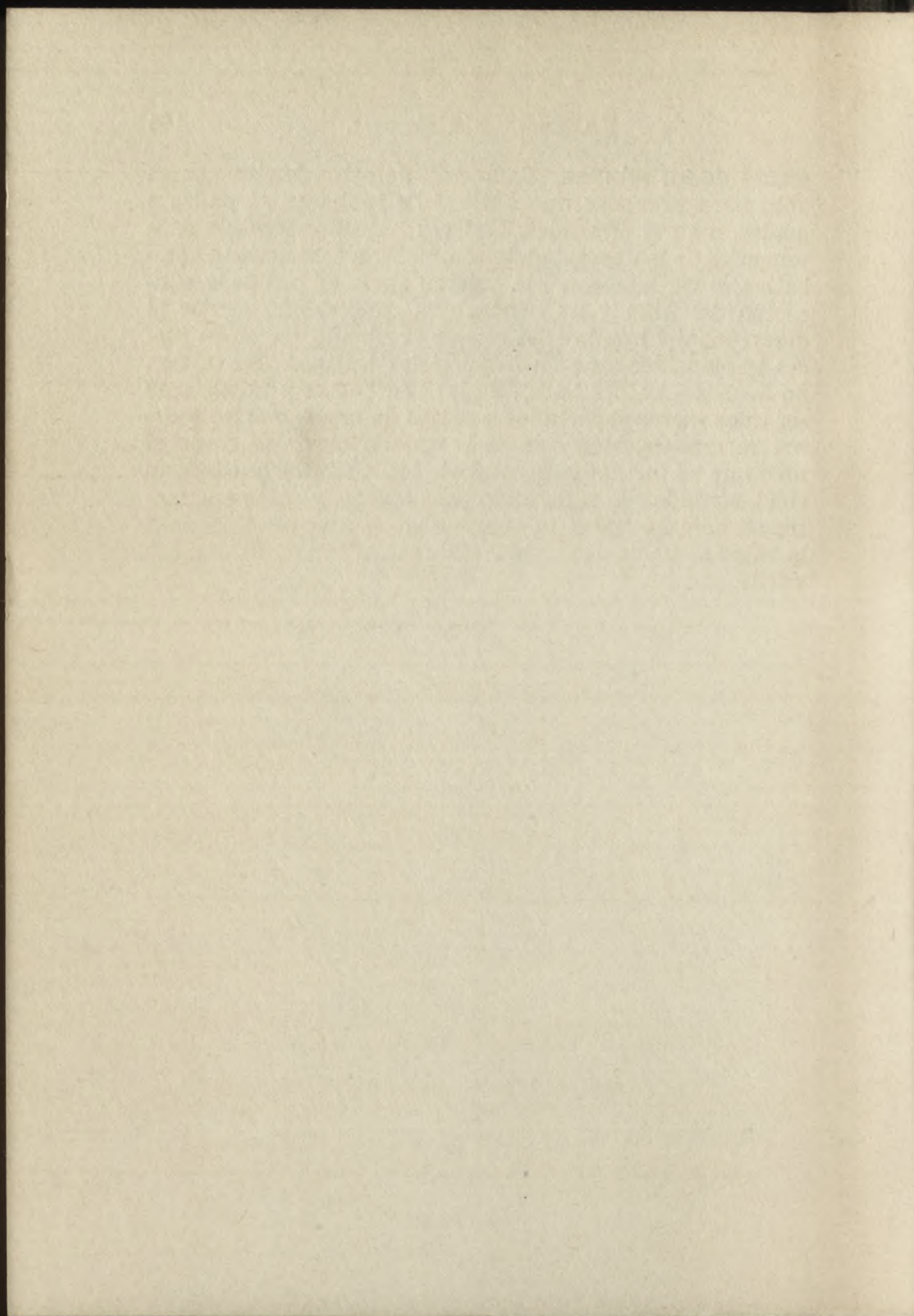
tir. Conocemos casos en los que el niño “respondió” con toda una gama de síntomas neuróticos al mero hecho de que los padres se hubieran besado en su presencia, o que la madre se hubiese sentado en el regazo del padre. Naturalmente, los padres se divierten no poco con estos “celos” de sus hijos; pero en realidad tendrían motivo suficiente para tener en cuenta todas estas manifestaciones, evitando cuidadosamente toda ocasión que pueda provocarlas. Desde luego, el insulto más grave espera al niño en el dormitorio de los padres; allí, aunque parezca que está durmiendo, *lo ve y lo retiene todo*. El niño no debe tener cabida en el dormitorio de los padres, y tan sólo la necesidad social más grave desliga a estos últimos de la responsabilidad de no poder obedecer a esta prescripción pedagógica tan importante.

* * *

Aquellas madres que por cualquier razón no lactan ellas mismas a su bebé, no sospechan cuántas experiencias sexuales puede tener su hijo por parte de las personas que la substituyen. Hemos podido desenmascarar ya, entre otras, a una nodriza que —a consecuencia de una superstición popular muy antigua— solía jugar con la parte genital del niño de pecho abandonado a sus cuidados, para lograr que aquél conciliara el sueño lo antes posible. Hemos conocido a una ama seca que hizo del niño entregado a su custodia un verdadero masoquista. Miles y miles de ejemplos demuestran que la edad infantil más tierna puede estar saturada de experiencias de carácter sexual; de este modo, el niño está obligado a darse cuenta —aunque algunos intenten negar la existencia de toda sexualidad infantil— de los contenidos sexuales de la vida que saltan a sus ojos a cada paso.

Hemos visto ya más arriba que los niños están en pugna continua contra los adultos que les circundan; en efecto, todos los niños forman una coalición inmediata, aunque no se trate más que de dos, contra el predominio

sexual de los adultos. Cada uno de estos fenómenos es apto para provocar una actitud de lucha en el padre o madre, o en el educador. Tal vez hayamos logrado convencerles de la necesidad de renunciar a esta actitud combativa, si verdaderamente quieren obrar en pro de la educación del niño y no *contra* ella, prefiriendo asistir al desarrollo del hombrecito que va creciendo, ya no en juegos implacables sino en imparciales testigos. Su misión no consiste, en efecto, en dictar sentencias y fallos, sino ser unos meros espectadores llenos de amor, *que no quieren intervenir*, sino que se proponen observar cómo el niño que va formándose combate los instintos que brotan en él, cómo los va superando poco a poco, y cómo encuentra su camino hacia la comunidad, y una vez llegada a la misma, hacia una vida amorosa ulterior, armoniosa y feliz.



CAPITULO III

EL ONANISMO

¿Pecado o enfermedad? -- Cómo se le combatía en el pasado. -- Todo niño normal se masturba. -- Acerca de quiénes lo han olvidado ya. -- El papel del onanismo. -- Las fantasías onanísticas. -- El onanismo y el "Complejo de Edipo". -- El punto de vista de Freud. -- El mismo onanismo no es nocivo, pero sí lo son los sentimientos de culpabilidad que lo acompañan. -- La renuncia a la autosatisfacción significa la neurosis. -- ¿Es recomendable combatir el onanismo?

El problema central del desarrollo sexual del niño, y así también de su educación sexual, es el onanismo, o sea la satisfacción masturbatoria de sí mismo.

Hemos visto más arriba cómo el niño va descubriendo su cuerpo. Parte a un verdadero viaje de exploración, con el objeto de saber cuál de entre las diversas partes de su cuerpo le procura el máximo placer. Descubrirá de esta manera que, ya desde su más tierna edad, la satisfacción más completa deriva de la excitación de los órganos genitales. Podemos observar niños de pecho de cuatro a cinco semanas que suelen jugar sistemáticamente con sus partes genitales. Coincide con la misma época la observación de la *erección* del pene en el niño de pecho, observación que suele provocar las reacciones más diversas en las madres. Hay más de una entre ellas que desespera al observar tan extraño fenómeno y corre a consultar al médico; otras mujeres, en cambio, registran con orgullo y satisfacción este primer signo de la "virilidad" de su hijito. Ello nos permite echar una mirada muy profunda en las honduras del alma materna, y especialmente en aquel dinamismo que determina las relaciones entre madre e hijo. Huelga decir que estas erecciones precoces sólo se deben a causas fisiológicas;

se trata del primer entrenamiento de las funciones orgánicas del porvenir. Ahora bien, otra de las primeras observaciones de las madres es constatar que su hijo practica el onanismo.

Fué nuestro punto de partida el reconocimiento de que el desarrollo sexual del niño es algo completamente *natural*, de modo que las manifestaciones de la misma no pueden ser tomadas por algo enfermizo y aún menos por un pecado. Frente a esta constatación de todas las psicologías modernas, se manifiesta la resistencia más enérgica, precisamente en cuanto se trata del onanismo infantil. Esto es muy comprensible. En efecto, *todos nosotros hemos practicado el onanismo*, y la infancia de cada uno de nosotros ha sido marcada por aquella opinión universal que repudia el onanismo como un pecado y una enfermedad. Al tomar partido contra la existencia de una sexualidad infantil, padres y educadores lo hacen al mismo tiempo implícitamente contra el onanismo, obediendo a aquel mecanismo anímico que Freud ha denunciado llamándolo "deseo de considerarlo como si jamás hubiera acontecido" (*Ungeschehenmachen-Wollen*), gracias al cual solemos olvidar nuestra propia infancia, con todos nuestras cuitas y sufrimientos, con la sola intención de poder "identificarnos" así, pues, con nuestros padres y educadores...

Recordemos todas aquellas publicaciones más o menos voluminosas que podíamos leer en profusión durante nuestra juventud, y en las que nuestra atención fué atraída sobre todas las "terribles" consecuencias de la masturbación. Nuestras almas juveniles quedaron saturadas de los horrores más abominables. Dichos opúsculos tenían por autores a médicos, profesores, curas, esto es, las máximas autoridades de nuestra época puberal, condenando nuestra alma cargada de pecados mortales a las penas supremas. El folleto más famoso de toda esta literatura "aclaratoria" (!) era obra del prelado alemán Karpff, cuya siniestra memoria quedó eternizada en la magnífica novela de Augusto Strindberg, *El hijo de la*

criada. He aquí unos cuantos párrafos de esta "obra" que hizo los más terribles estragos en el alma de numerosos contemporáneos nuestros:

"Así el mundo íntimo del hombre se transformará cada vez más en un desierto de desolación en el que nunca más volverá a echar raíces semilla alguna y en el que no brotará jamás el agua de la vida. Arena y desolación: eso es todo; los torbellinos vendrán a sublevarla, para sepultar hasta la última parcela verde. El alma humana se ve asediada por imágenes cada vez más tristes y peregrinas, de modo que irán naciendo poco a poco constantes representaciones enfermizas, puesto que las fuerzas más nobles del espíritu van degenerando cada vez más: el sano juicio, el pensamiento, el sentimiento, la voluntad y la memoria. Poco a poco, una melancolía horrible cubrirá el alma, un tedio de la vida; el hombre no tendrá apetencia de nada, no encontrará placer en nada, y quedará tosco e indiferente ante cuanto y cuantos le rodean, la sociedad, el arte, la ciencia, la religión y todo cuanto sea algo elevado en la vida. Esta es la primera muerte del hombre. El triste final será, empero, ora la locura, ora el suicidio."

Tales libelos venenosos, tanto para el cuerpo como para el alma, se podían propagar entre la juventud, y se propagan aún, en nombre de la "educación moral". Otra clase de estas publicaciones tenía todas las apariencias austeras de la *medicina* y nos "aclaraba" sobre la "indiscutible verdad" que la masturbación conducía, en el mejor de los casos, "al desecamiento de las energías, al reblandecimiento cerebral, a la parálisis general, a la idiotez", puesto que las prácticas onanísticas provocan la destrucción del tuétano humano más valioso. La parálisis general, la enfermedad de la espina dorsal, correría pareja, naturalmente, con la locura. Todos estos folletos de "aclaración" han tenido por autores a personas que no han practicado menos la masturbación que aquellos jóvenes a los cuales iban destinadas. Por regla general, la actitud de quienes envenenan el alma de la

juventud por tales métodos, despierta siempre la sospecha de que deriva de una conciencia de culpabilidad de su propio onanismo. Millares y millares de libros de esta clase de "literatura" circulaban entre nosotros en nuestra juventud, y a pesar de todo continuábamos masturbándonos. Sin embargo, qué época terrible teníamos que pasar, cuántos remordimientos, cuántas dudas y qué desesperación solía perturbar los años de nuestra juventud. Y cuántas almas infantiles degeneraron, sumiéndose en la desesperación; pero su desgracia fué provocada no por el onanismo, sino por la mencionada literatura de "folletos aclaratorios".

Desde entonces —y bajo la influencia de las investigaciones psicoanalíticas— la manera de ver de la ciencia ha cambiado casi por completo en cuanto al problema del onanismo; también la apreciación social del problema va transformándose en el sentido de una mejor comprensión. Sin embargo, aún recientemente, en una gran obra colectiva alemana de vulgarización científica, titulada *Die Gesundheit*, un profesor pedólogo se ha atrevido a afirmar que el mejor remedio del onanismo era... el tratamiento del pene con electricidad (!). La primera obra de este género que enumera las consecuencias perniciosas del onanismo fué la del famoso médico francés Tissot, publicada en 1760 bajo el título *De l'onanisme, une dissertation physique sur les maladies produites par la masturbation* (Lausanne); dicha obra sirvió de manual médico sobre esta clase de problemas, durante casi siglo y medio. Tan sólo las investigaciones de estos últimos decenios permitieron entrever que las afirmaciones esgrimidas por la ciencia médica en su lucha contra el onanismo, derivan casi todas de la obra de Tissot —según el cual el reblandecimiento cerebral, la enfermedad de Pott, la melancolía, la locura, etcétera, serían todas las más directas consecuencias del onanismo— y no corresponden en absoluto a la realidad.

Las interminables discusiones científicas acerca del problema del onanismo vertían sobre este tema central:

la masturbación, ¿perjudica o no? Hoy día, el planteamiento del problema es harto distinto, y vierte sobre la *significación* del onanismo, esto es, sobre el papel que éste desempeña en el desarrollo sexual de los años infantiles. Sabido es que no hay ningún otro problema de pedagogía acerca del cual se pongan de manifiesto tantos prejuicios como precisamente éste, y puesto que varios decenios pasados en el servicio de la investigación de este problema, nos enseñaron que éste era en realidad *el problema central del desarrollo sexual del hombre*, consideramos como nuestra tarea la sistematización de todo cuanto debemos conocer sobre el onanismo, sin perjuicio alguno de ninguna clase, para trasponer luego en la forma más debida nuestros conocimientos en la práctica educativa.

Ante todo, es preciso formular claramente lo que comprendemos por masturbación u onanismo (llamados en otros idiomas también “autosatisfacción” y hasta “auto-infección”). La primera palabra deriva del latín *manu stupratio*, o sea “estupro mediante la mano”. La segunda expresión deriva del nombre bíblico de Onán, héroe del cual se cuenta que “al entrar en la viuda de su hermano, dejó caer su semen en el suelo, para no engendrarle prole a su hermano”. Esta denominación “onanismo” —atribuída injustamente a Tissot, puesto que ya fué empleada antes— es poco lógica, ya que lo que hiciera Onán no era otra cosa que el coito interrumpido (*coitus interruptus*). Ambas designaciones son más que meros nombres; contienen verdaderos juicios valorativos, así como el juicio de la sociedad. El contenido de la masturbación se define mejor por el término de *auto-satisfacción*. Tausk da la definición siguiente del onanismo: “Comprendemos por onanismo una actividad sexual en la parte genital o en alguna zona sexual secundaria que no tiene por condición previa esencial la presencia de un *partenaire* y cuyo objetivo es producir un placer sexual inmediato. La cuestión de si la acción onanística va acompañada de fantasías conscientes o inconscientes, es

irrelevante para el concepto del onanismo". Podemos aceptar plenamente esta definición. Como vemos, el acento en la misma está puesto en la actividad *sexual*, y no en la realización técnica de la misma. El onanismo y la masturbación no se efectúan necesariamente con la mano. Es un fenómeno onanístico en las muchachas, por ejemplo, el cerrar fuertemente sus muslos, frotándolos uno contra otro, o el ponerse tan estrechamente los calzones que produzcan escoceduras, etcétera. Hacerse resbalar por la barandilla de una escalera provoca un placer netamente onanístico. Sin embargo, se puede observar que las muchachas se frotan contra algún objeto angular, sencillamente, o que apretan entre sus muslos cualquier objeto duro. El columpiarse de los niños pequeños sobre un caballo de madera es igualmente, muy a menudo, un juego onanístico.

Es muy interesante ver la reacción intransigente de la sociedad frente a este fenómeno; por un lado se le dió un nombre completamente equivocado, aludiendo al nombre bíblico de Onán, con el que en realidad nada tiene que ver, y por el otro, se le designa con un nombre completamente deformado de la expresión latina *manu stupratis*. Como si la resistencia psicológica que estos hechos menudos expresan hubiera influenciado considerablemente incluso la investigación científico médica de la cuestión. Landauer (1) llama la atención sobre una observación curiosa. Enfermos graves que han perdido la conciencia, y que no poseen ya ni siquiera todos sus reflejos, ejecutan movimientos convulsivos hacia su órgano sexual; esto demostraría que se trata de un movimiento de reflejo fijado en las capas más primigenias del cerebro. Esta observación puede hacerse universalmente y, sin embargo, la ciencia médica no ha querido sacar de ello ninguna conclusión hasta hoy, aunque actualmente pa-

(1) Karl Landauer: *Zwei Bemerkungen zur Onanie-Diskussion*.

rece poco dudoso que *el juego con la propia parte genital pertenezca a los instintos más ancestrales.*

* * *

Después de todo lo antedicho, es preciso plantear ahora el problema de si el onanismo es un fenómeno que se produce excepcionalmente y hasta si hay más: si es *un síntoma patológico*; o si, al contrario, pertenece a la línea evolutiva natural, constituyendo una excepción precisamente aquellos casos en los que no aparezca. Este último modo de ver encuentra hoy en día cada vez más partidarios, incluso entre los médicos (opinión de los facultativos psicoanalistas Sadger, Federn y otros). Según la manera de ver antigua, era muy natural que se calificara el fenómeno que nos ocupa de excepcional, para poder considerarlo a la vez como enfermizo. En primer lugar, se pone, pues, en duda que todos los niños practiquen el onanismo, y quienes esto afirman, citan, ante todo, su propio ejemplo: "Ya veis, ¡yo tampoco lo practicaba cuando niño!" Sin embargo, esto aún no quiere decir nada, ya que no hay recuerdos que rechacemos bajo el nivel de la conciencia tan gustosamente como aquellos que van acompañados de remordimientos, y ello se logra con suma facilidad. Por otra parte, es muy posible que las prohibiciones del medio ambiente hayan sido tan fuertes y severas que, siendo niños, los individuos en cuestión hayan olvidado por completo el haberlo hecho. Este puede ser el caso sobre todo en las muchachas, puesto que frente a ellas el medio ambiente suele adoptar actitudes todavía más severas que frente a los muchachos; ellas, que en nuestro orden social actual, pertenecen al sexo oprimido, son más obedientes a esta clase de censuras y prohibiciones. La mayor severidad del medio ambiente se explica entre otras cosas por la ansiosa conservación de la virginidad orgánica, a la que nuestra sociedad actual atribuye una importancia excesiva y exagerada. Es muy posible que las prohibiciones y censuras logren un éxito

completo ya desde los primeros años de la vida tanto en los niños como en las niñas, de modo que durante la pubertad no recurren ya a prácticas onanísticas. Muchos niños ante la masturbación efectiva se refugian en el mundo iluso de la fantasía y de la imaginación.

Hoy día, incluso los medios científicos que nada o poco tienen que ver con el psicoanálisis, consideran el onanismo como un síntoma casi normal e inevitable de los años infantiles. Esto vale, sobre todo, para el onanismo del niño de pecho. Aunque haya todavía muchos que pongan en duda el carácter "autoerótico" de este fenómeno, hoy día apenas hay ya quien intente negar el hecho de que el niño de pecho descubre *automáticamente* sus partes genitales, jugando con las mismas.

Detengámonos por un momento ante esta palabra de "jugar". Ya el mismo término expresa una cierta comprensión y tolerancia benévolas: lo que el niño de pecho hace no es más que un mero "juego". Sabemos, sin embargo, que el juego es *aquella actividad del niño, a través de la cual realiza las representaciones de su imaginación*. Ahora bien: el onanismo del niño de pecho en realidad no es un juego, ya que no poseemos dato alguno que nos permita suponer que tenga un contenido de fantasías. Debemos considerarlo, pues, como la excitación física de una zona erógena, sin que esta actividad, puramente física, pueda ir acompañada de algún componente anímico. Es sin duda superfluo añadir que ignoramos cuándo y cómo la actividad en y en torno a las partes genitales se va llenando de un contenido anímico.

En el onanismo, podemos distinguir tres etapas fundamentalmente distintas, desde el punto de vista psicológico. La primera fase es el *onanismo del niño de pecho*; la segunda, el *onanismo del niño pequeño*; y la tercera, el *onanismo del púber*. Cada una de estas tres épocas posee naturalmente sus propios rasgos característicos y su peculiar línea de desarrollo. Desde el punto de vista de la *valoración* psicológica, hay dos formas esencialmente distintas en el onanismo, según vaya o no

acompañado de contenidos anímicos imaginativos, esto es, fantasías; o si se limita a ser una mera actividad fisiológica. Esta última posibilidad aparece muy problemática, excepto en el caso del onanismo del niño de pecho. Podemos suponer, en efecto, con justa razón, que no existe ningún onanismo —ni en el niño pequeño, ni menos aún en el púber— que no vaya acompañado de fantasías *manifiestas* o (y en este caso estamos ya en presencia de un síntoma neurótico) de fantasías *reprimidas*.

* * *

Veamos, pues, cómo el niño va descubriendo, en el curso de su desarrollo sexual, las diferentes formas de manifestación del onanismo.

Las manipulaciones del bebé, con las que acompaña el chupeteo, su manera de entretener su manita en el pecho de su madre, en la oreja de la misma, parecen expresar que su función de la lactancia no es completa. Según numerosas observaciones, cada vez que no pueda lactar bien, cuando no se le dé bastante leche, sus manitas se entregan a una actividad mayor, como si de esta manera buscara una compensación de lo que le es negado. Si no tiene ocasión de “compensar” de esta manera la disminución de sus satisfacciones, llega hasta sus propias partes genitales. *El onanismo sirve de sustituto a un cariño que el niño no ha recibido* (ya que cariño y satisfacción son dos conceptos complementarios). En algunos niños de pecho, el jugar con las partes genitales se efectúa de un modo completamente automático. Sin embargo, en otro número bastante considerable, queda manifiesto que esta clase de actividades representa para ellos una auto-satisfacción tan valiosa que queda inmediatamente englobado en un programa sistematizado. Una expresión feliz de la pequeña cara, así como cierto *ritmo* observado en el jugueteo de la mano, todo parece demostrar la justeza de esta suposición. Estos fenómenos llaman mucho la atención sobre todo *en los momen-*

tos que preceden al sueño. Hemos dicho ya que según determinadas supersticiones populares, el tocarle al bebé las partes genitales es el mejor método de conseguir que se duerma. En muchos pueblos es una costumbre muy difundida que la madre o la nodriza jueguen con las partes genitales del niño, para lograr que éste concile el sueño lo antes posible. Hemos dicho igualmente que la limpieza del niño concentra especial atención en las partes genitales y en las zonas que las circundan, con lo cual dirigen forzosamente la atención del niño sobre el carácter erógeno de dichas zonas de su cuerpo. Vemos, pues, que, en parte, bajo influencias recibidas del exterior, y en parte por sí mismo, el niño de pecho descubre muy pronto la significación erógena de las mencionadas zonas de su cuerpo y especialmente de las partes genitales, poniéndolas al servicio de sus finalidades. Pero por este mismo hecho de que posee ya *una finalidad*, el onanismo rebasa inmediatamente su mera importancia fisiológica y llega a ser, tarde o temprano, un factor anímico. Para el niño de pecho —como lo hemos observado ya— la auto-satisfacción no representa tan sólo una mera fuente física de placeres, sino que sirve para compensar la falta de un cariño, imposible de obtener de cuantos le circundan, y especialmente de su madre. Esta afirmación nuestra encuentra una confirmación muy curiosa por las observaciones de Vera Schmidt, hechas en un Hogar Psico-terápico del Niño de Moscú, fundado por ella (1). En este Consultorio experimental psico-analítico en la U. R. S. S. los niños ingresaron a la edad de año y medio, permaneciendo en él durante tres o cuatro años. El principio educativo fué el de permitir que el alma infantil se manifestara en toda su realidad, del modo más espontáneo posible, sin sufrir merma alguna por influjos o intervenciones cualesquiera por parte del ambiente circundante. Naturalmente, este principio básico fué observado

(1) Vera Schmidt: *Psychoanalytische Erziehung in Sowjet-russland.*

aún más escrupulosamente cuando se trataba del problema del onanismo, de modo que *los niños llegaban a masturbarse sin ningún miedo o vergüenza en presencia del personal pedagógico del hogar*. El onanismo no caía bajo ninguna prohibición ni censura, ni siquiera bajo comentarios desfavorables, de modo que los niños lo podían ejecutar *sin mentira alguna y sin remordimientos*. Las observaciones hechas demuestran claramente que los niños recurrían muy poco a estas prácticas; aún así, no se produjo ningún caso de que lo hubieran hecho *juntos o colectivamente*. Se han podido observar dos formas distintas del onanismo. La primera fué provocada única y exclusivamente por un mero excitante de orden fisiológico; esta clase de fenómenos se manifestó sobre todo por la noche, antes de acostarse. Naturalmente, fieles a sus principios, los educadores no intervinieron tampoco en estos casos. Estas prácticas de onanismo antes de dormirse, duraron por regla general tres o cuatro noches, para desaparecer luego espontáneamente. La segunda forma del onanismo podía ser atribuída a alguna perturbación anímica del niño: visitas, alguna pequeña ofensa o postergación, etc. Manifestaron una inclinación más fuerte hacia el onanismo, aquellos niños que aún sufrían de añoranza por su hogar. Mas, puesto que a todo ello los educadores no consagraban ni la más mínima atención ni importancia, intentando encauzar por otros medios la tristeza o el resentimiento de los niños —con cariño, ternura, juegos, etc.—, si bien el onanismo no llegó a desaparecer en cuanto *síntoma excepcional*, no podía tener ninguna importancia en la vida de los niños.

Este ejemplo justificará nuestra decisión de no tratar aquí de aquella clase de onanismo del niño de pecho que solamente tiene un interés meramente *fisiológico*; desde luego, este problema ocuparía un sector reducidísimo, ya que relativamente pronto, el onanismo se enlaza con contenidos anímicos. No hay motivo para consagrar más atención, pues, a este problema, o por decirlo me-

por: *es preciso cuidar que el interés testimoniado por estas prácticas del pequeño no precipite el nacimiento de un contenido anímico cualquiera, en dichas manipulaciones.* No podemos pasar por alto la observación de que en muchísimos casos es precisamente el medio ambiente el que, con su vigilancia excesiva, con sus intervenciones, castigos y prohibiciones, llega a orientar el interés del niño sobre este problema; de este modo, el juego con las partes genitales se va transformando muy fácilmente en una fuente de placeres, primero, y luego, en una *arma poderosa* contra los padres y educadores: efectivamente, si los padres y los pedagogos creen necesario reprimir inmediatamente y con toda severidad la más pequeña manifestación onanística, el niño pequeño se da bien pronto cuenta de que se trata de algo secreto y excepcional, lo que excitará aun más, por un lado, su curiosidad que no tarda en interesarse por todo cuanto le resulte prohibido, y por el otro, brinda un magnífico sector de acción a la actitud siempre posible de resistencia testaruda frente a las personas circundantes. No podemos decir nada en contra, si la madre u otra persona encargada de cuidar del niño, logra que, mientras duerme, la mano del niño pequeño quede encima de la manta, mientras que ello se haga *suave e imperceptiblemente*. Sin embargo, representaría un craso error si ello se efectuara con el acompañamiento de *censuras o reproches*. Muy a menudo, las atenciones excesivas se dirigen a cerrarle herméticamente al niño el acceso a sus partes genitales, empaquetándolas, por decirlo así, excesivamente. Esta defensa no es tan sólo superflua, sino que es, al mismo tiempo, un intento muy cándido; en realidad, el envolver excesivamente produce calor y frota las partes genitales, excitando así al niño. Cuanto más libremente pueda moverse el pequeño, tanto más sano será.

* * *

Nuestro problema se plantea, pues, tan sólo en el instante en que el onanismo cobra un contenido que po-

demos calificar de "anímico", en el sentido que hemos indicado más arriba. Es muy natural que por un lado el psicoanálisis freudiano, y por el otro la "psicología del individuo" adleriana, den dos interpretaciones harto diferentes de este factor o contenido anímico. Mientras que, efectivamente, esta última considera el onanismo como una forma de *reacción* contra el medio ambiente, la teoría freudiana parte de la vida de los instintos del pequeño ser, buscando entre estos últimos el lugar que corresponde al onanismo.

Hemos partido de la observación de que el onanismo está llamado a substituir o compensar aquel amor o cariño que el medio ambiente le ha negado o retirado al niño. Es un hecho indudable que *el medio ambiente jamás podría asegurar bastante amor y cariño al niño*. Efectivamente, el mundo circundante está llamado a realizar una tarea educativa; ahora bien, educar significa limitar, e imponer determinadas barreras, lo que evidentemente no se podría efectuar sin una reducción de cariño y amor. El niño descubre muy pronto que el onanismo es un medio magnífico para compensar la falta de cierta porción de cariño cuya ausencia le duele. Estaríamos tentados de decir que es la educación —todas las maneras de educar— la que conduce al niño al onanismo. Frente a aquel modo de ver para el cual el onanismo infantil representa un fenómeno *anormal*, es preciso llamar la atención sobre el hecho de que viene a ocupar *necesaria y forzosamente* un puesto en las actitudes de equilibrio y de defensa del niño pequeño, bajo la presión que sufre éste por parte de las personas circundantes. Nuestra tarea consistirá, pues, en reconocer y explorar este fenómeno en toda su realidad, considerándolo en sus aspectos anímicos como algo completamente natural.

No carecerá de provecho observar también las formas del onanismo que se conocen en el reino animal. Entre los animales que viven *en libertad*, en uno solo se ha podido observar el fenómeno del onanismo: en el gamo. En

cambio, la masturbación es un fenómeno muchas veces observado en los animales *en cautividad*, en los parques zoológicos, y especialmente en los machos de las especies domesticadas. Los animales que practican más el onanismo, son los monos, los elefantes, los leones. El onanismo de los caballos y perros toma a veces formas excesivas. Vemos, pues, que el animal que cae en la cautividad del hombre o el que aunque en libertad vive en su compañía, onaniza.

Mas es necesario referir aquí otro ejemplo que parece contradecir hasta cierto punto las afirmaciones de Vera Schmidt. En efecto, tampoco en los pueblos primitivos, existe prohibición o castigo alguno que recaiga en los niños entregados a las prácticas onanísticas. En las tribus primitivas, los niños onanizan libremente, y sobre todo, en formas mutuas, especialmente en *grupos*. Los hombres primitivos no conocen más que el onanismo de *la tierna infancia*; esto se explica sin duda por el hecho de que sus condiciones de vida les permiten llegar muy precozmente al coito, en cuanto "juego sexual". Malinowski (1) nos cuenta que los niños pequeños de las Islas Tobriand se dedican al "juego del coito" a partir de la edad de cuatro a cinco años, y ello en forma muy regular y sistemática. Estos juegos se efectúan públicamente, ya que nadie pensaría en limitarlos o prohibirlos. Frente a los relatos de Malinovsky, sin embargo, otros exploradores nos explican con todo detalle determinados ritos, en los que los hombres primitivos se dedican a la masturbación *en grupos*; las mujeres no pueden asistir a dichos ritos.

* * *

El representante clásico del modo de ver según el cual el onanismo, a partir de la más tierna edad del niño de pecho, no tiene otra finalidad sino la de repre-

(1) Bronislaw Malinovsky. *Das Geschlechtsleben der Wilden*.

sentar un refugio para éste ante los desagradados de la vida, y que el onanismo representa durante toda la vida ulterior una función análoga de *buen retiro*, es el psicólogo y urólogo vienés Oswald Schwarz. Este investigador considera estas masturbaciones —“huídas”— como un síntoma *anormal*, y dice concluyendo: “*Esta primera aparición de la sexualidad no significa el primer peldaño del desarrollo sexual, sino un primer síntoma de patología sexual.*” Esta opinión tan severa nos parece motivada en la nada, ya que aún negando por completo el carácter *sexual* de la “huída” —tal como lo hacen, por ejemplo, los fervientes de Alfredo Adler— no podemos menos que considerarla como una etapa del desarrollo natural. ¿No es muy comprensible, en efecto, que el niño no pueda ir adaptándose a su medio ambiente sino paso por paso, de modo que *el onanismo sirve para asegurarle, mediante sus fuerzas propias, aquella posición de equilibrio que intenta establecer entre sus impulsiones instintivas y las exigencias de la sociedad, la cual intenta imponer un número cada vez más crecido de normas y prescripciones molestas?* Es muy interesante, de todos modos, aquella *sistematización* del onanismo que debemos a Oswald Schwarz, según el origen del mismo. A su ver, *la forma más primitiva del onanismo sirve única y exclusivamente a la satisfacción de una necesidad puramente física*. Pertenece a esta forma el onanismo de los animales; con ciertas reservas insignificantes, podríamos clasificar en esta rúbrica incluso el onanismo del niño de pecho. Schwarz le da a esta clase de onanismo el nombre de *onanismo por necesidad* (en alemán: *Not-Onanie*). En su segunda fase evolutiva, el onanismo pierde por completo todo su carácter originariamente sexual; queda *desesexualizado* y llega a ser una mera técnica, un mero medio al servicio de la satisfacción de una exigencia del cuerpo que *no acusa ningún contenido de carácter sexual*. Nuestro autor considera como tal aquella costumbre de muchos niños que consiste en onanizar antes de dormirse por la noche: el *onanismo teleológico* (*Ziel-*

Onanie). Pertenece a este grupo el *onanismo por miedo*, cuya finalidad única es, según su nombre lo indica, encauzar el miedo que se apodera del niño. Schwarz cree que esta clase de onanismo se encuentra muy frecuentemente en los niños que van a la escuela, cada vez que se hallan ante una tarea que consideren muy difícil; el onanismo les sirve de fuente de valor. Sin embargo, la masturbación puede representar también un premio o recompensa (*onanismo de premio o de consuelo*); en este caso, el niño que ha fracasado en alguno de sus intentos, se consuela con estas prácticas, y con ello lanza un desafío a su medio ambiente. Oswald Schwarz señala como la fuente más importante de vivencias sexuales del niño *su amor propio cada vez más desarrollado*; la canalización del exceso de este sentimiento se efectúa, ya a partir de la más tierna infancia, y aún mucho más durante la pubertad, por medio de la masturbación. Según nuestro autor, la *erección* es para el niño el primer síntoma de su virilidad; éste descubre muy temprano que puede producir por él mismo, artificialmente, esta manifestación tan varonil de su cuerpo. El onanismo no serviría sino, en primer término, para justificar en un grado aumentado su carácter varonil; fomenta considerablemente el orgullo del niño el hecho de haber llegado ya a este placer, de ser “ya” capaz de masturbarse. Nuestro autor afirma, pues, que en estas manipulaciones “una sensación endógena de placer, completamente asexual, debida a la conciencia de virilidad del niño, se manifiesta en una actividad orgánica genital en la forma de masturbación”. Por muy atinada que parezca la afirmación de que una de las fuentes principales del onanismo infantil es el amor propio del niño, amor propio que va creciendo continuamente, nos parece muy injusto este afán del autor de negar rotundamente todo carácter sexual al fenómeno que nos ocupa. El contenido sexual es especialmente manifiesto en el púber masculino que onaniza, ya que en él la *eyaculación* sirve en igual medida

tanto a su amor propio varonil asexual como a la finalidad netamente sexual del onanismo.

Schwarz sostiene que en las formas antes mencionadas del onanismo, las causas que lo desencadenan son unas experiencias completamente desprovistas de sexualidad. El onanismo no cobra un contenido verdaderamente sexual sino cuando sirve para suplantar actos sexuales imaginados, imposibles de realizar. En este caso, la presencia de fantasías sexuales es innegable, y con ellas se determina el contenido verdadero de la masturbación. Según Schwarz, aún aquí, no se trata de otra cosa sino de aquella "jerga sexual" que es, según Alfredo Adler, el idioma expresivo de las afecciones neuróticas. En esta clase de onanismo, la persona expresa sus experiencias íntimas, descargándolas de la misma manera como "un músico recurre a su instrumento, y expresa y descarga mediante él sus sentimientos". Sin embargo, Oswald Schwarz supone al mismo tiempo la existencia de otra forma única y autónoma del onanismo que cobra un valor propio, un significado *simbólico*; en este sentido, *el acto masturbatorio llegaría a ser la expresión simbólica de la actitud fundamental que caracteriza a la persona durante toda su vida*. Y nuestro autor cierra por fin sus disquisiciones sistematizadoras con el siguiente juicio valorativo: "Es completamente igual lo que uno hace; lo que únicamente importa es lo que su acto representa para él. Lo patognómico no es el hecho de que alguien recurra al onanismo, sino que nuestro juicio acerca de él dependerá de *lo que él intente* con su acto onanístico."

Clasificar las distintas formas posibles del onanismo, tal como lo hace Oswald Schwarz, según la *finalidad* u *objetivo* perseguido mediante él, es sin duda muy interesante y representa una contribución valiosa al estudio del tema. Sin embargo, no nos puede satisfacer por completo, ni mucho menos, ya que pasa completamente por alto aquel dinamismo íntimo del desarrollo sexual que conduce a los actos onanísticos.

Si nos ha parecido interesante, a pesar de todo, tratar

aquí con todo detalle de las teorías de Oswald Schwarz, fué porque en este autor se enlazan armoniosamente el modo de ver adleriano con unos puntos de vista biológicos de indudable valor.

Para completar, agregamos dos opiniones más: Boenheim (1), el conocido pediatra alemán, considera la masturbación en la primera infancia —del segundo al cuarto año de vida— *como un signo de premadurez y degeneración*.

Según Carlota Bühler (2): “Los niños pequeños se masturban cuando son dejados en una situación de juego, a veces con alguien presente. Esto parece indicar que este disfrute físico de las funciones placenteras del cuerpo no tiene nada que ver con las reacciones emotivas ante otras personas, sino que son un desarrollo en una dirección muy diferente. En efecto, una de las grandes dificultades de la masturbación del adolescente es el esfuerzo para unir estas dos tendencias, la física y la emocional, que están normalmente separadas.”

* * *

Ya es hora de que intentemos echar una luz nueva sobre este problema, gracias a los puntos de vista freudianos y los resultados obtenidos por el psicoanálisis. Volvamos, pues, por un momento, a aquella opinión de los padres que se traduce muy claramente en la prohibición: “el niño ¡no debe *jugar* con sus partes genitales!” Estas palabras expresan admirablemente el contenido anímico del onanismo. Tal como hemos podido observar antes que la forma de realización de las fantasías infantiles es *el juego*, en el adulto, dicha realización se hace mediante *el arte*. El onanismo puede ser considerado como un juego, pero tan sólo en cuanto sea una de las for-

(1) Karl Boenheim: *Kinderpsychotherapie in der Praxis*. Berlín, 1932.

(2) Carlota Bühler: *El desarrollo psicológico del niño*. Buenos Aires, 1940.

mas más adecuadas bajo las cuales se manifiesta la imaginación infantil. La importancia de la auto-satisfacción no está determinada, sin embargo, en esta época de la vida, por sus formas fisiológicas, sino únicamente por los contenidos imaginativos anímicos. El acento está en la *fantasía*, y no en la actividad puramente manual.

Al adoptar una actitud ante el problema del onanismo, es preciso juzgar de esta cuestión desde el punto de vista que acabamos de caracterizar. Ahora bien: las investigaciones y observaciones psicoanalíticas han podido demostrar claramente que los contenidos anímicos del onanismo están llenos de *motivos incestuosos*. Fué objeto de muchas discusiones la famosa teoría del psicoanálisis, según la cual el desarrollo anímico del niño estaría determinado por el llamado "complejo de Edipo", o mejor dicho, por la solución que se haya dado a este "complejo". El "complejo de Edipo" es el nombre que se da corrientemente a aquella ley anímica en virtud de la cual el niño pequeño busca la unión con aquel de sus padres que sea del sexo opuesto al suyo, intentando eliminar por completo al otro (el de su propio sexo). Las fantasías onanísticas del niño pequeño parecen confirmar plenamente la existencia de este "complejo de Edipo", como asimismo significa que *el niño pequeño realiza sus fantasías incestuosas a través de la masturbación*. Es muy probable que aún sin ninguna influencia venida del exterior, y sencillamente a consecuencia de *la estructura de la sociedad actual*, estas fantasías incestuosas vayan acompañadas de una grave conciencia de culpabilidad a la que contribuye por su parte otro elemento constitutivo de las fantasías onanísticas, el *complejo de la castración*. Efectivamente, se puede observar en los niños un extraño temor a perder su pene, y en las niñas la observación precoz del hecho de que no poseen este órgano que ven en los niños, o sea que incluso ellas ya lo han perdido en parte, puesto que el clítoris les parece como una forma rudimentaria del mismo. Los investigadores de la "psicología profunda" ven en estos temores la con-

secuencia directa que se deriva del complejo de Edipo; así se origina la fantasía de la castración, en cuanto castigo por la culpabilidad incestuosa. Según el testimonio sacado del análisis psicológico de numerosos niños, el onanismo sería al mismo tiempo una *castración simbólica*, o sea una manera de eliminar junto con el castigo, también la conciencia de la propia culpabilidad.

Todo cuanto acabamos de exponer, se refiere a la masturbación entendida como fenómeno normal y natural. Hemos eliminado por completo aquellos sentimientos de culpabilidad que no se nutren de las fantasías incestuosas del onanismo, *sino de la prohibición social que recae en dichas prácticas, estigmatizándola.*

Podemos suponer que en el curso del desarrollo normal, el niño llegado a la edad de cinco a seis años, ha logrado ya resolver su "complejo de Edipo", desembocando —tal vez precisamente gracias a las prácticas onanísticas— en un cierto estado de equilibrio o reposo; de este modo, sus exigencias instintivas aparecen reducidas a un mínimo. Es un hecho indudable que por regla general, llegados a la edad de cinco a seis años, los niños dejan de practicar el onanismo; esto quiere decir que *no lo necesitan más*. Con ello viene a cerrarse el ciclo más importante del desarrollo infantil. La fase que se inicia ahora, será la de la *latencia*. Según la acertada expresión de Freud, podemos decir que "éste es el período en el que el niño logrará vencer felizmente sus necesidades onanísticas". La experiencia nos muestra que en esta fase de latencia sexual, el onanismo es un fenómeno relativamente raro, y si a pesar de todo se presenta, debe ser valorado como un síntoma neurótico. Es muy probable, desde luego, que estas observaciones sólo tengan validez para la clase burguesa de la sociedad moderna. Malinovsky y otros, nos brindan, en efecto, numerosos datos, a la luz de los cuales parece que la época de la latencia no tiene vigencia para los niños campesinos; ellos practican el onanismo hasta que —según observaciones de los maestros y curas rurales— pueden

practicar la vida sexual normal, a partir de la edad de diez a doce años.

* * *

La fase de latencia sexual llega a su terminación con la *pubertad*. Con ello, se presenta el punto decisivo del desarrollo sexual, con cuyo acabamiento el niño puede iniciar su actividad sexual de adulto, procediendo a escoger a su pareja y logrando la satisfacción de sus instintos mediante la cópula normal. Sin embargo, hasta que no llegue a esta etapa, se vuelve una vez hacia las posibilidades que le brinda el onanismo, el cual satisface esta vez con mayor plenitud las necesidades físicas y anímicas del púber. Desde el punto de vista fisiológico, la masturbación sirve para encauzar las materias sexuales acumuladas en el organismo durante la fase puberal; lo que el organismo descarga en la masturbación, es como un superávit excesivo que él no soporta. Las poluciones nocturnas están evidentemente al servicio de este mismo objetivo. Ambos fenómenos tienen por rasgo común el hecho de que poseen un contenido manifiestamente *anímico*. La polución va acompañada de sueños, y como tal, es el ejecutor de los deseos sexuales de la fantasía. Sin embargo, es esta misma fantasía la que encuentra su expresión adecuada también en el onanismo. La actividad anímica de la selección de la pareja queda iniciada ya, y toma formas cada vez más circunscriptas. En las fantasías del púber hacer su aparición la pareja sexual con la cual se reúne mediante el onanismo. El motivo dominante no es ahora la *realización* del deseo de la unión sexual, sino su mera *representación imaginaria* en la fantasía. La terminación de la fase puberal significa que la madurez se ha alcanzado, y con ello, se es maduro para la vida sexual. El onanismo debería, pues, ceder el paso a la vida sexual normal, en virtud de las leyes de la fisiología humana.

En efecto, la moral de doble faz de nuestra actual

sociedad, reconoce la justificación de una vida sexual, por lo menos en cuanto a *los varones* se refiere; en cambio, frente a la hembra mantiene a toda costa su principio fundamental según el cual el único marco posible de sus actividades sexuales es el matrimonio. Frente a estos puntos de vista tradicionales, viene desenvolviéndose una nueva moral sexual que, sin embargo, acarrea aún —por lo menos en las circunstancias sociales actuales— tantos inconvenientes como la moral de la frustración sexual, autora de tantos histerismos. Es de esperar, no obstante, que el caos actual producirá al fin de cuentas, un modo de ver ético elevado, que llevará a las parejas de jóvenes enamorados a la conciencia de su responsabilidad, confiriendo al mismo amor —que actualmente no parece ser sino una mera realización de deseos y necesidades sexuales— un nuevo contenido y categoría nueva, para que pueda asegurar la armonía de dos personas de sexo opuesto que se complementan mutuamente, física y anímicamente.

Aquellos fenómenos que acompañan la elaboración de esta nueva ética sexual, merecerían un estudio aparte. En el modesto marco de la presente obra, debemos contentarnos con determinar las condiciones psicológicas previas de dicha ética nueva, tal como lo venimos haciendo en las páginas que preceden, valiéndonos de los resultados de la investigación psicoanalítica.

Sin embargo, no podemos menos de hacer constar que entre la actitud neurótica y la actitud ético-sexual ante el problema del amor, apenas vemos una notable diferencia. La observación nos enseña que los neuróticos revisten muy a menudo sus dolencias anímicas con el lucido traje de la ética sexual. Entre las bellas palabras y la conducta moral se abre muy frecuentemente el precipicio de la neurosis. Sin embargo, quisiéramos que la ética sexual de nuestra sociedad no sea una cómoda forma de huida para los neuróticos, ante la responsa-

bilidad, sino la moral de unos hombres y mujeres sanos, al servicio del cuerpo tanto como el alma.

Las investigaciones de Magnus Hirschfeld (1) y Meirovsky-Neisser (2) aprobaban la opinión general de que la masturbación aparece entre los 11 y los 15 años. Según Magnus Hirschfeld alcanza la masturbación su cima entre los 12 y los 14 años, según Meirovsky entre los 14 y los 15. Hirschfeld considera de tres a cuatro años la duración media; según los datos de Meirovsky solamente el 14 % de la masturbación dura sólo un período corto, en 21 % 1 a 2 años, en 30 % 3 a 4 años y en 35 % 5 a 10 años. Bühler afirma también que los cálculos alcanzan el 70 y el 90 %. Prácticamente carecemos de datos respecto a la masturbación de las niñas, pero la opinión general de los investigadores es que la masturbación no la practican tanto las niñas como los niños. Charlotte Bühler escribe al respecto:

“Es mucho más característico de las niñas durante este período expresarse sexualmente en una excitabilidad difusa que no puede descargarse específicamente y que se canaliza por tanto en formas tan inespecíficas como la inquietud física y emotiva, las fantasías y los ensueños. Todos los datos que poseemos sobre estos años de la adolescencia confirman este punto de vista. Parecería, pues, que surge, ahora, una diferencia fundamental entre el desarrollo de los niños y el de las niñas, mientras que hasta este momento no se podía observar diferencias fundamentales, pudiendo considerarse este hecho como el fenómeno sobresaliente de este nuevo período.”

El pedagogo ruso Raykov (3) en un libro ha reunido datos muy importantes respecto a la distribución de

(1) Magnus Hirschfeld: *Sexualpathologie*, 1917.

(2) Meirovsky-Neisser: *Das Geschlechtsleben der Jugend-Schule und Elternhaus*, 1912.

(3) Raykov: *Cultura sexual en las escuelas*. — Citado por: Alberto Pinkevich: *La nueva educación en la Rusia Soviética*. Madrid, 1931.

la masturbación entre niños y niñas. Según los datos de Raykov más de la mitad de los varones y el 15 % de las niñas se entrega a la masturbación. Los datos afirman que en la mitad o poco menos de los casos el 44.4 % de los niños y el 42.5 % de las niñas, la masturbación responde a un impulso interior.

* * *

Hemos acompañado al niño a lo largo del camino de su desarrollo sexual, examinando detenidamente su actividad onanística. Hemos partido de la ficción de que este desarrollo no queda perturbado por ninguna intervención venida de afuera, y hemos caracterizado, asimismo, todos aquellos dinamismos que confieren al onanismo el carácter de un factor de importancia. Naturalmente, en la vida, este desenvolvimiento no se realiza con un decurso tan imperturbado. La opinión pública condena, estigmatiza y prohíbe la masturbación, considerándola como un pecado o una enfermedad, y aun más generalmente como ambas cosas a la vez. Esta actitud de la sociedad, puede tener dos explicaciones meramente exteriores. Según la primera, es preciso combatir el onanismo con todos los medios que nos sean dables, porque es algo nocivo: socava las energías físicas del niño. Según la otra explicación —que se refleja ante todo en la ética sexual moderna— no es absolutamente cierto que el onanismo acarree inconvenientes corporales ineluctables y graves; es preciso, en cambio, prescribir al niño y a la niña cierto ascetismo. Para este modo de ver, el renunciar a la masturbación es la primera piedra de toque de un carácter que aspira a la perfección, la primera tentación y prueba a la que un alma ansiosa de salvarse debe ser expuesta. El onanismo cae, pues, bajo las prescripciones de los mismos postulados éticos que toda la vida sexual prematrimonial. No se puede poner en duda las buenas intenciones de tal modo de ver; sin embargo, sería preciso que se im-

pusiera a los padres y educadores, otra manera de mirar las cosas de índole sexual. Sería necesario demostrar que lo que es nocivo, no es el mismo onanismo, sino única y exclusivamente las prohibiciones que lo acompañan y su estigmatización; todo ello sólo sirve a fomentar la aparición de graves neurosis. No es dudoso, en efecto, que una ética sexual cuyo precio es la salud física y anímica, se condena a sí misma.

* * *

Examinemos, pues, un poco más de cerca y separadamente, las dos maneras de ver que acabamos de exponer, y deduciendo de ellas todo cuanto pueda resultar provechoso para el niño.

Acabemos de una vez para siempre con todos aquellos médicos y demás "especialistas" que han podido sostener y, a veces, aún hoy día, sostienen —*siempre bajo la presión de sus propios sentimientos de culpabilidad onanísticos*— que la masturbación trae consigo toda una secuela de terribles dolencias y enfermedades; por suerte, hoy día tales asertos llegan a ser cada vez más raros. Huelga decir que no queremos poner en duda que el onanismo practicado con exceso, puede tener como consecuencia una debilitación de la potencia sexual. Desde luego, es preciso plantearnos aquí el problema de si el mismo onanismo excesivo no constituye ya un síntoma secundario, esto es, la forma de manifestación muy grave de una neurosis previamente existente. Sin embargo, si por ahora pasamos por alto los casos de onanismo excesivo, siempre sigue en pie el problema de si el onanismo llamado "normal" es o no nocivo. Freud parece inclinarse a declarar que no podemos dar una contestación debida a esta pregunta: "Las observaciones clínicas nos ponen en guardia ante la supresión de la rúbrica de las consecuencias dañinas del onanismo." Dos discusiones públicas organizadas por los psicoanalistas de Viena, la primera en 1912 y la segunda en 1918,

quedaron sin resultado, ya que los participantes no pudieron ponerse de acuerdo. Freud resumió en los siguientes términos los resultados de dichas discusiones (1):

“(a) Todos estamos de acuerdo en cuanto a la importancia que corresponde a las *fantasías* que acompañan, o que se substituyen, a los actos onanísticos.

(b) Estamos de acuerdo en cuanto a la importancia de los *sentimientos de culpabilidad* que se enlazan con el onanismo, provengan de donde sea.

(c) Estamos de acuerdo en que es imposible designar las condiciones cualitativas del carácter dañino del onanismo. (En esto, no estamos todos de acuerdo).

Nuestras opiniones son muy divergentes acerca de los problemas siguientes:

(a) La negación de las consecuencias del onanismo con respecto a los factores somáticos.

(b) El problema de la refutación en general de las consecuencias nocivas del onanismo.

(c) La producción de los sentimientos de culpabilidad, los cuales se derivan inmediatamente según los unos de la falta de satisfacción, mientras que otros hacen intervenir determinados factores sociales, o actitudes transitorias de la personalidad.

(d) El carácter general del onanismo infantil.

En fin, se ha demostrado la existencia de una gran inseguridad con respecto a los problemas siguientes:

(a) Los mecanismos de los efectos dañinos del onanismo, si es que se puede reconocer su existencia.

(b) Las correlaciones etiológicas entre el onanismo y las “neurosis actuales”.

Las consecuencias nocivas del onanismo parecen afirmarse en tres sentidos diferentes:

(a) En forma de una dolencia orgánica, debida a un mecanismo desconocido, en el cual puede entrar en juego el haber practicado desmesuradamente el onanismo como asimismo la satisfacción inadecuada.

(1) Freud: *Schlusswort der Onanie-Diskussion*, *Ges. Schriften Band III*.

(b) Como consecuencia de la *fijación anímica* de las fantasías onanísticas, puesto que en ellas no es preciso obtener ningún cambio del mundo circundante exterior para lograr la realización de un fuerte deseo anímico. Sin embargo, allí donde se desarrolla una reacción amplia contra esta fijación, ello puede ser la fuente de las propiedades anímicas más valiosas.

(c) Por el hecho de hacer posible la fijación de las finalidades de la sexualidad infantil, y de este modo, el perseverar en el infantilismo anímico. Con ello está creada la inclinación hacia la neurosis”.

“Nosotros los psicoanalistas debemos consagrar nuestra máxima atención a todas estas consecuencias posibles del onanismo —añade aún Freud—. Pensamos aquí naturalmente en el onanismo puberal y postpuberal. Debemos tener presente qué gran papel desempeña el onanismo en cuanto ejecutor de la fantasía, o sea de aquel inmenso reino intermediario que ha venido a incrustarse entre la vida regida por el principio del placer y la vida regida por el principio de la realidad. No debemos olvidar tampoco que el onanismo hace posible de gran manera, que mediante la fantasía, se realicen considerables desarrollos sexuales y sublimaciones, que no significan ningún progreso, sino la creación de compromisos muy nocivos. No obstante, según una importante observación de Stekel, este mismo compromiso llega a desarmar ciertas propensiones muy graves hacia la perversión, evitando igualmente las consecuencias más graves de la abstinencia sexual.”

* * *

Aunque no sea posible demostrar científicamente las consecuencias dañinas del onanismo, no es dudoso que pueda acarrear efectos fatales si el niño, incapaz de liberarse de su imperio, llega a ser su esclavo. Esta manera excesiva de satisfacerse a sí mismo significa, en términos de la psicología adleriana, que el niño *es incapaz de soportar las realidades de la vida*, y que reaccio-

na a la más mínima postergación u ofensa, huyendo hacia esta forma compensatoria. Sin embargo, interviene en ello aún otro motivo que es preciso tratar con más detalle. Por regla general, hoy día, el medio ambiente aplica represalias muy graves frente a la masturbación, sobre todo cuando se le ha cogido al niño *in fraganti*. Mas, aún en el mejor de los casos, se intenta obtener un cambio de actitud mediante meros sermones. Sería difícil determinar cuál de estas dos actitudes acarrea *menos* daño para la higiene anímica del niño. El resultado será, desde luego, el mismo. El alma del niño se llenará de una conciencia de culpabilidad, y cuanto más enérgica resulte la tendencia represiva y moral de los padres y del medio ambiente, tanto más profunda será la depresión provocada por los sentimientos de culpabilidad. Bajo la presión de la conciencia de su culpabilidad, el niño no tendrá otro remedio que valerse de nuevo del mismo medio compensatorio: volverá a masturbarse otra vez, ya que quiere huír y no le queda ningún otro camino de huida. El niño ha caído de este modo en un verdadero *círculo diabólico*: le hacen sufrir *porque* se masturba y se masturba *porque* le hacen daño. Es posible, sin embargo, que los castigos y sermones obtengan un resultado positivo y que los sentimientos de culpabilidad lleguen a dominar el alma del niño hasta tal punto que deje de masturbarse. El niño no practica más el onanismo, si comprendemos por éste una actividad manual. Sin embargo, el onanismo posee no sólo formas corporales, sino también formas espirituales; ahora bien: es imposible prohibir el *pensamiento*, y así tampoco los pensamientos onanísticos. El niño débilmente equilibrado realiza, pues, sus impulsos en aquellas fantasías onanísticas en las cuales no falta nada sino precisamente el factor más importante —y casi podríamos decir: el único factor justificativo y apaciguador— la satisfacción sexual.

Hoy día todas aquellas personas que se han ocupado de este problema, desde un punto de vista ora científico, ora pedagógico práctico, están de acuerdo en que

por muy discutibles que resulten las consecuencias dañinas de la masturbación para el organismo, no cabe duda de que *lo que causa más daño, no es el mismo onanismo, sino el sentimiento de culpabilidad que la acompaña*, y que resulta tan corrosivo para el alma del niño como el ácido para una lámina de metal. Esta conciencia de culpabilidad penetra tan profundamente en el alma del niño que aún cuando haya superado por completo la fase onanística, las huellas de la misma quedan siempre vivas durante toda la vida. Es esta conciencia de su culpabilidad la que distrae al niño de otras actividades anímicas, incluso cuando haya renunciado de hecho a sus prácticas onanísticas. Al tener entre nosotros a un niño desconcentrado, falto de atención, podemos saber que en realidad está muy concentrado, sólo que concentra toda su atención sobre el onanismo, sobre los sentimientos de culpabilidad que ello suscita, y sobre el deseo de superarlo.

Esta conciencia de culpabilidad influencia muy gravemente incluso las consecuencias fisiológicas del onanismo. En efecto, el objetivo de las prácticas onanísticas es la satisfacción de sí mismo. El niño cuya alma esté cargada de la conciencia de su culpabilidad, es muy difícilmente víctima de una irresistible necesidad anímica que le impulsa a repetir continuamente sus actos masturbatorios. Ya hemos revelado más arriba, los motivos anímicos de dicha compulsión; sin embargo, otro motivo decisivo de la misma es que al niño cargado de sentimientos de culpabilidad, ningún acto onanístico podría aportarle más la satisfacción tan deseada; por esta misma razón, la volverá a buscar repetidamente y con una intensidad aumentada. Podríamos decir que *si un niño se ha entregado una vez al onanismo, será preferible que ello represente para él una satisfacción más o menos completa, o sea la supresión de aquella tensión físico-psíquica que constituye la energía impulsora de la masturbación*.

Todo padre y educador debe comprender claramen-

te, pues, que si se propone luchar contra el onanismo (y más abajo trataremos de este problema), no debe perseguir su finalidad con los métodos anticuados del castigo y del sermón moralizador; con ello podría vencer tal vez el onanismo en cuanto fenómeno puramente externo, pero *no podría nunca anclar definitivamente las energías propulsoras del mismo, transformándolas en otra actividad útil, y contrarrestando así sus influencias dañinas.*

* * *

Debemos plantearnos, sin embargo, el problema de *si se debe, y si es lícito combatir el onanismo.*

Habrán quienes protesten incluso contra el planteamiento de este problema.

Contra ellos, citaremos aquella tesis fundamental de la opinión extrema opuesta, según la cual representa un fenómeno patológico del desarrollo infantil, ya no el onanismo mismo, sino precisamente —¡la tardanza en entregarse a dichas prácticas onanísticas!— Es enfermizo, no el niño que se masturba, sino aquel que no llega hasta esta fase, o que salta por encima de la aludida forma de satisfacción de los impulsos sexuales.

No hemos podido considerar la primera fase del onanismo del lactante y del niño pequeño sino como una mera excitación de las zonas erógenas sensibles. Ello representa solamente una etapa intermedia del desarrollo sexual del niño, a la que no asignan ninguna importancia ni quienes, por lo demás, libran las batallas más arduas contra el onanismo de los niños de dos a cuatro años, y luego contra el de los púberes. En el peor de los casos, lo consideran como una “mala costumbre”, que el niño acabará por abandonar tarde o temprano.

Acerca de la fase de desarrollo siguiente del onanismo, el psicoanalista Reich (1) se expresa así: “El onanismo infantil no sólo no significa ningún síntoma de degeneración, sino que, por lo contrario, constituye la primera

(1) Wilhelm Reich: *Onanie im Kindesalter*. Viena, 1912.

condición previa del primado genital ulterior, así como de toda vida sexual ordenada y de la higiene psíquica". Muy numerosos son aquellos pedagogos modernos que comparten esta opinión de Reich, considerándola como condición previa de la vida sexual normal e higiénica de más tarde. Tausk pone de relieve que el niño pequeño al que se le autoriza a masturbarse libremente, llega a conocer, pues, el cariño y el amor precisamente a través de estas prácticas. Según el psicoanalista muy renombrado Paul Federn, *no son nocivas sino aquellas formas del onanismo que no aportan la satisfacción* (1). Todas aquellas formas del onanismo que acarrear la satisfacción, crean un estado de equilibrio entre las impulsiones de los instintos del niño y las barreras que contra las mismas ha erigido su medio ambiente. Considerado así, el onanismo desempeña el papel de una "válvula de seguridad" (Sadger). Sin embargo, hemos mencionado ya que en las representaciones imaginarias que acompañan la masturbación, aparecen motivos de *incesto* y de *castración*. El mismo Sadger fué el primero en llamar la atención sobre el hecho de que el mejor modo de eliminar los complejos de Edipo y de la castración imaginaria, en forma de un auto-castigo, es la masturbación. El onanismo llega a ser, bajo este respecto, el *ejecutor de la fantasía*. Gracias al hecho de que el niño puede ir realizando sus fantasías mediante el onanismo, esto es, en realidad, en una forma poco perniciosa, le llegará a ser posible eliminar las impulsiones de instintos que se enlazan con las mismas. Tan sólo un niño que haya descargado sus impulsos sexuales antisociales y, ante todo, el complejo de Edipo de su infancia mediante el onanismo, será capaz de llegar a la inocente masturbación de la pubertad.

Debemos considerar, pues, el onanismo puberal como un fenómeno completamente normal; ya desde antes, viene a servir al mismo objetivo mencionado, *la regula-*

(1) Véase *Die Wiener Diskussion*, 1912.

ción del equilibrio físico y anímico del niño. Desde luego, no cumplirá con su finalidad sino en el caso de que a pesar de ello, no se presenten sentimientos de culpabilidad. Las observaciones de Sadger nos demuestran que aquellos niños que no practican el onanismo durante la etapa puberal, llegarán forzosamente a ser neuróticos; o para decirlo mejor, ya el hecho de no masturbarse constituye un grave síntoma neurótico que puede degenerar hasta tal punto que los niños en cuestión "caigan hasta en la esquizofrenia". De todos modos, es muy característico este punto de vista nuevo, como oposición extrema a la opinión antigua aún más extremista, y el hecho de que considere precisamente el *no* practicar el onanismo como un mal e incluso como un peligro para la salud del futuro adulto.

Sin embargo, es preciso llamar aquí la atención sobre otro momento muy importante de las discusiones acerca del onanismo. En efecto, se puede decir que la educación no debe combatir sino aquellas manifestaciones del impulso sexual que resulten francamente *asociales*. Ahora bien: la masturbación no es, aún en sí, un acto asocial, ya que no representa ningún daño para la colectividad. Al contrario, Stekel y otros insisten en que el onanismo está precisamente al servicio de la comunidad, puesto que gracias a ella el niño puede encauzar tales impulsos antisociales suyos que sin ello podrían decantar muy fácilmente hacia la criminalidad. El niño puede encauzar y descargar sus impulsos antisociales en el onanismo en la forma más inocente y fácil, contribuyendo con ello muy notablemente al establecimiento de un equilibrio en su "economía doméstica" psicológica; y ella le hará posible la adaptación sana y útil en el seno de la colectividad.

El argumento más importante que se suele esgrimir en las discusiones en torno al problema del onanismo, es el que afirma que *el onanismo perjudica al carácter del niño*. Quien no sea capaz de vencer esta tentación, no podrá transformarse en un miembro útil y moral de

la sociedad. *Omnis masturbator mendax*, "todo masturbador es mentiroso", reza un dicho muy antiguo; efectivamente, tiene razón en el sentido de que *el onanismo es el principio de todas las mentiras*. Las mentiras del niño pequeño se iniciaron con el onanismo; pero tan sólo ha ocurrido esto en aquel niño que *tenía que mentir*, por haberse encontrado ante una sociedad que le quería castigar, estigmatizar, limitar su libertad mediante prohibiciones. Nuestras experiencias nos muestran que, por regla general, todos los niños practican el onanismo, y si luego mienten, lo hacen porque no pueden obrar de otra manera. El onanismo es muy apto, pues, para torcer el carácter recto del niño y obligarle a caer en la mentira. Es una observación clásica que toda persona patológicamente mentirosa es al mismo tiempo un onanista excesivo, o por lo menos en algún momento lo fué. Sin embargo, es muy natural que aquellos niños que puedan entregarse a la masturbación sin sentimientos de culpabilidad, acusarán una propensión menor hacia la mentira, ya que no tendrán ninguna necesidad de ello. Desde luego, es muy difícil, y casi imposible, crear una atmósfera adecuada en este sentido en torno al niño. Para ello, los padres y educadores necesitarían una autodisciplina considerable de la que generalmente no disponen. Quisiéramos contribuir aquí aun con otra observación muy curiosa al problema de la formación del carácter. Aquella presión educativa que obliga al niño a recurrir a mentiras, puede lograr igualmente su contrario; es decir que el ex onanista puede transformarse en un verdadero "campeón vindicador de la verdad", sobre todo si su medio ambiente no ha descubierto su onanismo y si él mismo, por sus propias fuerzas, lo ha podido superar (Freud). El onanismo podría ser, pues, muy bien, la fuente común de dos tipos anímicos harto distintos, e incluso opuestos: del mentiroso patológico y del "fanático de la verdad"; pero en ambos casos, la desviación será debida al onanismo.

Se han registrado igualmente observaciones muy cu-

riosas según las cuales aquellos niños que han sido des-acostumbrados del onanismo *por la fuerza*, reaccionan muy a menudo por *la pérdida de sus habilidades manuales*, o de tal modo que en ellos dichas habilidades no pueden desarrollarse en absoluto (Mary Chadwick). Todo ocurre como si estos niños quisieran castigarse a sí mismos, condenando a sus manos a la tosquedad.

La clínica psicoanalítica conoce muchos casos de paralizaciones de la mano de origen psíquico, como consecuencia de un trauma o fantasía edipal reprimida, en relación con la masturbación.

* * *

Otro argumento contra el onanismo alega que la masturbación causa una pérdida considerable de energías sexuales, esto es, energías que podrían servir en otros sectores de actividades en un sentido útil y valioso. Ello vale especialmente para el onanismo puberal. Es muy comprensible que un modo de ver que se basa en altos postulados éticos combata al onanismo por querer salvar estas energías que se pierden, para las grandes y generosas finalidades de la juventud. Tales modos de ver deben merecer toda nuestra tolerancia. Pero tampoco esto nos podría hacer desviar de nuestro camino, que nos induce a examinar siempre lo que sirve al sano desarrollo físico y anímico del niño, y si éste se prepara efectivamente a aquella madurez que sólo le permitirá cumplir con su destino individual y con su misión social. Sabemos —según Freud— que la civilización y la cultura han surgido de aquellas energías que, diferentemente de su primer destino, han servido a la humanidad para realizar otras actividades socialmente útiles y, por tanto, autorizadas. Hemos llamado la atención, sin embargo, sobre el hecho de que el valioso trabajo de la sublimación sólo podría producirse por individuos que realicen libremente por lo menos una parte —la parte asocial— de sus instintos. Frente a toda tendencia moralizadora, nosotros queremos educar hacia

las realidades de la vida, y este objetivo nuestro nos hace formular la pregunta: *el onanismo, en cuanto forma de satisfacción sexual, ¿es o no antisocial?* Hemos tratado ya de todos los aspectos del problema, pero no hemos encontrado todavía ningún motivo, ni el más mínimo, que permitiera suponer que el onanismo es antisocial. Del mismo modo como no se puede demostrar que el onanismo sea nocivo para el individuo, es imposible probarnos que resultaría pernicioso incluso para la sociedad. Sin embargo, no hemos pasado por alto tampoco aquellos puntos de vista empíricos que abogan por el onanismo, en cuanto práctica más bien adecuada para el desarrollo del individuo y para la sociedad.

Esta última afirmación podría hacer creer fácilmente que dichas experiencias nos impulsan a inducir a los jóvenes a las actividades onanísticas. Naturalmente, este modo de ver es absolutamente falso; la liberación de la sexualidad infantil no significa aún que la educación deba fomentarla, aun cuando le dispense su benevolencia activa. La conducta que nos parece la más justa y oportuna ante este problema, es la *neutralidad* más completa. Esta neutralidad no determina, pues, que se tome partido en pro ni en contra.

No podríamos abogar por el onanismo, desde luego, ya que no es dudoso que el niño puede quedar "atrapado" muy fácilmente en esta etapa de su desarrollo sexual, y lo que durante estos años sólo parece ser una autosatisfacción inocente, podría transformarse en verdadero estilo de vida sexual, del cual ya le sería mucho más difícil desprenderse. Otro argumento en contra de sancionar la masturbación, reside en el hecho de que el onanismo brinda al niño una ocasión demasiado fácil para refugiarse ante cualquier problema que le atormenta y huir ante la realidad, en el remedio gratuito de la masturbación; en ella encuentra su consuelo y compensación. En tales casos, está muy justificado hablar, desde luego, de la tarea de la educación que consiste en hacerle abandonar, al niño o al adolescente, el

plan de la masturbación. Sin embargo, los medios que se debe emplear con vistas a dicho objetivo son completamente distintos a los empleados por la pedagogía autoritaria corriente que se complace en establecer antagonismos artificiales entre adultos y niños.

Antes de dedicarnos a tratar este problema, es preciso que insistamos una vez más en los terribles estragos que causa, no la masturbación, sino la actitud adoptada ante ella por los padres y pedagogos a la antigua usanza. Hemos visto que el castigo, tanto como las censuras morales, no hacen sino imponer cargas pesadas al alma del niño, rompiendo las fuerzas íntimas de su resistencia moral. La *neutralidad* de la que venimos tratando, exige como condición *sine qua non* que no empleemos frente al niño, ni el arma del castigo, ni la de la reprobación moral; tampoco se debe intentar impresionar al muchacho explicándole los perjuicios que el onanismo podría acarrear para su salud. Jamás podríamos adivinar de antemano las formas de su reacción; no sabemos cuáles son las causas en su vida anímica y cuáles los efectos; no podemos saber si son las influencias anímicas las que desencadenan en él los síntomas corporales, o viceversa. La *sobria neutralidad* es la única actitud adecuada por parte del educador, ya que le hace posible encontrar el camino más oportuno a seguir en medio de problemas tan difíciles como delicados.

Debemos tener en cuenta, desde luego, que el niño, que forzosamente se encontrará, un día u otro, ante el problema del onanismo, podrá plantearse él mismo esta cuestión tan delicada, esperando de nosotros la fórmula mágica que le libere de sus crisis íntimas. ¿Qué debemos contestar a sus preguntas? Nuestra experiencia nos enseña que este problema suele interesar en extremo a los jóvenes, y si las relaciones que median entre educador y educando son lo bastante cordiales, este último aprovechará la ocasión para hablar de ello. Naturalmente, en casi todos los casos nos hablan de un "amigo" suyo que "hace estas cosas", para conocer nuestro parecer; por

nada en el mundo hablarían en primera persona. Nuestra tarea ante estas "confesiones en tercera persona" no puede ser otra sino la de liberar la conciencia juvenil del peso de los remordimientos onanísticos; al mismo tiempo, será preciso hacerle posible que por sus propios medios *encuentre él mismo la mejor manera de emanciparse de tales prácticas*, poco a poco, o que las reduzca por lo menos a una proporción que podríamos llamar "normal" y que es verdaderamente un fenómeno completamente inofensivo e inocente. Quienes hayan tenido ocasión de trabajar en consultorios juveniles o pedagógicos saben cuán frecuentemente se acosa al especialista con esta clase de problemas.

* * *

La mejor solución a este problema consiste en no darle mayor importancia, y de la siguiente manera: diciéndole al niño que no se trata de un fenómeno extraordinario y anormal, como él parece creerlo, y confesándole *que nosotros mismos hemos pasado por sus mismas cuitas, y que también nosotros hemos practicado la masturbación*. He aquí la palabra mágica liberadora, muy a menudo apta para restablecer, de un solo golpe, el equilibrio anímico del niño que estaba ya en peligro. Sin embargo, debemos llamar la atención al mismo tiempo sobre el hecho de que precisamente porque la masturbación es algo que se presenta en la vida de todos los niños y que, por consiguiente, son adultas aquellas personas que hayan pasado desde hace tiempo por esta fase evolutiva, él debe saber que, *a su vez, abandonará por sí solo estas prácticas*, puesto que se trata de un síntoma pasajero y relativamente insignificante del desarrollo humano. Toda otra actitud ante el problema podría solamente perjudicar la evolución del niño, y de ningún modo podría llevarnos al resultado que el educador de buena fe espera de ella. No nos cansaremos de repetirlo: la repulsa moral y los castigos pueden servir también para suprimir

la masturbación en el niño o en el adolescente, pero el onanismo se puede practicar incluso con el pensamiento, y esta forma de masturbación es, sin duda, aún mucho más grave que la manual.

Es preciso, pues, concentrar todas nuestras actividades pedagógicas contra el *onanismo espiritual*.

Hemos visto que en el niño pequeño, sobre todo en un principio, la masturbación no es, en realidad, sino una sencilla y cómoda forma de huida. Son muy valiosas, a este respecto, las experiencias realizadas por la ya mencionada pedagoga Vera Schmidt, que nos explica como sigue las causas que cree descubrir detrás del hecho de que en su consultorio de observación psicoanalítico-experimental el onanismo haya desempeñado un papel tan insignificante:

"1. Existencia de los debidos cuidados corporales e higiénicos (paseo, comidas, baño, lavajes suficientes y fricción del cuerpo por las mañanas, sueño abundante y sano, etcétera).

"2. Existencia de relaciones cordiales entre educadores y educandos.

"3. Amor y cariño para cada niño, en la exacta proporción que ellos lo exigen individualmente.

"4. La organización de una vida *interesante* para los niños, con juguetes adecuados a su edad, con temas y ocupaciones apropiados."

Estas condiciones tendrían que aplicarse a todos los niños en general.

No debemos olvidar que el *onanismo sirve para suplir el cariño y el amor insuficientes*. Sólo en cambio de determinada cantidad de amor estará el niño dispuesto a abandonarlo. El ambiente del niño deberá asegurarle, por lo tanto, este amor, si quiere que el onanismo sea verdaderamente lo que es: un fenómeno de transición que corresponde a determinada etapa del desarrollo infantil. El amor se manifiesta tan poco en el castigo como en los sermones morales; por muy amablemente que se den las enseñanzas moralizadoras, y por muy amis-

toso que sea el tono empleado, es inevitable que el niño o el joven vean en ellas una *intervención por parte de los adultos*.

Otro medio muy frecuentemente empleado en la educación, con miras a suplantar el onanismo, es el *deporte*. El deporte es también una forma de sublimación, que como tal hace posible que el niño encauce sus energías hacia el mismo, descargándolas en sus actividades físicas. Si tenemos en cuenta qué influencias favorables resultan de las actividades deportivas para la confianza del niño en sí mismo, no podemos sino aconsejar a los padres y educadores que orienten a los educandos hacia el deporte. La confianza en sí mismo contribuye grandemente a que el niño se encare con los problemas de su pequeña existencia con mayor éxito; sólo de este modo llegará el onanismo a ser superfluo para él, en cuanto forma disfrazada de la huida y del descorazonamiento. Podemos lograr, sin embargo, el mismo objetivo si llegamos a crear, en torno al niño, una atmósfera en la que tenga la impresión de poder realizar sus fuerzas en completa libertad. El *dar ánimos* es uno de los medios pedagógicos más poderosos, el cual puede conducir al niño al éxito tan anhelado, tal vez precisamente en una fase de su vida en la que el onanismo le ha venido a causar un estorbo considerable; en efecto, éste es el mejor método para ayudar al niño a vencer sus dificultades por sus propios medios, incluso en el sector del onanismo. Llegados a este punto, se nos impone aún una observación de orden secundario: muchos creen que dormir sobre un colchón duro es el mejor método para combatir el onanismo y las poluciones, como si esto fuese una condición indispensable. Nadie pone en duda, desde luego, que dormir sobre un colchón duro es sano, pero es aún más sana la dureza y la preparación del alma para aceptar toda responsabilidad ante los problemas grandes o menudos de la existencia. El onanismo no es, pues, sino un problema parcial de la educación; pero, al mismo tiempo es el sector en el que se pone de relieve, plena-

mente, la influencia de aquella pedagogía que tiende a asegurar al niño su liberación en todos los sentidos, allanándole su camino en la vida y en el seno de la sociedad.

El onanismo de los jóvenes durante la pubertad, requiere más o menos un tratamiento inspirado en estos mismos principios. La principal diferencia que debemos tener en cuenta es, sin embargo, el hecho de que la edad de la maduración sexual representa una carga especial para la juventud, ya desde el punto de vista fisiológico.

Si se nos planteara el dilema: cuál de las soluciones es preferible, que el joven encauce sus energías sexuales amontonadas a través de la masturbación, o que se inicie precozmente, cuando aún ni su cuerpo ni su alma están lo suficientemente maduros, en la vida sexual normal, contestaremos que el onanismo desprovisto de sentimientos de culpabilidad es siempre una solución de mal menor. En cambio, un comercio sexual con la mujer, precozmente empezado, no puede dar el resultado deseado, ya que faltan absolutamente sus componentes anímicos y físicos previos.

La tercera solución, que consistiría en contestar negativamente a ambas preguntas que acabamos de plantear, sólo se podría lograr en una sociedad en la cual los padres se hayan liberado ya de todo prejuicio, y puedan abandonar la solución con toda confianza y con la conciencia tranquila, a los mismos jóvenes, corporalmente y mentalmente sanos; en realidad, serían ellos los únicos indicados para decidir de esta clase de cuestiones.

Sin embargo, estas jóvenes generaciones venideras serán educadas por unos padres y educadores que habrán podido practicar la masturbación en su infancia y juventud, sin sufrir ningún sentimiento de culpabilidad. Las nuevas generaciones así educadas impondrán luego, por norma, una ética sexual que dejará de depender del momento histórico, del lugar o de determinada clase social, ya que será obra de la colaboración armoniosa de la naturaleza y de la sociedad.

CAPITULO IV

LA INICIACION DE LOS NIÑOS EN LOS TEMAS SEXUALES

Los niños lo saben todo. -- La iniciación sexual es un problema sentimental y no racional. -- En torno al "cuento de la cigüeña". -- Lo que interesa al niño no es la Biología. -- Lo que es preciso decirle al niño, a pesar de todo. -- Un poco de biología para los padres. -- Algunas conversaciones entre padres y niños sobre temas sexuales.

La pedagogía "moderna" se realiza plenamente con la iniciación sobre temas sexuales. Se cree generalmente que cuando el niño "lo sabe todo", el educador ha satisfecho aquellas obligaciones que debe imponerse todo padre o pedagogo progresivo que se precia. Existen un sinnúmero de folletos y de libros que llevan por título *¿Cómo se lo diré a mi hijo?* La pugna de los principios se libra en torno al problema de si es preciso o no revelar al niño el misterio de su concepción y nacimiento, o si vale más ocultar la realidad detrás de la pantalla del "cuento de la cigüeña" que trae a los niños, u otros cuentos semejantes (los niños traídos por los Reyes, "comprados en París", etcétera). Se trata, pues, de una lucha de principios cuyo tema es: ¿qué debe saber el niño y qué no debe saber? ¿Cuándo debe decírselo y de qué manera?

No nos interesa tomar posición en estas discusiones *teóricas*, ya que nuestros propósitos no son de índole teórica. El problema es mucho más complejo y grave, y desempeña un papel mucho más importante en el desarrollo físico y espiritual del niño para que pueda ser posible su resolución por una toma de posición teórica, o por la realización consecuente y leal de una u otra con-

cepción del mundo. Como en todos los demás problemas que atañen a la educación, será preciso, una vez más, *tomar al mismo niño por punto de partida*, y esto no en virtud y a la mayor gloria de algún "principio" educacional, sino para acercarnos lo más posible a aquella solución que resulte la más favorable para el mismo educando, o mejor dicho: la que le resulte la menos perniciosa para él.

Es preciso hacer constar ante todo que las "iniciaciones" sexuales contradicen rotundamente aquellas experiencias que hemos adquirido sobre la formación anímica del niño pequeño. Este mismo término "iniciación" nos señala y determina, ya de antemano, que nos movemos en un plano puramente *racional*; con las "aclaraciones", se propone ampliar los *conocimientos* del niño con todos aquellos datos que se refieren a su nacimiento, a su estado prenatal, así como a su concepción. En realidad, no es de esto que debe tratarse. Y si por motivos de pura conveniencia seguiremos empleando en este capítulo este término de "iniciación sexual", no por eso olvidaremos, ni por un solo instante, que no podremos acercarnos al nudo del problema, a través del entendimiento y la razón, sino *parcialmente*. El único camino a seguir debe conducirnos exclusivamente a través de la vida afectiva del niño, conociéndola y adaptándonos a ella. No se trata, pues, de cómo explicar al niño aquellos fenómenos biológicos que hasta ahora se le solía ocultar, sino de otra cosa: se trata de saber primero cuáles son los motivos afectivos que en el alma del niño se concentran en torno a los problemas vitales que la llenan toda; será necesario adaptarnos por completo a los mismos. Esto no quiere decir en absoluto, ni mucho menos, que ante el dilema "iniciación sexual" o "cuento de la cigüeña" tomemos partido por este último, sino que significa que hemos de buscar una solución que nos permita ordenar, de la mejor manera posible, en el alma del pequeño ser, con el menor daño posible para él, todos

aquellos "afectos" turbios y penosos que son provocados por esta clase de problemas.

* * *

Partamos de la constatación de que el "cuento de la cigüeña" no llegó a ser un requisito indispensable por el solo deseo de encontrar la solución más fácil, o por el espíritu limitado de los educadores y padres de antaño. Debemos tener presente que las experiencias de largos siglos y una intuición ancestral fueron las causas que recomendaron a los padres que apaciguasen la curiosidad de los niños, explicándoles que los ha traído la cigüeña, o que los han comprado en París. Vayamos aún más lejos, y reflexionemos un instante, si no es infinitamente más probable que ante estos cuentos, como ante todos los otros por el estilo, estemos en presencia de aquel *tacto* con el que los adultos quieren ocultar a los niños *el brutal proceso biológico* del alumbramiento. Debió ser la realización de una experiencia infinitamente delicada lo que puso, como necesidad íntima, el establecer el halo del mito y de la leyenda en torno al problema del nacimiento.

El hombre primitivo se veía incapacitado de explicarse los misterios del nacimiento y de la muerte. No conocía, no quería reconocer la existencia de la muerte; así llegó a concebir la leyenda del alma que va de cuerpo en cuerpo. Según las tradiciones de la inmensa mayoría de los pueblos primitivos, el alma no muere con el cuerpo sino que sale de él en el momento de la muerte, para pasar a vivir en algún animal —por regla general, en algún ave marina— y queda en él hasta el momento en que pueda volver otra vez a un cuerpo humano. He aquí la forma más primitiva del "cuento de la cigüeña", el cual, sin embargo, tiene aún otro significado diferente. Expresa, en efecto, bajo forma simbólica, el proceso biológico del alumbramiento. El lago de donde la cigüeña saca al niño existe en realidad dentro del cuerpo de la

madre: son las aguas del vientre materno, esas aguas que significan —según la teoría muy espiritual del psicoanalista húngaro Alejandro Ferenczi (1)— una reminiscencia de aquella época prehistórica en la que todo estaba aún cubierto de agua. El pico de la cigüeña con la cual saca al embrión del agua, es el *pene*; la chimenea por la cual lo trae, es la *vagina*. Explicar cuentos no es una actividad sin otra finalidad más que la de contar. Tampoco el cuento de la cigüeña nació únicamente por el gusto de contar, y nuestros conocimientos psicológicos actuales nos autorizan a suponer que se ha imaginado —y se ha venido conservando hasta nuestros días— *debido a una verdadera necesidad anímica*. El alma del niño pequeño y el alma de los pueblos primitivos son casi idénticas, y esto nos lleva a creer que el niño *necesita* esta clase de cuentos. La cuestión es tan sólo la de saber qué realidad es aquella que el niño intenta encubrir y ocultar mediante este cuento. Es el hecho brutal del nacimiento lo que no podría soportar, aquella manera tan dolorosa que lo trajo al mundo, o bien, ¿se ocultan mecanismos más profundos y más complejos del alma detrás de dicho cuento? El que muchas veces el cuento importa más al niño que la realidad, queda demostrado también por el hecho harto significativo de que muchos niños “sexualmente aclarados” *llegan a olvidar* sencillamente su sabiduría penosamente adquirida, e incluso podemos oír a veces que se plantan en el día menos esperado ante su madre para decirle: “¡Me contaste una mentira, no es verdad que el niño nace como tú decías, sino que *lo trae la cigüeña!*”. Si el viejo mito ha sobrevivido hasta nuestros días en forma del cuento de la cigüeña, ello puede ser debido, naturalmente, a otros motivos también. En otro libro nuestro (2) hemos llamado la atención sobre las causas sociológicas de la conservación y divul-

(1) Véase Sándor Ferenczi: *Katasztrofák a nemi működés fejlődésében* (Catástrofes en el desarrollo de la función sexual). Budapest. Ed. Pantheon.

(2) Béla Székely: *Del niño al hombre*. Ed. Claridad, 1940.

gación de dicho cuento: en efecto, la sociedad civilizada actual, basada en el predominio del varón, emplea este cuento frente a los niños con el objetivo de degradar por este medio el misterio de la maternidad y justificar por ello la inferioridad de la mujer. El hecho significativo de que la madre niegue ante su propio hijo la función que es, sin duda alguna, la más sublime de su vida, la que generalmente se valora como la más importante de la humanidad, y que es la de haberlo dado a luz con dolores, después de haberlo llevado nueve meses en su vientre, podría suscitar la impresión de una abnegación heroica. En realidad no es más que un síntoma más para revelarnos la triste situación social de la mujer, y su situación psicológica determinada por la misma. Mas tal vez no sea su situación social la única razón por la cual las madres han aceptado contar a sus hijos el "cuento de la cigüeña"; tal vez haya intervenido en ello una fina sensibilidad, un tacto imposible de formular en palabras y cuya finalidad era la de salvaguardar a sus hijos de enterarse de la verdad, y sobre todo de *lo que se oculta detrás de la realidad*.

Al tratar del problema de la iniciación a los temas sexuales, debemos hacer caso omiso de aquella frase banal con la cual los fervientes de la educación "aclaratoria" proclaman, no sin adoptar la "pose" suficiente de fundamentarse en la Verdad, que, efectivamente, sí: el niño debe saberlo todo, no tenemos ningún derecho de sustraerle nada. El problema no tiene una solución tan fácil. Se requiere mucho tacto y circunspección para determinar nuestra línea de conducta ante este problema, y sobre todo para darnos perfectamente cuenta de lo que acontece en realidad en el alma del niño.

* * *

Debemos partir del hecho de que el niño ¡lo sabe todo ya de antemano! "Supongamos —escribe el psicoanalista suizo Heinrich Meng— que está saturado por un saber

ancestral, debido a la herencia milenaria adquirida gracias a la observación consciente e inconsciente del mundo circundante" (1). Este *saber primigenio* aún no ha podido tomar una forma definida ni un sentido bien determinado; sin embargo, en estado latente se encuentra ya en todas las manifestaciones de la vida afectiva del niño, buscando justificación y tranquilidad. Este saber ancestral está contenido de la misma manera en todo niño, bajo la forma de las orientaciones aún oscuras e inseguras de los impulsos, como en el mismo animal, el cual posee a la perfección todas aquellas funciones que garantizan la conservación de la especie, aunque nadie se las haya enseñado, ni las haya podido ver nunca y en ninguna parte. Esta inteligencia de los instintos que tal vez jamás llegaría a cristalizarse en forma de conceptos claros —como no llega a tal punto tampoco en los animales— se encuentra, no obstante, en forma latente en el fondo del alma del niño de pecho y le impulsa, le empuja a través de todas las exteriorizaciones de sus procesos afectivos. Tal vez no sea más que una mera hipótesis el afirmar que este *saber latente* es lo que orienta al niño con férrea consecuencia, aunque a veces de un modo aparentemente inseguro, a través de todas las fases de su desarrollo sexual.

Ahora bien, ¿qué es en el fondo lo que el niño quiere saber, lo que *debe* saber? Nuestras experiencias demuestran que lo que anhela conocer no se refiere al nacimiento mismo; detrás de este problema existe otra cuestión latente, una tensión de los sentimientos que sólo parcialmente se traduce por las preguntas incesantes del niño. El niño pregunta, y pregunta, y no se cansa de preguntar; mas no hay contestaciones y respuestas bastante frías y sensatas que le puedan satisfacer. En una escuela norteamericana, la "Walden School", cuyas orientaciones pedagógicas están basadas en el psicoanálisis

(1) Heinrich Meng: En "*El psicoanálisis y la vida cotidiana*": *Higiene de la infancia*. Barcelona, 1933.

freudiano, se han registrado experiencias harto elocuentes acerca de estos problemas. Se llegó al resultado un tanto paradójico de que la aclaración *instructiva* no es capaz de resolver el problema que nos ocupa, sino tan sólo la ilustración *psicológica* que intenta poner orden entre los sentimientos y afectos.

El niño no quiere tan sólo ampliar sus conocimientos, y esto tanto menos cuanto que en los últimos repliegues de su alma, gracias a su saber primigenio, por lo menos ya lo sospecha todo. Lo que busca es una tranquilidad, porque algo se está alborotando en el fondo más íntimo de su ser, aquel *algo* que llena su alma y que determina (por lo menos en parte) toda su conducta. Y el contenido ancestral de este saber primigenio, no se refiere al curso efectivo y real de la concepción y del nacimiento, sino a algo más hondo: el niño sospecha, siente y sabe que *los adultos poseen el secreto de unos placeres misteriosos y maravillosos de los cuales él no puede participar*. Sospecha, siente y sabe que *los adultos le quieren frustrar estos placeres, y es esta frustración de amores lo que el niño no puede soportar, ni olvidar, y de la que sencillamente no quiere tomar conocimiento*. Hasta con la más ínfima vibración sexual de su alma, el niño postula este placer, por lo menos en formas aproximadas. Es por eso que chupetea, es por eso que utiliza la defecación como una fuente de placeres, y es por eso que se masturba. Pero todo ello no aporta aún la calma y la tranquilidad tan anheladas; el niño quisiera algo totalmente distinto: quisiera la justificación y el reconocimiento de aquellos placeres, tan sólo sospechados, cuya plenitud se realiza en la cohabitación. "*Lo que el niño pretende en realidad —dice Ferenczi— es el reconocimiento del significado erótico de los órganos sexuales*". El niño postula, pues, que los padres reconozcan y le justifiquen esta función acarreadora de placeres de las zonas erógenas del cuerpo y, especialmente, el hecho de que en ella reside la verdadera finalidad y misión de las partes genitales.

Naturalmente, este resultado sensacional de las exploraciones psicoanalíticas no sólo echa una luz en el fondo más profundo del alma infantil, sino que revela al mismo tiempo la más honda raigambre de aquella resistencia que priva a las madres de hablar, sin falsa vergüenza y sin ruborizarse, de estas cuestiones con sus niños. Lo que es difícil para la madre no es la explicación de cómo dió a luz a su hijo; no es esto lo que la cubre de vergüenza y lo que ella pasa bajo silencio, ni tampoco el mecanismo de la concepción; es *el placer que acompaña la cohabitación y del cual la fecundación de su hijo no es más que un acompañamiento eventual y secundario*. Lo que le da vergüenza no es el alumbramiento, sino el coito.

Ahora habremos comprendido no sólo la verdadera necesidad del cuento de la cigüeña, sino también la del método de las "aclaraciones", que coloca en el centro de la educación "moderna", la ilustración del niño acerca de los problemas sexuales. ¡Como si se pudiera satisfacer al niño, instruyéndole acerca de unos conceptos biológicos!

Es muy típico también el método del "término medio", el cual se propone por un lado "aclarar" e instruir el niño, pero que se cuida ansiosamente, al mismo tiempo, de evitar que éste comprenda lo que se oculta en realidad detrás de las cosas. Nos dicen que el modo más inocente de "aclarar" al niño sobre el misterio del nacimiento, consiste en tomar una planta y explicar los papeles de los órganos genitales masculinos y femeninos valiéndose de la comparación con el polen y el pistilo. Como si este ejemplo no resultase mucho más complejo y lejano del universo mental del niño, que la sencilla y desnuda realidad que él comprendería y aceptaría con mayor facilidad. En cambio, lo que esta comparación tiene en su favor es que al hablar de plantas se puede ocultar completamente el papel del disfrute erótico y del placer que constituye, en el fondo, la esencia del problema. Lo que importa para estos edu-

cadores es, pues, desviar la atención hacia aspectos secundarios del problema.

* * *

Naturalmente, todo cuanto acabamos de explicar no significa que abogamos por que el niño no sepa cómo ha venido al mundo, y que no se le explique el mecanismo de la fecundación. Sin embargo, ello no es suficiente, y nos atrevemos a afirmar que una aclaración que comunica meramente datos y conocimientos no cumple mejor su cometido que el cuento de la cigüeña, que recurre a la imaginación del niño; en el cuento vibra, por lo menos, una realización inconsciente de deseos. No habremos comunicado al niño lo que anhela saber, sino cuando le hayamos dicho todo lo que debemos decirle para ensanchar sus conocimientos; pero cuando, además, no contentos con todo ello, le brindamos al mismo tiempo otra aclaración, *psicológica* esta vez, y le hacemos comprender que nadie le quiere privar de aquel placer misterioso y maravilloso que él sospecha; que aquel placer le está esperando a él también, y tan pronto como llegue a ser grande, él también lo conocerá y lo podrá experimentar. La educación sexual obtiene con ello una honda significación psicológica, poniéndose efectivamente al servicio de la preparación para la vida sexual, pero de aquella vida sexual cuya forma más elevada es la elección de la pareja y su contenido más cristalinamente puro, *el amor*.

* * *

Hay dos puntos de vista que nunca debemos olvidar cuando tratemos del grave problema de la "aclaración" sobre materias sexuales. El uno es que debemos partir siempre y en todas circunstancias del mismo niño, debiendo adaptarnos a él, y que, por consiguiente, es imprescindible comprender claramente todo cuanto acontezca en el alma de éste. Tal como lo hemos dicho ya

más arriba, lo que impulsa al niño a preguntar y a ser curioso, no es una sed de saber, que no sería muy difícil de apaciguar por medios puramente *racionales*. Sin querer quitar importancia a este aspecto, no se debe olvidar la existencia de una tensión *afectiva* que espera ser encauzada. Aunque la psicología evite siempre cuidadosamente hasta la apariencia de todo misterio, tal vez al tratar estos problemas tenemos el derecho de suponer la existencia de un conocimiento primigenio del cual nada sabemos, pero que debe existir en un estado latente en el fondo del alma del niño pequeño, impulsándole hacia metas desconocidas. Debemos saber cómo llega a desplegarse este saber primigenio y ancestral durante los primeros años de la vida, cuáles son sus formas de aparición y bajo qué disfraces se manifiesta. Para que podamos seguir el mejor camino en materia de "aclaración", debemos explorar lo que el niño pueda saber y pueda pensar de por sí, y sin que haya podido adquirir algún conocimiento por parte de las personas mayores. Los niños poseen unos conceptos claramente formados acerca del nacimiento, aun cuando nunca hayan recibido aclaración ninguna por parte de los adultos. Tal como lo hemos podido ver al tratar de la fase anal, el primer objeto extraño que haya salido de su propio cuerpo es, para el niño pequeño, su excremento. Tal como la cloaca es el órgano común del animal más primitivo tanto para el alumbramiento de un ser nuevo como para la evacuación de las materias asimiladas que son superfluas, así la primera fantasía del niño pequeño para cuya adquisición no necesita el contacto de nadie, es que *los niños pequeños nacen de la misma manera en la que su propia defecación ha salido de su cuerpo*. Esta fantasía se puede encontrar igualmente, fuera de las experiencias del moderno psicoanálisis, en los cuentos y leyendas populares, en los mitos y en la vida anímica de los pueblos primitivos.

Tal como el ejemplo aducido lo demuestra, el niño pequeño establece una identificación entre los corpúscu-

los defecados y el recién nacido. Con esto, él mismo acaba de descubrir el primer elemento de la "aclaración" sexual, o sea el hecho de que la madre lleva a su hijito en su vientre y que éste sale de allí. En esta fase de su desarrollo el niño es todavía incapaz de diferenciar ambos sexos, y al principio creerá aún que los niños pueden salir indistintamente tanto del vientre de los varones como del de las hembras. Esta creencia es otro elemento común a la imaginación infantil y a la de los pueblos primitivos; un resto de esta clase de fantasía se encuentra en la llamada *couvade*, o en español *covada*, tradición que, aún hoy, se encuentra entre los campesinos asturianos, según testimonio del escritor Ramón Pérez de Ayala. (Véase su *El curandero de su honra*). La *covada* consiste en que durante el alumbramiento de la mujer, también el hombre se pone en cama y hace como si padeciera los mismos dolores que la parturienta.

El niño pequeño va conociendo poco a poco las diferencias que existen entre ambos sexos y descubre que tan sólo las mujeres pueden dar a luz. Por regla general, los niños pequeños quedan mal impresionados por este hecho, ya que les parece una inferioridad de su sexo. Esta impresión desfavorable llega a traducirse de algún modo. Está dado, pues, el hecho de que los niños, antes de nacer, permanecen en el vientre de su madre. Desde el punto de vista de la aclaración sexual, esto no representa problema alguno, puesto que el niño ya lo sabía *por sí*.

Otro gran problema para el niño es cómo los hijos salen del vientre materno. Según sus primeras fantasías, dicha salida debe realizarse, desde luego, por el mismo conducto que la defecación, esto es, por el ano. Es muy posible que si al niño no se le habituara a la limpieza, y si sus excrementos no se calificasen de algo asqueroso que se debe ocultar con mucha vergüenza, mantendría durante mucho tiempo esta representación. Sin embargo, conforme va acostumbrándose a la limpieza, se va habituando a representarse que los niños salen directamente del vientre, y esto de tal forma, que *el om-*

bligo se abre. Más tarde tampoco esta explicación le satisface y sospecha una intervención algo brutal: que el vientre de la madre se abre a la fuerza, y esta fantasía suya se acerca ya mucho al proceso verdadero del parto.

Según nuestras experiencias, el niño pequeño pasa gradualmente por estas fases de sus fantasías relativas al parto, y el problema que se plantea cada vez más en el primer plano de su interés es: cómo llega a entrar el niño en el vientre de la madre. Este problema llena por completo su imaginación; ello se traduce por todas sus inquietudes, sus preguntas apuntan siempre a la misma cuestión, aun cuando aparentemente se refieran a otra cosa. Sospecha el niño la existencia de algún secreto considerable, algún gran misterio cuya solución está reservada sólo a los adultos; para él, ello está en relación con los conocimientos de las fuerzas mágicas de las personas mayores, que les dan el poder de dominar a los niños pequeños. Naturalmente, los adultos guardan celosamente su secreto, por lo cual él debe tener la sensación de como si se le quisiera excluir del paraíso feliz del conocimiento. Una vez más, debemos buscar un parangón en la vida anímica de los salvajes, si queremos descubrir analogías. Según las comunicaciones de Franzenstein, Malinowsky y otros, hay todavía pueblos primitivos que aún ignoran la existencia de una relación estrecha entre el coito y el parto. Según las creencias primitivas, la concepción se realiza por la penetración en la hembra, a través del agua de mar, del espíritu de los antepasados; o en forma de la lluvia; o en la figura de algún animalito. Rank explica estas representaciones, en su trabajo *Wahrheit und Wirklichkeit*, de la manera siguiente: por dichas representaciones mitológicas, el hombre niega su participación en el acto fecundante, ya que con ello sería su alma la que se trasladaría al cuerpo del niño, y él la perdería, o sea moriría. Nosotros quisiéramos llamar la atención, sin embargo, sobre otro motivo que no carece de importancia con respecto al problema de la aclaración sexual que nos interesa. Es que

dichos pueblos primitivos consideran el coito como un mero medio de placeres, separándolo por completo de la concepción, cuya función les es desconocida. Creemos que en el niño pequeño, al igual de estos pueblos primitivos, el hecho de la llegada al mundo queda igualmente separado de aquella función más secreta y más vedada cuya importancia él procura aclarar: el hecho del placer. Cuando se habla, pues, de aclaraciones sexuales, en realidad debemos tener en cuenta dos problemas completamente paralelos. Uno de estos dos problemas no inquieta mucho al niño. Según nuestras experiencias, los niños se enteran del hecho de haber estado en el vientre de su madre, así como de su llegada al mundo, como de algo completamente natural, y ello no les causa ninguna inquietud. No tienen ninguna comprensión por el romanticismo materno del "te he llevado abajo de mi corazón", y, por consiguiente, ello no produce ninguna impresión en ellos. Podríamos decir que esta clase de problemas pueden ser comprendidos, sin más ni más, en el mismo plano racional.

El otro problema paralelo que provoca una tensión anímica en el niño es el que ya hemos mencionado: ¿Cómo entran los niños en el vientre de su madre? En vano explicaríamos al niño lo que es el polen y el pistilo; esta comparación resulta completamente inservible. Pero explicar la realidad tampoco serviría para mucho. Mientras que al tratarse del problema anterior nuestra respuesta satisfará al pequeño y será aceptada sin insistir en nuevas cuestiones, en esta tercera fase de la aclaración sexual se producirán dificultades, puesto que ni las respuestas más objetivas le podrían satisfacer. La razón de ello estriba en que aquí ya no será suficiente una explicación razonable y racional, ya que están en juego *los afectos*. Este último problema no quedará resuelto para el niño sino cuando, en vez de instruirle sobre los hechos reales, le demos una explicación *psicológica*.

La inmensa mayoría de los padres no es capaz de brindar a sus niños una interpretación *afectiva*. Tienen

vergüenza de hablar con el niño de aquello que en realidad sólo en un número relativamente reducido de casos tiene algo que ver con el nacimiento de los hijos. Esta segunda explicación, que contiene para el pequeñuelo tanto elemento místico, le será dada por otras personas, y en una forma que no resultará muy provechosa para él. Con ello, sin embargo, todo el problema toma un cariz diferente para el niño. Ahora ya no se trata de cómo la madre se lo dirá a su hijo, sino de *cómo el niño se lo dirá a su madre*. El niño ha sabido algo, tal vez solamente en una forma muy misteriosa, que no comprende aún por completo; sería tan bueno poder hablar de todo esto con su madre. Pero no lo hace, no se atreve a hacerlo. Y tenemos todo el derecho de suponer que detrás de las interminables preguntas del niño que se iniciarán en este momento, se oculta no sólo el deseo de saber, sino incluso la *contestación* a sus preguntas, contestación que ya no ignora, pero cuya *justificación* aún le preocupa, al mismo tiempo que anhela aliviar sus remordimientos y sentimientos de culpabilidad, enunciando la respuesta él mismo.

* * *

Acabamos de esbozar, a grandes rasgos, lo que se efectúa en el alma del pequeño, conforme va adentrándose en esta clase de problemas. Esta es una de las directrices que debemos siempre tener en cuenta. La otra consiste en que la "aclaración" —si aún tenemos el derecho de emplear esta palabra— debe ser paralela al desarrollo sexual del niño. Esto quiere decir, en realidad, que la mejor solución es la que nos absuelve de la necesidad de aclarar sexualmente al pequeño, procurando que todos estos problemas no puedan llegar a formularse en su alma en palabras claras, y que no sienta ninguna necesidad, pues, de pronunciarlas ante nosotros. Si hablamos de todo cuanto se relaciona con el parto, hablemos con la máxima desenvoltura y claridad ante el niño desde su más tierna edad, cuando aún no sabe ha-

blar; entonces todos estos problemas entran en su conciencia aun sin "aclaración" alguna, con la misma naturalidad que los conceptos de la mesa, de la silla, del agua, etcétera. Tal como lo hemos notado ya, todo ello es sólo *un aspecto* parcial del problema; aquel aspecto que puede resolverse en el plano racional. El otro aspecto, el *emocional*, está en estricta correlación con el desarrollo sexual del niño. Por regla general, podemos hacer la experiencia de que el niño pequeño se preocupa, por vez primera, del problema del parto durante la fase anal, de la que hemos tratado más arriba. Como hemos visto, encuentra él mismo con suma facilidad la contestación adecuada, al identificar este proceso con la defecación. Luego, al pasar poco a poco a la fase fálica, sus fantasías onanísticas se llenan cada vez más de nuevos contenidos, y la busca del *partenaire* en forma de los juegos homosexuales o del coito, marca ya su transición hacia la fase genital. Entonces cobra actualidad este último y supremo problema de la aclaración sexual, que aparece completamente separado del problema del parto, esto es, de la fecundación, y se refiere única y exclusivamente al coito, en cuanto a fuente de placeres. En efecto, se trata de que en la pugna que se libra entre la sexualidad infantil cada vez más desplegada y la educación que se le da al niño en cumplimiento de las necesidades didácticas de hoy, éste procura obtener la seguridad tranquilizadora de que *procurarse el placer sexual no es un pecado*. Ahora bien, esta absolución moral le es dada gracias al conocimiento afectivo de que los adultos buscan el placer de la misma manera que él lo hace, y que también para él existirá más tarde esta misma forma, propia de los adultos, de disfrutar. El idioma hebreo antiguo testimonia una gran finura y una honda sensibilidad psicológica cuando designa por la misma voz tanto el concepto del *conocimiento* como el de la *cohabitación sexual*.

Todo cuanto hemos explicado hasta ahora enfoca con una luz muy penetrante el problema psicológico de las aclaraciones sexuales, pero determina al mismo tiempo la actitud que deberán observar los educadores. Hemos dicho ya que el mejor método educativo consiste en evitar toda "aclaración", por lo menos en cuanto a los problemas teóricos, puesto que el niño adquiere entre otras nociones también las que se refieren a este problema. Hoy día aún no hemos llegado lo bastante lejos para que nuestro punto de vista pueda triunfar. Así que debemos limitarnos a unas indicaciones meramente prácticas, en el sentido de que ya que nos decidimos a "aclarar", adaptemonos por completo al niño, es decir, contestemos tan sólo si él pregunta, y sólo a lo que pregunta. Es preciso saber, sin embargo, que el niño no pregunta meramente con sus palabras, sino también con su mirada, con sus menudos gestos inhábiles, con todos sus movimientos. Allí donde existe una relación armoniosa entre el niño y sus padres, aquél formulará sus preguntas abiertamente y sin inhibición alguna. Cuando no sea éste el caso, y el niño no se atreva a preguntar, la relación con la madre u otras personas educadoras debe venir en su ayuda. Desde luego, esto no se debe efectuar de manera que al niño se le "conduzca" con toda clase de trucos y arreglitos para formular sus preguntas, sino profundizando y restableciendo otra vez la relación armoniosa con el pequeño, abandonando todo lo demás a la iniciativa renaciente de éste. La cordialidad de estas relaciones representa, luego, la condición previa de que el niño se desahogue hasta de su último problema, aún durante el período que sigue inmediatamente al de la latencia. Sin embargo, son muy contados los padres y educadores que sean capaces de recorrer este camino no siempre fácil, y es por eso que hemos podido decir más arriba que la educación llamada "moderna" generalmente no es capaz de resolver los problemas que se plantea a sí misma en aquellas formas mediatizadas que suele proponer. No cabe duda que ha contribuido con conocimientos impor-

tantes y hasta imprescindibles a los conocimientos del niño, pero el problema no estriba en un mero saber ni en "aclaraciones".

No obstante, esta media solución vale siempre más que la otra: no se debe recurrir al cuento de la cigüeña presentado como una *realidad*, o a contestaciones evasivas, diciéndole al niño: "aún eres demasiado pequeño; aún no debes saber estas cosas; no se debe hablar de estas cosas". No queremos decir con ello que no se deba contar al niño el cuento de la cigüeña; lo podemos contar, pero presentándolo siempre *como un cuento*, o sea como un juego de la fantasía infantil. Tampoco debemos caer en aquella falta muy frecuente de las mamás "modernas", de espíritu muy abierto, que inspiradas, desde luego, en las mejores intenciones, comunican a sus niños, con demasiada volubilidad y en una medida que sobrepasa la curiosidad del pequeño, todo cuanto pueda comunicarle, con el lema "bien, y ahora vamos a *aclarar*", añadiendo luego, como quien ha cumplido debidamente con su tarea: "ahora te lo he dicho todo, ahora ya lo sabes todo, pues calla y no hablemos más de estas cosas"... Debemos estar siempre a la disposición del niño cada vez que venga a preguntarnos algo. Después de cuanto hemos dicho, sabemos ya que —siempre que no sea intimidado por una actitud repulsiva nuestra, o siempre que no sufra alguna inhibición de otra índole— no dejará de preguntarnos sino cuando hayamos logrado que penetre en el problema *incluso en el plano afectivo*.

Después de todo lo dicho aparece ya completamente superfluo extendernos sobre las consecuencias desagradables que podría acarrear el eludir la curiosidad infantil, mintiendo, o negándole al niño la respuesta en forma brusca y nerviosa. *Está prohibido mentirle al niño*, en cualquiera situación que sea, y menos aún en esta clase de problemas. Es verdaderamente extraño que precisamente aquellos padres que veneran mucho los principios de la educación autoritaria son quienes mienten

con mayor facilidad y sin el menor escrúpulo a sus hijos. No deberían olvidar que el niño acaba siempre por saberlo todo, y entonces las mentiras de los padres o educadores quedarán desenmascaradas; la confianza del niño se habrá evaporado y aquella autoridad que les es tan cara, pero que no soporta ninguna mentira, vendrá a derrumbarse por completo. Tampoco es más favorable la situación cuando no se le contesta al niño con mentiras, pero en vez de ello se le niega toda contestación. Los niños así tratados acaban por perder la costumbre de interesarse por las cosas y de preguntar. La curiosidad sexual es una fuerza impulsora muy valiosa, y se encuentra latente detrás de toda el hambre de verdad del niño. Con negarle la respuesta, llegamos a matar su deseo de saber. Esto conduce a la formación de aquel tipo de niños que se siente siempre postergado y engañado, y que se mantendrá en esta actitud durante toda su existencia; por otra parte, se forman con este procedimiento completamente equivocado aquellos otros niños que han perdido todo su interés y que son tan indiferentes "que ya ni saben preguntar".

* * *

Es muy frecuente el caso de que los padres consideren el problema de la aclaración sexual como una *función del facultativo* y ruegan al médico de casa que le dé al niño las explicaciones "técnicas" que el caso comporta. Tal vez se procede a ello incluso en el gabinete de consulta del doctor, para darle un carácter más serio a todo este problema tan intrincado. Es muy triste el sino de aquel niño con el cual sus padres y educadores no están en una relación suficientemente íntima como para poder hablar con él de esta clase de cuestiones en la intimidad, con motivo de mil menudas ocasiones, como por una ocurrencia casual, sin dar a ello la más mínima importancia. Debemos suponer, empero, que la razón principal de tales actitudes reside, ante todo, en una *búsqueda*

de la propia comodidad, o que tal vez la madre —que sería la persona más indicada para hacerlo— es incapaz de hablar con el niño, o ignora ella misma lo que tendría que explicarle. Esperemos que con todo cuanto hemos expuesto en las páginas que preceden, hemos contribuido grandemente a que las madres puedan vencer —siempre en interés de sus hijos— sus inhibiciones de esta índole. “La educación del niño ¡se inicia con la educación de sí mismo!”. El lector encontrará en el capítulo siguiente todas las explicaciones biológicas, o mejor dicho anatómicas, que el caso requiere.

En relación con el problema que nos ocupa, es preciso llamar la atención sobre el hecho de que el punto de vista *oficial* es hostil, casi en todas partes, a las aclaraciones sexuales. No se suele tolerar que los maestros o maestras, las encargadas de los jardines infantiles o los médicos, puedan intervenir en esta clase de problemas; incluso, se hace todo lo posible para evitar que los niños puedan entrar en contacto con algún otro ser que sepa algo más acerca del cuento de la cigüeña, oficialmente aprobado. El niño del jardín de infantes o de la escuela primaria, iniciado por sus padres, se encuentra en una situación muy equívoca: o bien se ve expuesto a desagradarse a los cuales ni los padres quisieran exponerlo, o bien se le obliga a recurrir a mentiras. Poco contribuye a la solución de ese dilema, la advertencia de que no hable de esta clase de cuestiones ante personas extrañas, ya que toda invitación de esta índole destruye todo el valor psicológico de nuestras aclaraciones. No cabe otra solución que la de decirle al niño que existen padres que ocultan este género de problemas ante sus hijos, y que la señora encargada del jardín de infantes, o la maestra, o el maestro, pertenecen a la misma categoría. Puesto que en el jardín de infantes o en la escuela, mandan ellos, allí las cosas no pasan como mamá o papá lo quisieran, sino tal como lo quieren ellos. Naturalmente, esta lucha contra el “cuento de la cigüeña” —problema de mayor importancia de la que podría parecer a primera vista—

no debe ser llevada de tal manera, que hagamos entrar en ella al mismo niño.

* * *

Podemos distinguir cinco ciclos de problemas consecutivos, en la marcha progresiva de la ilustración del niño sobre materias sexuales. Durante el primer ciclo, el niño está atraído por el problema de la *diferencia de los sexos*: he aquí el punto de partida de su iniciación sexual. En la segunda fase pregunta: *¿cómo vienen al mundo los niños y qué hacían antes de nacer?* El tercer complejo de problemas se refiere a la cuestión de *¿cómo llegan a parar en el vientre de su madre?* La cuarta fase es la más compleja, puesto que esta vez ya no se trata de una mera ampliación de conocimientos, de una aclaración, sino de algo tan importante que de ello depende en parte incluso la estructuración de su vida interior. El centro de interés de esta fase no está ocupado por el parto y la fecundación, sino por *la vida sexual misma*. Con ella se enlaza el quinto ciclo de problemas, que abarca los motivos sexuales de nuestra vida social en general, así como la ética sexual.

Estos mismos ciclos de problemas aparecen incluso en la misma vida del niño, y aproximadamente en el mismo orden, aunque esto no sea forzoso. La marcha del interés del niño *normal* es, por regla general, ésta; pero influencias venidas del exterior, pueden modificarla considerablemente. Entre estos factores, es preciso mencionar, en primer lugar, a los compañeros de juego de nuestros niños. Es muy curioso aquel modo de ver, según el cual, la mejor solución, desde el punto de vista del niño, es que sea ilustrado sobre todas estas materias no por los padres, ni por los educadores, sino *por sus pequeños compañeros de juego*. Huelga añadir que este modo de ver es bastante discutible. Podemos afirmar igualmente que, por regla general, todo niño normal toma conocimiento de las cosas que se le explican con cierta naturalidad, lo que aún no significa, ni mucho menos, que deje

de estar interesadísimo en las mismas. Es sobre todo el hecho del *alumbramiento* el que le impresiona, y hasta podríamos decir le asombra, y esto es muy comprensible; sobre todo si —tal como lo hemos visto más arriba— antes se había imaginado el parto, como una especie de defecación, mientras que por otra parte, en el curso de su acostumbramiento a la limpieza corporal, las partes genitales han quedado clasificadas en la “zona del asco”.

Es muy comprensible, asimismo, que los niños reaccionen de otra manera a su iniciación en las materias sexuales que las niñas. Cada vez que esta iniciación se lleve a cabo debidamente, las niñas deben obtener una compensación muy útil a sus sentimientos de inferioridad, por la sensación dichosa de que más tarde podrán llegar a ser *madres*.

Ahora bien, si queremos determinar las etapas de la iniciación sexual, en el plano del desarrollo normal del niño, nuestras experiencias nos conducen a afirmar que las diferencias existentes entre los dos sexos constituyen un problema para el niño, ya en la primera fase de su desarrollo intelectual, cada vez que tenga ocasión de observarlas. El *segundo ciclo de problemas* empieza a formarse cerca de la edad de dos años. El niño neurótico reacciona a todo con una susceptibilidad exagerada, y especialmente al planteamiento de estos problemas. Nos parece absolutamente necesario que las madres traten todo este conjunto de problemas con la mayor circunspección a la edad de dos o tres años, que intenten sostener y ayudar a éste en todos los aspectos y que estén a su disposición absoluta en cuanto a sus preguntas se refiere. El *tercer ciclo de problemas*, como los niños llegan al vientre de su madre, se presenta ya en íntimo enlace con el problema del alumbramiento. Al llegar a esta cuestión, podemos hablarle al niño de las células germinativas; desde luego, aún aquí debemos contestar estrictamente a las preguntas del pequeño. No debemos olvidar, ni por un solo instante, que lo que el niño necesita no son grandilocuentes ilustraciones, sino que sencillamente quisie-

ra conocer determinados extremos; o para decirlo mejor, desea la confirmación de lo que ya sabe, o que, por lo menos, adivina. Las madres y los educadores caen muy fácilmente en el error de complicar demasiado con sus explicaciones harto "eruditas" los problemas; ello se debe muy probablemente, a su deseo de ocultar su propia inseguridad en estas materias. Todas estas explicaciones están lejos de interesar al niño, y lo que le interesa menos, son los ejemplos abstractos, como la historia del polen y del pistilo, etc.

Cuando luego el niño se preocupa por el *problema de la fecundación y concepción*, no se puede saber nunca cuándo será preciso que los padres o educadores le contesten a la cuestión más difícil entre todas: la del acto sexual. Tarde o temprano, el niño acabará por descubrir, que, en realidad, no se trata ya ni del alumbramiento ni tampoco de la concepción, sino de algo completamente distinto. Este problema se le aparecerá cada vez más misterioso, y esto, sobre todo cuando llegue a la edad escolar. En la escuela, estas cuestiones constituyen el tema favorito de los pequeños y pequeñas. Uno y otro han oído decir algo acerca de este tema, y los detalles mal "digeridos" han contribuido a formar, en el alma del niño, aquel excitante problematismo que ahora le llena por completo de inquietud. Y ello permite hacer la suposición de que la llamada fase de la "latencia" no es más, en efecto, que una abstracción que no corresponde a la realidad. Es cierto por un lado, que la escuela, la nueva experiencia de la comunidad y los estudios, distraen *pasajeramente* la atención del niño; pero a partir de la edad de siete u ocho años, los mismos problemas vuelven a ocupar el foco de su interés. Poco a poco, todas las cuestiones que se refieren al tema que nos ocupa, llegan a ser un asunto personal entre el niño y sus padres, y esto tanto más cuanto en la inmensa mayoría de los casos, los hijos, ya desde muy pequeños, observan curiosamente determinados pormenores de la vida sexual de sus padres. Aun cuando estos hayan intentado evitar cuidadosamente to-

da ocasión que pudiera fomentar la curiosidad sexual de sus pequeños, no podrán evitar que otros niños, compañeros de escuela o de juegos, les comuniquen determinadas observaciones sobre aquel "algo" tan misterioso y brutal, que tiene lugar entre quienes componen los matrimonios, de noche, en la intimidad de sus dormitorios. Otros niños explican, aun sin comprender lo que dicen, que un día vieron manchas de sangre en la sábana de su mamá, o en su camisa, y otros problemas u observaciones, acaban por crear un terrible caos en la mente del pequeño. Su imaginación se apodera de todos estos temas, sus fantasías se amplían y se complican, y encuentran su expresión primitivamente artística en aquellos gráficos con que los niños ornan las paredes de las casas, tapias y w. c. En caso de que la iniciación en los temas sexuales se haya verificado en condiciones normales, los padres o el educador no tropezarán con muchas dificultades para entrar en el mundo anímico del educando, manteniendo un contacto íntimo con la vida afectiva del mismo, aun durante esta fase escolar; ésta es la primer condición previa para que puedan continuar ejerciendo su influencia oportuna, asegurando la ordenación de los conceptos sexuales nuevos que han irrumpido en la mente del pequeño. Según el criterio del propio Freud, la iniciación sexual del niño, en cuanto a sus conocimientos, debe acabarse antes de la edad de diez años. Las experiencias empíricas nos conducen a un postulado muy análogo, ya que nos aconsejan que, efectivamente, el niño debe obtener todos los conocimientos imprescindibles antes de que llegue a la edad pubertal, o sea, antes de la presentación de la regla en la muchacha, y antes de la producción del semen en el muchacho, respectivamente. Podríamos añadir aún a ello, que hacia la indicada edad, el problema de la curiosidad sexual llega a ser tan agudo y actual, que un intento de esquivarse por parte de los padres, llegaría a socavar, para siempre, la intimidad de sus relaciones. Es preciso que insistamos nuevamente en ello: esta vez ya no nos movemos verdadera-

mente en un plano racional, sino emocional y afectivo. Por consiguiente, también las aclaraciones deben seguir esta ruta, para poder calmar las excitaciones íntimas del niño, que están íntimamente enlazadas con los problemas de la vida sexual.

Al afirmar que es ante todo la vida afectiva del niño la que debe ser tomada en consideración, haciéndole comprender la importancia que tiene la correlación biológicamente fundamentada del varón y de la hembra, hemos señalado una ruta que se ha agregado, por cierto, con la explicación de determinados procesos *biológicos*, pero que conduce en un sentido completamente distinto. En último análisis, no podremos evitar el hacerle comprender al niño, *que se trata de la más íntima unión de dos personas que se quieren y a quienes dicha unión causa un placer*. Debemos llamar asimismo la atención sobre la importancia del hecho de que, el *contacto* que puede establecerse en muchos casos entre padre e hijo, pero sobre todo entre madre e hija, a raíz de las conversaciones que giran en torno de estos temas, pueden llegar a ser la base de una profunda amistad para toda la vida. Podríamos añadir aún, completando lo que ya va dicho, que las aclaraciones sexuales que siguen un camino afectivo, deben llegar, posiblemente, a un punto determinado en el que se ponen las bases a una relación más íntima entre la madre y la hija, y el padre y el hijo, lo que puede influir muy favorablemente en la liquidación del complejo de Edipo.

Esta nueva fase de la ilustración sobre temas sexuales, a cuyo umbral hemos llegado ahora, plantea toda una serie de tareas nuevas. *El problema sexual queda ensanchado y se transforma en problema social*. La sociedad no sólo prescribe leyes meramente éticas, sino que, incluso, con sus disposiciones efectivas, contenidas en los códigos, interviene poderosamente en la *solución social* de las cuestiones sexuales. El niño acaba por saber que la unión íntima del varón y de la hembra es la causa del nacimiento de nuevos niños. Paralelamente con ello, com-

prende la institución del *matrimonio*; pero, al mismo tiempo, se entera de que aún fuera de la vida matrimonial existe vida sexual, y pueden nacer hijos. No tardará mucho, tampoco, en darse cuenta de que se verifican actos sexuales aun cuando sus padres no quieran poner más hijos en el mundo, con la exclusiva finalidad de *disfrutar*. Y muchachos y muchachas tienen ya ocasión incluso para tener noticias de la institución de los prostíbulos y de la prostitución, obteniendo un conocimiento cada vez más profundizado de la estructura sexual de la sociedad.

Antes de pasar a otros temas, debemos decir cuatro palabras acerca de *la situación social del niño como factor determinante de su iniciación en los problemas sexuales*. Ella es algo tan natural, en realidad, que no será preciso extendernos sobre este particular con demasiados detalles. El niño proletario, que duerme en la misma habitación con todo un grupo de adultos y que, por consiguiente, es el testigo de mil pormenores sexuales; o el niño campesino, cuya vida se desarrolla en medio de los animales domésticos, observa muy naturalmente una actitud bien distinta ante la cuestión de la "iniciación sexual", que los hijos de la burguesía ciudadana, que van creciendo más o menos como bajo una campana de cristal. En este sentido, todo el problema de la ilustración sobre materias sexuales, se reduce a ser, ante todo, *un problema de la sociedad burguesa*, y podemos suponer, con justo derecho, que aquella sociedad ideal cuya ética sexual no ve ningún pecado en las manifestaciones sexuales del hombre, desconocerá por completo —entre otras cosas— también el problema de la "aclaración".

Sin embargo, el conocimiento de la moral sexual, actualmente reinante en nuestra sociedad, está en íntima relación con la última fase de la iniciación sexual del niño. Cuando el interés del niño se transpone gradualmente del problema del parto hacia el del *coito*, entonces va conociendo aquellos elementos de su antagonismo con sus semejantes y con la sociedad entre los cuales lo más di-

fácil será para él encontrar el camino justo, puesto que, esta vez, es de *él mismo* que se trata. En esta época, el niño llega a formar, en sí, una conciencia íntima, que lo obliga a que tome una posición no menos íntima también en los sectores de la vida sexual. *Con ello, el problema de la educación sexual se metamorfosea en una cuestión social, en el sentido de que se integra inseparablemente con la concepción del mundo del niño que va madurando.*

* * *

También las tendencias conservadoras en educación, que preferirían poner bajo un veto absoluto toda discusión acerca de las cuestiones sexuales, han comprendido perfectamente, la importancia de este hecho. Efectivamente, sería imposible seguir más tiempo callando... La educación éticosexual entra en este momento, con toda su fuerza, en la vida del niño. En vano la escuela conservadora profesa hasta esta edad del niño, estos principios: "Tratamos con el mayor acierto este problema cuando distraemos la atención de él. Por consiguiente, la mejor educación sexual será aquella que hable lo menos posible de cosas sexuales, y que en vez de ello, logre despertar, en el muchacho, aquellas energías de carácter y hábitos, que le incitan a actitudes auténticamente espirituales frente a los impulsos que en él se alborotan". El gran pedagogo Fr. W. Foerster llegó a formular estos postulados y su finalidad, en palabras aún más claras que las citadas: "En la juventud un tanto más madura es preciso plantear como problema central, no algo negativo, es decir, la condena de las relaciones sexuales extra-matrimoniales, sino algo positivo: la explicación de que, frente al reino de los impulsos e instintos, la institución monogámica del matrimonio, desempeña un rol protector".

También una Encíclica papal del año 1927, que comienza por las palabras: "Rappresentanti in terra", se ocupa de este problema, tomando posición contra "quie-

nes creen poder salvaguardar a la juventud contra los peligros de la sensualidad, valiéndose de medios puramente *naturales*, y especialmente por la aclaración precoz y peligrosa". Dicha encíclica cita los consejos del cardenal Silvio Antonio: "... cada buen padre, al hablar de cosas tan intrincadas con su hijo, debe cuidar mucho de que no entre en los detalles de los modos que escoge la infernal serpiente para envenenar gran parte de la humanidad, para no incitar —en vez de apagarlo— el fuego que arde en el corazón sensible y primitivo del niño. Por regla general, se puede decir que durante toda la infancia, bastará emplear aquellos remedios que poseen un doble efecto curativo: preparar el camino para la virtud de la virginidad y cerrar las puertas ante el pecado".

* * *

Hemos llegado, pues, a aquella etapa del desarrollo infantil en el que éste está expuesto a dos influencias antagónicas, tanto en su cuerpo como en su alma. Una de estas influencias está determinada por la realidad de la vida, esto es, en concreto: los impulsos de su cuerpo, cada vez más maduro. La otra obedece a la ética sexual, cuyo antagonismo con el desarrollo físico y psíquico del niño, se pondrá cada vez más de relieve. La causa principal de este hecho reside en que la ética no se preocupa de adaptarse a las realidades de la vida, sino que pronuncia normas rígidas y abstractas, en vez de llenarlas de vitalidad. El camino recto de la pedagogía debe ser determinado, en cambio, siempre por la vida real. No cabe duda de que en esta fase de las aclaraciones sexuales, cuando con la pubertad el problema llega a ser lo más íntimamente personal, debemos inspirarnos una vez más en el principio de la *adaptación a la realidad*. Ahora bien, dicho principio nos ordena y manda que no seamos nosotros quienes debamos determinar las formas de la conducta y de las actitudes íntimas del joven, sino que él debe ser lo bastante maduro para encontrar solo su ca-

mino. El principio básico de toda educación, que nos hemos propuesto desde un principio, debe aportar, ya aquí, todos sus frutos, si es que efectivamente hemos sabido actuar en consecuencia. Y este principio no consiste en otra cosa sino en *la educación hacia la responsabilidad propia*. Es, sobre todo, el problema sexual el que exige, aún con mayor rigor, la aplicación del principio que acabamos de formular. En la educación basada en la psicología, el principio de la responsabilidad debe ser aplicado en la práctica de tal modo, que se procede a fortalecer el "yo" del niño hasta el punto de que éste sea capaz de condenar sin perjuicio corporal o anímico alguno aquellas formas de la satisfacción de los instintos que en el plano de la vida normal estén en contradicción con la realidad. El principio de la responsabilidad no es otra cosa, pues, sino la formulación *ética* de aquel método psicopedagógico que debe llegar a su plenitud precisamente frente a los problemas de la pubertad.

La ilustración sobre materias sexuales no sería completa durante esta fase puberal, si no se llamase la atención de los jóvenes sobre los peligros de las *enfermedades venéreas*. La opinión pública señala estas enfermedades como "ocultas" y las designa como vergonzosas, pero esto, con la única finalidad de poder estigmatizar, a través de ellas, a la misma sexualidad. Es absolutamente necesario que la juventud esté al corriente de dichas enfermedades; pero, por el otro lado, sería un grave error seguir cualquier tendencia que —sadísticamente— exagerase las posibles consecuencias de dichas dolencias, para mayor escarmiento de la juventud. Una vez más queremos insistir en que la educación hacia la responsabilidad constituye, sin duda alguna, la profilaxis más eficaz. No es un postulado menos importante de la aclaración el que exige que las muchachas conozcan perfectamente las consecuencias que acarrean las relaciones sexuales; no debe haber muchacha que no sepa lo que sabe toda mujer casada. Es muy natural que, si no la hemos educado para buscar y encontrar al compañero con el que

puede reunirse, en la más plena acepción de su responsabilidad, como una persona sensata y honrada, cada aclaración sobre dichas consecuencias, podría parecer una *invitación* a dichas actividades sexuales. En cambio, en lo que se refiere a la juventud irresponsable, podemos decir que ella no tiene ninguna necesidad de ser incitada a nada, mientras que la juventud educada hacia la responsabilidad no tardará en encontrar el camino más ético y moral por sus propios esfuerzos. Sin embargo, la falta de información corre pareja con la irresponsabilidad, y las consecuencias de esta doble influencia podrían ser desastrosas.

Así, pues, el problema de la ilustración sobre materias sexuales cobra un sentido más profundo, llegando a determinar, en último análisis, el sino de la generación venidera y con ello, tal vez, incluso el de una sociedad más justa y más dichosa.

EL APARATO SEXUAL

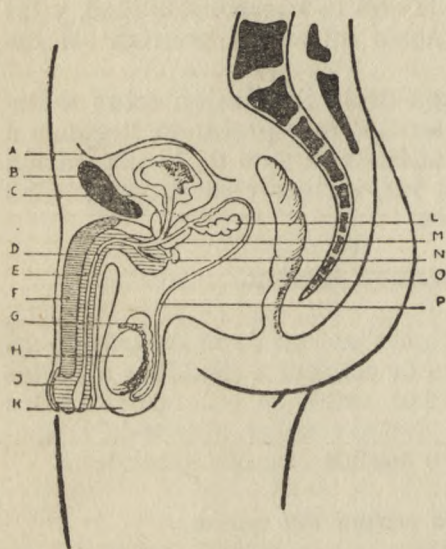
Es una de las condiciones previas de la ilustración sobre materias sexuales, la de conocer a fondo los aspectos biológicos de la sexualidad, antes de entenderse en los mismos, con el niño. Es preciso conocer, ante todo, el aparato de la vida sexual, o sea los órganos genitales.

El órgano sexual del varón

Imaginémonos un corte vertical en medio del cuerpo humano, y pasando revista a todos los detalles del perfil del cuerpo del varón y luego del de la hembra, démonos cuenta de lo que son los órganos genitales de ambos sexos.

El producto genital del varón es resultado de la secreción de ambos testículos, que se hallan en una bolsa de piel, el escroto, y están constituidos por todo un haz de finísimos canalitos capilares, en cuyo interior se encuentran las células-madres espermatozoidales. Estas cé-

lulas producen los espermatozoides. Los conductos finísimos de los testículos desembocan, por sus extremos abiertos, en el epidídimo. Desde allí, los conductos espermatozoidales se dirigen hacia arriba, hacia la cavidad ventral, a la *vesícula seminal*. En ella, el organismo humano amontona los espermatozoides dispuestos a cumplir con su misión, y a los que las glándulas que se encuentran en dicha vesícula añaden aun otra materia líquida y mucosa, de contenido albuminoso. Otra glándula, la *prós-*



- A. Peritoneo.
- B. Sínfisis, unión de los huesos pubianos.
- C. Vejiga.
- D. Uretra.
- E. F. Cuerpo cavernoso del pene.
- G. Cabeza del epidídimo.
- H. Testículo.
- I. Prepucio.
- K. Escroto.
- L. Vesícula seminal.
- M. Próstata.
- N. Glándula de Cowper.
- O. Recto.
- P. Conducto espermático.

tata, produce una secreción líquida que confiere su olor tan peculiar al espermatozoide. Otro sistema glandular, las llamadas glándulas de Cowper, producen una secreción alcalina cuya tarea es hacer resbaladiza la uretra y mantener con vida a los espermatozoides. Los canales de todas estas glándulas confluyen hacia el canal espermatozooidal, que desemboca luego en la uretra.

El conducto seminal unificado y la uretra conducen hacia el pene, que es el órgano genital exterior del varón y que tiene una misión doble: la de evacuar la orina

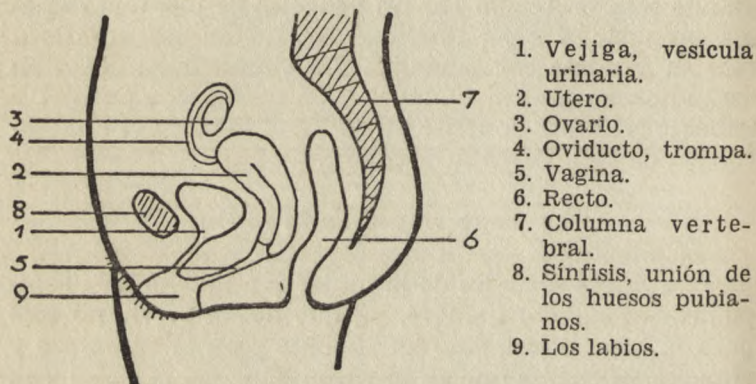
y la de ser el órgano de la cohabitación. El pene posee un sistema peculiar de vasos sanguíneos. Consiste en tres llamados "cuerpos cavernosos", dos de los cuales están colocados lateralmente, otro tercero en la parte inferior del pene. Estos cuerpos cavernosos se llenan con sangre a consecuencia de las excitaciones nerviosas, llegan a ser rígidos y es ésta su particularidad que capacita el pene para penetrar, en su estado enhiesto, en el órgano sexual de la mujer, la vagina. La punta del pene está constituido por el *glándulo*, o sea la parte más sensible y más fácilmente excitable, ya que en él terminan los nervios. El glándulo está protegido por un pedacito de piel que se llama prepucio, y cuya finalidad estriba en conservarle a éste su máxima excitabilidad. La circuncisión usual en los judíos, en los musulmanes y en numerosos pueblos y tribus orientales, consiste en la amputación del aludido trocito de piel, llamado prepucio.

La parte sexual de la mujer

Las partes sexuales de la mujer son mucho más complejas que las del hombre, ya que deben servir no sólo para la concepción, sino igualmente para el embarazo y el parto. Mientras que en el varón el canal seminal y la uretra constituyen un solo conducto, en la mujer dichas funciones quedan netamente separadas, y la orina es evacuada del cuerpo por un conducto especial. Debajo del orificio de salida de éste se halla la entrada de la vagina, rodeada de los labios inferiores y superiores del útero. La vagina está al servicio de la cohabitación, así como del parto; es en realidad un tubo que se ensancha fácilmente, cubierto en el interior por una mucosa extremadamente fina y sensible. Las paredes de la vagina, al igual que las del pene, están constituidas por un sistema de vasos sanguíneos muy finos que se llenan de sangre a consecuencia de la excitación sexual. La matriz desemboca en el extremo interior de la vagina; el extremo

exterior de aquella se encuentra entre los muslos, y está más o menos cerrado por el himen, que se rompe con motivo del primer contacto sexual. El orificio de la vagina está protegido por los labios ya mencionados. Aquí se encuentra igualmente el clítoris, una protuberancia extraordinariamente sensible, que debe ser el rudimento del pene de la edad bisexual de la humanidad. La masturbación de las muchachas consiste, en la mayoría de los casos, en la excitación de este clítoris.

Tal como ha quedado consignado ya, la matriz desemboca en la vagina. La glándula más importante de la

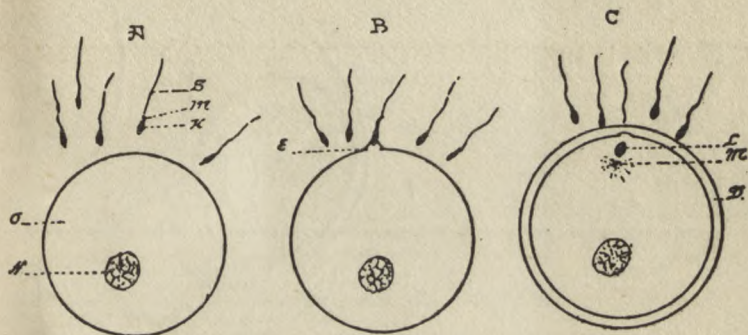


mujer es el ovario, en el que va madurando el óvulo. El ovario tiene las dimensiones de un huevo de paloma. En el ovario de una mujer madura, cada óvulo va madurando durante veintiocho días. De los dos ovarios, salen por la derecha y por la izquierda, dos trompas que conducen a la matriz. La trompa tiene una longitud de aproximadamente doce centímetros; su interior, está cubierto por una finísima mucosa flagelada, cuya misión es la de llevar el óvulo hacia la matriz.

La matriz tiene la forma de una pera; en las mujeres que ya han dado a luz, acusa una cavidad; en las demás, sus paredes se pegan unas contra otras.

La fecundación

Las glándulas destinadas a secretar materias sexuales, inician su función en la fase de la madurez sexual. Los testículos del varón empiezan a secretar los espermatozoides, y los ovarios van madurando el óvulo. Los espermatozoides sirven para la fecundación, poseen una



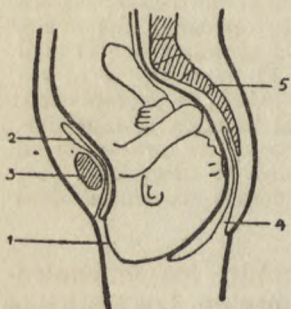
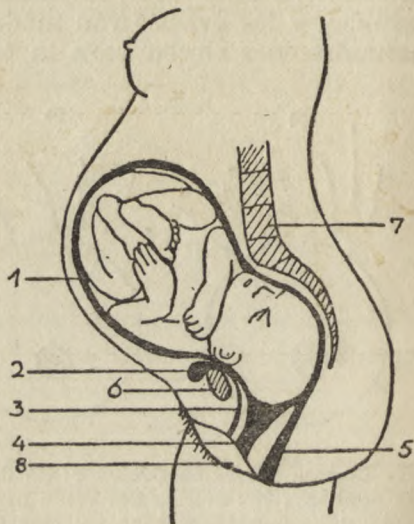
K. Cabeza o núcleo del espermatozoide. M. Parte media de la cual una vez dentro del óvulo procede el centrosoma. S. La cola del espermatozoide. O. Cuerpo (ovoplasma) del óvulo. N. Núcleo del óvulo. A. Abajo el ovulo grande hacia el cual se dirigen cinco espermatozoides. B. El óvulo dirige al espermatozoide más próximo una protuberancia de protoplasma, el montículo de concepción, en el cual penetra el espermatozoide. C. Una vez que el espermatozoide ha penetrado en el óvulo, la capa exterior del ovoplasma se desprende, formando una película, que impide a los demás espermatozoides la penetración.

minúscula cabeza y una cola grande; los movimientos de esta última aseguran su locomoción. Los testículos producen muchos centenares de millones de tales espermatozoides. Durante el acto sexual, la vesícula seminal descarga los espermatozoides (eyaculación) los cuales penetran rápidamente a través de la vagina y hacia la matriz, gracias a los movimientos de su cola. Si las circunstancias son favorables, se fusionan en la matriz con el

óvulo que espera ser fecundado. Los ovarios contienen unos cuarenta mil óvulos; sin embargo, durante todo el curso de la vida de la mujer, o más propiamente dicho, desde el primer menstruio hasta la menopausia, llegan a

EL EMBRION EN EL VIENTRE DE LA MADRE

1. Pared de la matriz.
2. Vejiga.
3. Uretra.
4. Vagina.
5. Recto.
6. Hueso del pubis.
7. Columna vertebral.
8. Los labios.



EL PARTO

1. La cabeza pasando el cuerpo maternal.
2. Vejiga.
3. Hueso del pubis.
4. Recto.
5. Columna vertebral.

madurar tan sólo unos centenares aptos para ser fecundados.

Cuando los espermatozoides hayan logrado penetrar en la matriz, encontrando en ella un óvulo maduro, lo rodean inmediatamente e intentan perforar su pared muy gruesa, para penetrar en su interior. Cuando uno solo

de los espermatozoides haya logrado su cometido, se ha verificado la fecundación o concepción: las dos células germinativas se han fusionado. En el mismo instante, la pared del óvulo se endurece, de modo que los demás espermatozoides no pueden perforarla más ni penetrar en su interior. *La fecundación es, pues, obra de un solo espermatozoide.*

El óvulo así fecundado, inicia su desarrollo embrional. Las células se subdividen (véase el grabado N^o 3): de una se hacen dos, de dos cuatro, de cuatro ocho, etc., hasta que todas las células se reúnen y forman un globo cuyo interior constituye una cavidad llamada *mórula*. De este globo se irá formando luego, gracias a un desenvolvimiento que durará aproximadamente nueve meses, todo el organismo humano. En el curso de este desarrollo, el feto o embrión no realizará tan sólo su desenvolvimiento individual (ontogénesis) sino que repetirá y reproducirá, en miniatura, la evolución de toda la especie humana (filogénesis).

Durante estos nueve meses, el embrión no posee ninguna existencia funcional propia; forma parte del cuerpo de la mujer, el cual le suministra todas las materias necesarias para su crecimiento. Después de nueve meses, entre los 270 y 280 días, contados a partir del último menstruo, el feto resultará lo bastante maduro para nacer.

El menstruo

Tal como hemos dicho ya, de entre los cuarenta mil óvulos, aproximadamente, no maduran más que dos o tres centenares; sin embargo, tampoco éstos podrán cumplir todos con su misión, puesto que un crecido número de mujeres no tiene ningún hijo, o tan sólo tiene uno o dos. ¿Qué ocurre, pues, con los óvulos "perdidos", esto es, llegados a madurar pero no a ser fecundados? Cada 28 días, un óvulo de esta categoría llega del ovario a la matriz, en donde queda en vida durante catorce días y espera ser fecundado. Cuando el fólculo que circunda el

óvulo maduro se rompe, éste queda liberado del ovario y entra en la matriz. El folículo que hasta ahora lo protegía envolviéndolo, se transforma en los llamados "cuerpos amarillos" que desempeñan una función glandular: hormonas (llamadas "hormonas de Bruns"). Esta secreción tiene sobre la matriz el mismo efecto que si la fecundación se hubiera realizado, o sea que la mucosa se llena de sangre. Si durante estos procesos el óvulo no queda fecundado, entonces aquellas materias que han ido amontonándose en la matriz para el caso de la concepción, son evacuadas del cuerpo junto con el óvulo muerto y con las mucosas de la matriz que se desprenden de las paredes de la misma. Esta evacuación se llama *menstruo o regla*. Por consiguiente, cuando el menstruo se ha efectuado, esto significa que el óvulo no ha podido ser fecundado. Sin embargo, si el menstruo no se presenta, dicho síntoma no es aún suficiente para concluir inmediatamente sobre el embarazo, ya que podría darse el caso de que el óvulo no haya podido ser fecundado o madurar por otros motivos anormales. Durante todo el período del embarazo, los ovarios no producen otro óvulo maduro y, por lo tanto, el menstruo queda suspendido.

COMO HAY QUE DECIRSELO AL NIÑO A PESAR DE TODO

Transcribimos aquí unas cuantas conversaciones, las cuales no deben servir más que como *ejemplo*, y no como modelo, que los padres o educadores podrían copiar simple y literalmente, para sus propias conversaciones con los educandos. Al transcribir estos diálogos, nuestro objetivo es el de dar una idea del tono directo e inmediato, íntimo y sobre todo franco con el que debemos contestar —no nos cansaremos de repetirlo— a todas las preguntas del niño.

Puesto que estos diálogos sirven única y exclusivamente a la práctica educativa, no podríamos insistir nunca demasiado en la necesidad más absoluta de que cada contestación debe amoldarse lo más perfectamente posible

a la pregunta concreta formulada por el niño. Al contestar, debemos limitarnos siempre a la misma pregunta concreta del niño, pero por otro lado, es preciso no eludir nunca la respuesta. Es preciso, además, no contestar en ningún caso más de lo que el niño quisiera saber, lo que no significa aún, naturalmente, que sea recomendable cortar el camino hacia preguntas nuevas, mediante respuestas concisas e imperativas. Nuestras contestaciones no deben quitarle al niño el valor de seguir preguntando, antes bien, por el contrario; el niño debe tener la sensación de que puede preguntar sin más ni más con la seguridad de que obtendrá satisfacción.

Naturalmente, todas las conversaciones que se insertan a continuación, se han ideado a base de los escritos y las notas de los psicopedagogos más calificados (1). Reproducen, *en forma condensada*, tanto las preguntas como las contestaciones. Entre ambas hemos dejado de lado una infinidad de otras preguntas y respuestas que pueden presentarse igualmente; es muy posible también que en la vida real, les falte aquella unidad en el tiempo que hemos impuesto a diálogos tan concisos, ya que es harto posible que pase mucho tiempo antes de que uno u otro problema vayan aclarándose en el niño, hasta tal punto, que pueda servir de tema a conversaciones de esta índole.

En nuestras respuestas, debemos adaptarnos, con mucha precaución, al nivel intelectual del niño. Por regla general, debemos saber que el niño apenas tiene interés por las cuestiones de orden biológico; toda explicación más o menos "erudita" caerá, pues, en el vacío, y en vez de tranquilizar al niño, sólo le causará turbación. Puesto que el niño suele plantear los mismos problemas repetidamente, bajo formas siempre nuevas y variadas, será preciso recordar siempre los extremos que ya conoce, partiendo siempre de lo explicado previamente.

(1) Dr. Annie Reich: *Wenn dein Kind fragt?* — Dr. Max Hodann: *Bub und Mädel. -- Das Kreide-Dreieck.*

Parece muy útil, asimismo, que ayudemos al niño a descubrir *por su propio esfuerzo* las respuestas oportunas, ya que, muy a menudo, los pequeños no preguntan sino con el único objetivo de obtener confirmación de lo que ya saben o por lo menos suponen. "Y tú, ¿que crees de ello"? "A ti mismo, ¿qué te parece?", etc.; tales preguntas ayudan considerablemente al niño a hablar sin inhibición alguna de lo que pretende saber.

Las conversaciones que transcribimos a continuación, no están dispuestas exprofeso para ninguna edad infantil determinada. El grado de interés y las experiencias ya adquiridas del niño, son en cada caso tan diferentes que las conversaciones transcritas no hacen sino indicar el sentido general; el contenido de las respuestas concretas debe ser determinado por el nivel de inteligencia de cada niño en particular. Copiar estos diálogos como se copia un patrón, está en flagrante contradicción con nuestras recomendaciones, tan importantes, de adaptarnos, en cada caso concreto y peculiar, a las preguntas del propio niño; tan sólo del conjunto a veces muy pesado de una serie interminable de preguntas podrá surgir la contestación que se le debe dar. No debemos olvidar tampoco, en ningún caso, que lo que el niño inconscientemente busca, no es el mero conocimiento, no es el saber; sino la confirmación y la certidumbre; busca el ser tranquilizado. Esto implica que debemos contestar, ya no adaptándonos a los aspectos intelectuales de sus preguntas, sino a la misma *afectividad* del pequeño.

¿Niño o niña?

Tal como hemos dicho ya, la ilustración sobre materias sexuales se inicia por el problema de la diferencia de los sexos. He aquí dos conversaciones características:

Anita vuelve del parque donde ha jugado con otros niños. Cuando quieren colocarla en su orinal, se pone a protestar:

—No, yo no quiero. Yo quiero hacerlo como Juanito. Quiero hacerlo de pie.

—Pero, Anita, si tú eres una niña, y las niñas se sientan

cuando hacen "pipi"; solamente los niños quedan de pie. ¿Has visto a Juanito cuando hacía pipi?

—Sí. Pero, ¿por qué tiene él el pipi *allá*?

—Ya sabes, Anita, que estas cosas no son las mismas en los niños y en las niñas. Los niños tienen *aquello* que le has visto a Juanito. Las niñas, como las mujeres, sólo tienen un agujero y hacen *pipi* por él.

Anita se sienta en el orinal, cumple con su cometido y luego se pone a palpar su propio cuerpo. Luego se tranquiliza. Poco después, dice:

—Pero yo también quiero *aquello*, quiero uno como el de Juanito. ¡Es más bonito!

—Esto no es verdad. También el tuyo es bonito.

Durante los días siguientes, Anita pregunta a todo el mundo "cómo hace pipi". Pregunta a su abuelo y a su abuela, a todas las visitas; nadie se le escapa. Todos le contestan con serenidad y sagazmente. Anita se interesa por este problema como podría hacerlo por cualquier otro. Más tarde, preguntará con la misma naturalidad y buen sentido por las grandes cuestiones del alumbramiento y de la vida sexual. Y eso está muy bien así...

* * *

Juanito está de visita. La tía a la que visita con sus padres, acaba de tener un bebé. Juanito tiene dos años y medio. El bebé descansa en su cuna, desnudo. Es una niña. Juanito la contempla con viva curiosidad.

—Mamá, la niña ¿es una niña *de verdad*?

—Muy natural que sea de verdad.

Juanito sigue contemplando al bebé. Súbitamente, se acerca a su madre y le tira de la falda.

—Ven, mamá. Ven...

La conduce hacia la cuna y le dice asombrado:

—Mira, mamá: ella no tiene *aquello*... ¿No podrá hacer *pipi*? ¿Se lo han cortado?

—No, no se le ha cortado nada. Este bebé es una niña y las niñas y las mujeres hacen pipi de otra manera que tú. Ellas tienen un agujero allí donde tú tienes tu "pajarito".

Cómo no debemos contestar...

María y su hermanito Pepe van igualmente a visitar un bebé recién nacido en una clínica. Todo les gusta en extremo, sobre todo el bebé.

De la conversación durante el camino hacia casa:

—Mamá, ¿cómo le ha llegado el bebé a la tía? — pregunta María.

—¡Así! Las niñas no deben saber estas cosas.

María traga saliva y no dice nada. Pero su hermano Pepito se pone a hablar aún más:

—¿Por qué estamos en primavera, mamá?

—Porque el sol brilla mucho.

—¿Por qué brilla el sol?

—Porque no hay nubes en el cielo.

—¿Por qué...?

Pero ya no puede acabar su pregunta, porque su madre, muy nerviosa, le sacude y le dice:

—No hables tanto, chiquillo; cállate...

Pepito se calla. Pero una vez en casa, vuelve a empezar preguntando:

—Mamá, ¿cuál es el tamaño del cielo?

Su mamá no le hace caso.

—Mamá, ¿es verdad que el sol es más grande que la luna?

Ninguna respuesta.

—Mamá, ¿viven hombres en la luna? ¿Es posible subir a la luna? *La gata ha tenido pequeños...*

La madre sigue siempre callando.

—Mamá, ¿por qué llueve?

Patapám, una bofetada por la derecha, y otra por la izquierda. La madre no parece ser partidaria de la ilustración de sus hijos. En realidad, todas las preguntas giran en torno... de una sola, la única que interesa a los niños...

La primera pregunta

Paquito tiene tres años. Está de visita en casa de su tía que acaba de tener un hijito. Paquito ha mirado todo con mucho interés. Al volver a casa, de repente se pone a hablar mucho. Y esto no es sorprendente. En casa de la tía han encontrado a otras personas, y la abuela le ha dicho a Paquito:

—¿Ves, Paquito, qué bebé más lindo nos ha traído la cigüeña?

Y ahora Paquito pregunta:

—¿Cuándo lo ha traído la cigüeña? ¿De dónde lo ha traído? ¿Cómo lo trajo? ¿Por qué tiene que estar en cama la tía?

La abuela contesta, naturalmente, con mucha paciencia a estas preguntas. La madre hace como si no oyera nada. Paquito continúa preguntando:

—Y ¿cómo hizo para que no lo haya dejado caer? Debía pensarle mucho...

—¿Quién quieres decir que no lo haya dejado caer?

—La cigüeña, al bebé.

—Y a ti, ¿qué te parece?

Paquito arruga su frente y se pone a reflexionar. Se ve muy bien que algo le preocupa, que hay algo que no comprende.

—Paquito, sabes muy bien que la abuelita te ha explicado un cuento. Un cuento muy bonito, muy interesante... Pero en realidad no es la cigüeña quien ha traído al bebé; los bebés se encuentran primero en el vientre de su madre y salen de allí. Así nació Pedrito.

—Y yo, ¿también he estado en tu vientre? ¿También yo he nacido así?

—Naturalmente. Todos los niños nacen del vientre de su madre. También en mi vientre hay algo que es parecido a una especie de nido pequeño. Tú yacías en él cuando aún eras muy, muy pequeño. Tan pequeño que ni siquiera hubieras podido mamar. Luego allí dentro, donde hace un calor muy agradable, te pusiste a crecer, a crecer cada vez más y por fin, cuando ya fuiste bastante grande, naciste.

—¿Cómo nació? ¿Salí por detrás?

—No.

—Entonces, ¿te han abierto el vientre con un cuchillo?

—No. Saliste por un agujero. Cada madre tiene un agujero por el estilo. Este agujero se ensancha, se hace más grande, para que el niño pueda salir por él.

* * *

Esta es tan sólo una conversación entre tantas otras que se refieren a esta típica *primera pregunta*. Cuanto se dice en ella, suele contentar ya por regla general al niño. Este reflexionará, preguntará aún esto o aquello, pero habrá obtenido ya satisfacción a la primera pregunta. Sin embargo, bien pronto volverá a plantear otra segunda pregunta que resultará más difícil contestar; esta pregunta irá debidamente preparada por las conversaciones sostenidas entre los pequeños compañeros y compañeras de juego. Esta vez desempeña ya en ella un papel considerable la experiencia más impresionante de la niñez, esto es, el haber acechado la "escena primigenia" (la cohabitación entre los padres).

El primer misterio

—Mamá, ¿es cierto que la Clarita tendrá un hijo, porque Pablo le ha dado un besito?

—No tendrá ningún hijo por eso. Pero, ¿de dónde lo has sacado tú?

—Porque he oído cuando Pablo le decía a Clarita: Tú serás mi esposa, y le ha dado un beso en la boca, jugando en el patio. Y ha dicho que cuando un niño da un beso a una niña, entonces ella ha de tener un hijo. Cuando yo era muy pequeño, creía que si el padre y la madre comían algo juntos, entonces tenían un hijo. Pero, ¿verdad que el niño no se hace en el vientre?; en el vientre hay caca.

—No, tú tienes toda la razón. El niño no crece en el vientre, sino en un nido pequeño del que ya hemos hablado una vez contigo. Este nido se llama *matriz*. Allí nada puede entrar por la boca. Así, no es posible tener hijos por la boca, ni por un beso ni por lo que se coma.

—Entonces, ¿cómo entra el niño en aquello que tú llamas matriz?

—A ti, ¿qué te parece?

—Yo no sé... —dice el niño, y *palidece*—; pero la Carmen lo sabe. Ella ha dicho en la escuela que aquello es algo terrible, terrible. El hombre se pega con la mujer y la apuñala. Es por eso que la cama de las mujeres tienen muchas veces manchas de sangre... ¡Oh, yo no me casaré jamás, jamás! ¡No quiero tener hijos!...

—No, hija, no es así que pasan las cosas. Tu amiguita Carmen se equivoca. Entre hombre y mujer no pasa nada que sea terrible, bien al contrario. *Quienes han de tener un hijo, se quieren mucho, muchísimo...*

* * *

Desde luego, esta contestación no puede satisfacer a la niña; sin embargo, a partir de esta época debemos vigilar cuidadosamente de que no digamos ni una sola palabra de más, contestando únicamente a las preguntas que el niño o la niña formulan. Por ahora, habremos logrado frenar la inquietud creciente de la pequeña. Para saber si es verdaderamente así, basta con observar sus preguntas posteriores.

El padre entra, a su vez, en escena

—Mamá, ¿cómo entra el niño en el vientre de su madre?

—En el vientre de cada madre hay un nido pequeño.

—Sí, esto ya lo sé.

—Y en este nido se encuentra una infinidad de minúsculos óvulos. Son tan pequeños que ni los podrías distinguir con los ojos...

—¿Y es de estos óvulos minúsculos que se hacen los niños?

—Sí. Pero tú sabes ya también que el niño va formándose en el interior del cuerpo de su madre, en la matriz. Cuando este óvulo del que hablamos llegue a ser maduro, se pone a crecer; se hace cada vez más grande, salen de él las manitas y los piecitos y todo cuanto un hombre necesita en su cuerpo. Cuando todo haya crecido ya, y el hombrecito esté hecho, entonces podrá nacer...

—Y, ¿cuándo empieza a crecer el óvulo?

—Para que el óvulo pueda crecer, se necesita también un papá.

—Esto, no lo comprendo. Así, también papá me ha tenido a mí?

—Voy a explicártelo. Para que pueda haber un niño, se necesita una madre y un padre. En la madre, se halla el óvulo minúsculo que te digo. En el padre, hay una célula minúscula. Si el óvulo de la mamá y la célula del papá se encuentran, entonces los dos se hacen uno, el óvulo se hincha y se pone a crecer.

—Y, ¿dónde se encuentran?

—En la madre.

—Y, ¿cómo se encuentran?

—El papá vierte las celulitas en la mamá, y una de éstas se encuentra con el óvulo.

—Y, ¿cómo lo vierte?

—En el cuerpo de mamá hay un agujero, y lo vierte a través de éste...

—Y, ¿con qué lo hace?

—¿Has visto ya a los niños cómo hacen pipí?

—Sí.

—Pues los hombres saben hacer aún otra cosa con *aquello*, no sólo hacer pipí. Sirve también para verter las células...

—Y, ¿lo vierten en el agujero aquel?

—Sí, en aquel agujero...

* * *

En la imaginación del niño el *coito* aparece como si éste consistiera en que el padre orina en la madre. En sus fantasías, parir equivale a *defecar*, y el acto sexual, a *orinar*. He aquí una de las representaciones infanti-

les más primigenias. Naturalmente, sería imposible determinar cuándo llega a ser maduro este problema en el niño, para que lo plantee a los adultos en la forma aún completamente primitiva que acabamos de ver. En la pequeña sociedad infantil, este problema mueve más los ánimos que cualquier otro, y es un tema de conversación mucho más frecuente de lo que solemos creer. En los niños de siete a ocho años, el educador tropieza muy a menudo con el problema de tener que dar informes acerca del acto sexual y su curso. Naturalmente, ello representa una tarea harto difícil para los padres y los educadores, ya que es en este punto preciso que se encuentran más ligados por su propia educación de antaño. Consideramos como imprescindible contestar a todas las preguntas del niño con la máxima franqueza y veracidad. Muy a menudo el niño pregunta por los detalles del acto de cohabitación. Una vez más, es preciso contestar únicamente a sus preguntas, sin decir ni una palabra más. Es contraproducente intentar dar explicaciones, o desviar la conversación hacia otro tema. Todas las preguntas del niño desembocan finalmente hacia un solo problema final: ¿si "aquello" es algo *bueno*? Como lo hemos dicho ya, el acto sexual interesa a los pequeños porque sospechan en él una fuente secreta de placeres de los mayores. Es preciso, pues, manifestar sin rodeos que el acto en cuestión suele efectuarse por dos personas que se quieren, y que lo hacen precisamente por quererse mucho, y que así, efectivamente, es *bueno*.

"Así también es posible..."

Cuando el niño ha llegado hasta el problema del acto sexual, manifestará al mismo tiempo un interés netamente *social*, en un sentido más amplio. Esta vez, sus preguntas se mueven en torno a la organización *social* de la vida sexual.

Se suele llegar así, por regla general, al problema de

que a veces tienen hijos incluso mujeres que no tienen marido. En los hijos de las familias burguesas, el respeto hacia la vida familiar suele ser tan fuerte e intenso que sólo con dificultad comprenderán la posibilidad de los nacimientos ilegítimos, aun cuando conozcan ya bastante bien los aspectos meramente biológicos de la cuestión.

—Mamá, Josefa ha tenido un niño. ¿Cómo es posible, si no tiene marido? Es todavía soltera, ¿verdad?

—¿Cómo te lo explicas tú?

—Pues... yo creo que debe tener marido, pero no lo quiere decir.

—No, Josefa no tiene marido. Son marido y mujer aquella pareja que se presenta ante el alcalde para que pongan sus nombres en un libro grande, como marido y mujer que quieren vivir juntos...

—Ahora ya comprendo. Josefa no puede tener marido, ya que aún no se han presentado ante el alcalde. Seguramente no tienen bastante dinero para tomarse un apartamento y vivir juntos.

—Esto es muy posible.

—Seguramente Josefa tiene a alguien a quien quiere mucho, y es así que ha salido el niño. Ahora ya lo sé. Pero ¿quién será el papá del pequeñuelo?

—Ves, aquí está precisamente el mal. Educar a un hijo es una tarea muy difícil, que requiere dos personas: una mamá y un papá. Sería preciso que quienes se quieren mucho puedan vivir juntos, puedan tener hijos juntos y educarles entre los dos...

Cuando no hay hijos...

Poco a poco, el niño llega a separar netamente el problema del "hijo" del del acto sexual. La misma vida le brinda bastantes ocasiones para que plantee a sus educadores preguntas también de esta índole:

—Mamá, Fernandito y Clarita se quieren mucho. Pero, entonces, ¿por qué no tienen hijos? Tú me dijiste un día que si dos se quieren mucho, se casan, viven juntos y tienen hijos, ¿no es verdad?

—Mira, pasa una cosa... Sin duda ellos quisieran tener hijos, pero es posible que el cuerpo de Fernando no sea capaz de producir unas células de aquellas que se necesitarían para

ello; o tal vez los óvulos de Clarita no llegan a madurar... Esto también es posible...

—Comprendo...

—Mamá, ayer me dijiste por qué Fernando y Clarita no pueden tener hijos. Pero, entonces, no comprendo por qué la tía Sara no tiene más que un hijo. Oí cuando dijo un día: "Sabes, por ahora no quiero más hijos; cuando suban el sueldo de mi marido, dentro de unos cuantos años...". Pero, entonces, ¿la tía Sara y su marido no se quieren?

—Sí, se quieren.

—Pero, ¿no hay siempre hijos cuando dos se quieren y hacen *aquello*?

—No forzosamente. Tú ya sabes cómo las células del varón entran en el cuerpo de la hembra. Para que la célula y el óvulo se encuentren, es preciso que el óvulo esté maduro. Si no es maduro, no habrá hijo.

—Pero si la tía Sara ha dicho que *ella no quería* hijos. ¿Es posible arreglarse de tal manera que no haya hijos?

—Sí. Es posible.

—Y entonces ¿dejan de hacer *aquello*? ¿No se quieren? ¡Explicame, mamá!

—Sí, lo siguen haciendo. Pero, ¿sabes?, hay personas que creen que no tienen bastante dinero para poder educar a sus hijos. No por eso dejan de quererse, desde luego. Y si se quieren, no dejan de hacer *aquello*. Sin embargo, cuando dos personas se quieren y son sanos, el objetivo de la vida estriba en que tengan hijos.

* * *

Muy a menudo, el niño no se da por satisfecho con la contestación que se pierde en generalidades. Quiere saber más; quiere conocer toda clase de detalles. Sin pecar nunca contra la franqueza más absoluta, podemos aprovechar los intereses del niño poniendo de relieve la altísima misión de la maternidad; efectivamente, las niñas necesitan ser preparadas para la misma desde muy pronto. En cuanto a los niños, es recomendable insistir mucho en la *responsabilidad* que les incumbe, concepto que debemos colocar siempre en el foco de toda educación.

EL MENSTRUO

Para las niñas, la primera aparición del menstuo representa siempre una prueba muy grave y dura. Es preciso, por consiguiente, preparar a la niña para este síntoma de su maduración, aunque de la manera más sencilla. La solución más útil consiste en conversar de este problema con la más absoluta franqueza y libertad en presencia de la pequeña, como de algo que pertenece de la manera más evidente y natural a la vida de toda mujer. Sin embargo, puesto que se trata aquí de un problema que amenaza directamente a la muchacha, ya durante la fase prepuberal, publicamos aquí una conversación algo más detallada que las anteriores. Como directiva general, hacemos constar que es preferible pasar por alto todo detalle meramente biológico. Importa únicamente la preparación efectiva, y encauzar los momentos afectivos que acompañan el menstuo.

—Mamá, ¿qué quiere decir “regla”?

—“Regla” o “período” es algo que debe tener toda mujer sana. Aparece regularmente, periódicamente, cada mes. Por esto se llama también *menstuo*, de mes.

—¿Y de dónde viene ese menstuo?

—Voy a explicártelo. Mira este cuadrito. Esta cosa redonda que ves al lado de la matriz, es el ovario, o sea el “nido de los óvulos”. Hay en él muchísimos miles de óvulos. Cada mes, por este pequeño canal, un solo óvulo resbala a la matriz. La matriz ya está preparada para que se vaya desarrollando en él el embrión. Su piel se llena de sangre, para que el pequeño feto se sienta bien en él y pueda nutrirse de la misma. Pero el óvulo no siempre llega a encontrarse con la célula del hombre. Si el óvulo no queda fecundado, entonces la pared de la matriz cae y sale del cuerpo. Esto se hace acompañado de un poco de sangre. Las muchachas suelen ser ya bastante maduras hacia la edad de 12 a 13 años para que puedan tener la regla.

—Y la regla, ¿es dolorosa, hace daño?

—En realidad, no debe hacer daño, pero cuando se tiene la regla, la mujer es más sensible y más susceptible que en otros momentos, de modo que a veces puede causar dolor. No se trata de ninguna enfermedad, sino al contrario: estamos en

presencia de un signo seguro de que la muchacha ya es físicamente madura para tener hijos.

—Pero entonces ¿por qué ha llorado Merceditas cuando tuvo la regla por primera vez?

—Seguramente porque ignoraba que la regla no es ningún mal, sino un fenómeno muy normal, y que toda mujer sana la debe tener forzosamente. La mayoría de las muchachas se alegran, por el contrario, de tener ya la regla, porque esto demuestra que se es toda una mujer.

—Ay, ¡cuánto quisiera yo tener ya la regla! Y en los muchachos, ¿cómo es todo esto?

—Hacia la misma edad, también los muchachos van madurando. Pero en ellos, el fenómeno es diferente. Cuando el testículo produce suficiente número de células, de noche, mientras duermen, estas últimas quedan evacuadas.

—Y si tanto la muchacha como el muchacho son corporalmente maduros, entonces, ¿ya pueden tener hijos si hacen *aquello*?

—Desde luego. Pero para ello no basta que sean físicamente maduros. Es preciso que vayan madurando también anímicamente para que sepan escoger a su compañero o compañera que resulte el (o la) más adecuado (adecuada) y a quien quieran con toda el alma, viviendo con él. Es necesario pensar también en la posibilidad de que podrían tener hijos, y para ello les es preciso tener dinero, porque sin dinero no podría asegurarse la vida, ni a ellos mismos, ni a sus hijos.

LAS "MALAS MUJERES"

De repente, las representaciones sociales del niño, que van ensanchándose, se encuentran delante del problema de la prostitución. Es imposible evitar que los niños no sepan la existencia de este mal social. Y tan pronto como el problema quede planteado, sería imposible pasar por alto el de las enfermedades venéreas...

He aquí dos modelos de conversación muy acertados:

—Papá, ¿qué quiere decir "mala mujer"?

—¿De qué clase de "malas mujeres" quieres hablar?

—Se pasean en la calle y Juanito me ha dicho que eran malas mujeres. Me ha dicho también que eran "prostitutas".

—¿Qué más ha dicho?

—Nada más, sólo se ha reído. Ah, sí, ha añadido también

que un mocoso como yo no debía aún saberlo todo. Y ha dicho también que él ya va con ellas. Esto, ¿qué quiere decir?

—Tú mismo, ¿cómo te lo imaginas?

—A mí no me parecían tan “malas”... Sonreían.

—Es sólo una manera de hablar, el llamarlas “malas mujeres”. Estas mujeres sirven a los hombres para hacer *aquello*.

—Pero si tú me dijiste que *aquello* sólo lo hacían las personas que se querían mucho.

—Desde luego; tienes toda la razón. Pero mira, aquellos hombres que aún no pueden casarse, porque no tienen dinero, o colocación, o trabajo, o que aún no han encontrado a la persona querida con la que podrían fundar un hogar, van con esas mujeres...

—Entonces estas mujeres son seguramente unas muchachas que no han podido casarse o que no tienen a quien querer.

—Mira: las normas de la sociedad no son las mismas para el varón y la hembra. Hay una moral diferente para los dos sexos. Esa moral sólo permite al varón que tenga actividades sexuales fuera del matrimonio. Para ello se han creado instituciones... Pero no para la mujer.

—¡Cómo! ¿Y esas mujeres?

—Ellas no lo hacen por gusto, sino por dinero.

—¿Por dinero?

—Sí, por dinero. Viven de ello. Es un pan muy triste el que tienen que ganarse con su cuerpo. Pero por ello no son forzosamente “malas”. Son malos quienes han instituido que por dinero se pueda comprarlo todo. Hasta el amor... Y quienes han creado y toleran una moral así.

—¿Y esto se permite? Pero es terrible...

—Hay países donde se expiden autorizaciones especiales para ello. Están bajo el control de la policía...

—¿Por qué?

—Para que no propaguen las enfermedades sexuales o venéreas... Para que los hombres puedan comprar su amor sin correr el menor peligro...

LAS ENFERMEDADES SECRETAS

—Papá, ¿qué son enfermedades venéreas?

—Son unas enfermedades infecciosas que se propagan casi exclusivamente por el contacto sexual.

—Pues enfermedades venéreas y enfermedades “secretas” ¿son la misma cosa? He visto un día un anuncio que empezaba por estas palabras: “*Enfermedades secretas*”.

—Quiere decir lo mismo, desde luego; pero en realidad, esta denominación es una tontería. Esta clase de dolencias son

como cualquiera otra enfermedad. Estar enfermo no debe ser ni un secreto ni una vergüenza. Si alguien está enfermo, necesita ser curado.

—Y estas enfermedades, ¿pueden ser curadas? Juanita ha leído en un diario que alguien se ha suicidado por tener una enfermedad *incurable*, y me dijo que era una enfermedad *así*, seguramente...

—*Debes saber que todas estas enfermedades, sin excepción, pueden ser curadas.* Desde luego, pasa con ellas lo mismo que con todas las demás enfermedades o dolencias: si se las descuida, su curación resultará mucho más difícil. La principal dificultad consiste en que muchas personas no se atreven a dirigirse al médico por tener vergüenza de haber sufrido la infección. En realidad, no hay nada en estas enfermedades que sea preciso ocultar o que sea vergonzoso. Es preciso *curarla*, y nada más.

—¡Pero si alguien no se deja curar, no sólo se perjudica a sí mismo, sino que pone en peligro a los demás!

—Exacto. Por lo tanto, cada cual tiene la obligación y el deber de hacerse curar, si por casualidad ha cogido esta enfermedad, y mientras no esté completamente curado, no debe tener comercio sexual con nadie. Y si a pesar de todo, frecuenta a una mujer, es como si atacase a alguien en la calle a puñaladas.

—¿Y si un hombre enfermo *así* tiene hijos?

—Desgraciadamente, estas enfermedades no impiden a nadie el poder engendrar hijos. Estos hijos pueden llegar al mundo como enfermos congénitos, y a veces podrían nacer incurables. Muy a menudo, la ceguera es consecuencia de esta clase de enfermedades.

—Pero entonces sería preciso poner en la cárcel a las personas *así*. ¡Hay que ahorcarlas!

—No, sino que es preciso curarlas. Y es necesario convencer a todo el mundo que no es vergonzoso tener una enfermedad de esta clase, y que por consiguiente, no tiene sentido ocultarlo, sino que es menester ir a casa del médico... Y sería preciso brindar la ocasión a todos los enfermos de dejarse tratar, aún sin tener dinero...

"YO TAMBIEN LO QUISIERA PROBAR"

Poco a poco, el problema sexual llega a ser una cuestión personalísima del muchacho que se adentra cada vez más en la edad puberal. Y de repente, plantéase el problema: *¡Yo también!* La conversación que inserta-

mos a continuación nos demuestra con nítida claridad que la madre sagaz puede contestar incluso a tan grave cuestión sin oponerse a los principios de la educación basada en la responsabilidad personal, y que sin embargo, llegue a calmar y tranquilizar a la muchacha.

—Dime, mamá: *aquello* ¿no es asqueroso? El hombre orina en la mujer, ¿no es verdad?

—Nada de cuanto ocurre en la Naturaleza podría ser considerado como asqueroso. Esta es la norma de la Naturaleza. Además, ya sabes que *aquello*, lo hacen quienes se quieren muchísimo y que se alegran de estar uno con otra.

—Y cuando vosotros habéis hecho *aquello*... ¿habéis sido felices? ¿Habéis reído? ¿Habéis conversado?

—No te lo sabría decir ya con toda precisión, pero seguramente estuvimos alegres, nos hemos querido mucho, y sin duda alguna hemos reído y conversado juntos...

—Yo también quisiera intentar hacer *aquello*...

—Para que lo puedas intentar, es necesario que también en tu cuerpo hayan madurado completamente los óvulos, es decir, que tú también seas toda una mujer. Sin embargo, esto no basta aún. No es igual quién es el varón, cuya célula entra en tu cuerpo. Es preciso que le quieras mucho, muchísimo, y que él también te quiera mucho a ti. Si un hombre y una mujer se quieren mucho mutuamente y si les parece que se complementan bien, entonces lo mejor es que vivan juntos. Para ello existe el matrimonio. Así se casa uno. Naturalmente, desde el punto de vista del niño es muy importante que el papá quiera mucho a la mamá y viceversa, y que ellos se vayan alegrando juntos al observarle crecer y desarrollarse, que se cuiden juntos de él y que le eduquen entre los dos. Cuando también tú llegues a ser completamente grande, cuando también tus óvulos sean completamente maduros, entonces también tú trabarás amistad con muchachos de tu edad, y de este modo, acabarás por encontrar a aquel que te parecerá el más indicado para ser tu marido. Sin duda él también a estas horas está ya buscando a quien podría llegar a ser su mejor compañera. Cuando los dos lleguen a quererse mucho, también ustedes harán lo mismo que todo el mundo, y cuando un día tengan algún hijo, cuidarán de él entre los dos y lo educarán juntos. Y esto es algo indeciblemente hermoso...

CAPITULO V

LA JUVENTUD QUE SE VA LIBERANDO

El púber y la muchacha adolescente. -- Los tres fenómenos de la pubertad. -- El encuentro entre lo sexual y lo erótico. -- En el ideal de nuestro primer amor buscamos inconscientemente a nuestro padre o a nuestra madre. -- La emancipación de los hijos: solución definitiva del "complejo de Edipo". -- La primera amistad verdadera. -- Las poluciones. -- Los amores exaltados de las adolescentes. -- El trauma del primer menstuo.

Con la *pubertad*, el desarrollo de la sexualidad humana llega a un punto decisivo. El organismo se prepara para la forma definitiva de la vida sexual; las glándulas genitales inician plenamente su actividad, es decir, el adolescente varón produce *esperma*, mientras que el ovario de la joven fabrica los *óvulos*. Todo el aspecto exterior del organismo se va transfigurando, pero al mismo tiempo va metamorfoseándose también la conducta anímica íntima de la persona.

Hemos visto ya que el modo de ver antiguo consideraba la pubertad como el momento inicial de la vida sexual del hombre. Hemos podido demostrar, frente a estas teorías hoy día superadas, que la sexualidad humana se inicia, en realidad, con el mismo nacimiento, y hemos acompañado su desarrollo, a través de sus tres fases distintas. El desarrollo mencionado llega a un período *aparentemente* tranquilo, hacia la edad de los seis años; es ésta la fase que hemos llamado *período de latencia*. Todo ocurre como si este período constituyese la fase preparatoria de la época sin duda más turbulenta, más intensa y por consiguiente, más importante del desenvolvimiento sexual: *la pubertad*.

Aún el modo de ver aparentemente moderno, solía considerar la pubertad como una fase nueva y autónoma, completamente distinta de la sexualidad infantil de antaño, y hasta el propio Freud parecía inclinarse a considerar la fase de la latencia como un período de separación entre la sexualidad infantil y la del adulto. Sin embargo, este modo de ver requiere una revisión completa; podemos constatar que aquel desarrollo sexual que se ha iniciado con el nacimiento, sin ser interrumpido hasta la pubertad, *continúa*; por consiguiente, *la pubertad no podría ser considerada como un fenómeno nuevo y autónomo*. Tendríamos tan poco derecho a pretender que la sexualidad infantil se acabe con la pubertad, como afirmar que la sexualidad madura del adulto se inicia en esta misma época.

No cabe duda de que la pubertad posee determinados factores que nos autorizan a suponer que, con ella, se inicia una fase nueva e inédita de la sexualidad, tanto en su forma como en su contenido. Ya los mismos síntomas externos de la madurez sexual nos revelan, claramente, que la niña ha llegado a ser mujer, y el niño, todo un hombre. Al lado de los síntomas meramente exteriores, encontramos también el hecho biológico innegable de que las glándulas genitales producen ya todas aquellas sustancias que son imprescindibles para la conservación de la especie. No obstante, el propio Freud nos pone en guardia contra generalizaciones precipitadas, y hace constar *"que la glándula sexual no es aún la misma sexualidad. . . y que ignoramos por completo con cuál de nuestro órgano o de nuestros órganos se enlaza en realidad esta última"*.

Para proceder debidamente, no consideraremos la pubertad como un fenómeno autónomo e independiente en la vida humana, sino que la contemplamos dentro del marco de aquel desenvolvimiento total que es nuestra existencia, tanto en el sentido psicológico, como también en el biológico. Esto será tanto más necesario puesto que *sabemos aún muy poco de las correlaciones existentes en-*

tre el desarrollo físico y el desenvolvimiento anímico durante todo el período puberal. Podemos afirmar, sin embargo, con justo derecho, que estas pretendidas correlaciones deben fundamentarse en la sexualidad infantil pasada.

Será preciso examinar, ante todo, cómo se manifiestan hacia fuera dichas correlaciones. Podríamos llamar la atención sobre tres fenómenos harto característicos:

a) *El órgano genital será el que tomará el mando de ahora en adelante.*

b) *El rasgo característico más saliente de dicho desarrollo, está constituido por la selección del objeto sexual.*

c) *Puede añadirse a la búsqueda del placer una función nueva: la de la conservación de la especie.*

Encontramos tanto el primado del órgano genital como la búsqueda del objeto también en las diversas fases de la sexualidad infantil, aunque no sea más que en formas rudimentarias aún no debidamente desarrolladas.

Por regla general, tal como lo hemos visto en capítulos anteriores, toda la sexualidad infantil estaba caracterizada por el hecho de acusar rasgos *autoeróticos*; esto significa que no se enlazaba en realidad con ningún objeto especial, y el placer se debía a la excitación de la zona erógena, sin ninguna necesidad de un compañero o compañera: de un *partenaire*. Sin embargo, tal como hemos visto ya en las fantasías onanísticas, jamás ha faltado, en realidad, a las visiones que acompañaban dichas manipulaciones autoeróticas, algún objeto: una persona querida y, en la mayoría de los casos, el padre de sexo contrario. Los "trabajos previos" de la selección del objeto —para emplear una vez más una expresión debida a Freud— se han iniciado, pues, ya durante la fase de la sexualidad infantil, y los resultados de los mismos perduran, aún más tarde, por muy largo tiempo. La pubertad representa la lucha suprema y decisiva entre el niño y el objeto incestuoso de su sexualidad. El "complejo de Edipo" vuelve a representar en esta época un problema de gran actualidad, y si es-

tamos en presencia de un desarrollo sano y normal, esta vez debe encontrar su solución *completa y definitiva*. El niño que llega al umbral de la fase puberal, tendrá que romper sentimentalmente con su padre de sexo contrario y se verá en la obligación de escoger un *partenaire* nuevo, esta vez, ya no para sus nuevas fantasías, sino para la vida de las realidades. Naturalmente, al proceder a dicha elección, quedará aún orientado completamente por su ideal infantil, de modo que no será muy difícil *encontrar, detrás de la figura del "primer amor" la representación un tanto idealizada del padre o de la madre*, respectivamente, según el sexo. Desde luego, en la elección del objeto amoroso, intervienen aún otros factores, no tan sólo el único y más decisivo recuerdo infantil. En lo que atañe especialmente al muchacho, el mismo Freud habla de "*serie de recuerdos*", y tal vez podríamos concluir, ya de este solo hecho, que el remontar dicha serie, determina la tendencia polígama del varón. Otra fuente de la elección del objeto es de un carácter netamente *narcisístico*: el púber busca en su *partenaire* amoroso a su propio yo.

Esta *búsqueda y elección del objeto*, ocupa el foco psicológico de la pubertad. Las formas de la vida sexual que van perfilándose cada vez más, se expresan en la pubertad, por un lado, en la elección del *objeto sexual*, y por el otro, por el *objetivo sexual*, especialmente en el hecho de que estas *dos corrientes se encuentran y confluyen*. Esto significa que mientras que la sexualidad infantil, apenas si tiene un contenido erótico —si es que lo tiene— en la pubertad, *el erotismo de la búsqueda del objeto amoroso, se fusiona con la sexualidad del objetivo sexual*.

Con la llegada a la pubertad, es la parte genital la que cobra supremacía; bajo su "primado", todos los instintos parciales infantiles se reúnen en una verdadera "coalicción". De ello se deduce que durante esta fase, la diferenciación de los sexos —en el sentido psicológico de la palabra— se hace definitiva.

Ninguna de las distintas fases de la "sexualidad" infantil, ha tenido un carácter verdaderamente de sexo. Los fenómenos descritos de la fase bucal, valen para todos los bebés. En cambio, en la fase anal, la formación de los componentes sádicos y masoquistas revela ya la existencia de una *actitud* a la que se puede atribuir un carácter "varonil" o "femenino", según los casos. Sin embargo, no debemos olvidar ni por un momento que la constitución de esta forma de conducta o actitud ha quedado determinada no tan sólo por la constitución físico-coanímica del sujeto, sino también por las valoraciones sociales del medio ambiente, con respecto a la pertenencia a uno u otro sexo. En un sistema educativo imaginario que no estableciera ninguna diferencia de valoración entre dos niños, varón y hembra, podemos suponer que difícilmente se podría hablar de una diferenciación entre los sexos durante la aludida fase de desarrollo. Al tratar de la tercera fase, la genital, hemos llamado ya la atención sobre el hecho de que el *clitoris* es en realidad la homología del *pene*: es su forma rudimentaria, de modo que "la sexualidad de las niñas es de todos modos de carácter varonil" (Freud). Por regla general, sería harto difícil determinar lo que debemos considerar como "feminidad" y "virilidad". Desde luego, sus distintos papeles, en la conservación de la especie, separan netamente al varón de la hembra; pero por el otro lado la sexualidad tiene una determinada importancia, tal como lo hemos visto ya, una importancia en la que es difícilísimo establecer una separación clara e inequívoca, ya que tanto el varón contiene elementos "femeninos" como *viceversa*. La interpretación social de la pertenencia a uno u otro sexo es, pues, una distinción meramente cualitativa, y va cambiando conforme se cambian los juicios estimativos de la sociedad acerca de los valores de "varón" y "hembra". Freud observa, muy atinadamente, que, según el psicoanálisis, la mejor definición consiste en decir que "los conceptos de la virilidad y de la feminidad de-

ben ser diferenciados en el sentido de la *actividad* o de la *pasividad*".

Durante el curso de la pubertad, la diferenciación sexual se efectúa aún en el sentido psicoanalítico; sin embargo, las experiencias que acompañan dicha diferenciación serán muy distintas en el muchacho y en la muchacha. Mientras que para el púber la línea de la genitalidad es recta y continua, desenvolviéndose sin interrupción alguna, en la muchacha "*la pubertad significa un retroceso, ya que tiene que renunciar —mediante una nueva ola de represión— a la sexualidad del clitoris; para que la feminidad pueda producirse, es necesario un nuevo proceso represivo, que suprima un pedazo de la virilidad infantil y lleve a la mujer a un cambio de la zona genital preponderante.*" En lenguaje menos técnico, esto significa que la sexualidad de la muchacha estaba íntimamente enlazada con su clitoris, a consecuencia del onanismo, o sea de la excitación del clitoris. Podríamos decir que el clitoris —en cuanto rudimento del pene— es el órgano sexual de la mujer que se masturba. En cambio, el órgano sexual de la mujer sexualmente normal es su *vagina*, y el proceso puberal íntimo de la mujer consiste, precisamente, en que esta transmisión sexual se lleve a cabo. En numerosísimas mujeres, desde luego, dicho proceso queda inhibido, o no se efectúa en absoluto. He aquí una de las causas principales de la tan frecuente frigidez de la mujer.

Debemos asignar, pues, una interpretación completamente diferente a la pubertad, según se trate de adolescentes de uno u otro sexo, puesto que en el uno se trata de los progresos de la libido, y en la otra, estaremos en presencia de una nueva crisis, de una nueva limitación transfiguradora del impulso genésico.

Hemos dicho ya que en la pubertad los órganos genitales toman la batuta y que se realiza una especie de *coalición*. La función de las zonas erógenas —como por ejemplo la del *beso*— queda intacta y se podría decir que *prepara el terreno a las funciones genitales propiamente*

dichas. Para diferenciar entre estas dos funciones, Freud considera que el papel desempeñado por la sexualidad infantil se agota en la producción del "placer previo" (*Vorlust*: una especie de aperitivo del placer) que prepara la supresión total del sentimiento de tensión (contumescencia); dicha supresión corre pareja con el "placer final" (*Endlust*, detumescencia). Durante la pubertad, la sexualidad infantil de las zonas erógenas llega a cierta colaboración armoniosa con la función suprema de la sexualidad genital. El psicoanálisis ha llegado a la conclusión, a base de las experiencias realizadas en los enfermos analizados, de que este papel del "placer previo" puede ser a menudo la causa de dolencias anímicas, cada vez que se demuestre ser, ya demasiado débil, ya demasiado fuerte, en el curso de los procesos sexuales previos. Nos ha parecido importante llamar la atención sobre este hecho, para ilustrar más claramente las íntimas correlaciones existentes entre la pubertad en cuanto fase evolutiva, por un lado, y la sexualidad infantil, por el otro.

Sin embargo, es preciso llamar aquí la atención sobre otro aspecto más de la pubertad. Dicha fase evolutiva se caracteriza, en efecto, por una gran disposición frente a las impulsiones sexuales. Como si todo el organismo se concentrase sobre la captación y utilización sexual de dichos impulsos. Mientras que durante la fase de la latencia el niño ha logrado defenderse contra las impulsiones sexuales, transponiendo sus intereses, sobre el sector social de la vida, durante la pubertad se volverá con una suceptibilidad y sensibilidad extremas, hacia todas las fuentes posibles que le puedan procurar excitaciones sexuales.

Las excitaciones sexuales pueden tener tres fuentes distintas: 1. *La excitación de las zonas erógenas*; 2. *Determinados procesos que se efectúan en el interior del organismo*. 3. *La vida anímica que reúne —cual el foco de una lente— todas las irradiaciones de las impresiones exteriores y de los impulsos íntimos*. La excitación de las zonas erógenas se caracteriza por la reaparición del ona-

nismo, lo que se debe ante todo a determinados cambios íntimos del organismo, cambios de los cuales sólo sabemos que estriban en la producción de secreciones sexuales. Dichas secreciones se van amontonando y producen, al fin de cuentas, una tensión tal, que el organismo querrá absolutamente liberarse de la misma, descargándola. Las poluciones sirven, asimismo, a estas descargas. Sin embargo, el mismo organismo conoce mucho mejor la interdependencia del cuerpo y de la psiquis que aquellos psicólogos que aún hoy se atreven a ponerla en duda, o que sencillamente han dejado de descubrir su existencia. Por consiguiente, el organismo desconfía de sus propias fuerzas y llama a su ayuda también el alma. *He aquí la causa por la cual la polución es siempre la terminación de un sueño que tiene marcados caracteres sexuales* (a esta edad, el carácter de un típico sueño de coito). En este sentido, *el onanismo puberal no es otra cosa, en realidad, sino una polución llegada a ser consciente*. Sin embargo, la vida anímica misma se muestra enormemente susceptible frente a todo cuanto pueda tener un carácter sexual. Podríamos decir que, ahora, las excitaciones sexuales son transmitidas, ya no solamente por el órgano genital, ni tan sólo por las llamadas zonas erógenas, sino, por decirlo así, por todos los órganos del cuerpo, y que además llaman en su ayuda incluso a la misma alma. He aquí la causa por la cual los púberes — sean del sexo que sean — reaccionan con una susceptibilidad exagerada a todo cuanto les ocurra en la vida.

La pubertad es naturalmente un alto determinado, no tan sólo de la madurez física, sino a la vez, de la madurez anímica. Hay psicólogos que prefieren diferenciar entre los dos procesos físico y anímico, y que llegan incluso a “demostrarnos” que no existe ningún sincronismo entre ambos. Bajo nuestro clima, la fase de la pubertad del varón corresponde a su edad de 13 a 15 años, y la de la hembra, de 11 a 15 años. La edad de la *pubertad anímica* coincide con los años 14 a 19 en el muchacho, y con los de 12 a 20 en la muchacha. Esta falta de sincro-

nismo se explicaría tal vez con el modo de ver dualista que separa la sexualidad del erotismo. A nuestro modo de ver, intentar establecer una separación entre una pubertad "anímica" y otra "física", es un error; no es menos equivocado, sin embargo, separar toda esta fase del desarrollo general y de su ritmo, aislándole en sí, como un fenómeno físicoanímico *sui generis*.

Para aclarar un poco más este problema, volveremos a valernos del método que venimos siguiendo desde un principio. No se trata, pues, ante todo, al examinar nuestro problema, de saber lo *que ocurre* con el púber, sino más bien de comprender lo que acontece *en él*. La interpretación psicológica de la fase puberal significa, pues, nuestro deseo de saber *cómo experimenta* la muchacha o el muchacho púber el proceso fisiológico de su organismo que le ha de conducir a la completa madurez física.

Antes de contestar a esta cuestión, recurriremos, una vez más, a la etnografía, para saber cómo interpretan la pubertad los primitivos. En efecto, la pubertad ocupa, por decirlo así, el puesto central en la vida de los primitivos; es su *misterio central* — *the central mystery of primitive society*, dice Frazer, en *The Golden Bough*. La madurez sexual, tanto de los varones como de las muchachas, es celebrada con grandes festejos y ritos sangüinarios y crueles. En la tribu, las ceremonias de iniciación significan en verdad un segundo nacimiento: el verdadero. Socialmente, ningún individuo existe fuera de la tribu de la que es miembro. Sólo con motivo de la iniciación se le da nombre; sólo entonces obtiene un papel social. Este segundo nacimiento no es menos sangriento ni menos doloroso que el primero. El muchacho adolescente es sometido a las torturas más refinadas que tienen por objeto, casi todas, su *pene*. En determinadas tribus, la iniciación de las muchachas es tan sólo una fiesta simbólica; existen, sin embargo, otras, en las que se procede a la amputación del clítoris y parte de los labios inferiores de las hembras, entre ceremonias muy

importantes. Como podemos ver, en la vida de los primitivos la iniciación, esto es, la fiesta de la pubertad, significa verdaderamente un cambio importante en la vida de los individuos: es gracias a ella que entran a formar parte de la vida de la comunidad, y tan sólo así obtienen la autorización de contar como personas con plenos derechos sexuales entre los varones y las hembras de la tribu, respectivamente. Su vida colectiva se inicia por estos ritos (y sabemos perfectamente que en la vida de los primitivos toda vida es la de la tribu entera, y no la de los *individuos*).

Desde luego, debemos dar un salto considerable para sacar alguna conclusión de la vida de los primitivos sobre la interpretación de la pubertad en la civilización actual. El autor que ha tratado más extensamente este problema es Eduardo Spranger (1), el cual determina tres etapas anímicas de la pubertad:

1. El descubrimiento del *yo*;
2. la constitución de un *plan de vida*; y
3. la maduración en los distintos aspectos de la vida.

No podemos aceptar esta teoría un tanto banal del conocido autor alemán. Sabemos muy bien que la constitución del *yo* se ha iniciado ya durante los primeros años de la vida, y tal como la psicología adleriana lo ha podido demostrar muy bien, hacia la misma época se elaboran ya las llamadas "líneas de la vida", o "plan de vida", líneas que conducen hacia el objetivo vital ficticio que el niño se propone. La maduración hacia las distintas tareas de los diferentes sectores de la vida, son preparados, en cambio, por el medio ambiente. Por consiguiente nos parece mucho más aceptable la teoría del eminente sexólogo austríaco. Oswald Schwarz, el cual llama la atención sobre el hecho de que el púber se vuelve hacia su propio interior y llega a encontrar su *yo verdadero*, que hasta ahora ha pasado por alto, ignorándolo todo por completo. En realidad, la experiencia de la

(1) Eduard Spranger: *Psychologie des Ingendalters*.

pubertad contiene la voluntad de crear definitivamente entre el *yo* y el *nosotros* aquellas relaciones, cuyos elementos el púber ya ha venido arrastrando consigo desde su niñez, aunque haya sido incapaz de elaborarlos. El púber, y especialmente el púber varón, se ve ahora ante la encrucijada de dos caminos. Tiene que romper definitivamente con su pasado y debe encontrar el camino nuevo que conducirá a un *partenaire*, a través de la sociedad. El pasado está constituido por *sus padres*, con quienes vive en íntima convivencia, y esto no tan sólo en virtud de la institución de la familia, sino también en otra, segunda constelación, no desprovista de alusiones sexuales. *La situación edípica vuelve a cobrar actualidad*, pero esta vez, con la sola finalidad de que el joven pueda romper con ella definitivamente, emancipándose de una vez para siempre de sus padres, ya orientando su cariño y amor hacia un nuevo objeto. Esta emancipación es harto dolorosa y va acompañada, por regla general, de penosas luchas íntimas. He aquí la razón por la cual el adolescente se yergue con tanta terquedad, inquietud y susceptibilidad contra sus padres y en general contra todo el mundo circundante. Esto nos explica, al mismo tiempo, que *durante los años de la pubertad los padres corren el mayor riesgo de ver romperse el contacto con sus hijos*, y esto es muy comprensible, puesto que el púber *quiere*, puesto que el púber incluso *debe* separarse de sus padres. Tal como lo observa muy atinadamente Freud: *"he aquí el momento más importante, y a la vez que más doloroso, de toda la pubertad: la emancipación de la autoridad de los padres"*. Trátase aquí de una ineluctable necesidad sobre las fantasías incestuosas, mientras que, desde el punto de vista *social*, la ruptura se hace definitiva e irrevocable entre la nueva generación y la vieja, la de los hijos y la de los padres, y dicho sea de paso, que este antagonismo es una de las piedras angulares de todo progreso cultural.

Sin embargo, el adolescente que se separa anímicamente de sus padres, sería incapaz de mantenerse en su

soledad combativa tan difícil. Necesita algún aliado y lo que busca es camaradería. Uno de los síntomas más curiosos de la pubertad, es, precisamente, la manera cómo el adolescente sale en busca de una *comunidad*, para escoger, dentro del marco de la misma, al único amigo, preferido a todos los demás. Esta amistad, esta búsqueda de un compañero, acarrea, naturalmente, numerosos peligros: ante todo el peligro de "malograr" —como dice Freud— su contacto con el sexo opuesto. El homosexualismo infantil no representaba aún peligro alguno; a esta edad, en cambio, podría constituir un síntoma que encierra cierto peligro, ya que podría darse el caso de que en el púber quede fijada para siempre su orientación homosexual.

Es particularmente pintoresco, el modo con que la muchacha púber busca un objeto para su amor y para todo su inmenso cariño que, hasta ahora, ha venido amontonándose sin objeto determinado. Se escoge a cualquier persona: una amiga, un profesor, una profesora, o, tan sólo, a una de las estrellas masculinas de la pantalla —aunque el sexo no tiene importancia para ella—, y malgasta en su veneración toda la pasión afectuosa de la que su alma joven e inédita sea capaz. Desde luego, esta veneración apasionada, tan típica en las adolescentes, no corresponde a ninguna realidad; ni siquiera pretende verse correspondida. ¿Qué importa? Tal vez esta veneración se caracterice precisamente por el detalle muy importante de que ella no espera nada en cambio. Esta fase de veneración puede ser considerada, con justa razón, como una determinada forma de *huída*. La pubertad ha llegado a turbar el alma de la muchacha; ella se ve sin camarada, sola en el mundo, y se ve en la incapacidad de satisfacer su necesidad de cariño y amor. No tiene más remedio, pues, que recurrir a la imaginación; pero, esta vez, sus fantasías van ligadas ya a una persona determinada. En el curso del desenvolvimiento normal, esta veneración irá perdiendo, poco a poco, sus formas exageradas; la muchacha adolescente se transformará

en "toda una mujer", que se buscará un *partenaire* sexual, esta vez completamente real y no puramente imaginario.

* * *

Hemos visto ya, que la pubertad no es experimentada de la misma manera por el muchacho y por la muchacha, lo que se debe, ante todo, a *razones de carácter social*. El desenvolvimiento sexual de la muchacha, comporta, naturalmente, unas represiones anímicas mucho más intensas; vergüenza, pudor y sentimientos de culpabilidad, intervienen mucho más en la vida anímica de la adolescente, cuyos deberes sexuales son considerablemente más pesados, y lo serán también cuando sea ya completamente "mujer", respecto a los del varón llegado a mayor. Añadamos a ello que los mismos educadores están mucho más desorientados cuando se trata de la educación sexual de la muchacha, que cuando se trata del muchacho. Mientras que para éste último, llegar a la madurez sexual significa una verdadera emancipación, significa el ser "todo un hombre": un hombre que tiene el derecho de hacer lo que mejor le parezca, la muchacha sentirá, cada día más intensamente, cuantos lazo la encadenan y la limitan.

Para el muchacho, su propia madurez sexual se traduce, sin hablar de las características sexuales secundarias, síntomas puramente externos y de poca monta, en sus *poluciones* nocturnas. Cuando la polución se efectúa durante el sueño, representa una verdadera fuente de placeres, ya que consiste en la desaparición de una tensión penosa. La valoración que el adolescente da a las poluciones, tiene naturalmente cuenta de esta circunstancia. Se siente infinitamente orgulloso por el hecho de tenerlas y muy a menudo, su masturbación le servirá única y exclusivamente a refirmar, ante sí mismo, su naciente virilidad.

En cambio, para la muchacha, la *primera aparición del menstuo* puede significar, muy a menudo, una grave

sacudida anímiconerviosa. Sabemos, desde luego, que en la escuela, las muchachas que hayan tenido ya el menst-
truo, hacen gala de enorme superioridad frente a sus
compañeras, aún menos maduras, ya que pueden recla-
mar el título de ser una mujer; no obstante, la primera
aparición de la sangre, no deja de producirles una im-
presión más que penosa. La conciencia de que con ello
puede considerarse como una "mujer" digna de este nom-
bre, no aumenta su amor propio sino tan sólo en apa-
riencia y hacia fuera; en realidad, se ve colocada ante
toda una serie de nuevos problemas, hartos difíciles de
resolver.

Es muy importante, pues, que nuestras niñas queden
preparadas debidamente a la aparición de su período.
Desgraciadamente, esta preparación no se hace en la
mayoría de los casos, lo que no deja de tener consecuen-
cias muy desagradables. No queremos citar aquí casos
trágicos que se han presentado repetidas veces, cuando
muchachas insuficientemente preparadas se suicidaron
al ver brotar su sangre, creyendo inocentemente que ello
era la señal más certera de que... ¡iban a tener un hi-
jo! Es innegable que la mayoría de las madres, impulsa-
das por una falsa vergüenza, sólo psicológicamente com-
prendible, son incapaces de asegurar la debida prepara-
ción anímica a sus hijas. Y una vez más, debemos insis-
tir muchísimo en el hecho de que la preparación ideal
no consiste en comunicar determinada cantidad de *co-
nocimientos* del asunto; no consiste en una mera "acla-
ración" racional. Todo cuanto hayamos dicho más arri-
ba acerca de la ilustración sobre materias sexuales, vale
aún, *a fortiori*, con respecto al problema del menst-
ruo: es preciso preparar a la niña *desde el punto de vista ante
todo afectivo*, a este fenómeno nuevo de su vida de mu-
jer, fenómeno que en muchas mujeres adultas acarrea
toda una secuela de síntomas neuróticos penosos. Un
gran número de muchachas *cree ver, en el menst-
ruo, una especie de castigo*. Conocemos casos en los que la con-
ducta equivocada de la madre, no hizo sino aumentar el

peso anímico de este craso error. Un caso: la madre tuvo un altercado con su hija, y por coincidencia, ésta tuvo su primer período el mismo día del altercado, después de lo cual, la madre se apresuró a exclamar: "Ya ves, Dios te ha castigado por haber sido mala con tu madre...". Es imposible prever las consecuencias a veces fatales de tales manifestaciones, hechas ligera e inconscientemente. El ejemplo que acabamos de aducir, parece más bien fortuito y por consiguiente exagerado; sin embargo, lo es tan sólo, por el hecho de que el número de madres inconscientes y ligeras, que sean capaces de formular su resentimiento en la forma citada, es por suerte muy reducido. Sin embargo, aquellos sentimientos de culpabilidad que inclinan a la muchacha a considerar el menstruo como un castigo, se enlaza precisamente con las fantasías incestuosas. Añádase a ello, el fuerte complejo de inferioridad que esta nueva experiencia del sino femenino no sabría sino poner aún más de relieve. Reflexionemos un poco: aun cuando no digamos absolutamente nada, a la púber, para prepararla al menstruo, ella no dejará de tener la sensación de que tiene algún "mal", de que es castigada "por algo". Y en la mayoría de los casos este *algo* estará en relación con la masturbación o con las fantasías incestuosas. La preparación al primer menstruo no puede limitarse, pues, a nuevas explicaciones biológicas, puesto que la inmensa mayoría de las muchachas, carece de disposiciones anímicas para comprender plenamente las aclaraciones que les son proporcionadas, y para asimilarlas a su espíritu. Es muy posible que comprendan determinados hechos con su razón; y sin embargo, esto no las preservará aún, ni mucho menos, de una negligencia afectiva a su respecto. Podemos concluir, pues, que la preparación al primer menstruo no podría hacerse sino en *el plano de la vida sentimental afectiva*, y especialmente, mediante la destrucción de los sentimientos de culpabilidad. Huelga decir que la primera condición previa de ello, es la existencia de un estrecho contacto anímico, el cual, si ha

existido ya anteriormente, habrá representado, sin duda alguna, el más útil antídoto contra la formación de sentimientos de culpabilidad.

Es éste el lugar para llamar la atención sobre el hecho harto curioso, de que en aquellas tribus primitivas en las que no existe prohibición alguna del onanismo, la aparición del menstuo no acarrea ninguna complicación y no está considerada como un "mal". También en nuestra civilización actual, la mayoría de las muchachas modernas educadas de una manera sana, tienen el menstuo fácilmente. La experiencia de los psicoanalistas ha podido demostrar que la mayor parte de las perturbaciones de la regla se deben —a veces junto a causas fisiológicas paralelas, pero aun sin ellas— a motivos puramente anímicos en su génesis, en los que el papel principal está desempeñado por los sentimientos de culpabilidad derivados de la masturbación.

* * *

Según Carlota Bühler, existirían dos fases netamente distintas en la pubertad. La primera sería la que merecería más propiamente este nombre, mientras que la segunda tendría que llamarse, con mayor corrección, *adolescencia*.

El púber vive en una constante actitud de *negación* frente a su mundo circundante. Las tareas del educador son especialmente difíciles durante todo este período. Sus dificultades no estriban tanto en lo que debe hacer, sino más bien en su actitud de *abnegación*, que lo obliga a la máxima pasividad. El púber rechaza toda intervención en su vida por parte de los adultos, aun cuando las iniciativas de éstos estén inspiradas por la mejor voluntad del mundo; esta agresividad puberal parece muy a menudo completamente incomprensible a su medio ambiente. Es en esta época en la que los intentos de amistad entre padres e hijos sufren los fracasos más rotundos, sobre todo si no pueden basarse en una inti-

midad existente ya de antemano. Aquella actitud de los padres, que consiste en "elevar a los hijos a su nivel", como si dijeran: "ahora tú también eres una persona de pleno valor", es, sin duda alguna, contraproducente, al igual de otra conducta no menos equivocada: la que consiste en rechazar, enérgica y hasta brutalmente todo intento del púber, de comportarse como una persona mayor. Es ésta precisamente la amistad que el (o la) púber no necesitan; decididamente, no son los padres quienes podrían ser sus mejores amigos durante esta fase de la vida. ¿No hemos dicho ya más arriba que el contenido anímico de la pubertad estriba precisamente en la emancipación de los hijos? Aquel padre, aquel educador que no ha podido lograr el establecimiento de un contacto con el educando durante el curso del desenvolvimiento natural de éste, no puede esperar lograrlo durante la fase puberal, la cual plantea exigencias infinitamente mayores a toda amistad; así, pues, no puede hacer otra cosa sino resignarse y observar con una *benévola pasividad* la lucha del púber, que lo intenta todo para ser tomado por "todo un hombre" o "toda una mujer". Es preciso poner especialmente de relieve, la gran susceptibilidad y sensibilidad de los jóvenes de ambos sexos durante la pubertad. Una bofetada administrada a un muchacho púber, por ejemplo, puede destruir de una vez para siempre las relaciones existentes entre padre e hijo.

* * *

No debemos olvidar tampoco que en muchos jóvenes la pubertad coincide con el momento de *escoger profesión*. Todo fracaso, en este sector de la vida, hasta el más mínimo, deja huellas profundas en su alma, huellas que a veces llegan a ser imborrables. Sabemos muy bien que un noventa por ciento de los suicidios juveniles corresponden a la época de la pubertad. *Frente al púber es preciso, pues, observar una actitud de pasi-*

*vidad precavida, aún cuando las relaciones sean muy cor-
diales entre él y sus padres, entre él y su educador.*

Sin embargo, el adolescente púber demuestra al mismo tiempo, una enorme disposición a trabar amistad con sus coetáneos. Es muy importante, pues, que durante este período de su vida, tanto el muchacho como la muchacha, tengan ocasión de formar una comunidad amistosa con camaradas de su edad. No pensamos aquí en *una comunidad de jóvenes del mismo sexo*, ya que esto podría conducir, muy fácilmente, a aquella "desviación", que impediría al joven o a la muchacha encontrar su *partenaire* natural, o sea al *compañero de sexo contrario*. La coeducación, las reuniones de muchachos y muchachas, el deporte practicado entre ambos sexos, las excursiones, etc., tienen, todos, una importancia capital para el desarrollo anímico de los púberes. Todas aquellas formas de la amistad o de la camaradería que se orienten hacia un sentido contrario, serían harto *nocivas*.

No obstante, el alma del muchacho púber no se contenta con la búsqueda de la comunidad puramente física. Sobre todo en aquella segunda fase de esta edad que algunos pedagogos designan por el nombre de *adolescencia*, se desarrolla en él, con una intensidad cada vez más creciente, el *idealismo*, y el joven buscará compañeros y camaradas que compartan con él sus ideales. Aquella maravillosa disposición espiritual e intelectual, que marca esta segunda fase puberal, brinda a los jóvenes más de una ocasión para conocer mejor y volver a encontrar a *sus padres*, bajo una forma completamente nueva e inédita. Mas esta nueva comunión intelectual y espiritual debe tener su punto de partida en el mismo joven; sería imposible y equivocado intentar imponérsela desde afuera, por parte de los educadores o padres. Cada vez que los padres o profesores intenten crear una comunión con el educando a base del principio autoritario, todas sus tentativas serán condenadas al fracaso más rotundo, y obtendrá tan sólo éxitos parciales, obligando al muchacho a aceptar situaciones anímicamente falsas y, en su

contenido, francamente neuróticas. *Es importantísimo, por consiguiente, que durante esta fase de su vida, el joven tenga ocasión de adquirir tales contenidos anímicos* —ya sea gracias a sus amistades, ya sea mediante la lectura— *que le puedan ayudar a fijar definitivamente su posición en el seno de la sociedad.* Naturalmente, la personalidad del púber, formada sólo a medias, se inclina hacia toda clase de extremismos. *Es preciso que se le toleren incluso esta clase de excesos.* Combatir dichas tendencias extremistas, sólo podría acarrear una consecuencia segura: que perderíamos con él absolutamente todo contacto. En cambio, en vez de la lucha y el antagonismo, está abierto, ante nosotros, el camino hacia una intimidad y una amistad aún inédita, en las que el joven y los padres o educadores pueden darse la mano, como partes iguales, de ahora en adelante. Si los padres y educadores no saben estrechar esta mano tendida hacia ellos durante la fase puberal, entonces no se les presentará la ocasión jamás.

Podemos observar el hecho de que aquel joven que haya pasado normalmente una por una todas las fases de una sexualidad infantil, experimentará luego sin sacudida anímica alguna también el período de la maduración sexual, la pubertad. Sin embargo, todas las faltas que padres o educadores hayan podido haber cometido durante los períodos anteriores de la educación, volverán a aparecer y a ponerse de relieve con mayor intensidad precisamente en esta época. La bancarrota de una educación que separa artificialmente la generación de los padres de la de los hijos, jamás podría ser más completa, precisamente, que en la fase de la pubertad. No hay puente que pueda tenderse entonces entre ambas generaciones, separadas una de otra por un abismo anímico infranqueable.

La pubertad es, en primer lugar, y ante todo, un fenómeno de carácter sexual. Sin embargo, tal como acabamos de verlo, representa al mismo tiempo una tarea harto especial para los educadores. En el curso de nues-

tras disquisiciones hemos podido darnos cuenta una vez más de la verdad fundamental de nuestra tesis de que *la educación acertada implica ya al mismo tiempo toda una educación sexual no menos justa.*

El contenido íntimo de esta educación es: *enseña al joven a querer.* Es preciso que nuestros educandos sepan *querer.* Deben querer la comunidad a que pertenecen, querer a su compañero (o compañera) al que escojan por pareja, y quererse por fin a sí mismos, con el amor sano y entero que nos impone la necesidad de la realización sana de nuestros impulsos.

Esta triple forma del cariño constituye una unidad inseparable; ninguna de las tres formas podría existir sin las dos otras. En el hombre sano que vive en el seno de una sociedad sana, las tres se complementan y se sirven mutuamente, fortaleciéndose y corroborándose entre sí.

CAPITULO VI

HACIA UNA NUEVA MORAL SEXUAL

Los dos factores de la educación sexual: el biológico y el social.
-- *La impotencia juvenil y la frigidez.* -- *Los dos fundamentos de una nueva moral: responsabilidad e igualdad sexual.*
-- *Una juventud desgraciada.* -- *La moral sexual en el Tercer Reich.* -- *La teoría del "vaso de agua".* -- *La carta histórica de Lenin sobre la moral sexual comunista.*

Hemos demostrado que en la cuestión de la educación sexual se enfrentan dos factores. El uno es el factor *biológico*, que en definitiva debería ser el decisivo: el hombre tiene el derecho de satisfacer sus instintos *sexuales*. El otro factor es la *sociedad* que a través de sus leyes morales pone dificultades a la evolución sexual y después a la satisfacción de las necesidades biológicas. Hemos dicho al respecto que la síntesis entre estos dos factores es la meta ideal de la educación sexual. Como demostración queremos hablar ahora de una labor práctica que en algunos centros de Europa Central se llevó a cabo mediante una cooperación bien organizada entre estudiantes y jóvenes obreros. En nuestro carácter de psicólogos a menudo hemos tenido oportunidad de escuchar las quejas de una juventud neurótica, formuladas con sorprendente insistencia. Particularmente entre los jóvenes obreros los casos se basan las más veces en *la impotencia*, y entre las muchachas, en una aversión patológica a todo lo sexual y, naturalmente, en la frigidez. Como manteníamos un contacto permanente con la juventud obrera y con ciertos grupos estudiantiles y estos casos se presentaban con extraordinaria frecuencia, comenzamos una labor sistemática.

No estará de más hablar sobre la naturaleza de la

organización y el método de procedimiento, para hacer ver lo importante y bien meditada de esa labor. Nuestra comprobación principal fué que los jóvenes carecen de toda oportunidad de buscar orientación para sus problemas. El papel de los padres está desacreditado a los ojos de la juventud, salvo excepciones. Los jóvenes de ambos sexos no pueden hablar de sus inquietudes ni al padre ni a la madre; y los camaradas, desde luego, no andan mejor orientados. En muy contados casos existe la posibilidad de recurrir a consultorios modernos; y los consultorios de las diversas asociaciones psicoanalíticas realizan una labor muy poco eficaz a causa de los métodos ortodoxos en uso. Nuestras experiencias demuestran que la desorientación prevaleciente en las cuestiones íntimas determina un elevado porcentaje de todos los trastornos neuróticos de la vida sexual. En prueba de ello queremos señalar síntomas aparentemente muy graves que han desaparecido después de algunas discusiones francas, y aún discusiones colectivas, al respecto. Hablamos de la desaparición de los síntomas, y no de la curación completa de la neurosis. Pero la desaparición de los síntomas, particularmente en el terreno de la sexualidad, significa ya un gran triunfo. Nuestra tarea más importante, como ya dijimos, era la de crear las posibilidades de tal discusión franca. Conocemos por el psicoanálisis la gran importancia de toda confesión. El mismo hecho de poder hablar de sus problemas íntimos ya tenía un tremendo significado psicológico y, bien puede decirse, educativo. Tras de la correspondiente investigación individual, en base al método de Rorschach y otros, seleccionamos de cada grupo juvenil un joven y una muchacha adecuados. Estos formaron una comunidad con miras a una cooperación. Como nos proponíamos realizar una labor puramente práctica, un reducido grupo de esta comunidad se puso en contacto con los grupos juveniles e invitó a los jóvenes a hacernos una pregunta anotándola en una paleta. No dimos directivas respecto a la índole de esta

pregunta, ya que nos preocupábamos por saber en qué dirección se orientaba el interés de la juventud.

Es natural que un elevado porcentaje de las preguntas fueran de carácter sexual. No deja de ser interesante que gran parte de las preguntas que recogimos con motivo de nuestra investigación, se refería a la relación con los padres. Durante los meses siguientes discutimos en base a las preguntas recogidas sobre una sola pregunta: *¿Debe el joven entregar su salario a los padres?*

Nuestra comunidad se reunió una vez por semana y en base a los grupos de preguntas se inició una sistemática labor científica que perseguía dos fines: el análisis científico de las preguntas y la formación de los componentes del "equipo del trabajo", para ponerlos en condiciones de dirigir por sí mismos tales discusiones, es decir, contestar a las preguntas.

Mucho podría decirse aún sobre el método en sí; pero tenemos que contentarnos con consignar algunos datos generales, sobre todo aquí, donde prevalece una moral muy distinta de la europea. En este medio es creencia general que la vida sexual de la juventud europea se caracteriza por una libertad absoluta, quiero decir, que apenas se casa una muchacha que antes no haya tenido amante. Queremos limitarnos aquí exclusivamente a Europa Central, con excepción del Tercer Reich.

Nuestra primera comprobación fué que esta creencia es errónea, mejor dicho, puede aplicarse solamente a la clase media. Existen en la historia muchos ejemplos de que la moral se desplaza de una clase a otra. Por ejemplo, la burguesía del precapitalismo adoptó la moral feudal, ya abandonada por la clase feudal. Así también la burguesía aceptó en el ochenta del siglo pasado la moral de las capas superiores. Llegamos a la comprobación de que la moral burguesa ya no existe para la juventud burguesa, pero su guardián es la juventud obrera; el representante de la sociedad burguesa, por lo que a su estructura ética se refiere, si es permitido emplear este tér-

mino, es la familia obrera. Naturalmente, no queremos decir con ello que la sociedad burguesa, por la explotación, no induce a la joven trabajadora a entregarse a una prostitución moderna, hacerse amiga y amante, para poder vestirse mejor y sacar algunas alegrías de la vida. Y queremos dejar de lado aquí la explotación sexual, por la cual entendemos que el patrón, o su representante, abusa también en el terreno sexual de la situación social de sus subordinadas. Nuestra investigación siguió una orientación enteramente diferente y por esto, naturalmente, no abarca la totalidad del problema. Sólo nos dirigimos a la juventud organizada en los movimientos de tendencia reformista, particularmente socialista, esto es, a una juventud selecta. Debemos hacer aquí una observación. Parte de esta juventud buscaba dentro del movimiento la solución de su problema sexual. Mejor dicho, los jóvenes ingresaban en el movimiento en la esperanza de hallar allí su pareja. Esto parece lógico, pero queremos subrayar una cuestión de principio, por cuanto se trata también de un profundo problema psicológico, y no sólo del hecho de que el movimiento, el grupo juvenil, brinde, naturalmente, más posibilidades. Se trata de que estos jóvenes, que desean liberarse de la moral sexual de la sociedad burguesa, pero no tienen valor para ello, buscan una base ideológica para su proceder echando la responsabilidad sobre los hombres del movimiento mismo. Hay que decirlo, por duro que sea: hallamos a gran número de muchachos y muchachas de la buena sociedad burguesa en los movimientos extremos de izquierda, siendo el motivo fundamental de esta su orientación, primero, una protesta dirigida contra los padres, y segundo, este desplazamiento de la responsabilidad por su vida sexual. Ser izquierdista significa para ellos una nueva moral, la liberación de las trabas de la sociedad burguesa, en otras palabras: el amor libre.

Siempre nos parecía sospechoso cuando el hijo o la hija de un banquero, fabricante o alto empleado se ha-

bía incorporado al movimiento, y no debemos silenciar que nuestra sospecha se confirmaba, salvo muchos casos en que la primera dificultad demostró que la respectiva persona sólo aspiraba a su propia liberación, y no a la de los oprimidos. Por otra parte, llegamos a la comprobación de que para la juventud proletaria el movimiento significaba la búsqueda de la adecuada forma de vida, sin poder hallarla a causa de la ortodoxa moral burguesa prevaleciente en la familia obrera y en la capa de los viejos miembros del movimiento. Pudimos comprobar en el movimiento de la juventud europea una constante lucha enconada entre la juventud obrera y la llamada juventud intelectual.

Pero nosotros no somos ni queremos ser jueces en esta cuestión. Nuestra comprobación de que para los elementos burgueses el movimiento de la juventud significa el desplazamiento de la responsabilidad sexual al movimiento, es una comprobación exclusivamente psicológica, lo mismo que la comprobación de que la juventud obrera no podía hallar en el movimiento su forma de vida. Ya hemos dicho por qué. Por educación, la moral burguesa está tan enraizada en el alma de la juventud, atándola tan fuertemente, que toda tentativa de ser un hombre libre está condenada a fracasar. *Ser un hombre libre significa aquí, naturalmente, organizar libremente su propia vida sexual.* Aunque la organización de la vida sexual es una tarea individual —el asunto particular de dos seres humanos— hay que constatar que es profundamente determinada por el orden social reinante. Nuestra experiencia demuestra que, aun cuando la juventud tenga libertad sexual, la vida sexual queda psicológicamente bajo la influencia de la moral de los padres.

Estas comprobaciones nos llevan a la conclusión de que no hay otra juventud más desgraciada que la europea. Ella es desgraciada cuando no lleva una vida sexual, pero es aún mucho más desgraciada cuando lleva una vida sexual. En la buena sociedad burguesa de tiempos pasados la moral y la forma de vida concordaban ple-

namente. La doble moral de la sociedad parecía solucionar los problemas. La juventud masculina hallaba la solución en la prostitución y para las muchachas regía la ley, aceptada sin protesta, de que la vida sexual comenzaba recién en la noche de bodas. Para la llamada juventud moderna en Europa, empero, las cosas ya no son tan sencillas, y menos para la juventud obrera. Para los jóvenes la prostitución apenas entra en consideración, en primer término por razones puramente pecuniarias; pero también por razones ideológicas. Los jóvenes que integran el movimiento de la juventud consideran la prostitución como una bárbara institución de la sociedad burguesa. Para las muchachas sigue en pie la vieja moral. Es significativo que precisamente los padres de orientación socialista eran guardianes celosos de esta moral, pues se creían "mejores hombres" que los demás, siendo aquí "mejor" sinónimo de burgués. Pero la cuestión social es también aquí uno de los factores más importantes. No sólo el problema de la *prevención* del embarazo jugaba un papel importante, sino también la simple cuestión de la posibilidad de estar solos. En la vivienda proletaria abundan siempre los niños. No hay un rincón de la casa que no esté expuesto a numerosas miradas. La importancia de esta cuestión queda evidenciada por el hecho de que un tremendo porcentaje de los casos de impotencia pudo ser derivado de la circunstancia de que la pareja fué estorbada repentinamente. La cuestión es mucho más grave de lo que parece, pues es la fuente de un sinfín de fenómenos neuróticos. Esta brusca interrupción, particularmente en los casos en que tiene lugar durante la primera vez, determina en numerosas muchachas gran número de fenómenos histéricos.

De nuestras experiencias se desprendió también que un porcentaje increíblemente elevado de la juventud trabajadora sigue entregándose a la *masturbación* hasta una edad muy avanzada. Las condiciones económicas obligan a los hijos a entregar su salario a los padres,

Hemos abogado con bastante energía por que los jóvenes se casaran lo antes posible; pero muchos matrimonios no llegaban a concretarse por ser los dos jóvenes, que ganaban lo suficiente para llevar una existencia proletaria, los que tenían que mantener a sus respectivas familias.

Pero no queremos ocuparnos del aspecto social de esta cuestión, sino del aspecto psicológico. Es claro que nuestra labor no se encaminó tan sólo a explorar científicamente la situación dada, sino a más. Partimos en busca de una nueva moral sin ambigüedades y sin mentira. Sabíamos, por supuesto, que la moral es la superestructura de las condiciones económicas dadas. Pero, como dijimos, marco de nuestra labor era la juventud socialista, considerada, por ende, como la vanguardia selecta del porvenir; resuelta, por ende, a organizar su vida de acuerdo a su ideología.

Para resumir, hay que preguntar:

¿Qué papel tiene la juventud no reaccionaria en este abandono de los prejuicios de la vieja moral burguesa y en la búsqueda de nuevas formas de vida? ¿Cómo se explica que la juventud reaccionaria aparezca derrumbando los viejos ídolos?

La respuesta es:

La juventud evolucionada socialmente, aparece como la última representante de la moral burguesa, en primer lugar, porque con un grado de pureza espiritual mayor, no se ha decidido a echar por la borda los viejos principios antes de poder poner en práctica los otros. En cambio, la juventud reaccionaria aparece como la verdaderamente *revolucionaria contra la moral burguesa*, en la medida en que corrompida y desespiritualizada, ha abandonado todo freno moral. En este sentido, no hay país de Europa donde la situación presente caracteres tan graves como en Alemania.

Después de este resumen, queremos dar una idea de los resultados prácticos de aquella investigación, y esto en dos direcciones.

La primera se refiere a las quejas, que recibimos a montones. Entre los varones los casos de impotencia constituían un porcentaje pavorosamente elevado. Se puede afirmar que se trata de una *impotencia social*, en el sentido de que un muy elevado porcentaje de los casos era determinado por condiciones sociales. Entre las causas se contaba también la masturbación de los adultos. Afortunadamente, podemos decir, mediante discusiones e influencias adecuadas logramos resultados bastante satisfactorios. Nuestras influencias se orientaron primordialmente en el sentido de señalar el matrimonio, o cuando menos la *ordenada* vida sexual entre dos camaradas como marco adecuado de la vida sexual. No queremos hablar sobre las dificultades de índole social; pero era preciso llevar a cabo una verdadera campaña dirigida contra los padres. Era ciertamente una consigna cruel, pero no había más remedio que lanzarla y propagarla. La juventud tiene derecho a organizar su propia vida, y particularmente a arreglar su vida sexual en forma que corresponda a los postulados de una ética social. Naturalmente, es difícil establecer estadísticas; carecemos para ello del material correspondiente, aunque nuestra investigación haya comprendido a millares de personas. Con todo, es cierto que aproximadamente el treinta por ciento de la juventud trabajadora en Europa no llevan una vida sexual hasta sus veintidós años de edad. Por otra parte, podemos afirmar sin temor de faltar a la verdad, que un veinticinco por ciento sufre de alguna dificultad sexual. Estas cifras, repetimos, se aplican a la juventud obrera. Ser estudiante ya significa una holgada situación burguesa, así que aquí los factores sociales no revisten tanta importancia. Los estudiantes, tanto los hombres como las mujeres, llevan una vida sexualmente bastante ordenada. Aquí nuestra labor tendía a la normalización. Un gran porcentaje de los estudiantes da a su relación la sanción por el matrimonio una vez obtenido el diploma. Existe una tendencia bastante perfilada a casarse ya en los años estudiantiles. Donde el

divorcio es cosa fácil, esto no entraña riesgos. Nuestras experiencias al respecto han sido buenas; estos matrimonios jóvenes resultaban ser felices y duraderos.

En cuanto a las muchachas, los trastornos de la menstruación más frecuentes eran los determinados por factores psíquicos. Era significativo el miedo neurótico a la vida sexual. Como es sabido, la frigidez es la enfermedad general de las mujeres europeas. La frigidez, esto es, la incapacidad para experimentar placer en la vida sexual, es, en definitiva, la impotencia de la mujer. Según las comprobaciones de los sexólogos europeos, puede decirse que el ochenta por ciento de las mujeres en Europa no llegan a conocer el placer sexual. A estar a la doctora Chemnitz, que durante años se ha entregado al estudio de esta cuestión, llegará el día en que la sexualidad sin placer será la norma general para las mujeres.

Las investigaciones psicoanalíticas derivan esta enfermedad general, que tiene importancia para la sociedad, del complejo de Edipo. No queremos ahondar en esta cuestión, sino limitarnos a señalar que las mujeres, llegando ellas mismas ya a madres, se avergüenzan ante sus propios padres de su vida sexual, por estar inculcada en su mente la idea de que la sexualidad es algo impuro, un pecado. También el cuento de la cigüeña, esto es, el escamoteo de la función del parto, es una expresión de la aversión al acto sexual.

Forzoso es decir, por extraño que pueda parecer, que la sociedad del porvenir debe establecer la igualdad de la mujer no sólo en lo social, sino también en lo sexual. *Mujeres que no conocen el placer sexual no son capaces de parir y criar hijos sanos para una nueva sociedad sana.*

Como dijimos, nuestra investigación se encaminó también a explorar cómo habría de fijar una nueva moral sexual al menos entre el núcleo selecto de la moderna juventud. Lo que pudimos comprobar no eran más que elementos negativos. Entre los más importantes se con-

taba el *ascetismo*, que era precisamente lo que determinaba el carácter sectario de algunas organizaciones de la juventud. Nuestro esfuerzo de influenciar a los diversos movimientos de la juventud en el sentido de que éstos significaran una *forma de vida positiva y alegre*, se estrelló con frecuencia contra esta tendencia ascética. Acaso cause gracia saber que durante muchos meses los grupos discutieron sobre si la juventud socialista debía bailar. Sobre este tema se originaron acaloradas disputas; pero tuvo un formidable efecto educativo y nos permitió plantear al mismo tiempo muchas otras cuestiones. También el hecho de que con motivo de una fiesta algunas muchachas habían bebido un poco más de la cuenta sirvió durante algunos meses de tema para una discusión. Nuestro criterio, que queremos subrayar también aquí, fué que una nueva *forma de vida* debe ser construída desde abajo arriba, y no desde arriba abajo y que la "educación socialista" no es más que una ficción, cuando no conseguimos transformar la vida de la juventud en sus cotidianas cuestiones menudas.

Hasta qué punto estábamos en lo cierto lo demostraban precisamente las experiencias que recogimos respecto a las cuestiones sexuales. Forzoso es decir que entre la ideología y la práctica había una discrepancia enorme. Los mejores dirigentes de la juventud se revelaron en este respecto como burguesotes mezquinos que consideraban a la mujer no como a una camarada, sino como mero objeto sexual. Eran frente a la mujer hombres en el más lamentable sentido pequeño-burgués, que se sentían como representantes del sexo dominante que exigían obediencia. Pero, por otra parte, también la mejor camarada socialista no quería otra cosa que ser "conquistada", como una simple muchacha burguesa. Entendámonos bien. No hablamos del delicado juego del instinto erótico, que es humano, profundo y bello, sino de la vulgarización de este juego amoroso al estilo burgués.

Tenemos que consignar aún otra comprobación sor-

prendente: la falta del sentido de la *responsabilidad* en esta juventud. La dejaba indiferente que a la parte femenina cupiera un papel sumamente difícil. Poco se cuidaban esos jóvenes de que la muchacha tuviera que cargar con todas las consecuencias graves del embarazo. Cuántas veces teníamos que intervenir aun cerca de los muchachos que eran considerados como los mejores, cuando abandonaban simplemente a su amiga al comprobar que estaba encinta.

Estas experiencias negativas llevaron a establecer y predicar conscientemente, en forma dogmática, por así decirlo, los dos elementos fundamentales de una nueva moral. Sí, predicar, pues estamos convencidos de que una nueva sociedad no sólo se construye económica y políticamente, sino que todo hombre que brega por un porvenir mejor, más justo, debe empezar por construir este nuevo mundo *en su propio pecho*. Y debemos decir y repetir sin descanso que bregamos también por una nueva moral sexual compuesta de dos elementos fundamentales.

Primero, la igualdad sexual absoluta en el amor. En la relación de la pareja, los dos componentes se hallan en un pie de igualdad. Toda valoración de un determinado sexo es precisamente la valorización de la sociedad de hoy. Y aceptar ésta significaría seguir manteniendo la prepotencia masculina.

El segundo elemento fundamental se basa en el hecho de que la mujer es la que tiene que cargar con las consecuencias de la vida sexual; no sólo en el sentido de que corre el riesgo de la maternidad, sino también con respecto a las consecuencias sociales y económicas. Huelga hablar de la situación de las madres solteras y de la baja ética del orden social imperante que por sus leyes fulmina su estigma y castigo contra el hijo natural. Debemos, pues, establecer como segundo puntal de nuestra ética sexual que los hombres deben cargar con una responsabilidad mucho mayor que las mu-

jeros, por ser su situación más ventajosa desde el punto de vista fisiológico. No tener conciencia de esta responsabilidad o sustraerse a esta responsabilidad acaso corresponda a la mentalidad de esta sociedad fracasada, pero no a los postulados de una moral humana.

El tema del *aborto* constituye un capítulo aparte. Nos volvimos categóricamente contra él considerándolo como un expediente criminal de nuestra sociedad, que no brinda a las mujeres la posibilidad social de cumplir su vocación fisiológica, la maternidad. Al mismo tiempo, empero, impide con hipocresía que el método sano de la prevención sea recurso de todas las mujeres.

Nuestra consigna, que lanzamos a través de nuestra comunidad de trabajo de la cual formaban parte, naturalmente, numerosos médicos, fué: *prevención adecuada en lugar de aborto*.

Nuestra exposición sería incompleta si no hablásemos también sobre dos polos opuestos: ¿Cómo nace una nueva moral sexual, o sea una nueva educación sexual en el Tercer Reich, y cómo en la U. R. S. S.?

En Alemania, la juventud ha homologado el sentimiento amoroso con el libre desenvolvimiento de los más bajos instintos primitivos. Abundan los datos relativos a los abusos sexuales en todas las organizaciones. Así, es dable ver que en los "bunds" femeninos, todas las integrantes están sometidas sexualmente al jefe, extendiéndose a ese terreno el rígido sentido de la sumisión existente en la organización social. Se regresa de este modo a ciertas agrupaciones humanas primitivas, en las cuales el jefe del clan extendía sus atribuciones al terreno sexual con respecto a todas las mujeres que lo integraban. La homosexualidad es general en los grupos juveniles; pese a todas las maniobras de encubrir las cosas, se revelan millares de casos en que los jóvenes han sido víctimas de atropellos por parte de su jefe homosexual.

Erika Mann, en su libro "*10 millones de niños*", escribe:

"Es indiferente cómo se hace para ser madre, y es aún más indiferente si una quiere al hombre que la hace madre. No importa que sean muchos hombres, cada año otro, con tal que cada uno posea *plenitud racial* y *salud satisfactoria*. El amor ha perdido sus fueros en el Tercer Reich, lo mismo que la fidelidad, la libertad, la justicia, la cordura."

El sexólogo del Tercer Reich, profesor Ernst Bergmann, en su obra "*Conocimiento y Espíritu de Madre*", escribe:

"La monogamia por toda la vida es perversa y perjudicial para nuestra raza. Allí donde existe realmente —y felizmente tal realidad no se da casi nunca— la raza está condenada a decaer. En todo Estado estructurado según los principios de la razón, la mujer que no ha tenido hijos ha de ser considerada como deshonrada. Abundan los mozos dispuestos y adecuados que podrían unirse a las mujeres y muchachas existentes. Afortunadamente, un muchacho de buena raza es suficiente para 20 muchachas. Y éstas, por su parte, sucumbirían gustosamente a su deseo de tener hijos, de no existir ese disparate de la monogamia por toda la vida, tan contraria a todas las realizaciones naturales." (De "*Youth Betrayed*", International Relief Association. New York).

Sabemos que la moral es la superestructura de las condiciones económicas. Sería interesante analizar la evolución de la moral al respecto en un país que está en vías de estructuración socialista. En la Rusia soviética, se ha establecido en forma absoluta la igualdad jurídica y social de la mujer. Pero respecto al amor, vemos allí una juventud empeñada en titánica lucha por un nuevo contenido humano y ético de la relación hombre-mujer. El primer período de la estructuración socialista se caracterizó por una negación absoluta del amor. Sexualidad, mejor dicho: la relación sexual, *sí*; pero el amor *no*, por ser una expresión de sentimentalismo burgués. El reflejo literario de esta lucha se halla en el libro famoso de Kolontai que se titula "*Tres caminos del amor*", pero también en la novela de epopeya de la primera época: "*Cemento*", de Gladkow. Pero poseemos también un documento que podemos calificar tanto de

humano como de histórico: la célebre carta de *Lenin* a Clara *Zetkin*. Esta carta reza como sigue:

"También la relación entre hombre y hombre, entre hombre y mujer, se está revolucionando, pero todo se halla aún en una fase caótica.

La juventud sufre mucho a causa de las miserias sexuales del presente y protesta contra ellas con el ímpetu de sus años jóvenes. Esto se comprende fácilmente. Nada sería más equivocado que predicar a la juventud una continencia ascética y el carácter sagrado de la mezquina moral burguesa. Pero, por otra parte, hay también que tener en cuenta que si en estos años la sexualidad pasa al primer plano en lo psíquico, sucederá lo mismo en lo fisiológico y esto puede ser de alcance trascendental.

Es natural que la actitud de los jóvenes frente a la cuestión sexual se base en teorías fundamentales. Algunas declaran que su criterio es el revolucionario, el comunista y creen sinceramente en lo que dicen. Pero esto no impresiona a los viejos. Y como yo soy viejo, no me impresiona a mí. Aunque estoy lejos de tender a un ascetismo tenebroso, debo decir que para mí esta nueva "Vida sexual" de los jóvenes, pero también la de los de más edad, que tiene apariencia de burguesa, no es otra cosa que una *extensión de la prostitución burguesa*. Eso no tiene nada que ver con la libertad en el amor, como solemos llamarlo.

Vds. conocen probablemente aquella teoría famosa, según la cual en la sociedad comunista la satisfacción del instinto sexual, de las necesidades sexuales será un asunto tan sencillo y trivial como beber un vaso de agua. Esta teoría "del vaso de agua" ha trastornado la cabeza a una parte de nuestra juventud. Y tal será el destino de gran número de jóvenes de ambos sexos. Los adeptos de esta teoría dicen: esto es ser marxista. Pues yo contesto: ¡Vaya un marxismo!

En la vida sexual entra en juego no sólo el factor fisiológico, sino los aportes de la cultura, sin atención al valor que se les asigne. Naturalmente, es preciso apagar la sed. Pero, ¿es que en circunstancias normales un hombre normal se tiende en la calle para beber el agua del arroyo? ¿Y cuando bebe de un vaso, acepta un vaso ensuciado por muchos labios?

Pero aún más importante es el aspecto social de esta cuestión. Beber agua es, en efecto, un asunto enteramente individual; pero para el amor se necesitan dos, y de él puede surgir una nueva vida. Este hecho entraña un interés colectivo, una obligación para con la comunidad.

Como comunista no siento la menor simpatía por esta teoría del "vaso de agua", aunque exhiba la bella etiqueta: "Liberación del amor".

El nuevo orden social no debe promover el ascetismo, sino alegría de vivir y vitalidad en una vida sexual plenamente satisfecha. De mis observaciones se desprende que la *hipertrofia* de la sexualidad que actualmente se nota tanto, lejos de dar vitalidad y alegría de vivir, las quita. La juventud tiene necesidad de dos cosas: un cuerpo sano y un espíritu sano. No quiere ser monje, ni Don Juan, ni menos como un burguesote alemán que es lo uno y lo otro.

El desenfreno de la vida sexual es síntoma de la descomposición burguesa. El proletariado, una clase pujante, no necesita de excesos narcotizantes ni de estimulantes. *Dominio sobre sí mismo, autodisciplina no significa esclavitud, ni aún en el amor.*"

Considero que sería necesario leer aquí y en todas partes, una y otra vez esta magnífica carta, este profundo documento humano a la juventud del presente. Resume todo cuanto un hombre ético puede decir sobre el amor a los jóvenes de todas las latitudes.

Esta carta data del año mil novecientos veinte. Sabido es que al principio la legislación rusa permitía el aborto, inspirada en el punto de vista de que la mujer ha de disponer libremente de su cuerpo y tiene derecho a decidir si quiere o no ser madre. Esta legislación, que desde un principio ponía ciertos límites, fué más tarde abolida, y actualmente el aborto es lícito sólo por consideraciones médicas. La nueva ley se basa en el criterio de que ya existen ahora las condiciones previas *sociales* para que el niño nazca y sea criado como hombre que goza de igualdad de derechos. La educación no es asunto privado, sino tarea del Estado.

Sabemos también que en la U. R. S. S. el casamiento y el divorcio no exigen más requisito legal que la simple declaración y anotación. Sin embargo, se ha perfilado ya la ley moral de que las personas que se divorcian varias veces han de considerarse como hombres faltos de ética. Tales personas son, por ejemplo, expulsadas del Partido.

El hecho de que la juventud soviética no ha conseguido todavía solucionar del todo su problema sexual, resalta en la reciente literatura rusa. También en Rusia prosigue, naturalmente, la vieja lucha, a la cual Heine ha dado la formulación sencilla: Juan quiere, pero Juanita no quiere, o viceversa.

Pero nos interesa la cuestión desde otro punto de vista, puramente científico. Están a nuestro alcance algunas estadísticas interesantes. Por ejemplo, *Batkis*, profesor en la Universidad de Moscú, ha realizado una encuesta entre los estudiantes de esa capital, recogiendo mil quinientos cincuenta y tres cuestionarios sobre la respectiva actitud frente a la sexualidad. En base a dichos cuestionarios, pudo comprobar que el sesenta por ciento de las muchachas mostraban una *indiferencia absoluta* por la vida sexual. Podemos considerar a estas muchachas como frías normales. El treinta por ciento sentían *aversión*, asco por el acto sexual y sólo el nueve por ciento de las estudiantes declararon que experimentaban el placer sexual. En este respecto, es interesante citar los datos recogidos por Ruehle-Gerstel en Europa en base a investigaciones similares: el cincuenta y nueve por ciento de las mujeres *repudian* la sexualidad, el veintidós por ciento la *afirman* y el diecisiete por ciento afirman el amor *sin* sexualidad.

El profesor Helmann, realizó en Moscú una investigación sobre el comienzo de la vida sexual, basándose en mil seiscientas respuestas a su cuestionario. De acuerdo a su estadística, el *siete y medio* por ciento se iniciaron en la vida sexual antes de los trece años, el treinta y cuatro por ciento antes de los dieciséis años. Esto es, casi la mitad de todos los niños. Sin embargo, esta cifra nos dice muy poco, pues sabemos que también en Europa son frecuentes las tentativas sexuales entre niños de corta edad. Otra investigación, llevada a cabo por *Raykow* (en mil novecientos veinticinco sujetos), se encaminó a averiguar cuándo se despiertan en el hombre los senti-

mientos sexuales. Comprobó que en el *quince* por ciento antes de los diez años, en el *treinta y tres* por ciento antes de los catorce años, y en el *cincuenta y dos* por ciento después de los catorce años. Para las muchachas los datos son más o menos los mismos.

Pero para nuestro tema es particularmente interesante la estadística soviética obtenida sobre la pregunta: *¿Cómo querría usted organizar su vida sexual?* El resumen de esta entrevista fué que sólo el 2.7 % de los varones y el 1.7 % de las hembras espera encontrar la vida sexual ideal en el matrimonio. Los demás prefieren otras formas de relaciones sexuales. Amoríos prolongados extramatrimoniales gozan de la mayor popularidad, contando con la aprobación del 67.3 % de las mujeres y el 50.8 % de los varones. Y el 12 % de los varones y el 7 % de las hembras ve el ideal en las relaciones amorosas breves, habiendo todavía un reducido porcentaje de varones y hembras que se pronuncian a favor de las "relaciones casuales".

Estos datos son bastante atrasados, pero desgraciadamente no disponemos de más recientes. La literatura demuestra, empero, que ha vuelto a triunfar el *amor*; no hay orden social en que el hombre pueda pasarse sin él.

En nuestro orden social, sin embargo, se ha establecido una separación entre el *amor* y la *sexualidad*. La sexualidad ha llegado, efectivamente, a ser para las masas el *arroyo* del que habló Lenin, el vaso de agua ensuciado por muchos labios.

Estamos en marcha hacia un nuevo orden social. Queremos dar, de acuerdo a nuestro tema, una nueva definición de este orden social. Llegará el día en que *amor* y *sexualidad* significarán una y la misma cosa. No en el sentido de que el amor quedará degradado a sexualidad pura y simple, sino en el sentido de que la sexualidad es parte integrante del verdadero amor, de la unión *física y psíquica* de dos seres. Hasta tanto, empero, debemos seguir el camino que ya hemos señalado:

*¡Hay que construir el nuevo mundo en sí mismo!
¡Hay que edificar dentro de él la base de esta nueva
moral, cuyos puntales son la igualdad sexual de los dos
sexos y el profundo sentido de responsabilidad que dos
seres deben manifestar el uno frente al otro! Para poder
realizar esto, tengamos siempre presente la bella con-
signa que acabamos de leer. Queremos inculcar una y
otra vez a la juventud que se llama campeona de un
nuevo orden humano:*

*"Dominio sobre sí mismo y autodisciplina no signi-
fica esclavitud, ni aun en el amor."*

A MANERA DE CONCLUSION

Hemos intentado en la presente obra seguir y describir, etapa por etapa, el desarrollo sexual a partir de la más tierna edad del recién nacido hasta el final de la pubertad, o sea hasta aquel momento en el que el muchacho y la muchacha pueden internarse en los senderos eternos del amor como *hombre y mujer maduros*. Trátase aquí de un concepto relativamente nuevo que, de modo muy comprensible, provocará la reacción de quienes aún siguen considerando como finalidad de la educación el pasar por alto de todos los fenómenos y síntomas de orden sexual y su estigmatización. Hemos intentado demostrar, de modo irrefutable, que la *educación sexual no plantea ningún problema que se pudiera diferenciar en cualquier manera que sea, en general, de los problemas de la educación propiamente dicha*. El objetivo de toda educación es forzosamente el hombre sano; nosotros luchamos por el hombre incluso sexualmente sano, por el hombre que es capaz de resolver armoniosamente todas las grandes cuestiones de su vida, aún en el plano del amor; armoniosamente, desde su propio punto de vista, desde el punto de vista de su pareja y desde el de la comunidad en cuyo seno vive.

La juventud de hoy ignora esta solución armoniosa. No constituye ninguna excepción ni aquella capa de la juventud que se ha emancipado del yugo de toda clase de prejuicios anticuados, pero cuya manera de amor ha quedado aún profundamente marcada por los sentimientos de culpabilidad de una educación hipócrita que proclama una ética sexual de doble cara. Esta juventud es hondamente desdichada, porque sin duda no ha logrado emancipar más que su cuerpo; su alma es aún prisionera de las falacias que nos legaron tiempos pasados.

Esta emancipación completa, tarda aún en llegar, pero llegará. Para que pueda implantarse la libertad sexual que preconizamos, es preciso que los jóvenes aclaren primero, ante su propia consciencia, dos problemas fundamentales:

En primer término deben reflexionar sobre las relaciones íntimas que existen entre la *sexualidad* y la *ética sexual*. No existen sino *dos categorías de sexualidad: la sana y la malsana. Sobre algo malsano, no podríamos fundamentar ninguna ética; y tan sólo personas gravemente enfermas, podrían poner en duda la ética sexual que determina la propia Naturaleza.*

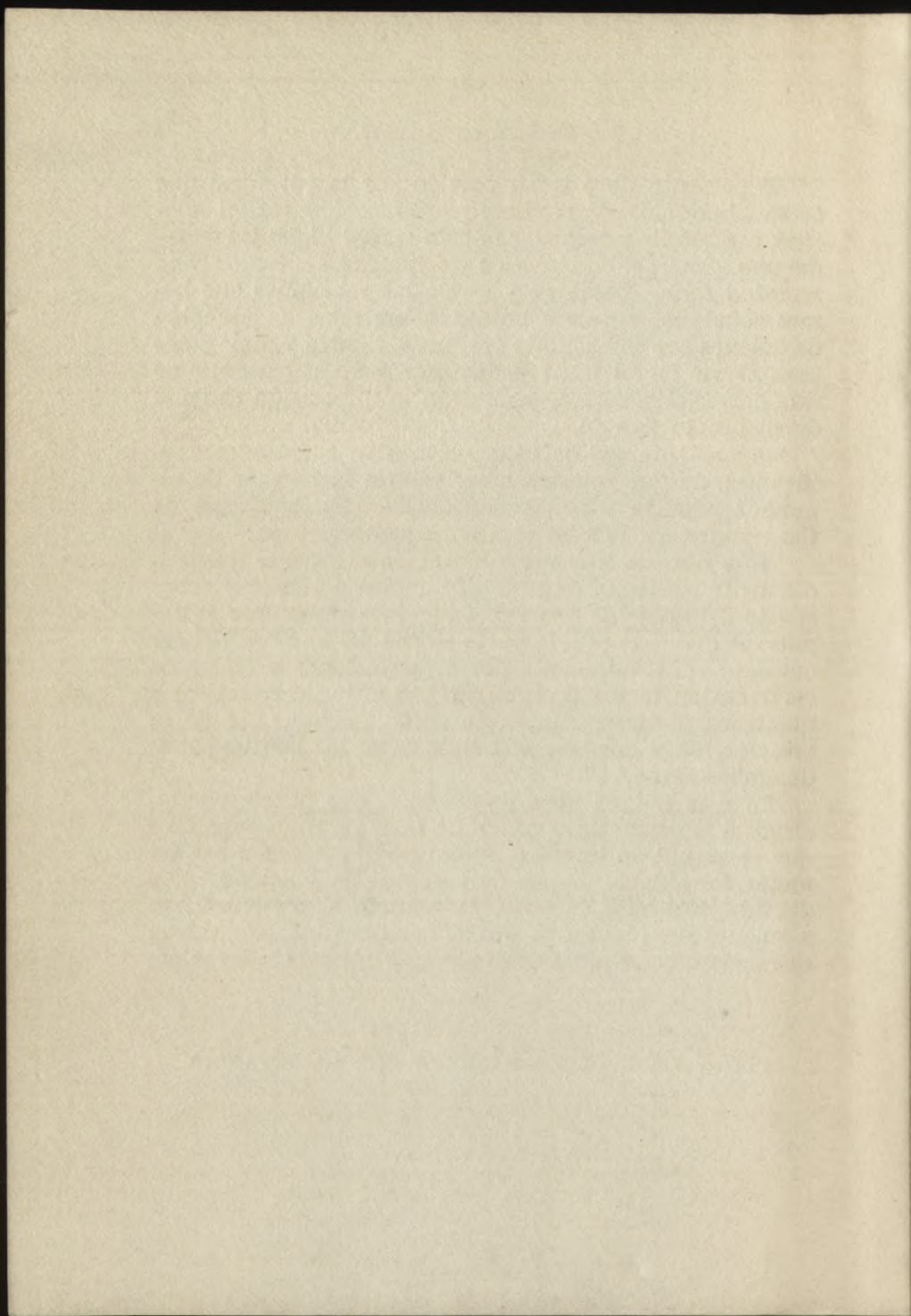
Sin embargo, al mismo tiempo deberán aclarar la *función social* que desempeña la hipócrita "ética sexual" mil veces desenmascarada, pero que vuelve a erguir siempre de nuevo su cabeza. Las investigaciones de la "psicología profunda", han podido demostrar que los cimientos de la sociedad actual están constituídos por la *represión sexual*. No obstante, ha sido preciso hacer constar del mismo modo que la mencionada represión sexual rebasa de lejos los intereses de la comunidad humana, y que valiéndose precisamente de una educación fundamentada en la aludida ética sexual, conduce a hacer de nuestra sociedad *una sociedad neurótica*. Todo parece indicar que la lucha contra la sexualidad quisiera asegurar precisamente esta represión; la represión tendría por objetivo asegurar la neurosis de la sociedad, y dicha neurosis serviría para ligar y frenar aquellas fuerzas que, surgiendo de las honduras del alma humana, podrían contrarrestar las finalidades de la sociedad actual. La sociedad de los padres no puede conservar el mando sino mediante la condena enérgica de las poderosas energías sexuales de la juventud que buscan a tientas su realización, obligándolas a que vuelvan hacia las profundidades de donde han salido. Aquí tocamos con el dedo, la solución del por qué una clase social oprime a la otra. Hemos puesto de relieve, en fin, una de las energías psicológicas motoras de todas las luchas sociales.

El presente libro toma partido por la juventud que se va liberando. *Al predicar pro-educación sexual, quisiera contribuir a asegurar la vida sexual higiénica de toda una generación pletórica de fuerzas dentro de una sociedad sana.* Descubre y revela las relaciones que hemos señalado, y quiere llamar sobre ellas la atención de quienes son lo bastante fuertes, valientes y abnegados para servir en su labor pedagógica para el *porvenir* de una generación nueva, y no para la imposición ridícula de su propio *pasado*.

No nos interesa defendernos contra eventuales acusaciones, de que nuestra labor estaría al servicio de alguna tendencia ultrarrevolucionaria. El Arzobispo de Canterbury escribía en una letra pastoral suya:

“Hoy día, no hay nadie entre nosotros que quisiera construir las bases de una vida moral o religiosa sobre el veto del *no debes hacerlo*. Queremos emancipar el impulso sexual, que es una parte eterna del hombre, del ser envuelto constantemente por prescripciones y reglas de conducta en forma prohibitiva, por lo tanto negativa, y queremos designar su puesto en la magna obra de la creación, de la que son partícipes todos los jóvenes sanos de ambos sexos...”

En esta magna obra de creación que podría conducirnos a la estructuración de un nuevo mundo más feliz que el actual, el impulso sexual podría llegar a ser un motor formidable, capaz de asegurar la felicidad. *Hoy día aún está lejos de serlo*. Brindamos el presente libro a quienes propugnan en pro de aquella educación nueva que reclama una parte de la perenne labor de la creación.



Índice Sumario

CAPITULO I

DE LA EDUCACION SEXUAL

- ¿Podemos hablar de sexualidad infantil? -- El punto de vista de la educación ético sexual. -- La moral sexual cultural y natural. -- Sexo y sexualidad. -- Las teorías sexuales de Freud. -- El sino de todo amor está ya decidido desde la infancia. -- Las tareas de la educación sexual 11

CAPITULO II

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

- ¿Qué comprendemos por "instintos sexuales"? -- Sexualidad y carácter. -- Las tres fases de la evolución sexual. -- El chupeteo. -- La evacuación como fuente de placeres. -- La formación de los sentimientos de culpabilidad. -- Sadismo y masoquismo. -- El sentido sexual de los palos administrados al niño. -- La bifurcación del carácter en masculino y femenino. -- La fase fálica. -- Desnudez y pudor. -- La homosexualidad del niño perverso. -- Los juegos sexuales de la edad infantil 33

CAPITULO III

EL ONANISMO

- ¿Pecado o enfermedad? -- Cómo se le combatía en el pasado. -- Todo niño normal se masturba. -- Acerca de quiénes lo han olvidado ya. -- El papel del onanismo. -- Las fantasías onanísticas. -- El onanismo y el "Complejo de Edipo". -- El punto de vista de Freud. -- El mismo onanismo no es nocivo, pero sí lo son los sentimientos de culpabilidad que lo acompañan. -- La renuncia a la autosatisfacción significa la neurosis. -- ¿Es recomendable combatir el onanismo? 103

CAPITULO IV

LA INICIACION DE LOS NIÑOS EN LOS TEMAS SEXUALES

- Los niños lo saben todo. -- La iniciación sexual es un problema sentimental y no racional. -- En torno al "cuento de la cigüeña". -- Lo que interesa al niño no es la Biología. -- Lo que es preciso decirle al niño, a pesar de todo. -- Un poco de biología para los padres. -- Algunas conversaciones entre padres y niños sobre temas sexuales 143

CAPITULO V

LA JUVENTUD QUE SE VA LIBERANDO

- El púber y la muchacha adolescente. -- Los tres fenómenos de la pubertad. -- El encuentro entre lo sexual y lo erótico. -- En el ideal de nuestro primer amor buscamos inconscientemente a nuestro padre o a nuestra madre. -- La emancipación de los hijos: solución definitiva del "complejo de Edipo". -- La primera amistad verdadera. -- Las poluciones. -- Los amores exaltados de las adolescentes. -- El trauma del primer menstuo . 195

CAPITULO VI

HACIA UNA NUEVA MORAL SEXUAL

- Los dos factores de la educación sexual: el biológico y el social. -- La impotencia juvenil y la frigidez. -- Los dos fundamentos de una nueva moral: responsabilidad e igualdad sexual. -- Una juventud desgraciada. -- La moral sexual en el Tercer Reich. -- La teoría del "vaso de agua". -- La carta histórica de Lenin sobre la moral sexual comunista 215
A manera de conclusión 233

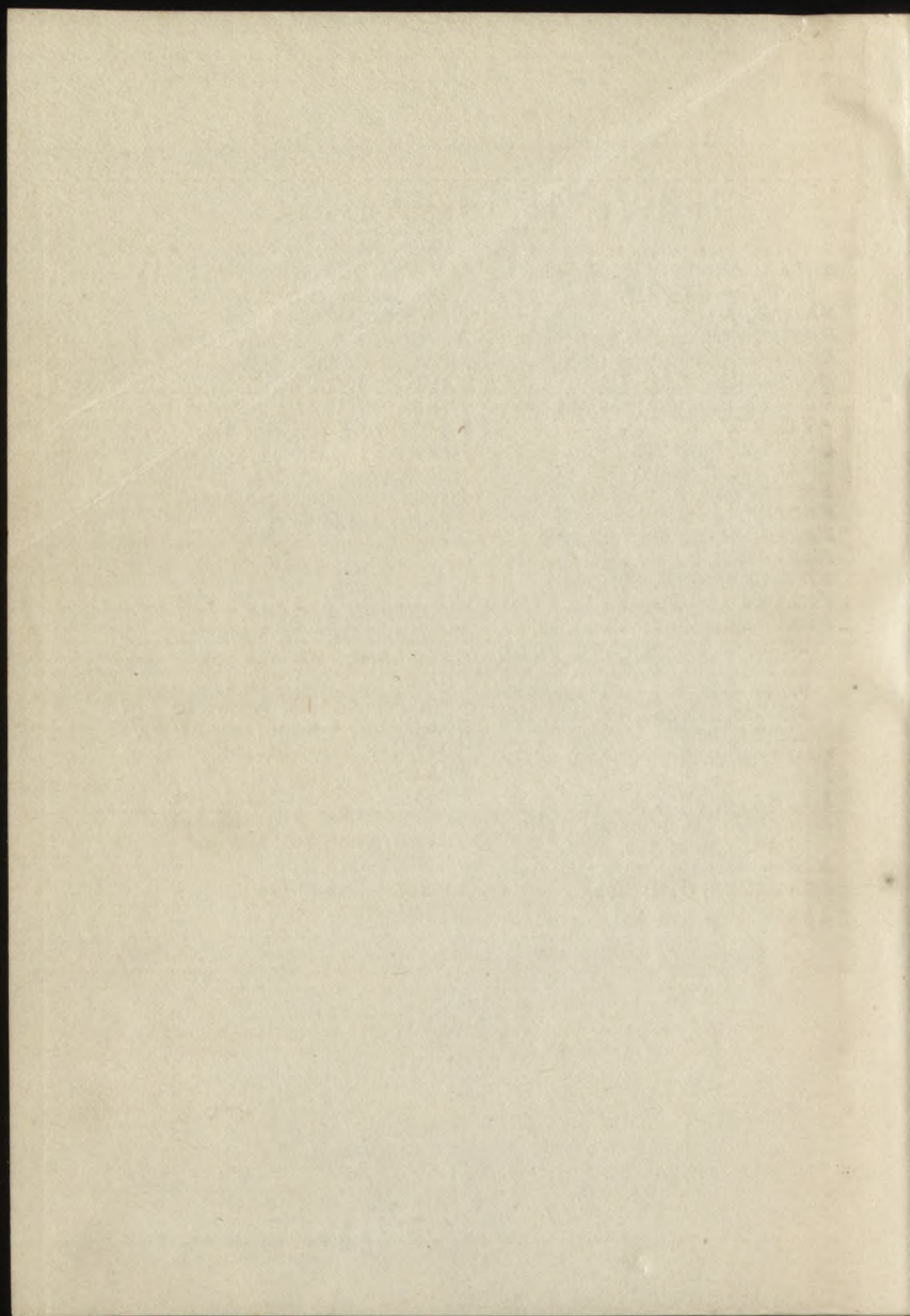
INDICE DE ILUSTRACIONES

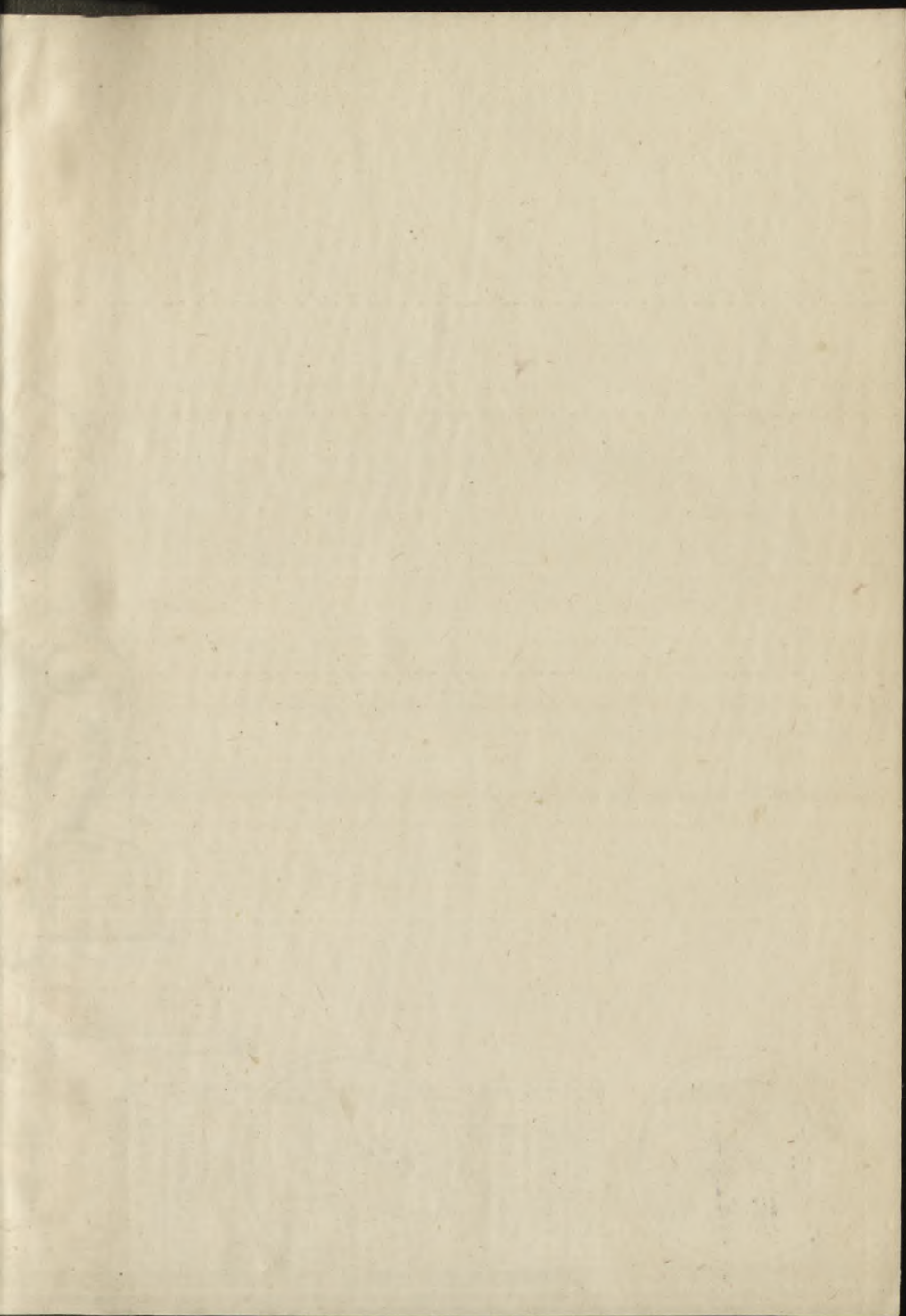
- El órgano sexual del varón 172
La parte sexual de la mujer 174
La fecundación 175
El embrión en el vientre de la madre 176
El parto 176

Índice de los Autores

- ADLER, Alfredo: 18, 19, 20, 39, 43, 83, 87, 117, 119.
BATKIS, M: 230.
BERGMANN, Ernst: 227.
BERNFELD, Siegfried: 86.
BOENHEIM, Carl: 120.
BÜHLER, Carlota: 36, 84, 120, 125, 210.
BÜHLER, Carl: 82.
CHADWICK, Mary: 136.
EHRENFELS, A. von: 15.
FEDERN, Paul: 109, 133.
FERENCZI, Sándor: 53, 146.
FOERSTER, Fr. W.: 14, 38, 168.
FRANZENSTEIN, F.: 154.
FRAZER, G.: 203.
FREUD, Sigmund: 12, 21, 22, 23, 24, 25, 29, 33, 36, 37, 38, 39, 41, 47, 55, 62, 67, 70, 75, 76, 92, 94, 95, 96, 104, 122, 127, 128, 129, 135, 136, 165, 196, 197, 198, 199, 201, 205, 206.
GOETHE, Wolfgang: 12.
GROOS, Carl: 77.
HELMANN, J.: 230.
HIRSCHFELD, Magnus: 125.
HODANN, Max: 179.
KLEIN, Melanie: 88.
LANDAUER, Carl: 108.
LENIN, Iliá: 228, 231.
MALINOVSKY, Bronislaw: 116, 122, 154.
MANN, Erika: 226.
MEIROVSKY, L.: 125.
MENG, Heinrich: 147.
PAVLOV, I. P.: 44.
PEREZ DE AYALA, Ramón: 153.
PINKEVICH, Alberto: 125.
RAYKOW: 125.
RANK, Otto: 42, 154.
REICH, Wilhelm: 132, 133.
REICH, Annie: 179.
REIK, Teodor: 58.
ROHEIM, Géza: 15.
RORSCHACH, Wilhelm: 216.
ROUSSEAU, J. J.: 61.
RÜHLE-GERSTEL, Alice: 230.
SADGER, J.: 109, 133, 134.
SCHMIDT, Vera: 112, 140.
SCHOPENHAUER, Artur: 24.
SCHWARZ, Oswald: 33, 87, 88, 117, 118, 119, 120, 204.
SPRANGER, Eduard: 204.
STEKEL, Wilhelm: 129, 134.
STRINDBERG, Augusto: 104.
TAUSK, von: 107, 133.
TISSOT: 106, 107.
WATSON, John: 44.
WEININGER, Otto: 84.









LOS PENSADORES
CLARIDAD
CULTURA



REVISTA JURIDICA
Bca. CIENTIFICA

Bca. JURIDICA
COL. CLARIDAD



Bca. DE Cba. MODERNA
Bca. CLASICA
Bca. DE OBR. FAMOSAS





PROF. SZÉKEI

183079

LA EVOLUCION
SEXUAL DE LA
INTINCA



EDITORIAL
CLARIDAD